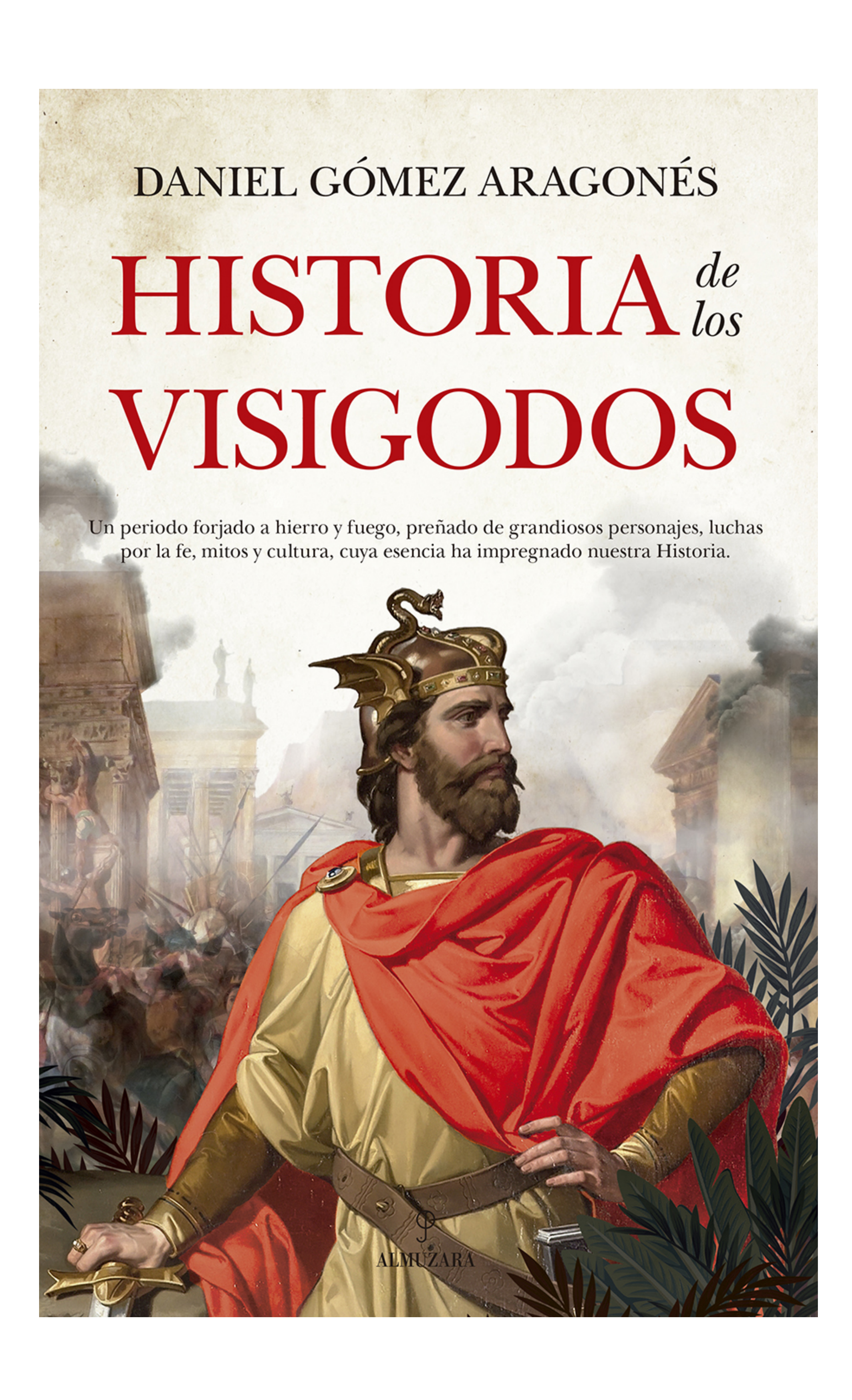
DANIEL GÓMEZ ARAGONÉS

HISTORIA *de los* VISIGODOS

Un periodo forjado a hierro y fuego, preñado de grandiosos personajes, luchas por la fe, mitos y cultura, cuya esencia ha impregnado nuestra Historia.



ALMUZARA


DANIEL GÓMEZ ARAGONÉS
HISTORIA de los
VISIGODOS
Un periodo forjado a hierro y fuego, preñado de grandiosos personajes, luchas por la fe, mitos y cultura, cuya esencia ha impregnado nuestra Historia.
ALMUZARA

DANIEL GÓMEZ ARAGONÉS

Historia de los Visigodos

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Editora: Ángeles López

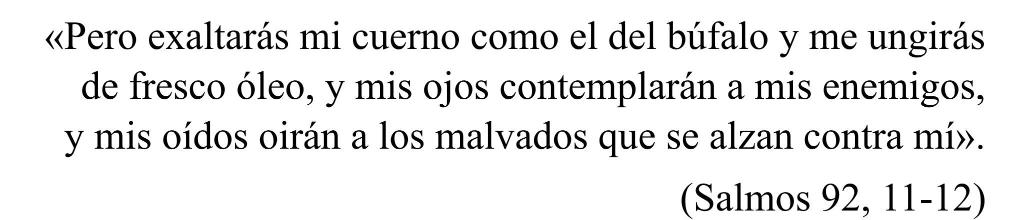
Diseño y maquetación: Joaquín Treviño

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-18346-46-0


«Pero exaltarás mi cuerno como el del búfalo y me ungirás
de fresco óleo, y mis ojos contemplarán a mis enemigos,
y mis oídos oirán a los malvados que se alzan contra mí».

(Salmos 92, 11-12)

«He combatido la buena batalla, he terminado la carrera, he conservado la fe».

(II a Timoteo 4, 7)

Agradecimientos

Siempre he pensado que una de las partes más difíciles de escribir un libro es referirse a los agradecimientos, puesto que jamás recogerán todo aquello que se siente y que, lógicamente, se quiere agradecer en unas pocas palabras. Sin embargo, es de rigor intentarlo.

Los más sinceros y afectuosos agradecimientos a: Engel… «*Das kleinste Haar wirft seinen Schatten*» (Goethe). *Schönheit*…*Vielen Dank für alles*. A mis estimados padres, María Jesús y Valentín, eternos en su apoyo e incansables en sus hazañas diarias, y a toda mi familia por su respaldo y fuerza constantes. Un profundo agradecimiento a una persona y gran profesional que ejemplifica aquello de que la luz siempre vence a la oscuridad, mi querido amigo Jesús Callejo. Muchas gracias a mis fratres Gonzalo Rodríguez y Julio César Pantoja, ya sabéis, el camino y el apostolado continúan. Como no, muchas gracias a mi «editora goda» en Almuzara, doña Ángeles López, por hacerte seguidora acérrima de los godos. También quería acordarme con cariño de mi colega Félix Gil, por las puertas abiertas, y de todos aquellos profesores, historiadores, estudiosos, cronistas que me han permitido recorrer esta larga travesía; sin vosotros no hubiese sido posible. No puedo ni debo olvidarme de un viejo compañero, Zar, que aguarda en la otra orilla… Como escribe San Isidoro: «Son también los únicos animales que atienden por su nombre; aman a sus dueños, cuyas casas defienden; por sus amos se exponen a la muerte».

Me gustaría seguir nombrando a más amigos sin cuyo apoyo no habría llegado hasta aquí, pero necesitaría seguramente un libro entero para ello. Vosotros sabéis de sobra quiénes sois. Por último, darte las gracias a ti, amigo lector, por adentrarte en la lectura de las siguientes páginas. Que dicha lectura, aparte de gratificante, sea un granito de arena más en el reenganche con nuestra Historia.

Introducción

¿Por qué un libro sobre los godos? Y… ¿qué tiene éste de diferente?

«…hace tiempo que la áurea Roma, cabeza de las gentes, te deseó y, aunque el mismo Poder Romano, primero vencedor, te haya poseído, sin embargo, al fin, la floreciente nación de los godos, después de innumerables victorias en todo el orbe, con empeño te conquistó y te amó y hasta ahora te goza segura entre ínfulas regias y copiosísimos tesoros en seguridad y felicidad de imperio».

Alabanza de España, San Isidoro de Sevilla

Qué mejor manera de empezar un libro sobre godos que rescatando algunas de las palabras que tan sabiamente escribió el faro intelectual del Occidente europeo, San Isidoro de Sevilla, durante este periodo. Sírvannos éstas de inspiración…

En estos tiempos inciertos que corren hoy en día, se hace más necesario si cabe el conocimiento de nuestra fascinante Historia y es ahí donde este libro quiere jugar su papel. Pero, evidentemente, no por ello el objetivo de este trabajo es el conocimiento por el mero conocimiento. El *leitmotiv* que el lector encontrará a lo largo de las páginas se justificará en que, por un lado, hay algo más que conocimiento histórico tras cada capítulo y, por otro, que los godos sí se merecían un libro de estas características en el contexto de lo que venimos defendiendo desde hace tiempo como alta divulgación histórica. Así, la mejor respuesta a la pregunta sobre la conveniencia de este libro sobre los godos, creemos que el lector la hallará desde esta misma introducción hasta la última línea de la obra. Además, y como ya hemos comentado en algún trabajo anterior, este periodo ha estado en muchos casos cubierto de una visión un tanto catastrofista y/o sesgada, persiguiendo de esta manera algún tipo de interés del cual, evidentemente, no formamos parte. Por esta razón, nos despojaremos de cualquier tipo de prejuicio para adentrarnos en una epopeya que nos llevará desde el sur de la actual Suecia hasta España, recorriendo gran parte del este y sur de Europa descubriendo

así a los godos, tanto visigodos como ostrogodos. Y es que aquí se encuentra otro elemento fundamental para el desarrollo de este libro, los ostrogodos, quienes desde la división de los godos hasta el final de su reino en la península Itálica jugaron un papel crucial en nuestra Historia como el lector podrá comprobar a través de las páginas que nos seguirán.

De esta manera, y siguiendo la magnífica y exitosa línea marcada por la colección de *Historia* de la editorial Almuzara, trataremos, dando una especial relevancia a los hechos político-militares y a los aspectos simbólicos, identitarios, esencialistas y tradicionalistas, el origen y la migración de los godos, el choque con otros pueblos bárbaros, las relaciones con los romanos, las grandes batallas del momento, la creación y la destrucción de reinos como el visigodo de Tolosa o el ostrogodo en tierras italianas, el nacimiento del *Regnum Gothorum* de Toledo y su posterior desarrollo, las luchas por el poder, etc.

Del mismo modo, añadiremos en determinados capítulos, o incluso llegado el caso dedicando un capítulo íntegro, aspectos que intentarán marcar más la diferencia si cabe con respecto a otros trabajos de esta índole y temática tales como la influencia de este periodo en la política española de mil años después, la evolución religiosa desde el paganismo germánico al cristianismo (primero en su vertiente arriana y más tarde en la católica), el estudio de manera específica de la figura de determinados monarcas que generaron a su alrededor un halo mítico que trascendió los siglos, el simbolismo de algunas ciudades, la relevancia de la cultura o la unión entre la cruz y la espada en busca de la sacralidad del reino.

No obstante, y queriendo ir más allá, no nos quedaremos aquí. También tocaremos cuestiones tan de actualidad hoy en día, pero vistas en demasiadas ocasiones desde un prisma excesivamente heterodoxo o desde un marco netamente ortodoxo, como son las prácticas de corte mágico o las creencias más populares de tinte supersticioso para, a través de las mismas, ver cómo la institución eclesiástica actuó ante esta circunstancia presente en la sociedad hispanogoda. Sin olvidarnos, claro está, de algunos mitos y leyendas que rodean estos siglos pero desde un enfoque cercano a los postulados del ilustre Joseph Campbell: «Los mitos son pistas de las potencialidades espirituales de la vida humana».

Todas estas cuestiones serán enfocadas desde un punto de vista riguroso y dinámico para seguir la línea que venimos marcando desde hace años en distintos trabajos vinculados a la identidad, la tradición y la esencia, justificando así el nombrado aspecto diferenciador de *Historia de los Visigodos*.

Empero, antes de arrancar con el lugar de procedencia de este pueblo, una última reflexión: ¿quiénes eran los godos? Si por ejemplo recurrimos al *Diccionario de la Lengua Española*, manual que debería ser de referencia para todos los hispanohablantes, comprobamos cómo en su primera acepción se señala: «Dicho de una persona: De un antiguo pueblo germánico, fundador de reinos en España, norte de Italia y sur de las Galias». En cambio, en la cuarta y quinta acepciones nos encontramos con que esta palabra es un adjetivo de corte despectivo utilizado en las Islas Canarias y en muchos países de Hispanoamérica para calificar al español peninsular. Pues bien, trascendiendo estas definiciones, veremos cómo el legado de los magnos Teodorico el Grande, Leovigildo, Recaredo y compañía no se queda aquí, sino que forma parte inherente de nuestra esencia más sagrada y resulta determinante para entender nuestro lugar en la Historia.

«Cuando los reyes godos deste mundo pasaron
Fueronse a los cielos; gran reino heredaron;
Alzaron luego rey los pueblos que quedaron…».

Poema de Fernán González
«Pues la sangre de los godos,
el linage y la nobleza
tan crescida,
¡por cuántas vías y modos
se sume su grand alteza
en esta vida!
Unos, por poco valer,
¡por cuán baxos y abatidos
que los tienen!
otros que, por no tener,

con oficios no devidos
se sontienen».

Coplas a la muerte de su padre (X), Jorge Manrique

1.
El punto de partida y el largo camino

Es muy importante que, según lo que nos permiten las fuentes escritas, los estudios arqueológicos y los trabajos de los más sobresalientes especialistas a nivel mundial, establezcamos lo más claramente posible cuál es el origen del pueblo godo y su posterior desarrollo histórico. Ésta es la única fórmula que nos permitirá comprender tanto a nivel global como a nivel particular el hecho de encontrarnos, por ejemplo, a los visigodos a principios del siglo v llamando a las puertas de Roma, teniendo en cuenta que su periplo había comenzado varios siglos atrás en las lejanas tierras de Escandinavia. Una vez establecido dicho origen, nos sumergiremos en el proceso migratorio, los antecedentes de visigodos y ostrogodos a partir de la división de la raíz poblacional y el contacto con otros pueblos bárbaros siendo determinante a nivel identitario la influencia alano-sármata y, a nivel geopolítico, la entrada en escena de los hunos. Por último, analizaremos en el último apartado de este capítulo un asunto que bien podría encajarse en el anecdotario dentro de lo que es el contenido propiamente dicho de este trabajo pero que consideramos muy oportuno añadir como muestra del influjo histórico de nuestro pasado godo y de la conexión Suecia-España.

Entre las herramientas que utilizaremos para escribir este capítulo, aparte de la información facilitada por las investigaciones arqueológicas en lo que se refiere a las fuentes antiguas, tenemos que destacar la obra *Getica* u *Orígenes y gestas de los godos* del cronista Jordanes, que nos ofrece datos muy oportunos gracias al conocimiento que tenía el autor de historias que hoy no hemos conservado como las de Ablavio o Casiodoro. Esta obra fue compuesta a mediados del siglo vi y su importancia reside en que, tal y como señala el traductor y autor de una sublime edición crítica Sánchez

Martín: «constituye el primer intento conocido de crear una historia nacional de un pueblo europeo elaborada de modo consciente con ese objetivo». Sin esta historia de Jordanes, el conocimiento de los godos desde sus orígenes hasta el siglo VI se nos complicaría en demasía. Tampoco podemos dejar de destacar por su relevancia informativa al cronista Amiano Marcelino y su *Historia del Imperio Romano.* En cuanto a los estudios modernos, nos apoyaremos fundamentalmente en distintos trabajos de profesores como García Moreno, H. Wolfram, López Quiroga, M. Kazanski, Arce Martínez, Sanz Serrano, Valverde Castro, Jiménez Garnica, P. Heather, I. Syvanne, S. MacDowall, amén de otros. Tal vez resultaría conveniente destacar entre éstos el ya considerado clásico estudio, a la par que exhaustivo y académico, del profesor H.Wolfram, *History of the Goths*.

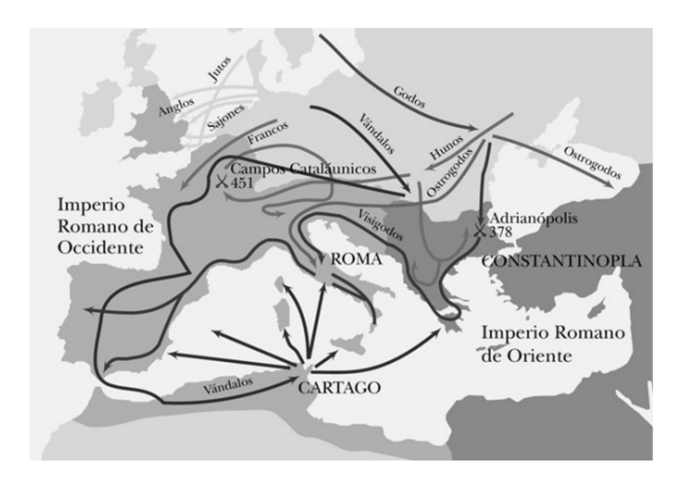
¿De dónde vienen los godos?

Para responder a esta pregunta, podemos recurrir a la toponimia sueca en la que encontramos términos como Gotland, Östergötland y Västrä Götaland para atisbar una cierta respuesta. Si acudimos a las fuentes escritas, el señalado cronista Jordanes dice, con un marcado tinte legendario, que los godos zarparon de la «isla de Escandia» —refiriéndose a la península Escandinava—, al mando de su rey Berig cruzando el mar Báltico para desembarcar en «Gotiscandia», al norte de la actual Polonia en torno a la ciudad de Gdansk. Lo cierto es que otros autores grecolatinos también recogen el origen escandinavo de los godos, y parece que determinados indicios arqueológicos ayudarían a acercarnos a lo que podría ser una realidad histórica. El motivo de la salida del sur de la actual Suecia se vincularía a un aumento de la población, lo que habría propiciado la necesidad de asentarse en nuevos territorios. No obstante, el lector más neófito en la materia debe saber que actualmente, a nivel historiográfico, el origen escandinavo de los godos todavía sigue generando disputas y algunos autores no lo comparten. Nosotros sí somos partidarios de dicho origen, no en vano la dinastía de los Amalos, de la que más tarde hablaremos y a la que el propio Jordanes califica como el linaje más ilustre de los godos, tenía a gala su procedencia desde tierras escandinavas.

Donde ya sí podríamos hablar de una primera etnogénesis goda sería en el norte de la actual Polonia. Es en este momento cuando el cronista Tácito, en su obra *Germania*, realiza la descripción de los lugares y de los pueblos que componían ésta y habla de los *gotones*, quienes no se encontrarían en la misma costa sino en el cauce medio del río Vístula en el siglo I d.C. Resulta curioso el asunto de los ríos, puesto que veremos cómo éstos, de una manera muy singular, marcaron el devenir vital de los godos en general y de los visigodos en particular. Ciertamente cada periodo de lo que podríamos llamar la «historia goda» fue quedando marcado por algún río, véase el propio Vístula pero también el Dniéper, el Dniéster, el Danubio, el Loira y, por cuestiones vinculadas a la realeza, ya sea la muerte de un rey o el establecimiento de una capitalidad, el Busento o el Tajo. Todo ello se detallará en las próximas páginas. Regresando a esa primera etnogénesis goda y a esos *gotones* —también llamados *gutones* por otros autores grecorromanos— en torno al río Vístula, Tácito destaca de los mismos un sistema monárquico más desarrollado que el de otros pueblos germanos. Por otro lado, la posición de los godos en este territorio supuso el contacto con otros pueblos como los vándalos y con distintas tribus a las que tuvieron que enfrentarse, quedando varios de estos pueblos y tribus supeditados de alguna manera al núcleo aristocrático godo y configurándose así una confederación. A partir de aquí comenzamos a atisbar cómo la gran mayoría de pueblos bárbaros que siglos más tarde levantaron monarquías en los territorios del Imperio Romano de Occidente, en sus orígenes y primeras migraciones nunca fueron pueblos homogéneos y «puros», sino que hablamos de auténticas confederaciones de pueblos marcadas por múltiples influencias, ajenas en muchos casos a su propio origen y que tenían en su núcleo a un grupo aristocrático que —desde su posición de superioridad político-miliar— se convertía en el soporte de unión. Este mecanismo que funcionaba como nexo se fundamentaba a través del vivo mantenimiento de las raíces y esencias —por ejemplo mediante cánticos ancestrales que asociaban dicha posición con el vínculo con héroes míticos o incluso con los mismísimos dioses—, y se sustentaba en éxitos político-militares. Serán los distintos procesos de etnogénesis, que abarcaron varios siglos, los que terminaron por configurar en este caso la auténtica esencia goda que estuvo

cargada, insistimos, de múltiples influencias alrededor de un núcleo fundacional y tradicionalista.

El asentamiento de los godos en tierras polacas se identifica en el registro arqueológico con la cultura de Wielbark, que a su vez coincidiría con los *gotones*/*gutones* mencionados por las fuentes grecorromanas. La cultura de Wielbark se caracteriza principalmente por influencias provenientes de Escandinavia y por incluir a otros pueblos, especialmente a otros germanos orientales muy cercanos a los godos como los gépidos o los vándalos. A nivel arqueológico resulta complicado asociar una cultura material exclusivamente a un pueblo en concreto, máxime en periodos con movimientos e influjos culturales, religiosos o comerciales tan fuertes.



Mapa de las invasiones bárbaras.

La historia avanzó y con ella lo que nos gusta definir como la epopeya de los godos. Desde mediados del siglo II d.C. y a largo de finales del propio siglo II y principios del siglo III se produjo un nuevo movimiento migratorio de manera progresiva y escalonada hacia el sur. Hablaríamos de una gran masa poblacional (hombres, mujeres y niños) que partiría desde el sur de los países bálticos y la actual Polonia hasta asentarse en las orillas del mar Negro y en gran parte de la actual Ucrania y toda Moldavia, el nuevo hogar para los godos. Así, vemos cómo desde el mar Báltico al mar Negro se generó un amplísimo espacio cultural vinculado a los godos. En este proceso migratorio y de nuevo asentamiento se incluirían otros elementos poblaciones de raíz germana —como grupos de vándalos o hérulos—, o de raíz no germana —irania, como conjuntos de sármatas—

que se sumarían al elemento godo. Esta circunstancia está revestida de una gran importancia de corte identitario para el pueblo godo y su monarquía puesto que, como señala el mayor experto a nivel mundial en la materia el profesor y académico García Moreno, por un lado, se justifica la capacidad de agrupar con éxito a grupos étnicos de diferente origen y, por otro, el asiento en las orillas del mar Negro y en las amplias llanuras escíticas ubicadas al norte de dicho mar propició «una profunda sarmatización del elemento germano godo» marcando así el proceso de etnogénesis godo. Este influjo procedente de pueblos iranio-esteparios, sármatas y alanos se dejó notar especialmente a nivel aristocrático con nuevas formas de relaciones políticas, nuevas prendas de vestir y, sobre todo, una nueva configuración en el sistema militar godo dando más importancia si cabe a la caballería y al uso del arco y de una poderosa lanza sujeta a dos manos, temible cuando los jinetes iban en carga.

En el primer tercio del siglo III se conformó entre los ríos Don y Danubio un gran reino godo-escita que, como ya hemos señalado, incluía contingentes poblacionales tanto germanos como no germanos y que se fue desarrollando a lo largo de lo que restaba de siglo III y parte del IV. Jordanes recoge la llegada a la Escitia, denominada por otros autores como *Gothia*, como un gran acontecimiento a causa de «la riqueza de estas regiones». Asimismo, cita el enfrentamiento con tribus locales y la expansión por parte del amplio territorio de la Escitia en la que habitaban, a grandes rasgos, poblaciones autóctonas escitas-sármatas. La huella de este fascinante episodio histórico tuvo un hondo calado en la mentalidad de los godos, no en vano Jordanes escribe casi tres siglos después que estos hechos «se narra(n) comúnmente en sus más antiguos poemas, escritos a modo de historia». Esta afirmación del cronista godo nos resulta de un gran valor, pues encierra, más allá de los adornos y grandilocuencias propios de la tradición oral, la importancia entre los godos de los cánticos ancestrales como garantes de un glorioso pasado. No obstante, en su obra histórica recalca la preponderancia de la fuente escrita sobre los hechos transmitidos por vía oral.

En la década de los años 30 del siglo III, los godos se acercaron al *limes* imperial generando las primeras fricciones con los romanos a la par que se

enfrentaban de manera victoriosa frente a otros pueblos bárbaros. Desde su posición estratégica, lanzaron distintas campañas de saqueo asolando varias provincias romanas de la zona del Danubio. Sabemos que pudo darse algún tipo de acuerdo diplomático entre el Imperio y los godos, pero las hostilidades se reanudaron y en el año 250 los bárbaros volvieron al ataque. Las provincias de Dacia y Mesia sufrieron las consecuencias. El reino godo de la Escitia se había convertido en un auténtico problema para el Imperio Romano y, en el contexto de estos enfrentamientos, el año 251 resultó clave, dado que tuvo lugar la batalla de Abrito (Bulgaria). Los godos comandados por Cniva infringieron una cruenta derrota al emperador Decio que perdió la vida junto a la de su hijo en el desarrollo de la contienda y se convirtió así en el primer emperador romano en morir en combate frente a los bárbaros. El éxito de los godos se cimentó en la fortaleza y movilidad de su caballería, en el apoyo de otras tribus bárbaras como los taifalos, y en una tropa romana descontenta con el emperador Decio. Lo cierto es que los godos se habían visto beneficiados por la crisis que sufrió el Imperio a mediados del siglo III con emperadores débiles o que duraban muy poco tiempo en el trono.

Tras el fracaso de Abrito, la postura de los romanos hacia los godos varió en parte. Emperadores como Valeriano (253-260) optaron por una postura más cercana al pacto, mientras que otros —como su hijo Galieno (253-268)— apostaron por pasar al ataque. Las andanzas de los godos continuaron y llevaron su devastación por doquier, actuando nuevamente junto a otras tropas bárbaras más allá de la frontera imperial, llegando hasta tierras griegas e incluso asaltando las ricas urbes de las costas del Mar Egeo y Asia Menor y consiguiendo, al igual que había sucedido anteriormente en las provincias danubianas, un cuantioso botín. Quede como hecho simbólico de estas correrías godas el saqueo e incendio de una de las consideradas siete maravillas del mundo antiguo, el templo de Artemisa en Éfeso. La reacción romana llegó en primer lugar por parte del emperador Claudio II (268-270) —que derrotó a los godos en la batalla de Naiso (Serbia) y cuya victoria sobre éstos fue cumplidamente celebrada ganándose el apelativo de el Gótico— y, en segundo lugar, por el emperador Aureliano (270-275), que igualmente venció a los godos del

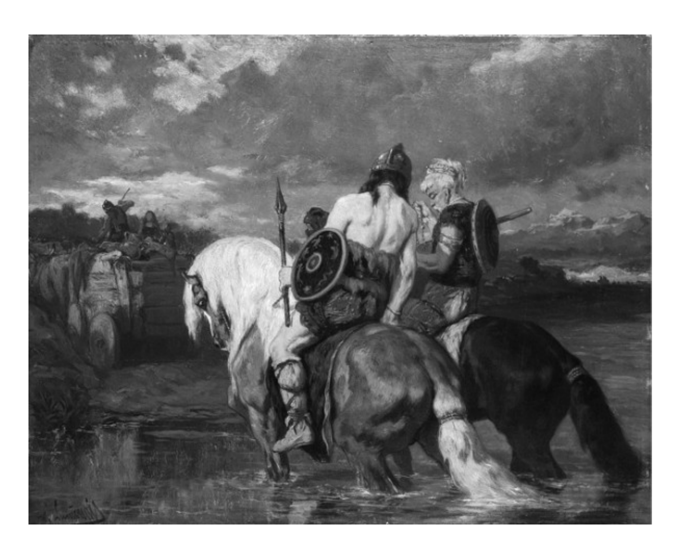
mismo modo que a los vándalos y a otras tribus bárbaras. Más allá de las victorias o de las derrotas, este contacto directo entre los godos y el marco imperial romano supuso un importante foco de influencia cultural y militar que ya no se detendría con el paso del tiempo.

A partir del último cuarto del siglo III se inició una nueva realidad para el pueblo denominado godo, compuesto por elementos populares de diferente origen étnico: la división.

La división: tervingios y greutungos

Al igual que en el apartado precedente hemos mencionado que el registro arqueológico de los godos y de otros pueblos en el norte de la actual Polonia en torno al río Vístula se identifica con la cultura de Wielbark, el reino godo-escita compuesto por pueblos y tribus germanos y no germanos se identifica con la cultura de Čerjahov-Sîntana de Mureş. Cronológicamente esta cultura estaría documentada desde mediados del siglo III, desarrollándose a lo largo de todo el siglo IV y llegando hasta principios del siglo V. Geográficamente ocuparía, *grosso modo*, el territorio costero del mar Negro comprendido entre los ríos Danubio y Don, extendiéndose a una parte muy importante del interior de la actual Ucrania, Moldavia al completo y llegando a abarcar territorios rusos, rumanos, etc.

La cultura de Čerjahov se caracteriza tanto por contener elementos germanos e iranio-esteparios como por una profusa influencia romana asociada al estamento militar y al ámbito comercial gracias, en este último caso, a las rutas griegas. Un elemento a destacar de esta cultura en lo que respecta a la arqueología funeraria es que apenas se halla armamento en las tumbas. Muchos investigadores de la talla de López Quiroga han visto en este hecho un vínculo directo con lo que a la arqueología de época visigoda en Hispania se refiere. Asimismo, la arqueología evidencia un perfeccionamiento de las técnicas agrícolas, un destacado peso de la ganadería en la economía y un importante trabajo artesano (cerámica, orfebrería, vidrio, peines hechos con hueso de animal, etc.). Estos avances llevaron aparejados, lógicamente, un fuerte crecimiento demográfico y un sobresaliente desarrollo cultural.



Evariste Vital Luminais, *Godos cruzando un río*, s. XIX.

Por otro lado, en la misma línea que ocurre con la cultura de Wielbark, encontramos un registro arqueológico homogéneo al que se circunscribirían principalmente los godos pero también otros grupos poblacionales vinculados o sometidos a éstos. Y, como hemos señalado anteriormente, la estancia de los godos en el territorio comprendido por la cultura de Čerjahov sería un paso más en los procesos de etnogénesis de este pueblo.

Una vez establecido el marco arqueológico y cultural, ahora podemos sumergirnos en la citada división. Según Jordanes, cuando en época del rey Filimer los godos llegaron a la Escitia: «el puente por el que cruzaban un río se derrumbó cuando tan sólo la mitad del ejército lo había atravesado y no hubo manera de repararlo, de modo que ni los unos pudieron volver atrás ni los otros continuar adelante, pues este lugar, por lo que se cuenta, está cerrado por un abismo rodeado de pantanos con arenas movedizas y al que la Naturaleza ha convertido en un lugar inaccesible por la mezcla de estos elementos». Algunos autores han querido ver en estas palabras del cronista una metáfora acerca de la división del pueblo godo desde un punto de vista propio del mito y de la leyenda. En este sentido nos podemos encontrar con posturas que establecen la división incluso desde los territorios originales de Escandinavia, otras visiones que llevarían la separación tras la migración al norte de Polonia en el contexto de los *gotones*/*gutones* identificados por las fuentes grecorromanas o —y a este postulado es al que nos adscribimos— las que explican que la división se produjo más tarde, es decir, a

mediados del siglo III, con los godos ya asentados en las orillas del mar Negro y en el contexto de la denominada cultura de Černjahov.

¿Qué motivó la división? Pues igualmente seguimos la línea que acentúa ésta en las derrotas sufridas frente a los emperadores romanos Claudio II el Gótico y Aureliano, más factores tan determinantes como la expansión por el mar Negro/Escitia y la preponderancia de dos clanes o familias reales —a los que seguidamente nos referiremos— asociados a cada uno de los ahora dos pueblos godos: los tervingios-*vesi*-visigodos y los greutungos-ostrogodos. Evidentemente, estos términos no aparecen en la Historia todos a la vez, es un proceso escalonado y que certifica la escisión del grupo originario godo.

- Tervingios-*vesi*-visigodos. Desde el punto de vista etimológico, los *tervingios* —término que aparece en el año 291—, serían «el pueblo de los bosques», «la gente del bosque» o «los que moraban en el bosque». El término *vesi* aparece posteriormente y se referiría a «los buenos», «los nobles» e incluso algunos autores lo identifican con «los sabios». Por último, *visigodos*, que encierra una significado igualmente de corte geográfico, califica a «los godos del oeste», que se encontraban entre el río Dniéster y el bajo Danubio. La ubicación de éstos favoreció el carácter poliétnico de la estructura de la «confederación tervingio-visigoda», encontrándonos también con los taifalos —pueblo de origen iranio-sármata (algunos autores lo consideran germano oriental), fieles aliados y poseedores de una potente caballería—, grupos de alanos, y otros contingentes poblacionales de origen tracio y germánico. Aparte de este carácter poliétnico, la ubicación próxima al Danubio favoreció una mayor influencia romana sobre el conjunto tervingio-visigodo. El clan o la familia más sobresaliente era el de los Baltos y, como señala el cronista Jordanes, «esta familia había recibido hacía tiempo entre los godos por su bravura y coraje el nombre de "Balta", que significa "audaz"».
- Greutungos-ostrogodos. El término greutungos aparece más tarde en las fuentes y a nivel etimológico serían «los moradores o

> habitantes de la estepa y de la costa». Siguiendo con la tendencia en la que la terminología identifica posiciones geográficas, nos encontramos con ostrogodos, que ya son citados por Jordanes en la descripción de la isla de Escandia (Escandinavia), clasificados como «los godos del este» o «godos de la salida del sol», y cuya ubicación estaba al este del Dniéster. A colación de lo expuesto, una vez más recurrimos a Jordanes: «El historiador Ablavio cuenta, en efecto, que cuando residían en la Escitia, en las riberas del Ponto, como hemos dicho, una parte de ellos, que ocupaban la región oriental y al frente de los cuales estaba Ostrogoda, fueron llamados ostrogodos, es decir, "del este", no se sabe bien si por el nombre de su rey o por el emplazamiento geográfico; los restantes, por su parte, fueron denominados visigodos, es decir, de la región del oeste». Muy próximos a los ostrogodos y/o vinculados a éstos se hallarían otros grupos de alanos y distintos pueblos o tribus que, étnicamente hablando, tendrían un origen iranio-sármata. La monarquía estaría más asentada entre los greutungos-ostrogodos y a su frente se situaría el clan o la familia de los Amalos como confirma Jordanes, «dividiendo a sus pueblos en familias: […] obedecían […] los ostrogodos a los de los nobles Amalos».

Antes de continuar con el desarrollo de los hechos históricos tras analizar la división de los godos a finales del siglo III, resulta de mucho interés añadir dos cuestiones. En primer lugar, más allá de la nombrada división o escisión, ambos pueblos continuaron considerándose genuinamente *godos* hasta la caída de sus respectivos reinos varios siglos después. Una misma raíz, un mismo origen, una misma cultura, una misma lengua, una misma religión (hasta la conversión de los visigodos); en definitiva, una misma esencia que siempre estuvo presente. Sin embargo, donde sí podemos establecer una clara diferencia es en los sucesivos procesos de etnogénesis a partir de la fecha indicada, puesto que cada pueblo godo estuvo condicionado por una serie de hechos y de personajes que iremos detallando y que marcaron sus respectivas historias. Todo ello sin olvidar que existieron otras tribus godas de mucha menor entidad

política y poblacional que más tarde no dieron el siguiente paso en el proceso migratorio godo hacia Occidente y permanecieron en la península de Crimea y en otros puntos de la costa del mar Negro. En segundo lugar, y de cara a estimular al lector al contacto con las fuentes históricas de la época, en muchas ocasiones los cronistas romanos engloban en el término *godo* no sólo a visigodos y ostrogodos, sino también a otros pueblos. Es el caso de Procopio de Cesarea, que a mediados del siglo VI incluye entre los «pueblos góticos» a vándalos y gépidos que, como ya hemos comentado, igualmente son germanos orientales como los godos. Además, Procopio, aparte de remarcar que estos pueblos podrían compartir un origen común y que se distinguen por sus nombres, indica que «no se diferencian en nada más en absoluto, pues todos ellos son de piel blanca y rubia cabellera, de alta estatura y buen aspecto, están sujetos a las mismas leyes y practican la religión de forma similar. Todos, en efecto, pertenecen a la fe arriana y hablan una sola lengua, llamada gótica». Por último, y en este mismo sentido de corte onomástico, también podemos ver en distintos autores latinos el uso del término *escitas* —por su ubicación geográfica y reputación— para referirse a los godos, o la utilización del nombre de *getas* cuando son dos pueblos distintos, especialmente desde el punto de vista cronológico. La ubicación geográfica de los antiguos getas en el bajo Danubio resultó fundamental para esta identificación, además del desconocimiento de algunos autores y, sobre todo, del hecho de que el pueblo de los getas contase entre las tribus tracias con una amplia reputación de poderosos y arrojados guerreros. La identificación entre getas y godos la encontramos en autores tan destacados como Jordanes —de ahí el nombre de *Getica* para su obra sobre los godos— o el mismísimo San Isidoro de Sevilla.



Placa de Hermanarico en el Valhalla (Ratisbona).

Retomando el discurso de los hechos históricos una vez analizadas la identificación arqueológica, la división de los godos y la cuestión de los respectivos nombres de los pueblos, se tiende a considerar que dentro de todo este gran compendio de pueblos incluidos en la órbita de tervingios y greutungos, estos últimos, mediante el prestigio que poseía la familia o el linaje de los Amalos, jugaban un papel preponderante.

Ya en el siglo IV, aparte de nuevos enfrentamientos con sármatas y vándalos, los contactos entre el Imperio Romano y los godos se hicieron más fuertes, particularmente para los tervingios, que intervinieron en las luchas por el poder del emperador Constantino I. Éste, tras su victoria, gobernó sobre las dos partes del Imperio y firmó en el año 332 un *foedus* con los tervingios —que habían derrotado a los sármatas—, lo que motivó que un buen número de ellos pidiesen alojo dentro de las fronteras imperiales. El papel de los greutungos en dicho *foedus* queda en duda. Las condiciones de este tratado incluirían por parte romana un pago anual en alimentos y en dinero a cambio del apoyo militar de los godos, los cuales actuarían como tropas federadas en caso de necesidad romana. La importancia del pacto con Constantino I es muy especial porque desde este mismo instante se abrió un periodo de paz que duró varias décadas, a pesar de algunas correrías godas, y se generó un intercambio fluido e interesado entre ambas partes que afectó de mayor manera, insistimos, a los tervingios-visigodos. Nos encontramos en una etapa en la que era muy común, por un lado, la presencia de tropas godas en el ejército imperial y, por otro, que misioneros cristianos fuesen llegando a territorio godo, comenzando así el

complejo proceso de conversiones al cristianismo del que en el apartado oportuno hablaremos.

Alrededor del año 365 los tervingios estaban dirigidos por el *iudex* Atanarico y su territorio era conocido como *Gutthiuda*, un amplio espacio geográfico y poliétnico. La estructura monárquica no estaba asentada entre los tervingios, y en el plano político-militar se regían por la figura de un *iudex* o juez —no de un rey— que era elegido por un consejo del que formaban parte los personajes más destacados de cada tribu. La figura del *juez tervingio* se enmarcaría dentro de un sistema tribal y ejercería, a través de una elección, como máxima autoridad y representante de todos los clanes y de sus respectivos jefes militares —un *reiks* era un jefe militar— ante cualquier amenaza militar o crisis política. Atanarico provendría de una prestigiosa familia, puesto que dos de sus miembros, Ariarico y Aorico, también habían sido anteriormente *jueces* o líderes de los tervingios. Las relaciones entre los romanos y Atanarico no fueron buenas, máxime tras el apoyo de los godos al usurpador Procopio, teniendo lugar entre los años 367-369 una cruenta guerra que enfrentó al emperador oriental Valente con los bárbaros. La contienda se cerró con la firma, en una barca en medio del Danubio, de un tratado de paz entre Atanarico y Valente que evidenció tanto la incapacidad romana para someter a los godos como la dependencia económica de los tervingios al perder el pago de dinero romano y ver limitada la actividad comercial. Por su parte, los greutungos eran gobernados por el rey Hermanarico, un monarca cuyo prestigio cubrió toda la historia ostrogoda: «el más noble de la familia de los Amalos» (Jordanes). Hermanarico expandió los dominios ostrogodos hacia el norte y el este gracias a exitosas campañas militares contra pueblos esteparios y germanos, quedando de esta manera muchos territorios sujetos a su autoridad —aunque sin contener población geutunga-ostrogoda—, y llevando el influjo político-cultural godo, como pasaba con los tervingios, a otros pueblos de esencia no goda. Hacia el año 375 en el horizonte comenzó a verse la llegada de un nuevo enemigo para visigodos, ostrogodos y romanos, un rival al que ni el gran Hermanarico pudo derrotar…

El efecto dominó

En el contexto de lo que la historiografía alemana denomina *Die Völkerwanderung*, es decir, el periodo de las invasiones o migraciones de poblaciones bárbaras sobre el Imperio Romano a lo largo de la Antigüedad Tardía, podemos destacar un episodio muy concreto: la irrupción de los hunos. No en vano, el autor romano Amiano Marcelino —coetáneo a las correrías de los hunos—, se refiere, evidentemente con un tono despectivo y bajo el prisma de un romano, de esta manera a dicho pueblo bárbaro: «Antes parecen animales bípedos que seres humanos, esas extrañas figuras que el capricho del arte coloca en relieve sobre las cornisas de algún puente». Realmente, analizar los motivos y las causas de las invasiones bárbaras sería demasiado extenso y excedería el objetivo de esta obra, por ello recomendamos al lector interesado que acuda a la amplia bibliografía que encontrará al final[1]. Empero, sí resulta conveniente señalar que el proceso de las invasiones o migraciones bárbaras, *grosso modo*, es el resultado complejo de una serie de causas como el crecimiento demográfico, los cambios socio-económicos, las variaciones climáticas, el desarrollo de las monarquías militares, la crisis del Imperio Romano y el efecto dominó que supuso la aparición en escena de los hunos.

En lo que se refiere al origen de los hunos, la historiografía no se pone de acuerdo sobre su procedencia geográfica y étnica. La estepa euroasiática es un territorio extremadamente amplio y podemos encontrarnos con posturas que ubican a los hunos al este del mar Negro, mientras que otros hablan de una posición al norte del Cáucaso más allá del río Don y, por ende, próximos a alanos y godos; algún investigador incluso llevaría sus orígenes más al interior del territorio asiático. Lo que sí parece claro es que poseían elementos turcos y mongoles, rasgos físicos orientales y una estética de corte estepario. El avance huno, primero hasta el Danubio y luego hasta prácticamente el corazón del Imperio, propició que el núcleo poblacional original fuese creciendo al alimentarse de más individuos mediante la conquista, la absorción o el sojuzgamiento de otros pueblos bárbaros de diverso origen, configurándose así dentro del pueblo huno del último cuarto del siglo IV y la primera mitad del siglo V una sociedad totalmente poliétnica.

En el año 375 los hunos derrotaron a los alanos establecidos al este del

río Don y próximos al mar Negro. La lucha fue feroz, ya que estamos ante dos pueblos con una clara esencia guerrera y con una cultura eminentemente ecuestre. Los hunos masacraron a muchos alanos, otros huyeron y entraron al territorio de sus vecinos greutungos, y el resto pasaron a engrosar las filas hunas mediante un pacto de sometimiento. Siguiendo la narración de Amiano Marcelino, sabemos que el siguiente objetivo de los hunos fue el poderoso reino greutungo-ostrogodo del gran Hermanarico. Los enfrentamientos entre hunos y greutungos fueron muy duros y, tras muchos combates, Hermanarico cayó. Pero ¿cómo murió Hermanarico? Según Amiano Marcelino, el rey godo, ante la imposibilidad de detener y vencer a las hordas hunas, tomó la determinación de suicidarse en lo que bien podríamos considerar una inmolación de corte épico. En cambio, Jordanes no cita el suicidio y sí la muerte tras una enfermedad a causa de una herida de espada debido a una traición en el contexto de la guerra con los hunos. Tampoco deberíamos descartar como una hipótesis plausible el fallecimiento en alguno de los múltiples combates. La desaparición de escena de Hermanarico supuso la fragmentación del gran reino greutungo. Una parte de los greutungos, junto a varios de los pueblos que estaban vinculados a éstos, quedó bajo el yugo huno —aunque se mantuvieron cohesionados gracias al prestigio del clan de los Amalos—, y otro grupo entró en el territorio de sus hermanos tervingios en busca de refugio. El efecto dominó prosiguió y el esquema establecido en torno al mar Negro y el Danubio se rompió por completo. El líder tervingio Atanarico organizó la defensa e intentó resistir las embestidas hunas sin conseguir frenar todo lo que se venía encima. La derrota de Atanarico supuso un socavo en su liderazgo y en el año 376 importantes grupos de tervingios —encabezados por el jefe militar o *reiks* Fritigerno y por el igualmente jefe militar o *reiks* Alavivo— solicitaron al emperador oriental poder atravesar la frontera imperial cruzando el Danubio y establecerse en territorios de la Tracia y Dacia poniéndose de este modo al servicio de los romanos. Desconocemos la cantidad de personas que cruzaron el Danubio. La historiografía de los últimos años viene manejando la cifra de unos 200.000 individuos aproximadamente, incluyendo hombres, mujeres y niños, número del que alrededor de una cuarta parte podrían ser hombres en

armas. Valente, emperador oriental, aceptó, tal vez sin ser consciente de que el nuevo equilibro establecido en la frontera no podría mantenerse por mucho tiempo, máxime cuando había puesto al cargo del asentamiento, distribución de víveres, etc., a ineptos funcionarios cuyo principal objetivo no era el de llevar a cabo una buena administración de un proceso tan complejo. La situación llegó a alcanzar niveles tan siniestros que tanto Amiano Marcelino como Jordanes recogen el dato de la venta de cadáveres de perros por parte de los funcionarios romanos a los hambrientos godos. La mala gestión romana llegó a tal punto que los funcionarios, pensando en acabar con el «problema tervingio», decidieron asesinar a los jefes militares Fritigerno y Alavivo. La astucia de éstos lo evitó. Sin embargo, hay autores que consideran que el líder Alavivo sí pudo morir, dado que no vuelve a ser nombrado por las fuentes. A partir de aquí, «prefiriendo morir en la guerra antes que de hambre» (Jordanes) «se desplegó el estandarte de los godos; lanzó el cuerno sus lúgubres sonidos; bandas armadas recorrieron los campos» (Amiano Marcelino).

La coyuntura que atravesaba el Imperio Romano de Oriente comenzaba a ser bastante peliaguda. Aparte de la rebelión tervingia y del inicio de sus correrías por la provincia de Tracia, otros pueblos bárbaros como los grupos de greutungos y de alanos huidos del azote huno e incluso pequeños contingentes de hunos aprovecharon la situación para cruzar la frontera danubiana. La jugada de asentar a los tervingios de Fritigerno no había salido como Valente esperaba, y no parece que se debiese a la mala fe del emperador oriental. De hecho, las relaciones entre el romano y el godo eran buenas. El propio Fritigerno, en su compromiso de asentarse pacíficamente en territorio romano y de respetar sus leyes, también había solicitado su conversión al cristianismo arriano, circunstancia que servía para desplazar al ya malogrado Atanarico. No obstante, el conflicto no iba a solucionarse diplomáticamente por mucho que, tal vez, a Valente y a Fritigerno les hubiese gustado. Desde finales del año 376 hasta mediados del año 378 los enfrentamientos se fueron sucediendo, llegando los godos prácticamente a campar a sus anchas por gran parte de la provincia de la Tracia hasta que tuvo lugar el gran y épico choque: la batalla de Adrianópolis (actual Edirne, al noroeste de Turquía) el 9 de agosto del año 378. Una de las grandes

batallas de la Antigüedad Tardía que más y mejor ha sido estudiada y que, ante todo, y bajo nuestro punto de vista, marcó el destino de los godos. Los tervingios no se plantaron solos en el campo de batalla, contaron con el apoyo de greutungos y alanos liderados por Alateo y Safrax, de taifalos, de bandas de guerreros hunos que o bien se habrían desentendido del núcleo principal o bien buscarían el rico botín que se ofrecía, y de desertores hartos de la inestabilidad y corrupción que vivían en aquella zona y proporcionaron información muy valiosa para los movimientos militares godos. El ambiente y el desarrollo de la batalla son dignos de película. Los hombres de Fritigerno quemaron terrenos adyacentes al campo de batalla para que el calor y el humo producido por el fuego afectase a las tropas romanas. Por si esto fuera poco, el ejército imperial se presentó en el lugar del combate cansado y sofocado tras una larga caminata bajo un sol abrasador. Antes de manchar las espadas de sangre, las fuentes indican que Fritigerno intentó negociar con el emperador Valente, si bien estas acciones pudieron simplemente responder al interés del tervingio por ganar tiempo para que la poderosa caballería greutungo-alana comandada por Alateo y Safrax llegase en el momento clave de la batalla. Finalmente, la victoria cayó del lado godo y el éxito de la misma devino gracias a:

- El conocimiento del ámbito militar romano por parte de los godos junto al acceso al lujoso armamento romano incautado previamente.
- La utilización de la táctica del círculo de carros, ejecutada magníficamente por Fritigerno, gracias a la cual mujeres, niños y ancianos se refugiaron dentro siendo protegidos, desde los carros —que funcionaban a modo de fortificación de madera—, por soldados de infantería. Aparte de la protección, esta táctica permitió el fácil suministro de caballos de refresco a la caballería tervingia y a sus aliados.
- La intervención de la caballería de élite greutunga y alana dirigida por los jefes militares Alateo y Safrax.
- El gran número de bárbaros reunidos en Adrianópolis.
- La circunstancia de que el emperador oriental Valente presentase batalla sin esperar a las más que necesarias tropas enviadas por el

emperador occidental Graciano.

La masacre entre la hueste romana fue muy elevada, y el propio emperador oriental Valente murió, según algunas versiones, por el fuego prendido a una casa en la que se había refugiado en el momento de la huida y, según otras, en la propia batalla. Al igual que había sucedido con el emperador Decio en la batalla de Abrito más de cien años atrás, el cuerpo de Valente jamás fue encontrado. Curiosamente ambos emperadores murieron guerreando frente a los godos.

La batalla de Adrianópolis, cuyas consecuencias aún perduraban varias décadas después, está considerada como una de las mayores derrotas de la historia romana, de hecho, algunos autores la ponen a la altura de las infringidas varios siglos atrás por el mítico general cartaginés Aníbal. Sin embargo, si los romanos pudieron sacar algo positivo de esta debacle fue la aparición de uno de sus emperadores más destacados o, al menos, que mayor peso ha dejado en la Historia; nos referimos al hispano Teodosio.

Tras la victoria goda, Fritigerno y sus aliados avanzaron por la provincia de Tracia en busca de botín e intentaron asaltar tanto la propia urbe de Adrianópolis, donde todavía se hallaba el tesoro imperial, como Constantinopla, pero los godos todavía estaban lejos de controlar la poliorcética, máxime ante las poderosas murallas de estas ciudades, y fracasaron en ambos intentos. En el año 379 fue proclamado emperador de la *pars Orientalis* el nombrado Teodosio y, como expone Jordanes, «este nuevo emperador, hombre de carácter firme y célebre por su valor e inteligencia, fue capaz de levantar los ánimos de un ejército desmoralizado». Un año después, Graciano y Teodosio unieron sus fuerzas para atacar a los triunfadores de Adrianópolis. Estos nuevos enfrentamientos se saldaron con la división del ejército bárbaro —el éxito en la gran batalla no cimentó ni engrandeció el poder de Fitigerno— y con la firma de dos nuevos tratados. Por un lado, en el año 380 el emperador occidental Graciano detuvo las hostilidades con el grupo greutungo-alano y las bandas de hunos —que se habían sumado a la causa goda— liderado por Alateo y Safrax, quedando establecidos todos ellos en Panonia como federados. Por otro lado, en el año 381 Teodosio selló la paz con los

tervingios y éstos, en octubre del año 382, pasaron a ser igualmente federados a cambio de su prestación militar, quedando asentados en el norte de Tracia (sur del Danubio) y Mesia, y recibiendo avituallamiento por parte romana. Teodosio había sabido sacar partido de las disputas por el poder entre los tervingios y ganarse al malogrado Atanarico que, siendo ajeno a la gran batalla de Adrianópolis, hasta ese momento se había refugiado junto a sus leales al norte de los Cárpatos tras enfrentarse a algunas tribus sármatas. Lo cierto es que la nueva aparición en escena de Atanarico fue un tanto efímera, pues murió en algún momento del año 381 durante su estancia en la capital oriental, Constantinopla, admirando la majestuosidad de una urbe prácticamente inconcebible para su «mente bárbara».



Placa de Alarico I en el Valhalla (Ratisbona).

El equilibrio entre los visigodos (abandonamos ya el término tervingios) y Teodosio era prácticamente imposible de mantener por mucho tiempo. El Imperio Romano de Oriente tenía al enemigo en casa y Teodosio lo sabía. Muchos de los compromisos adquiridos en el tratado del año 382 no se cumplieron por parte de la autoridad imperial, y a lo largo de los siguientes años las tensiones fueron notorias tanto de los bárbaros hacia Teodosio como entre los propios visigodos al no existir —tras las presumibles muertes de Fritigerno y Alavivo y la nombrada de Atanarico— durante este periodo un líder claro y rotundo. No obstante, Teodosio, dando nuevamente muestras de su pericia política, sacó rédito al hecho de contar con los visigodos como parte de su ejército. En septiembre del año 394 aconteció la batalla del río Frígido (al norte de Italia) entre Eugenio, usurpador del Imperio Romano de Occidente, y Teodosio, que acudió al combate con

20.000 soldados visigodos que tuvieron una participación clave en la contienda y en la que, según las fuentes, murieron la mitad de ellos. El triunfo de Teodosio gracias al apoyo visigodo significó la certificación del poder del hispano sobre Occidente y Oriente. Sería el último emperador que gobernara sobre ambas partes.

El año 395 resulta muy significativo para la Historia en general y para los godos en particular. Dicho año arrancó con la muerte en Milán del emperador Teodosio, lo que trajo consigo nuevamente la división del Imperio. En este caso la *pars Occidentis* pasó a manos de su hijo Honorio y la *pars Orientalis* fue a parar a manos de su otro hijo, Arcadio. La ausencia de una figura tan potente como la de Teodosio, la juventud de ambos emperadores, el más que presumible incumplimiento de la entrega de suministros (la muerte de Teodosio anulaba el *foedus* del año 382) y una nueva irrupción de los hunos serían motivos más que suficientes para que los visigodos, liderados ahora por el noble Alarico, pasasen a la acción abandonando las provincias danubianas y avanzando hacia Constantinopla con el objetivo de conseguir un nuevo y favorable acuerdo. Sobre la llegada al poder de Alarico, el cronista Jordanes escribe: «los godos proclamaron rey a Alarico, que pertenecía al ilustre linaje de los Baltos». Al respecto, el profesor García Moreno considera: «es muy probable que sus antepasados directos gozasen de una posición continuada de mando a todo lo largo del siglo IV», y añade: «se había destacado en acciones bélicas en los años anteriores […] las fuentes señalan una cada vez más estrecha unión entre los grupos góticos en armas y su rey; unión que se cimentaría en lazos de estructura clientelar, determinaría una drástica reducción de las clientelas de otros nobles godos, y se apropiaría de la exclusiva representación de la *gens* (*Stamm*) de los visigodos». El considerado primer rey de la archiconocida «lista de reyes godos» alcanzó una cuota de poder a la que ningún *iudex*, véase Atanarico, o *reiks*, véase Fritigerno, había llegado, y además con un propósito muy claro: conseguir un reino independiente dentro de los límites imperiales, siendo aliado del Imperio y no un destructor más. Para ello, el rey Alarico necesitaba hacerse fuerte en un territorio, conseguir que los romanos le reconociesen como *rex gothorum* —con lo que nadie dentro de su pueblo pondría en duda su poder—, y asimismo que la autoridad romana

le otorgarse un alto cargo dentro de la estructura militar imperial de cara a asegurarse el pago económico y la entrega de suministros. Bajo estas premisas, queda claro que la ambición de Alarico superaba con creces a la de cualquier otro líder de su pueblo. Alarico trató de presionar al Imperio Romano de Oriente presentándose junto a su ejército y toda su *gens* frente a la capital imperial. Desconocemos el contenido de las negociaciones entre Alarico y Constantinopla, pero los siguientes movimientos le llevaron a invadir el corazón y el sur de Grecia atravesando el famoso paso de las Termópilas y llevando la devastación hasta muchas de sus míticas ciudades como Corinto y Esparta. Antes, la famosa Atenas, según el cronista Zósimo, se había librado de una manera un tanto poética porque Alarico tuvo una visión de la mismísima diosa Atenea y del héroe Aquiles, quienes estaban dispuestos a defender la urbe, ante lo cual el godo optó por pactar y entrar amistosamente en Atenas, donde fue recibido cordialmente. Como señala el profesor Arce, Zósimo, desde su posición de pagano, buscaba equiparar a sus dioses con las ya famosas salvaciones del Dios cristiano en situaciones bélicas similares. Presumiblemente los atenienses compraron la amistad de los invasores bárbaros para evitar correr la misma suerte que seguidamente corrieron otras destacadas urbes griegas como, por ejemplo, las del Peloponeso. A pesar de estos ataques y en el contexto de la rivalidad entre Oriente y Occidente, alrededor del año 397 el emperador oriental Arcadio nombró a Alarico *magister militum per Illyricum*, viéndose de esta manera el godo beneficiado, entre otras cuestiones, de lo que suponía ostentar el más alto cargo militar dentro de la estructura imperial del Ilírico (prefectura que incluía, a grandes rasgos, desde Grecia hasta la moderna Hungría). Además, ahora tenía acceso al valioso y preciado armamento de las fábricas y almacenes romanos ubicados en este territorio y que tan útil sería en campañas sucesivas y, al mismo tiempo, recibía los consecuentes beneficios económicos y de aprovisionamiento inherentes a tal cargo. Todo parece indicar que este nombramiento se debió a la utilización por parte de Oriente de Alarico y su belicosa tropa frente a las posibles acciones de Estilicón, *magister militum* de Occidente y auténtico gestor de la política imperial desde su posición preeminente.

A caballo entre el final del siglo IV y el arranque del siglo V, los

acuerdos que unos pocos años atrás habían llevado a Alarico a disfrutar de un alto cargo militar debieron invalidarse. Jordanes escribe: «se reunió en asamblea con los suyos y los convenció para que conquistaran nuevos reinos con su propio esfuerzo antes que permanecer sometidos por indolencia a pueblos extranjeros». Para el profesor Wolfram, el hecho de que las acciones de Alarico hubieran animado a otros pequeños grupos de godos integrados anteriormente en el ejército romano junto a godos ya asentados en Oriente e incluso a esclavos a rebelarse todos ellos y que el Imperio tuviese que intervenir frente a éstos en zonas de Tracia y Asia Menor, más un alejamiento político por parte de los romanos hacia los godos y un acercamiento a los hunos, ayudaría a generar nuevas tensiones entre Constantinopla y Alarico. Así, el godo y su pueblo dejaron atrás Macedonia y los Balcanes y avanzaron hacia la península Itálica, en concreto hacia Milán, lugar donde el emperador Honorio tenía su sede. Alarico no pudo asaltar Milán gracias a la intervención del hábil Estilicón, quien además le derrotó —gracias en buena medida al hecho de contar con un grupo de la famosa caballería alana— en la batalla de Pollentia del año 402 en la que Alarico perdió a muchos hombres y una parte muy importante del tesoro visigodo, y donde incluso su familia llegó a ser capturada, si bien más tarde consiguió recuperarla. Esta circunstancia, y una nueva derrota en el mismo año pero en Verona que conllevó varias deserciones dentro de su grupo, obligó a Alarico a retirarse momentáneamente de la península Itálica e instalarse en Dalmacia y Panonia. El peligro que había supuesto la presencia de los godos motivó que la urbe con condición de capital imperial y sede del emperador dejase de ser la majestuosa Milán para pasar a ser la más fácilmente defendible Rávena, que se convertiría a partir de este momento en una de las ciudades más importantes de la Antigüedad Tardía.

Durante los primeros años del siglo v las relaciones entre Honorio-Estilicón y Alarico se basaron en enfrentamientos, pactos, disensiones…, en definitiva, un tira y afloja que alejaba a Alarico y los suyos de su objetivo y desgastaba al Imperio en una coyuntura nada favorable. Así, a finales del año 405, otro líder godo, Radagaiso, atacó la península Itálica junto a un inmenso contingente bárbaro de variado origen étnico —se tiende a considerar que principalmente ostrogodo—, aunque fue derrotado a

mediados del año siguiente. Pero surgieron más problemas. El 31 de diciembre del año 406 suevos, vándalos, alanos y otras tribus bárbaras cruzaron el río Rin invadiendo y ocupando gran parte de las Galias y, desde Britania, en el año 407 se orquestó una usurpación que hizo tambalear seriamente el poder de Honorio. Aparte, al año siguiente fue asesinado Estilicón, un hombre que había estado muy cerca de derrotar definitivamente a los visigodos pero que siempre fue partidario del pacto, pues sabía que Alarico y los visigodos eran un arma muy útil para ser utilizada cuando Rávena lo estimase oportuno. Sin embargo, sus opositores dentro del gobierno imperial y el propio emperador Honorio decidieron que su eliminación les sería favorable. Craso error. Apenas dos años después, Alarico atravesaba las puertas de la Ciudad Eterna, evidenciándose de esta manera la mala gestión política del Imperio Romano de Occidente.

A colación de los godos… ¿una alianza entre España y Suecia?

«La Corona gótica es el canto de cisne de Saavedra Fajardo, un último esfuerzo diplomático en el que aúna lo mejor de su erudición para diseñar un elogio y defensa del mito neogótico que fundamenta los derechos de España en Europa contra las pretensiones de Francia, y busca ganarse la simpatía —y acaso la alianza— de los hermanos godos del norte». Esta sentencia del profesor Sáez clarifica en buena medida lo que buscamos en este peculiar apartado y abre el camino por el cual queremos transitar en la parte final del primer capítulo.

En los últimos años han aparecido trabajos realmente interesantes en el ámbito académico y universitario sobre el neogoticismo o visigotismo, o lo que se modelará como el mito gótico, es decir, la visión, el reflejo, la impronta y/o la utilización desde el punto de vista histórico, identitario, político, ideológico, cultural e incluso artístico acerca del pasado godo de España. De esta manera, podemos destacar, entre otros, los estudios de los profesores González Fernández, Corredera Nilsson o la obra *Godos de Papel. Identidad nacional y reescritura en el Siglo de Oro* del nombrado profesor Adrián J. Sáez y de quien proviene la sentencia inicial.

Evidentemente, recomendamos al lector más interesado a que acuda a la bibliografía sugerida al final de este libro en caso de querer ampliar la información que aquí expondremos.

El elemento neogótico está presente en nuestra historia básicamente desde la mismísima batalla de Covadonga y los sucesivos enfrentamientos contra los invasores musulmanes, quienes habían llegado previamente a la piel de toro en el contexto de una guerra civil entre fracciones godas. El arraigo de pertenencia al caído Reino Visigodo de Toledo y el sentimiento por la llamada posteriormente «pérdida de España», de marcado carácter providencialista, impregnó a cada uno de los reinos cristianos del norte peninsular desde oeste a este. Asturias, León, Castilla —que acabará capitalizando el mito gótico en pos de la unidad peninsular y de su ya preeminencia europea—, Navarra, Aragón y los condados catalanes, todos ellos se sentían vinculados a un mismo pasado, admitían la legitimidad de la anterior monarquía goda y de la Iglesia goda y reconocían a la *urbs regia* toledana como auténtico corazón político y espiritual del *Regnum Gothorum*. El caso de Asturias resulta paradigmático ya que, para nosotros, desde prácticamente el primer momento político del reino asturiano, se entiende que el nuevo reino es el legítimo heredero de la monarquía goda y que con Alfonso II, tal y como recoge la crónica Albeldense y así lo corroboran profesores como Bango Torviso, máximo experto en el arte prerrománico, Oviedo pasó a ser la nueva Toledo «…y todas estas casas del Señor las adornó con arcos y con columnas de mármol, y con oro y plata, con la mayor diligencia y, junto con los regios palacios, las decoró con diversas pinturas; y todo el ceremonial de los godos, tal como había sido en Toledo, lo restauró por entero en Oviedo, tanto en la Iglesia como en el Palacio». Nosotros consideramos que el neogoticismo o visigotismo en el Reino de Asturias no es una mera utilización por parte de intelectuales de la corte de Alfonso II o de Alfonso III para justificar sus respectivas monarquías, sino que estaríamos ciertamente y en buena medida ante un proceso natural dados los vínculos anteriores. Independientemente de que con el devenir de los siglos ese neogoticismo pasó a lo que llamaríamos mito gótico y se fue moldeado en distintos casos al gusto del interesado —determinados monarcas godos, véanse Recaredo y Wamba, llegaron a ser

presentados por intelectuales en algunos periodos históricos como modelos a seguir para los reyes de los siglos modernos—, éste tiene una base real, histórica, identitaria, esencialista y tradicionalista y, por ende, se ha convertido un motivo que quedó reflejado a distintos niveles: historiografía, literatura, arte, religión, etc.

Otro momento muy interesante en el que el pasado godo jugó un papel concluyente y que demuestra que aquella época y su legado seguían muy vivos varios siglos después lo encontramos en la antigua capital, Toledo. El hecho de que el monarca Felipe II fijase la corte en Madrid supuso un duro golpe para la antigua *urbs regia* y sus orgullosos habitantes. Resultó inconcebible que la monarquía de los Austrias dejase de lado a la vieja capital goda por una ciudad que no tenía el peso histórico de Toledo ni jugaba un papel definitorio en el identitario colectivo español. Esto propició que muchas de las historias locales que se escribieron en Toledo entre los siglos XVI y XVII contuviesen un claro mensaje ensalzador de la urbe del Tajo a través de su condición de ciudad de los reyes godos y defensor de la primacía eclesiástica heredada de la iglesia goda frentes a otras ciudades españolas.

Sin entrar en el papel jugado por los godos en la literatura del Siglo de Oro, es preciso traer a colación que Cervantes, Lope, Calderón o Quevedo entre otros escribieron sobre este tema tocando distintos géneros literarios. Pero ¿cómo llegamos al contexto político de la Europa de mediados del siglo XVII en la que ese neogoticismo, visigotismo, mito gótico o neogótico, en definitiva, el pasado godo y su herencia tuvieron su protagonismo? En dicho siglo el origen escandinavo de los godos no era puesto en duda, y eso suponía que España y Suecia compartían unos orígenes comunes. Tengamos en cuenta una vez las palabras del profesor Sáez: «España y Suecia compartían el amor por los godos, revitalizado en los siglos XV-XVII: el goticismo sueco era una verdad nacional que se había proclamado —y utilizado— públicamente en varias ocasiones y que valía como la mejor tarjeta de presentación del reino sueco como el más antiguo y prestigioso de Europa».

Si nos situamos en plena Guerra de los Treinta Años (1618-1648) —un conflicto bélico que afectó prácticamente a toda Europa y a la gran mayoría

de sus estados y que se cerró con la famosa Paz de Westfalia que supuso, a grandes rasgos, la caída de la preponderancia europea de la Monarquía Hispánica frente a los intereses franceses— un acercamiento e incluso una alianza entre España y la nueva potencia en la que se había convertido Suecia desde principios del siglo XVII podría haber jugado un papel determinante en la guerra y haber variado en parte su resultado. En este contexto algunos investigadores han querido ver en la obra del diplomático español Saavedra Fajardo *Corona gótica, castellana y austríaca* (1646) una muestra de los intereses españoles en conseguir la amistad sueca. En esta obra el contenido goticista es el motor de la misma y por ello, aparte de otras cuestiones, tendría como *leitmotiv* que Suecia dejase su cercana posición a Francia, enemigo acérrimo y antiquísimo de España como muestra el propio Saavedra Fajardo en su libro, y entablase así buenas relaciones con España que llevasen la balanza política hacia el lado de la Monarquía Hispánica. Otros autores en cambio no terminan de ver esta finalidad en la obra de Saavedra Fajardo, más allá de la incuestionable lógica que tendría la alianza hispano-sueca. Es más, también podemos encontrar posturas tan interesantes como la del académico García Moreno, que apuesta por el propósito del autor en reafirmar la justificada herencia de los soberanos españoles en sus ancestros godos enfrentándose a la reivindicación exclusivista de los reyes suecos como verdaderos y únicos herederos de los godos.

Resulta curioso que el asunto de Saavedra Fajardo, su *Corona gótica* y el juego diplomático derivado de los pormenores de la Guerra de los Treinta Años no sea un caso aislado en el sentido del trío conformado por godos, España y determinados países nórdicos. Así, nos encontramos con otro caso también profundamente estudiado por los profesores que anteriormente hemos citado. Nos referimos al conde de Rebolledo y sus *Selvas dánicas* (1655). Es una obra distinta a la de Saavedra Fajardo, puesto que nos enfrentamos a un poema dedicado a Sofía Amalia, reina de Dinamarca y Noruega. Según los expertos, el poema, entre otras cuestiones, tendría un profundo componente diplomático, aprovechando las buenas relaciones de su autor con los miembros de la corte danesa, con vistas a conseguir algún tipo de pacto o alianza con Dinamarca debido al inicio de una nueva guerra

en el norte de Europa. Más allá de los intereses personales del conde Rebolledo, como pudo suceder con Saavedra Fajardo, las *Selvas dánicas*, al haber hecho su autor uso de la historia de Dinamarca y de sus orígenes, vendría a mostrar al lector interesado que los antiguos daneses y los ancestros godos de los españoles provenían de una zona geográfica directamente relacionada, por lo que España y Dinamarca estaban estrechamente vinculadas en sus orígenes.

En resumen, vemos cómo muchos siglos después de la mítica migración de los godos desde tierras del sur de Suecia, este origen escandinavo sirvió como herramienta diplomática en el siglo XVII en una coyuntura bélica de alianzas y tratados que poco a poco fueron acabando con la preeminencia española en Europa. Eso sí, los godos «pusieron» su grano de arena para conseguir una buena posición frente a dos influyentes países nórdicos esenciales en el nuevo tablero político de dicho siglo. Y es que, como señala el profesor Sáez: «suecos y daneses se contemplan con simpatía por el común legado godo».

---

1 No podemos dejar de recomendar acerca de esta temática nuestro trabajo *Bárbaros en Hispania. Suevos, Vándalos y Alanos en la lucha contra Roma*.

2.
De Oriente a Occidente

Podría decirse que la corte de Honorio realmente no fue consciente de lo que suponía eliminar físicamente al general Estilicón y con ello perder su equilibradora presencia en el mapa geopolítico de Occidente. Más allá de sus intereses y pretensiones personales, Estilicón, de origen vándalo, casado con una sobrina del emperador Teodosio y siempre muy cercano a la familia imperial, jugaba un papel fundamental a la hora de mantener Occidente a flote ante usurpaciones, invasiones bárbaras y tensiones con Oriente. Alarico y los visigodos, que iban a dejar atrás Oriente para siempre, sin Estilicón en escena —que les había sabido mantener a raya hasta la fecha —, podían presionar a Honorio hasta tensar la cuerda al máximo y con visos de tener éxito en su empresa.

Como hemos señalado, a partir de los años 405 y 406 la situación del Imperio Romano de Occidente era crítica. Estilicón sí había triunfado al derrotar a Radagaiso y, además, había conseguido reclutar a miles de soldados godos que anteriormente seguían al ejecutado líder bárbaro. Sin embargo, suevos, vándalos, alanos y otros contingentes bárbaros campaban a sus anchas por suelo galo y, por si esto fuera poco, la usurpación de Constantino III en Britania no había fracasado como sí había sucedido con algún intento anterior. El usurpador cruzó el canal de La Mancha y consiguió reunir más apoyos para su causa en las Galias, teniendo como siguiente objetivo el control de Hispania.

Bajo este panorama político, continuaremos con el desarrollo histórico y las nuevas acciones de Alarico hasta su triste muerte y simbólico funeral, seguiremos con sus sucesores —que consiguieron asentar al pueblo visigodo en territorio imperial—, y cerraremos el capítulo con un apartado muy sugerente ligado a la religión precristiana y cristiana arriana de nuestros protagonistas y al análisis de la lengua gótica, cuya relevancia en

el proceso de conversión al cristianismo fue supina.

Para todo ello seguiremos nuevamente el relato de Jordanes, además de las obras de Orosio, Olimpiodoro, Hidacio, Zósimo, Procopio de Césarea y San Isidoro de Sevilla para conocer de manera lo más directamente posible los sucesos de la primera mitad del siglo V. En lo que concierne a los estudios actuales, continuaremos con muchos de los autores citados en el capítulo anterior y añadiremos algunos autores específicos que posteriormente serán citados en el singular apartado dedicado a lengua y religión.

A las puertas de la Ciudad Eterna

Desde el año 407 las relaciones entre la corte de Rávena y Alarico eran muy tensas. Ante la difícil coyuntura política que atravesaba el Imperio Romano de Occidente, Honorio pensó en utilizar las tropas de Alarico, asentadas todavía fuera de Italia en el Nórico —aproximadamente las actuales Austria y Baviera—, pero el jefe godo reclamó 4.000 libras de oro para mantener la paz. Estilicón era favorable a dicho pago y por ello trató de convencer al emperador y al senado romano para que el desembolso se efectuase con el fin de mantener a Alarico como aliado frente a los invasores bárbaros y a la usurpación de Constantino III en Occidente y como defensa de sus intereses contra el Imperio Romano de Oriente, mayoritariamente centrados en el control del *Illyricum*.

Tras la desaparición de Estilicón —y con ello el triunfo del sector romano opuesto a los pactos con los bárbaros y especialmente con Alarico—, las negociaciones entre el balto y Honorio no llegaron a buen puerto y los visigodos volvieron a entrar en la península Itálica. Alarico avanzó sin encontrar resistencia y dejando a un lado Rávena, ya que su objetivo era la simbólica Roma. Por el camino arrasó algunas urbes y puestos fortificados hasta presentarse en otoño del año 408 ante las puertas de la Ciudad Eterna. Iba a comenzar el primero de los tres asedios de Alarico sobre Roma. Alarico y sus visigodos no se encontraban solos. La llegada de más «músculo militar» al grupo liderado por el balto se produjo justo con el asesinato de Estilicón unos meses antes. El *magister militum* había

reclutado a unos 12.000 guerreros de alto nivel entre las huestes del derrotado Radagaiso, que al desaparecer Estilicón se habrían unido al contingente de Alarico junto a otros tantos bárbaros más desafectos al Imperio por su nueva política «anti-bárbara», llegándose así a un refuerzo de unos 30.000 hombres. A esta cifra se sumó un número indeterminado de esclavos de la zona itálica que suponemos veían en las acciones de Alarico una oportunidad de prosperar. Pero había más, Alarico había hecho llamar a su cuñado Ataúlfo, que se encontraba en Panonia al mando de un importante ejército al que luego nos referiremos, para que le ayudase en sus campañas itálicas.

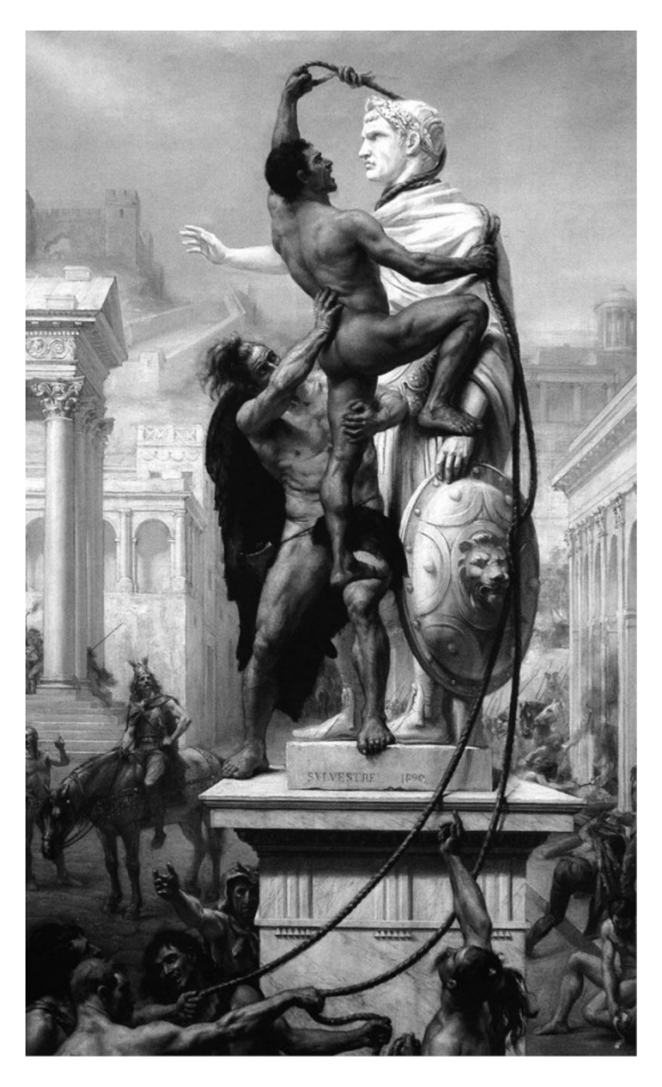
Alarico cortó la llegada de suministros a Roma y el senado no tuvo más remedio que negociar, puesto que Honorio no iba a enviar desde Rávena ningún ejército para socorrer la ciudad a pesar de las esperanzas que tenían los propios romanos en el socorro de su emperador. Zósimo describe Roma como una tumba con muertos por doquier, ya que no se podía salir fuera de la urbe para realizar enterramientos. Es más, la sombra del consumo de carne humana sobrevoló la ciudad e incluso se pensó en recuperar algunos ritos paganos para recobrar el favor de los viejos dioses. Ante la incapacidad de la ciudad para hacer frente al pago pretendido por Alarico y la desesperación de sus habitantes, el senado se hizo cargo del mismo, llegando a recurrir a las estatuas de algunos dioses y de grandes personajes. Así, Alarico consiguió un rico botín que engrosaría el naciente tesoro godo y que estaba basado en varias libras de oro y de plata, prendas de vestir de alta calidad y víveres. A partir de aquí Alarico levantó el asedio y trasladó su campamento fuera de las inmediaciones de Roma mientras controlaba de lejos la urbe y esperaba un nuevo tratado con Honorio. En el año 409 fue cuando llegó Ataúlfo encabezando su séquito. Esta hueste estaba formada mayoritariamente por caballería de origen greutungo y huno, unida a su jefe a partir de un vínculo de lealtad como es habitual en este tipo de grupos, y cuya calidad guerrera se encontraba fuera de toda duda. Resulta de interés señalar que este sobresaliente grupo supuso para el contingente visigodo la definitiva primacía de la caballería sobre la infantería dentro de la estructura del ejército, amén de un refuerzo de la posición de la aristocracia y sus redes clientelares y un nuevo paso en la etnogénesis visigoda.

Por otro lado, a lo largo del año 409 la situación era tensa tanto para Alarico como para el emperador Honorio. El godo seguía a la espera de acontecimientos sin conseguir ninguna de sus pretensiones y viendo cómo los suministros obtenidos iban menguando (siempre hablamos de soldados y sus familias), mientras que el romano mantenía en la península Itálica un ejército germano rebelde y dispuesto a todo. Las conversaciones se reanudaron —el Papa Inocencio I llegó a intervenir sin éxito— y Alarico, reafirmando su posición privilegiada dentro de su *gens* para ser el único interlocutor válido, volvió a exigir el control militar sobre determinados territorios a fin de obtener los beneficios militares y económicos para él y su pueblo inherentes a tal cargo, y un alto puesto dentro de la estructura militar imperial. Honorio volvió a no aceptar tales pretensiones y sólo estaba dispuesto a contar con los visigodos como soldados al servicio del Imperio. Alarico rebajó sus pretensiones pero Honorio volvió a rechazarlas; la posición antigermana de Rávena era rotunda, y ambos se prepararon para lo inevitable: la guerra. Alarico sabía que tras el fracaso diplomático necesitaba un éxito militar para mantener la cohesión dentro de su amplísimo y variado —étnicamente hablando— grupo, y que los vínculos entre sus miembros se reforzasen. Alarico avanzó otra vez sobre Roma y procedió del mismo modo cortando la llegada de suministros por vía marítima. Al no querer destruir la ciudad, seguramente por la incapacidad de asaltar sus murallas, tenía que rendirla de nuevo por el hambre. La osadía del germano llegó hasta tal punto que obligó al senado de Roma a reconocer a un nuevo emperador en la figura de Átalo, que empezó a disponer como tal concediendo cargos y dignidades militares tanto a Alarico como a Ataúlfo. La posición de Honorio era cada vez más complicada, pero en los inicios de la primavera del año 410 un rayo de esperanza parece que llegó para él. Mientras resistía en Rávena, el Imperio Romano de Oriente mandó tropas en su ayuda y Heracliano, *comes Africae*, continuó enviando suministros desde el granero del Imperio en el norte de África. Otra vez Alarico se encontraba en un *impasse* sin poder rendir a Honorio y con su ejército inquietándose ante la no consecución de objetivos y el gasto continuado de víveres sin reposición. La decisión tomada fue la de quitar la dignidad imperial a Átalo —quien tampoco estaba cumpliendo con lo que

Alarico esperaba—, retenerlo, y volver a reconocer a Honorio con el fin de alcanzar un pacto. Pero el acuerdo no llegó. Es más, Alarico fue atacado de manera inesperada por otro godo, Saro, que actuaba desde hacía tiempo bajo las órdenes del emperador y contra quien Ataúlfo —unido a él por una profunda rivalidad— ya se había enfrentado anteriormente. El balto movió ficha y el 24 de agosto del año de Nuestro Señor de 410 los visigodos entraron en la Ciudad Eterna por la puerta Salaria sin que a ciencia cierta sepamos el motivo de la apertura de la misma, aunque Procopio de Cesarea recoge la información de que los godos no entraron por la fuerza, sino que una mujer de alta posición social y económica ordenó a sus esclavos que abriesen la puerta con el pensamiento de evitar más sufrimientos a los romanos, que ya morían de hambre entre sus muros.

*«*Alarico da orden de que solamente la saqueen, pero no permite que la incendien, como suelen hacer estos pueblos, ni que se cometa afrenta alguna contra cualquier cosa que se encuentre en los lugares sagrados*»*. Con estas palabras describe el famoso saqueo de Roma por parte de Alarico y los visigodos Jordanes. El cronista deja bien claro que el interés de los bárbaros no era el de destruir la mítica ciudad, y que su líder prohibió el sacrilegio y la profanación de las iglesias. La actitud cargada de clemencia de Alarico supuso posteriormente un encendido debate entre los cristianos —que justificaban el saqueo por la persistencia todavía de cultos paganos— y los no cristianos en el olvido hacia sus antiguos dioses. Más allá de las justificaciones de corte providencialista, el saqueo supuso un golpe para Roma tanto a nivel político como económico y simbólico. Por su parte, Orosio también remarca la clemencia de Alarico y sus órdenes de no dañar a cualquier persona refugiada en espacios sagrados y evitar en la medida de lo posible el derramamiento de sangre. San Isidoro, acerca del saqueo, resulta rotundo en sus palabras: «la ciudad vencedora de todos los pueblos sucumbió vencida por los godos triunfadores y, convertida en su presa, les sirvió de esclava». Del mismo modo, hace hincapié en la clemencia mostrada por los visigodos durante el saqueo en virtud de su fe cristiana, aunque estuviese basada en la herejía arriana, e incluso narra, tal vez de manera metafórica, un episodio —que también recoge Orosio— en el que un noble godo encontró una gran cantidad de tesoros litúrgicos en un

santuario vinculado al apóstol San Pedro y cómo Alarico ordenó la devolución de los mismos sentenciando «que él había hecho la guerra contra los romanos, no contra los apóstoles».



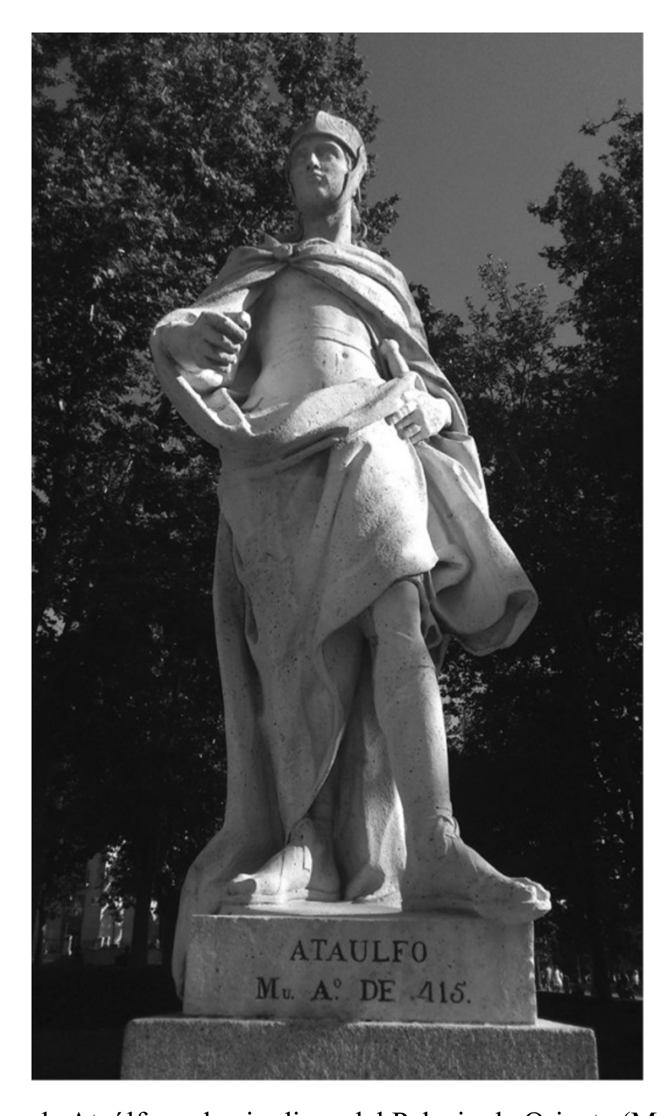
Joseph-Noël Sylvestre, El saqueo de Roma por los visigodos, 1890 (Musée Paul Valéry de Séte, Francia).

El saqueo se desarrolló a lo largo de tres días, entre el 24 y el 26 de agosto y, a pesar de sus daños, resultó más leve que el mismo que sufriría Roma varios años después, en concreto de la mano del *rex vandalorum et alanorum* Genserico. La entrada de Alarico y los visigodos en la Ciudad Eterna dejó una profunda huella en autores contemporáneos y muchos de ellos lo dejaron por escrito, véase el caso de San Agustín. Las consecuencias de la saqueadora decisión del *rex* godo las podemos analizar en distintos planos. Un primer plano que afectaría a la propia urbe romana y es que, tras el saqueo, Roma recuperó su vida normal, eso sí, con la huella simbólica que supuso este episodio; otro plano que se asociaría a las ya imposibles e irreconciliables relaciones entre Honorio y Alarico, lo que era un fracaso para el bárbaro —a partir de aquí, los visigodos debían buscar un nuevo y efectivo plan de actuación—; y un tercer plano relacionado con los beneficios obtenidos por los germanos a raíz del saqueo. Acerca de estos beneficios, los visigodos habían mostrado al tablero geopolítico tanto de Occidente como de Oriente de lo que eran capaces, y Alarico, además, había fortalecido su posición tanto dentro como fuera de su propio pueblo y reforzado las redes clientelares entre su aristocracia. Asimismo, los visigodos habían conseguido rehenes de prestigio, entre los que destacaba una dama, Gala Placidia, hija del emperador Teodosio y hermana de los emperadores Honorio y Arcadio, una mujer clave en la política del siglo v y sin cuya figura no podemos entender esta fascinante época. Gala Placidia se convirtió para Alarico en un as en la manga a la hora de cualquier negociación con los romanos. Y por último, en el contexto de los beneficios derivados del saqueo, nos encontramos con la gran cantidad de riquezas tomadas por los visigodos, no así los más que necesarios alimentos y que, aparte de lo ya obtenido desde la epopeya de Oriente a Occidente —que, claro está, no sería comparable con lo logrado durante los tres días de saqueo—, comenzó a conformar el simbólico tesoro visigodo, del que en un capítulo ulterior hablaremos, en el que debemos destacar la famosa mesa del rey Salomón cuyo destino quedó unido al de los godos al menos hasta el año 711.

Después del saqueo de Roma, la situación del pueblo visigodo —que para este momento tras la suma de los contingentes de diverso origen étnico

anteriormente citados algunos autores cifran en unos 100.000 individuos— era compleja. La necesidad de encontrar un establecimiento resultaba cada día más imperiosa. Por esta razón, Alarico ordenó marchar hacia el sur con el firme objetivo de cruzar al norte de África —una zona rica en provisiones y con muchas posibilidades— para finalmente conseguir el objetivo primigenio del propio Alarico y de los visigodos de establecerse en un territorio dentro de las fronteras imperiales. En su camino fueron saqueando ciudades, y cuando se dispusieron a cruzar el mar a través del estrecho de Mesina, una terrible tormenta dañó gran parte de la flota y el plan tuvo que abortarse. Otra fuente señala que el infructuoso paso se debió a causa de una estatua que poseía virtudes mágicas. El sueño de Alarico y los visigodos volvía a postergarse. El primer rey de la lista de reyes godos no pudo acometer un segundo intento de establecerse en el granero del Imperio y al poco tiempo, a finales del año 410 y con unos 40 años de edad, murió, según Jordanes de manera «prematura y repentina» y no en combate como tal vez hubiese sido menester dada su épica biografía. La descripción que realiza el cronista sobre el funeral de Alarico es sencillamente épica y viene perfectamente a colación referenciarla aquí: «Es muy llorado por los suyos, que le tributaban un gran afecto. Desvían el curso del río Busento, junto a la ciudad de Cosenza […] y reúnen a un grupo de prisioneros para que caven una tumba en medio del cauce del río. En el interior de este hoyo entierran a Alarico con muchas riquezas, vuelven a conducir de nuevo las aguas a su cauce y matan a todos los enterradores para que nadie pueda encontrar nunca el lugar». Un funeral, el relatado por Jordanes, muy llamativo y alejado de la tradición germánica y con tintes paganos. No hay ningún autor más cercano a los hechos que Jordanes que hable de éstos, lo que ha llevado a algunos historiadores como la profesora Jiménez Garnica a considerar que la descripción pudo llegarle al cronista godo a través de la tradición oral y que pudo haberle llegado trastocada casi siglo y medio después con el interés de «elevar a Alarico al rango real y hacerle descender de reyes y de héroes». Algunos investigadores van más allá y llegan a dudar de la veracidad de las palabras de Jordanes considerando el funeral como una leyenda que tomó el cronista o directamente una invención basada en la necesidad de héroes que tiene un pueblo. Por nuestra parte, y desde el punto

de vista tradicionalista en el que nos movemos, nos cuesta considerar la descripción de Jordanes como una especie de entelequia. Aunque no consiguiese el objetivo primigenio, teniendo en cuenta el peso de Alarico en la tradición y esencia de los godos, conociendo la particular gesta que llevó a cabo durante sus años en el poder y sabiendo que fue más lejos que ningún otro gran líder godo hasta ese momento, consideramos que sus más allegados —que estarían unidos a su líder por un juramento de fidelidad y su heterogéneo pueblo en general—, gustarían de darle un enterramiento digno de los anales de la Historia y acorde con lo que fue su vida. El profesor Arce considera que «el funeral de Alarico fue un funeral de tradición gótica» y que existen paralelismo con los funerales de otros grandes personajes con los que el godo comparte un vínculo geográfico en las «regiones de Dacia, Panonia y el norte del mar Negro […] el funeral de Alarico […] parece obedecer a una realidad entre los pueblos que habitaron las regiones del sur del Danubio y el norte del mar Negro de la que se hace eco Jordanes de forma convencional». De esta manera, y como igualmente señala el profesor Wolfram, vuelve a hacerse patente el fuerte influjo del bajo Danubio y del mar Negro sobre los godos a raíz de su establecimiento tiempo atrás en los territorios de la Escitia.



Estatua de Ataúlfo en los jardines del Palacio de Oriente (Madrid).

Así, el enterramiento de Alarico puede considerarse hoy en día como una de las grandes tumbas por descubrir o, tal vez, a pesar de algunos intentos[2] no se deba perturbar el descanso eterno en el fondo de un río italiano del rey, líder y héroe godo. No deja de resultar cuanto menos curioso que su venida al mundo y su partida de éste estuviesen directamente enlazadas a un río: el nacimiento, en una isla del río Danubio y el entierro, en el río Busento.

La importancia de la figura de Alarico no ha sido siempre bien ponderada, independientemente de que no consiguiera la integración de sus godos en el Imperio ni que Honorio le diese el ansiado puesto de alto rango en el ejército imperial. El germano nunca quiso destruir Roma ni el Imperio —no olvidemos el alto grado de romanización de los visigodos—, sino más bien formar parte de él, y por eso siempre agotó la vía de la negociación. Recientemente, el profesor Arce ha publicado una magnífica y bien trabajada biografía, y entre las muchas e interesantes cuestiones que señala sobre Alarico queremos rescatar estas palabras que definen acertadamente la figura del bárbaro y que van más allá del halo «necrolegendario» creado por los romanos: «Alarico es, por encima de todo, un hombre que intenta conseguir acuerdos antes de pasar a la acción, un hombre que intenta las vías diplomáticas porque está preocupado por la suerte de aquellos que le siguen, a veces en condiciones precarias, y también por su propia ambición, es decir, la de obtener cargos y títulos, como él cree que merece, dentro del ejército romano».

La importancia de Alarico también radica en que, más allá de su posición encabezando un poderoso y variado contingente poblacional, sus actuaciones y disposiciones avanzaron en los pasos finales del proceso de etnogénesis de los antiguos tervingios o godos del oeste —más las citadas sumas de otros grupos de diverso origen étnico—, generando cohesión entre ellos para convertirse en una entidad política a tener muy en cuenta en Occidente. Aquí reside, para nosotros, la gran aportación de Alarico a la historia de su pueblo: a partir de un núcleo de raíz gótica junto con la suma de poblaciones de origen germánico y no germánico e incluso en algunos casos con individuos no bárbaros, configuró unos lazos de corte identitario que en lo sucesivo se fueron desarrollando. Podemos inferir que Alarico

intentó adaptarse a la coyuntura política que se vivía en cada momento sin dejar de defender su identidad, valoró la estructura de funcionamiento del estado romano —de ahí que también quisiera formar parte de la misma—, y siempre tuvo presente la necesidad de encontrar suministros para abastecer a su pueblo.

Un último hecho que nos certifica la importancia y la trascendencia de Alarico entre los que le habían seguido es que la monarquía militar visigoda iba a tener un nuevo rey, reafirmándose así la institución monárquica entre los visigodos, muy cercano al difunto. El sucesor elegido fue su cuñado, Ataúlfo, y con él la epopeya goda llegó por primera vez a suelo hispano.

En busca de un reino

La descripción que nos ofrece Jordanes sobre el nuevo rey visigodo es cuanto menos singular, dado que destaca del mismo su inteligencia y belleza tanto de cara como de cuerpo, aunque sin ser un personaje de elevada estatura física. Ataúlfo pertenecía al linaje de los Baltos y, en su elección, resultaría determinante el apoyo de las mismas redes clientelares que se habían ido conformando alrededor de la figura del gran Alarico y el sustento guerrero derivado de su propio séquito formado por caballería de origen greutungo/ostrogodo y huno, auténtica élite guerrera.

Tras los sucesos experimentados en el sur de Italia, Ataúlfo decidió no seguir apostando por el plan de Alarico de cruzar al norte de África. El nuevo rey marchó hacia el norte de Italia saqueando todo lo que pudo a su paso. Ataúlfo había seguido de cerca las infructuosas negociaciones entre Alarico y Honorio, por lo que es posible que pensase que el mismo plan que había seguido su antecesor con Átalo pudiera salir bien con otro usurpador. En este caso nos referimos a Jovino, que en la *Diocesis Galliae* había sido nombrado emperador por parte de la aristocracia galorromana, cansada de la inoperancia de Honorio, contando con el apoyo de diversos pueblos bárbaros. Los visigodos prosiguieron hacia la Galia pero el pacto entre Jovino y Ataúlfo resultó totalmente improductivo, lo que facilitó que el bárbaro apoyase a Honorio frente su aliado inicial. La primera acción militar de los visigodos permitió en el año 412 a su rey acabar con un viejo

y odiado enemigo, el también godo Saro, que había acudido con sus hombres a apoyar la causa de Jovino. Al año siguiente y posiblemente como recompensa a su triunfo sobre el general Saro, Ataúlfo obtuvo un alto cargo dentro de la estructura militar del Imperio. Los éxitos de Ataúlfo continuaron y derrotó tanto a Sebastián, hermano de Jovino y aupado a la dignidad de César, como al propio usurpador. Ambos hermanos fueron ejecutados por el prefecto de Dardano. La aventura imperial de Jovino había llegado a su fin gracias a la intervención de Ataúlfo en favor de Honorio.

Por otro lado, es en este momento de la Historia cuando emerge la figura del nuevo hombre fuerte de Occidente, el *magister militium* Constancio, que decide que los visigodos pasen a la zona de Burdigalia, Burdeos, en la provincia de la Aquitania Segunda[3]. La supuesta nueva buena sintonía entre Honorio-Constancio y Ataúlfo no duro mucho tiempo. Rávena comenzó a no cumplir con el envío de suministros (*annona*[4]) pactado con los visigodos. La razón la encontramos en África, donde a mediados del año 413 una rebelión encabezada por el *comes* Heracliano le había llevado a éste a proclamarse emperador cortando así el ansiado grano que se esperaba en la península Itálica. La reacción de los visigodos fue intentar asaltar la urbe portuaria de Marsella en busca de víveres, pero el envite acabó en fracaso. Ataúlfo regresaba prácticamente a la casilla de salida y se encontraba en el mismo *impasse* en el que Alarico se había visto en varias ocasiones. Puede que esto fuese lo que le llevó a recurrir nuevamente al usurpador Átalo, que seguía dentro del seno visigodo, y a proclamarle por segunda vez emperador. No obstante, esta no fue la única singular disposición de Ataúlfo en el año 414 con la que iba a presionar a Honorio. Así, el rey godo contrajo matrimonio con la princesa Gala Placidia. Según el cronista Hidacio: «en Narbona, cumpliéndose así, según parece, la profecía de Daniel, que dice que la hija de un rey del Mediodía se uniría en matrimonio a un rey del Norte, y que no subsistiría de su unión hijo ninguno». La boda entre el germano y la romana quedó recogida en las fuentes y ahora podemos hacernos una idea de lo excelso y refinado que fue el enlace. El evento siguió los postulados de la moda romana de la época, y en él Ataúlfo pareció más bien un general y aristócrata romano que un

bárbaro. Oro y piedras preciosas, procedentes en gran parte del saqueo de Roma, vestimenta de lujo, poetas y dos tronos son sólo algunos de los delicados detalles que compusieron una boda que bien podemos considerar histórica, cargada de fastuosidad y magnificencia y celebrada en la casa de un sobresaliente personaje galorromano. Un enlace que mostraba la buena sintonía con la aristocracia galorromana del sur de las Galias y que encerraría un claro objetivo político de proximidad por parte de Ataúlfo, pero del cual debía estar muy cerca Gala Placidia quien, como señala Orosio, aconsejaba y guiaba sabiamente a su esposo, lo que también denota un vínculo sentimental entre ambos.

El efecto buscado por el matrimonio godo-romano no fue el deseado por sus protagonistas, y Honorio no reconoció la unión. Después del triunfo del general Constancio sobre el usurpador Heracliano, éste comenzó desde Arlés, capital de la Prefectura de las Galias, a presionar a los godos asentados en Aquitania. Ataúlfo se vio obligado a desplazarse hacia el sur atacando muchas ciudades del sur del territorio galo hasta que el azote de las huestes de Constancio le llevó junto a su pueblo a atravesar los Pirineos, produciéndose así un hito en la historia de España: por primera vez los godos entraban en la piel de toro. La ciudad elegida para asentarse fue la antigua Barcino, Barcelona, que bien podemos considerar la primera sede de la corte goda en Hispania. En Barcino, Ataúlfo se asentó con su comitiva personal —su querida esposa Gala Placidia, su primogénito recién venido al mundo y de llamativo nombre, Teodosio—, la comitiva que seguía a la princesa romana y ahora reina goda, personajes destacados de la política y aristocracia goda que seguidamente jugarán un papel determinante como Sigerico y Walia, miembros de la iglesia arriana como el obispo Sigesaro y el frustrado usurpador Átalo. Estos tiempos vividos por los visigodos en Barcino no fueron felices. Sin que conozcamos la razón, la pieza que podía unir de alguna manera el mundo godo y el mundo romano fue visitada por la Parca —nos referimos al señalado hijo de Ataúlfo y Gala Placidia, Teodosio—, viéndose así cumplida la referenciada profecía recogida por Hidacio. El jovencísimo príncipe fue enterrado en una capilla dentro de la urbe de Barcino o en sus proximidades. La Parca no se quedó aquí, y a finales del verano del año 415 tocó el hombro del mismísimo rey. Según

Jordanes, a causa de alguna rencilla un extraño personaje de nombre Evervulfo hirió mortalmente en el vientre a Ataúlfo mientras éste visitaba los establos. Otras fuentes apuntan a un degollamiento a manos de un allegado en el transcurso de una conversación. Pero tampoco hay que descartar que la motivación del regicidio se derivase de la postura tan cercana de Ataúlfo al ámbito romano.

En resumen, el segundo rey de la afamada lista y primero que pisaba suelo hispano tuvo un inesperado y cruento final. Orosio recoge un pensamiento de Ataúlfo que sintetiza en el mismo y en sus posteriores actuaciones su reinado. En un primer momento la idea de Ataúlfo era la de destruir el Imperio Romano para que fuese de los godos y que «lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia, y que lo que antes fue César Augusto, fuera ahora Ataúlfo». Sin embargo este pensamiento, con el devenir de los tiempos, cambió, puesto que los godos no podían ser controlados por leyes y un estado sin leyes no puede ser un estado. A partir de aquí Ataúlfo tomó la determinación de ayudar con su ejército a Roma para que ésta recuperase su gloria y ser así recordado como el artífice de tal empresa.

---

2 En los últimos años han surgido algunas iniciativas, tanto de corte arqueológico como con un mayor interés económico, para encontrar la tumba de Alarico en el cauce del río Busento, dada la fama y leyenda que rodeó el tesoro con el cual fue enterrado. Para saber más, recomendamos el estudio del profesor Arce *Alarico (365/370-410 A.D.) La integración frustrada*.

3 Los godos quedaban establecidos bajo el sistema de la *hospitalitas*, definida por el profesor Arce en su estupendo trabajo *Bárbaros y romanos en Hispania. 400-507 A.D.* como «el régimen (…) [por el] que el bárbaro recibía dos terceras partes de la tierra cultivable de un territorio romano, la mitad del pasto y bosques». Al alojarse en mansiones y en casas particulares, en muchos casos, la *hospitalitas* permitió a los godos conocer de cerca la vida de la aristocracia romana y su boato.

4 La *annona*, *grosso modo*, era un órgano, institución y/o mecanismo cuyo fin era aprovisionar a Roma y a sus tropas. La condición del norte de África como granero del Imperio convertía a la *annona* africana en un tesoro para la supervivencia del Imperio y con ello su administración en un valor a preservar a cualquier precio.



Mausoleo de Gala Placidia (Rávena).

Los visigodos volvían a encontrarse en la encrucijada de elegir a un nuevo *rex* y en esta ocasión no debía de estar la situación tan clara como a la muerte de Alarico. Los sectores nobiliarios opuestos al clan Baltingo vieron su oportunidad de hacerse con el poder en la figura de Sigerico, quien, entre sus primeras disposiciones, dio muestras de un feroz ensañamiento con la familia de Ataúlfo. En primer lugar, mandó ejecutar a los descendientes del matrimonio entre Ataúlfo y la hermana de Alarico y en segundo lugar, la princesa romana y reina goda Gala Placidia, que todavía se encontraba entre los visigodos a pesar de que Ataúlfo en su lecho de muerte había animado a su hermano a que la devolviese junto a Honorio, sufrió la ignominia de ser mostrada de manera absolutamente humillante en la comitiva triunfal del nuevo rey que desfiló por las calles de Barcino. La justificación de la actitud de Sigerico podemos encontrarla en que éste era hermano del archienemigo de Alarico y Ataúlfo, Saro, y por esta razón, siguiendo la tradición germana, Sigerico se vengó de Ataúlfo matando a sus descendientes y humillando pública y notoriamente a Gala Placidia. Incluso hay autores que a través de algún cronista consideran que el mismísimo asesinato de Ataúlfo pudo ser ordenado por el nuevo soberano. No obstante, las cruentas acciones de Sigerico y su reinado sólo llegaron a la semana de duración, ya que fue igualmente asesinado seguramente por miembros de la nobleza goda.

En el verano del año 415 los visigodos volvían a enfrentarse a una

nueva elección, pues el experimento con Sigerico no había resultado nada positivo. Así, el poder volvió al clan Baltingo en la figura de Walia, «hombre severo y prudente en demasía» como es descrito por Jordanes. Walia recuperó el viejo sueño de Alarico pero esta vez intentando cumplirlo desde el sur de Hispania. De nuevo acabó en fracaso a causa de una tormenta. En un breve espacio de tiempo los visigodos habían tenido tres reyes y vuelto a ver cómo se esfumaba el viejo sueño de asentarse en el norte de África. La situación era casi extrema, de hecho, tuvieron que recurrir a la compra de trigo hispano a los vándalos, quienes aprovecharon la coyuntura para inflar el precio. Así, las opciones se reducían a una cruenta e incierta guerra con el gobierno de Rávena, ahora bien dirigido por el *magister* Constancio, o a buscar un pacto lo más beneficioso posible ante la necesidad de suministros y con el fin de evitar disensiones internas. A mediados del año 416 el tratado entre romanos y godos fue una realidad. En base al mismo, Walia entregó a Gala Placidia —quien había sido repuesta en su honor— a Honorio, y el emperador concertó un nuevo matrimonio que marcó la política de Occidente entre su influyente hermana y el *magister* Constancio. Los visigodos volvían a ser federados del Imperio y su misión ahora la de manchar sus espadas con la sangre de otros bárbaros en Hispania a cambio de recibir el ansiado y esperado trigo. En el otoño del año 409 suevos, vándalos y alanos habían penetrado en la península Ibérica en el contexto de la usurpación de Constantino III y las subsiguientes disputas por el poder, como hemos analizado en profundidad en nuestro anterior trabajo. Los bárbaros se repartieron el territorio hispano quedando los suevos en la Gallaecia occidental, los vándalos asdingos en la Gallaecia interior, los vándalos silingos en la económicamente poderosa Bética, y los alanos pasaron a controlaron prácticamente media Hispania al disponer de la Lusitania y de la Carthaginense. La única provincia fuera del control de los bárbaros a raíz del reparto del 411 fue la Tarraconense.



Alejo Vera y Estaca, *Walia, rey godo*, 1855 (Colección Museo del Prado, Madrid).

Realmente, el *foedus* resultó muy beneficioso para el gobierno de Rávena. Había conseguido recuperar a Gala Placidia y el precio por contar con un destacado ejército como era el visigodo para reinstaurar el poder imperial en Hispania sólo fue el de una cantidad de trigo que ni siquiera serviría para alimentar a todo el pueblo godo. La campaña militar partió desde Barcino, y el primer objetivo de Walia fueron los alanos, seguramente los menos numerosos pero también los más poderosos militarmente dada la esencia guerrera de este pueblo y su afamada cultura ecuestre. Es factible que, por una cuestión geográfica, los alanos fuesen derrotados en primer lugar provocando que los iranio-esteparios retrocediesen hacia la Bética para unirse a los vándalos silingos con el fin de hacer más fuerza frente al poderoso empuje godo. Desgraciadamente no contamos con una descripción detallada de la campaña entre los años 416 y 417, pero el profesor García Moreno establece que el ataque contra alanos y silingos queda justificado por su asiento en provincias muy romanizadas en las cuales convergían intereses senatoriales y económicos. El ejército de Walia demostró su eficacia, pues ya en el 417 alanos y silingos habían reculado hasta el puntal sur de Hispania librándose muy cerca del estrecho de Gibraltar la que sería la batalla final que certificó el triunfo godo y el éxito absoluto de la campaña. Ambos pueblos perdieron a sus respectivos reyes y, dadas las características jerárquicas y aristocráticas de alanos y silingos, también desaparecieron como entidades independientes en Hispania. Los vándalos silingos vieron cómo su rey Fredbal caía capturado y era enviado ante Honorio, y los alanos sufrieron la pérdida en batalla —como tal vez era menester en su arraigada cultura guerrera—, de su rey Addax. Tanto Hidacio como San Isidoro recogen la matanza de bárbaros que efectuaron los hombres de Walia, llevando a silingos y alanos prácticamente hasta la aniquilación. Los supervivientes pusieron marcha hacia el norte para unirse a los vándalos asdingos, regidos entonces por Gunderico. Al respecto escribe San Isidoro: «los alanos, que tenían dominados a los vándalos y a los suevos, causó [Walia] tal matanza que, muerto su propio rey Atax, los pocos que habían logrado sobrevivir, olvidándose de su reino, se entregaron a la autoridad de Gunderico, rey de los vándalos, que había quedado en Galicia». Este movimiento supuso un aumento poblacional del grupo

asdingo, un fortalecimiento de su ejército y la adopción del título de *rex vandalorum et alanorum* por parte de sus monarcas, culminándose así la etnogénesis vándala.

En algún momento del año 418, el poderoso patricio Constancio ordenó el regreso de las tropas de Walia, quien ya había asumido que, a pesar de estar tan cerca, el sueño norteafricano para los godos se había esfumado para siempre en pos de lo que iba a ser la realidad de un reino en el sur de las Galias. Walia había cumplido y con creces lo establecido en el *foedus*, por lo que una ratificación del mismo, manteniéndose como tropas federadas, llevaría al *magister* Constancio a permitir con todas las de las ley el asiento —bajo el régimen de la *hospitalitas*— de los visigodos en la provincia de la Aquitania Segunda junto con la instalación en otras urbes fuera de esta provincia entre las que podemos destacar Tolosa (Toulouse en francés). Bajo estos mimbres se comenzaba a configurar lo que sería el *Regnum Gothorum* de Tolosa. Eso sí, el Imperio se seguía reconociendo como legítimo propietario de estos territorios y, en su estrategia, desplazó a los visigodos del mar Mediterráneo —cuyo control y acceso era siempre vital para los romanos— y fuera de Hispania, donde podrían haberse hecho fuertes. Además, el rey visigodo no recibió ningún tipo de título imperial y su poder se ceñía a su propia *gens*. Walia apenas pudo saborear su exitosa campaña en Hispania y la recompensa recibida en modo de asentamiento, puesto que al poco tiempo falleció.

El sucesor de Walia fue Teodorico I, «hombre de gran moderación y dotado de una enorme fuerza física y moral» en palabras del cronista Jordanes. Durante la década de los años 20 del siglo v los visigodos fueron testigos de las luchas por el poder en Hispania. Los vándalos asdingos de Gunderico atacaron a los suevos y, gracias a la intervención de un ejército imperial, no acabaron con ellos. Los vándalos iniciaron una serie de correrías que culminaron finalmente con el paso al norte de África en el año 429 de manos de su gran rey Genserico, personaje fundamental en la geopolítica de mediados del siglo v, levantado un reino en el granero del Imperio y cumpliendo así el viejo sueño godo. En estas disputas entre suevos, vándalos y romanos algunas tropas visigodas participaron como federadas. Los visigodos también asistieron a los cambios que se fueron

produciendo en la corte de Rávena. Del matrimonio entre Gala Placidia y Constancio nació el futuro emperador Valentiniano III, y el *magister* fue asociado al trono en el año 420 pasando a ser Constancio III, aunque murió un año después. Asimismo, en estos turbulentos años se produjo en Hispania una nueva usurpación: en el año 423 murió Honorio —lo que derivó en la usurpación de Juan, el cual fue posteriormente ejecutado— y se produjo la llegada al trono en el año 425 del nombrado Valentiniano III junto el inicio de la brillante carrera político-militar del general Aecio, quien tendrá un fuerte vínculo con Teodorico I como luego veremos. Estos son algunos de los destacados sucesos que se desarrollaron mientras arrancaban los primeros años del reinado del nuevo soberano visigodo.



Félix Castello, *Teodorico I, rey godo*, 1635 (Colección Museo del Prado, Madrid).

En la década de los años 30 del siglo v Teodorico I movilizó a su ejército y lanzó algunas campañas de expansión que le llevaron a enfrentarse a los romanos comandados por el patricio Aecio, quien contó con el apoyo de auxiliares hunos. En el contexto de estos enfrentamientos podemos destacar la victoria de Aecio en el año 430 sobre los germanos en las proximidades de Arlés, el asedio de Narbona por parte de los godos en el año 436, la victoria de Aecio sobre éstos causando un gran número de bajas entre sus rivales en el año 438, o el ataque del general romano y pagano Litorio sobre Tolosa, que fracasó estrepitosamente ante las armas de Teodorico I a causa, según los cronistas cristianos, de las prácticas supersticiosas del romano. Los visigodos no fueron los únicos que aprovecharon la difícil coyuntura política que atravesaba el Imperio. En Hispania los suevos salieron de sus dominios para lanzar campañas de saqueo y expansión beneficiándose de la vía libre que habían dejado los vándalos al pasar al norte de África. Estas campañas se desarrollaron principalmente en la década de los 40 a manos del prestigioso *rex* Requila o Riquila.

Finalmente, los enfrentamientos entre Teodorico I y Aecio acabaron en el año 439 ratificándose el *foedus* e incluso parece que el emperador Valentiniano III respetó algunas de las nuevas ocupaciones de territorio efectuadas por las campañas de Teodorico I. Rávena necesitaba firmar la paz con los visigodos. El gobierno imperial tenía demasiados frentes abiertos: los vándalos de Genserico en el norte de África, las revueltas bagaudas[5], el asentamiento de otros grupos bárbaros en las maltrechas Galias para que ejerciesen como freno de los godos o las ansias expansionistas de los suevos y de los propios godos son algunos buenos ejemplos. En cierta medida, podemos considerar que la posición de Teodorico I para la década de los años 40 del siglo v estaba fortalecida —a pesar de haber sufrido varias derrotas a manos del patricio Aecio— tras haber ampliado el área de asentamiento y ocupación de los visigodos y, como señala la profesora Jiménez Garnica, haber agregado a su pueblo a un grupo de taifalos que aportó su ya conocida y prestigiosa caballería. Además, las relaciones con la aristocracia galorromana eran buenas y no se habían dado fricciones entre la Iglesia católica y los arrianos godos. En

resumen, en este periodo la institución monárquica se encontraba ya plenamente asentada entre los visigodos, y la etapa nómada recorriendo kilómetros por doquier desde las estepas euroasiáticas hasta Europa Occidental parecía haber llegado a su fin al darse una vinculación con el territorio que ahora comprendía el reino tolosano.

En los juegos de la política internacional de la época, Teodorico I casó a su hija con el hijo y futuro sucesor del rey vándalo Genserico, Hunerico. El matrimonio resultó una terrible calamidad para la princesa goda. Jordanes cuenta que Hunerico, dada la actitud cruel que profesaba a sus allegados y en base a unas sospechas infundadas, llevó a cabo una acción tan espantosa sobre su esposa que generó impacto en su tiempo: «la había enviado de vuelta a las Galias junto a su padre después de mutilarle la nariz y las orejas, privándola así de su natural belleza». Como han señalado diversos autores a los cuales nos sumamos, la afrenta vándala, siguiendo la tradición de los pueblos germanos, exigía una venganza que Teodorico I no acometió. Este no fue el único matrimonio que se dio entre las altas esferas bárbaras, y Teodorico I vio cómo otra hija suya se casaba en el año 449 con el nuevo rey suevo, Requiario. Este matrimonio sellaba una alianza entre las dos monarquías germanas que se rompería espada en mano años más tarde como posteriormente veremos. Lo cierto es que podemos considerar que el periodo de mediados del siglo v fue una época de fuertes interacciones suevo-godas. En el contexto de estos matrimonios, recogemos la interesante reflexión apuntada por la profesora Jiménez Garnica: «en la ancestral concepción matrimonial de la familia indoeuropea y en el sistema matrimonial germánico, el marido de la hija no contraía ningún vínculo de parentesco con la familia de su esposa, pero sí se establecía una relación especial entre los hijos de las hijas y los hermanos varones de éstas que se convertían en *auunculi* de sus sobrinos. A Tácito ya le llamó la atención esta costumbre germánica».

En el año 446 volvemos a encontrar a un contingente visigodo actuando como tropa federada en Hispania, en este caso bajo el mando del *magister* de las Galias Vito, quien fue derrotado a manos de las huestes del *rex suevorum* Riquila.

A medida que fue concluyendo esta década, visigodos e Imperio

Romano de Occidente —que se mantenía en una situación crítica casi constante—, debían terminar entendiéndose nuevamente. Un poderoso rival y viejo enemigo de los godos desde los tiempos de la Escitia iba a exigirles un papel protagonista en una de las batallas más grandes, épicas y recordadas de la Historia.

La religión y la lengua de los godos: de la mitología germana al cristianismo de Arrio

Objetivamente, los datos con los que contamos para establecer el marco de creencias de los godos antes de su conversión al cristianismo son bastante limitados y, habitualmente, como también sucede con otros pueblos germanos, la fe precristiana de nuestros protagonistas se asocia de manera genérica a la mitología germánica. Sin embargo, hay que tener en cuenta que es posible que dentro de los distintos pueblos existiese una variada religiosidad más allá de unos puntos y/o arquetipos en común, y que pueblos como los godos sintiesen un profundo influjo religioso de los pobladores autóctonos que habitaban los nuevos lugares de asentamiento a través de su proceso migratorio. Por esta razón hay que tener mucho cuidado cuando se enlaza automáticamente a los godos precristianos con el panteón germano sin ningún tipo de fisura.

Tácito habla en su obra *Germania*, desde el prisma romano, de la veneración de los germanos al dios Mercurio, cuando lógicamente se estaba refiriendo a Wotan (Odín en la mitología escandinava), al cual se le honraba practicando sacrificios humanos en determinadas y significativas fechas. Igualmente había sacrificios, pero en este caso de animales, para contentar a Donar (Thor en la mitología escandinava), aunque el cronista latino habla de Hércules y de agradar al dios de la guerra Tiwaz/Tyr al que, evidentemente, cita como el dios Marte. Tácito también escribe sobre el culto a la diosa Nerthus, muy presente entre los antiguos germanos y asociada a la fertilidad y a la naturaleza, a quien identifica con Isis. A partir de aquí, podemos suponer que las creencias se extenderían a todo el panteón germano y que Tácito sólo nombró a los dioses que consideraba más importantes o a aquellos que más le llamaron la atención.

Junto a los grandes dioses del panteón germano había dioses de una categoría inferior y seres cuya identidad no estaba en el plano físico pero sí en el trascendental. Asimismo, dentro del paganismo germano el culto a la naturaleza jugaba un papel fundamental. El propio Tácito señala: «llevan a la batalla ciertas efigies e insignias sacadas de los bosques sagrados». Los árboles, los ríos, los lagos, la luna — el profesor Wolfram cita un posible culto a la luna por parte de los tervingios[6]— y las estrellas estaban para los germanos precristianos «impregnados de sacralidad», como dice el profesor Orlandis, al igual que sucedía con determinados animales (una leyenda medieval recoge que los godos eran descendientes ni más ni menos que de un oso y una joven mujer). A todo esto también habría que añadir las creencias y/o prácticas mágicas, muy presentes en las sociedades germanas.

Más allá de este panorama religioso, la realidad es que los datos referidos de manera específica a las creencias godas precristianas son escasos. La arqueología asociada a los godos de la etapa pagana nos informa de la existencia de objetos que poseían runas grabadas, transfiriéndoles así un halo mistérico a la par que mágico. Las runas no dejan de ser un elemento sagrado, pues están vinculadas con el mismísimo Wotan/Odín. En el Museo Nacional de Historia de Rumanía se conserva el Tesoro de Pietroasele, cuya datación se mueve en una horquilla bastante amplia pero podemos ajustarla a algún momento de la segunda mitad del siglo IV. Éste posee elementos asociados a la religiosidad pagana de los godos como por ejemplo un anillo con la inscripción rúnica *gutani* o una espectacular y llamativa pátera o plato de oro de función litúrgica que contiene escenas del personaje de la mitología griega Orfeo y en cuya parte central se representa una bella mujer con una copa que bien podría ser la personificación de alguna divinidad goda. Otra cuestión que nos habla del ámbito pagano de los godos se relacionaría con la información ofrecida por Tácito acerca de esas efigies e insignias nombradas líneas atrás. En el contexto de lo que el profesor Wolfram califica como la segunda persecución goda de los cristianos godos, valga la redundancia —acaecida entre los años 369 y 372 por orden del *iudex* Atanarico—, el líder godo ordenó que en un carro se colocase una pieza u objeto trabajado y con connotaciones divinas a modo de ídolo para que fuese exhibido y recibiese

los pertinentes sacrificios. Más referencias a las creencias precristianas de los godos las encontramos en Jordanes. Por ejemplo, el cronista habla en varias ocasiones de los sacrificios que realizaban los godos a sus dioses: «Los godos aplacaron siempre a Marte con un culto crudelísimo, pues le sacrificaban como víctimas prisioneros, pensando que el modo más indicado de aplacar al dios de la guerra era con el derramamiento de sangre humana». Nuevamente nos encontramos con un dios de carácter guerrero en el contexto de la fe de un pueblo bárbaro y ante el desconocimiento del nombre se le aplica la terminología latina: Marte. Pero Jordanes no se queda aquí, sino que habla de cómo los godos honraban a este dios poniendo en los troncos de los árboles —otra vez el factor de la naturaleza jugando su papel— los restos de los sacrificados y de cómo este dios era el más venerado y respetado. En este contexto de los sacrificios y las creencias paganas de los godos, podemos encajar la figura del godo Radagaiso cuando a principios del siglo v amenazaba el corazón de la península Itálica y «había prometido ofrecer a sus dioses toda la sangre de la raza romana», según Orosio. En esta línea podríamos añadir el dato que aporta la profesora Jiménez Garnica para una fecha tan tardía como es finales del siglo v, ya en un marco plenamente cristiano arriano del reino tolosano. Escribe la experta que los visigodos, durante un asedio, al cesar los combates por la noche, cortaron la cabeza a los soldados caídos en el choque. Este hecho vendría a justificar que en algunas comitivas privadas el culto al dios guerrero Tiwaz/Tyr permanecía vivo en algún nivel quedando reflejado en el sacrificio de prisioneros o en la circunstancia de decapitar a los muertos. Fuera del ámbito de los sacrificios, pero sí en el ámbito del culto a la naturaleza, el poeta Claudiano habla del cristiano arriano Alarico cuando éste paseaba sosegadamente por un bosque, que bien podría contener connotaciones sacras, y escuchó una voz que le habló de su futuro éxito en Roma. Lo cierto es que encontramos algunas referencias más en los cronistas que resultan sencillamente sorprendentes y nos permiten inferir que, a pesar de la conversión al cristianismo, este proceso no fue de un día para otro como resulta obvio ni eliminó de golpe el sustrato pagano. Así, tras la batalla de Adrianópolis y el subsiguiente intento de asalto a Constantinopla, según Amiano Marcelino las tropas del triunfador tervingio

Fritigerno frenaron su ardor guerrero de manera imprevista cuando un soldado sarraceno perteneciente a la guarnición de la capital imperial se lanzó sobre los godos gritando como un animal, vestido sólo con ropas en la cintura, con el cabello alborotado y armado únicamente con un cuchillo. Este guerrero derribó a un enemigo germano y colocó sus labios en las heridas del caído para beber su sangre cual vampiro, en este caso tardoantiguo. «Los bárbaros del Norte se estremecieron», en palabras del cronista, ante aquella escena como si se tratase de un miedo atávico asociado a creencias ancestrales. Ante esta tétrica escena, el ataque de los godos perdió fuerza e intensidad. Por último, dentro de este marco referencial relacionado con las creencias precristianas de los godos, otra vez en el cronista Jordanes volvemos a encontrar una información que es conveniente destacar: «llamaron a sus jefes, que parecían vencer por designio de la fortuna, no simples hombres, sino semidioses, esto es, *Anses*. […] El primero de estos héroes, como ellos mismos lo cuentan en sus leyendas, fue "Gapt"». Estos grandes jefes victoriosos eran considerados semidioses, de ahí que para los godos recibiesen el nombre de Anses. De este modo, el que en páginas anteriores señalamos como el linaje más prestigioso entre los godos, los Amalos, quedaba directamente vinculado con los grandes dioses del panteón germánico Wotan/Odín y Donar/Thor. El vínculo con los *Anses* aseguraba la posición protagonista de determinados grupos, clanes, linajes o familias y de sus respectivos prohombres siguiendo la estructura jerárquica y aristocrática típica de estos pueblos y el modelo tradicional y heroico de raíz indoeuropea, además de conferir un mayor soporte identitario. En capítulos posteriores, cuando analicemos la magna figura del rey más importante de los ostrogodos y, por ende del clan Amalo, Teodorico el Grande, volveremos a esta cuestión porque encierra una significación muy profunda.

A grandes rasgos, y sin meternos en profundidad dentro de la mitología y las creencias germanas ya que excederíamos los objetivos de este libro, éste sería el ámbito de creencias de los godos, en su condición de germanos, eso sí orientales, desde su ubicación originaria en tierras escandinavas y a lo largo de las descritas culturas de Wielbark (norte de Polonia) y Čerjahov (Ucrania, Moldavia, etc.), hasta que comienzan a producirse en torno al río

Danubio las primeras conversiones al cristianismo en el segundo tercio del siglo IV. No obstante, nos enfrentamos a un problema, y es que ya hemos venido señalando que a lo largo del periodo migratorio que abarca desde el sur de la actual Suecia hasta el Danubio e incluso después —como más adelante comentaremos en el caso ostrogodo y como ya hemos visto en el caso visigodo con los reinados de Alarico, Ataúlfo, Walia y Teodorico I—, desde la migración primigenia hablamos de una confederación de pueblos de carácter poliétnico con un núcleo godo al que se le van sumando pueblos de origen germano y de origen no germano. ¿Qué sucede con los grupos de sármatas y alanos que se suman a los godos paganos-precristianos? ¿Y con los hunos que por ejemplo llegan de la mano de Ataúlfo en apoyo de su cuñado Alarico? Cuando se dan las primeras conversiones, las respectivas etnogénesis de tervingios/visigodos y de greutungos/ostrogodos todavía estaban lejos de haber concluido. En tiempos de Alarico, el propio líder y su pueblo son vistos como cristianos arrianos, ¿son también arrianos los grupos que se suman a su causa durante las campañas en Italia? Lo cierto es que tampoco contamos con muchos datos en los que encontrar referencias a las creencias de los hunos, más allá de un fuerte vínculo con el ámbito de la hechicería, o con la religión de los pueblos iranio-esteparios como sármatas y alanos. En cuanto a estos últimos, sí tenemos un dato muy interesante y que nos parece sencillamente fascinante. El cronista Amiano Marcelino dice sobre los alanos: «entre ellos la religión no tiene templo ni edificio, ni siquiera un santuario cubierto de paja. Una espada desnuda, clavada en el suelo, es el emblema de Marte, divinidad suprema y altar de su bárbara devoción». Como sucedía con Tácito, los alanos tampoco rezaban al dios Marte de la mitología grecorromana pero sí a un dios guerrero que, como buen pueblo de esencia belicosa, era el centro de su fe. Puede que los grupos de alanos que se integraron en los pueblos tervingios/visigodos y greutungos/ostrogodos acabasen adoptando las creencias del núcleo aglutinador de raíz goda o tal vez hubiese un pequeño camino inverso y que ese estrecho contacto con el ámbito iranio-estepario (principalmente desde mediados del siglo III y gran parte del siglo IV) también pudiera influir de alguna manera que desconocemos en las creencias de los godos. Tampoco hay que olvidar que los godos conocerían el paganismo romano, ya que la

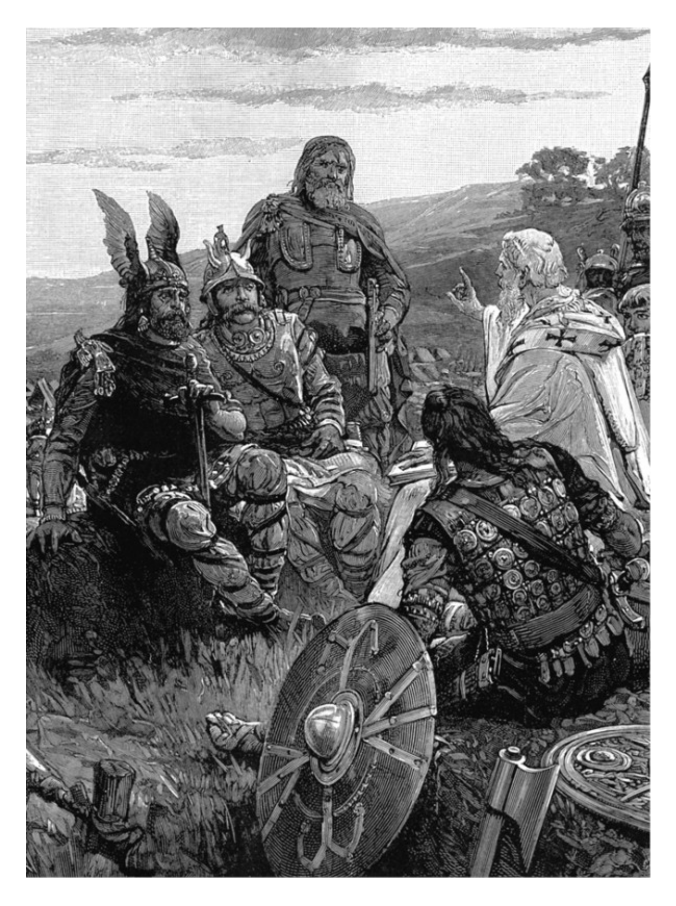
preponderancia y oficialidad del cristianismo en el Imperio llegó tiempo después de los primeros contactos entre germanos y romanos.

---

5 El punto de partida de las rebeliones bagaudas se halla en la Prefectura gálica a finales del siglo III, encontrándonos con destacados focos en la primera mitad del siglo V en las Galias y en Hispania. Se pueden definir como revueltas protagonizadas por trabajadores del campo y campesinos de condición libre que vieron perder sus propiedades a causa de la demanda impositiva de la administración imperial. La única salida para este grupo fue la de pasar a depender de los grandes terratenientes, quedando en muchos casos mermada su calidad de vida.

Ante la indefensión y el condicionante que supuso la llegada de los invasores bárbaros, un número indeterminado de campesinos y dependientes optaron por agruparse y lanzarse al bandidaje. Así, a éstos se sumaron libertos, esclavos, huidos de la ciudad pero también miembros destacados del escalafón social como antiguos militares, desertores o destacados personajes que igualmente pudieron dejar atrás la urbe en busca de una nueva forma de vida. Para el lector interesado en esta temática, recomendamos los trabajos del profesor Gonzalo Bravo.

6 Aunque encontremos referencias sobre las creencias paganas que de una manera específica hablen de sólo uno de los conjuntos godos, nos resulta prácticamente imposible no pensar que se repetiría un patrón muy similar en el otro conjunto.



Ulfilas explica el evangelio a los godos según un grabado de finales del siglo XIX.

En el capítulo anterior hemos señalado que a partir de la paz establecida entre el emperador Constantino I y los godos se abrió un periodo a lo largo de varias décadas en el que los intercambios y los influjos entre ambas partes fueron muy fuertes. No en vano, la influencia romana llevó a los godos a ser considerados los bárbaros más romanizados, asumiendo la complicación que tiene actualmente este término dentro de los círculos académicos. La cuestión es que en estos años de mediados del siglo IV se produjeron distintas llegadas de misioneros cristianos a territorio godo, aconteciendo las primeras conversiones de godos paganos a godos cristianos. En este momento es cuando emerge una figura fundamental, el obispo Ulfilas, que procedía de una familia romana que tiempo atrás había sido hecha prisionera por los godos en una de sus incursiones en el mar Negro. Ulfilas, conocedor de varias lenguas entre ellas la gótica, fue el encargado de traducir la Biblia a la lengua de los godos, con lo que el camino a la conversión quedaba pertinentemente iniciado. A continuación volveremos a Ulfilas y a su traducción de la Biblia.

Las primeras conversiones al cristianismo comenzaron a generar tensiones dentro de los tervingios y acaecieron diversas persecuciones. La primera de ellas tuvo lugar en el año 348, cuando Aorico era juez de los tervingios, pero más cruenta si cabe fue la ya nombrada persecución del juez Atanarico entre los años 369 y 372. Hay que tener presente, como señalan el profesor Wolfran y el investigador Domínguez Hernández, que «el paganismo godo fue una religión exclusivamente tribal» y el cristianismo venía a romper tanto con el orden establecido como con la tradición religiosa ancestral. Atanarico no se conformó con expulsar a los sacerdotes y creyentes cristianos, sino que se puso en marcha una persecución donde la sangre corrió dejando una profunda huella en varias generaciones. El tervingio ordenó que aquel que rechazase adorar y sacrificar en honor a un ídolo que mandó construir —que podría representar a los citados *Anses* y habría varios en toda la tribu— debería morir quemado. En el transcurso de estas persecuciones pereció Sabas el Godo, elevado a la categoría de santo y mártir por la Iglesia. Una tercera acción contra los cristianos también quedó recogida en las fuentes y en esta ocasión su artífice fue el *reiks* o líder godo Wingurich, quien tiempo

después, en la zona de Crimea, quemó a una veintena de cristianos godos, que serían posteriormente convertidos en mártires por tal causa. Realmente, estas persecuciones por parte de algunos líderes godos vienen a demostrar que para un sector de la aristocracia goda el cristianismo era un enemigo que podía desvirtuar el carácter tribal de su fe y modificar las relaciones sociales. Así, para el profesor Wolfram, el ídolo de madera de Atanarico estaría asociado con los *Anses* nombrados por Jordanes y sería una representación de los antiguos dioses o de los grandes héroes y el cristianismo podría supuestamente romper la identidad goda al cortar esa conexión. Sin embargo, el cristianismo en su versión arriana jugó un papel determinante en el proceso identitario tanto de visigodos como de ostrogodos. El camino de no retorno al cristianismo quedó marcado cuando en el año 376 Fritigerno y sus seguidores se convirtieron durante las negociaciones con Valente al arrianismo, pues era la fe del emperador y una herejía con presencia en Oriente. El arrianismo caló profundamente entre los godos a lo largo de finales del siglo IV y se convirtió en un signo identitario de éstos, dado que los diferenciaba de otros pueblos germanos no cristianos pero también de los paganos pueblos iranio-esteparios y de los hunos —e incluso del propio Imperio Romano— porque el arrianismo, condenado como herejía en los concilios ecuménicos de Nicea (326) y de Constantinopla (381), fue perdiendo presencia hasta que el cristianismo niceno o catolicismo se adoptó como religión única y oficial en época del hispano Teodosio. Ya hemos visto cómo en época de Alarico, Ataúlfo, Sigerico, Walia y especialmente con Teodorico I el arrianismo estaba plenamente asentado entre los visigodos y formaba parte de su identidad no sólo como pueblo, sino también como reino.

Pero ¿qué es el arrianismo? Nos encontramos ante una corriente herética del cristianismo que toma su nombre del religioso Arrio, nacido a mediados del siglo III y fallecido en el año 336 en Constantinopla. Su doctrina, conocida como arrianismo, se basaba básicamente en el rechazo al dogma de la Santísima Trinidad, un ataque directo a la línea de flotación del catolicismo. Arrio negaba la naturaleza divina de Jesucristo y abogaba por que el Padre y el Hijo eran dos sustancias distintas, quedando la segunda subordinada a la primera: Cristo era hijo de Dios pero no era Dios. La

biografía de Arrio, como la de tantos otros personajes históricos que llenan las páginas de este libro, es muy llamativa. Sólo vamos a destacar su muerte, que nos ha llegado en un relato con tintes fabulosos y un tanto legendarios que encierran un mensaje providencialista. Según la fuente que habla del fenecimiento, éste fue sumamente trágico e incluso fue utilizado como arma arrojadiza por los católicos en sus disputas teológicas frente a los arrianos. Tras el Concilio de Nicea, convocado por Constantino en el año 325, Arrio tuvo que exiliarse hasta que años después se le permitió volver a Constantinopla. Un día, mientras paseaba por el foro, se sintió indispuesto y buscó un lugar en el que poder hacer frente a esa inoportuna llamada de la naturaleza. Cuando llegó a la letrina, en el instante de evacuar, aparte de los excrementos, sangre a raudales y sus propios intestinos y órganos salieron por su ano provocándole, lógicamente, una terrible muerte. Los escritos de los enemigos de Arrio hablan de esta muerte como un castigo divino, en cambio, los estudios recientes apuestan por un envenenamiento de sus opositores. Años después, en Constantinopla, todavía se recordaba y señalaba el lugar de la vergonzante muerte de Arrio.

Aparte de ser un elemento de cohesión identitaria como pueblo —de ahí que muchos autores hablen de un componente racial en el arrianismo germano (podríamos hablar de «liturgia étnica»), y de añadir un aporte diferenciador con respecto a paganos y católicos, el arrianismo, no sólo para los godos sino también para otros pueblos germanos como los vándalos—, era una creencia ciertamente asumible desde su perspectiva del paganismo germánico. Un germano podía entender a Dios como un gran Padre, con una fuerza total y capaz de todo, y por debajo a su Hijo, el descendiente sagrado y elegido, es decir, Cristo; *a priori* una concepción más asumible desde su «posición bárbara» que lo planteado por los trinitarios/católicos. Los milagros y el hecho de encomendarse al Dios cristiano en momentos difíciles por parte de varios grandes personajes también facilitaron, a modo de señales divinas, el proceso de conversión de los pueblos germanos. El arrianismo jugará un papel fundamental para visigodos y ostrogodos a lo largo de todo el siglo V y parte del VI y será otra pieza más en los procesos de etnogénesis de dichos pueblos.

Por último, y una vez esbozado lo que es el arrianismo, es necesario

conocer de manera un poco más profunda cómo fue la labor de Ulfilas y sus seguidores para conseguir que el credo cristiano comenzase a calar poco a poco en la sociedad goda hasta transformar su universo de creencias a través de su obra de traducción y su labor misional. Ulfilas, cuyo nombre proviene de la palabra que en lengua gótica significa *lobo*, nació en el año 311, de padre visigodo y de madre cristiana, destacó por su capacidad para usar distintas lenguas como el griego, el latín y el gótico, lo que le llevó a convertirse en lector y a formar parte de una comitiva goda que, a modo de embajada, acudió hasta Constantinopla. En torno al año 340 fue nombrado obispo, convirtiéndose en el eje de la Iglesia en Gothia. A lo largo de los siguientes años comenzó una profunda actividad misional y de conversiones entre los godos que dio como resultado la reacción del juez Aorico, que acabaría persiguiendo a los cristianos. Ulfilas era favorable a la confesión arriana, lo que junto a la posterior conversión de Fritigerno a este credo y la petición al emperador arriano de misioneros arrianos, favoreció la extensión de la herejía entre los godos, amén de por las cuestiones de raíz identitaria expuestas anteriormente. Tras la persecución, Ulfilas dejó atrás Gothia para entrar en territorio imperial y continuar con una profunda labor eclesiástica, cultural y formativa para preparar un clero arriano que se estableciese entre los godos. La labor misional de Ulfilas y de su escuela de clérigos/misioneros pudo llevarse a cabo gracias a un hito en la Historia y en la filología como fue el paso de la lengua gótica del lenguaje hablado al escrito. A partir del establecimiento del alfabeto gótico —conocido como alfabeto ulfiliano— se consiguió traducir la Biblia, facilitando de esta manera la obra evangelizadora y pastoral. A modo de curiosidad, no se tradujo el *Libro de los Reyes*, dado que se consideró que su elevado contenido bélico no era adecuado para el carácter guerrero de los godos. Tenemos la fortuna de contar con el que tal vez sea el mejor estudio que se ha realizado sobre la antigua lengua de los godos, que iría poco a poco perdiendo su posición en favor del latín; nos referimos al soberbio trabajo de las profesoras Agud Aparicio y Fernández Álvarez: *Manual de lengua gótica*. Las huellas documentales en las que se conserva la lengua gótica son muy escasas y la principal es el *Codex Argenteus*, también conocido como la Biblia de plata, «códice en hojas de pergamino púrpura escritas en

tinta de plata y oro, procedente de la 1ª mitad del siglo VI», tal y como lo definen ambas profesoras. Muchos autores consideran que este manuscrito vendría de la corte de la Rávena ostrogoda bajo mandato de Teodorico el Grande, siguiendo las traducciones efectuadas por Ulfilas y su grupo de clérigos/traductores. Para las profesoras Agud Aparicio y Fernández Álvarez el alfabeto ulfiliano provendría de una adaptación de tipos de escritura que existían con anterioridad. Este alfabeto utiliza veinticinco letras pero no son uniformes, sino que los caracteres fueron tomados de la cursiva griega, de la uncial latina y de las runas germánicas. En lo que concierne a su clasificación, la lengua gótica se encuentra en el grupo de lenguas germánicas que pertenecen al indoeuropeo, pero poseyendo el gótico una identidad singular y un punto diferenciador marcado por las primeras migraciones de los godos y su condición de germanos orientales que la hace desmarcarse del resto de lenguas comunes de su grupo.



Placa de Ulfilas en el Valhalla (Ratisbona).

En resumen, y partiendo de la base de que resulta extremadamente complejo establecer un marco fijo acerca de las creencias precristianas del pueblo godo ante las limitadas informaciones que nos ofrecen tanto las fuentes escritas como la arqueología, consideramos que es importante tener en cuenta el hecho de que los godos son un pueblo germano oriental antes de aseverar taxativamente que éstos tendrían unas creencias encuadradas exclusivamente dentro de la mitología germana como por ejemplo sucede con los pueblos germanos occidentales. Ese condicionante oriental no sólo marcó su desarrollo político, identitario, militar y cultural, sino que también dejó su huella en el ámbito religioso, tanto en visigodos como en ostrogodos. Por último, no queremos dejar de destacar un hecho muy llamativo al que en otro capítulo volveremos y es que, aunque los godos fuesen variando y adaptando su mundo religioso desde el paganismo al cristianismo arriano y posteriormente al cristianismo católico, más allá de que con el paso de los siglos su deidad referente hubiese ido cambiando, lo que nunca varió —porque supo adaptarse a la nueva fe— fue el venerable recuerdo a los ancestros y héroes dentro del ámbito del factor simbólico del tradicionalismo guerrero.

3.
Un sueño hecho realidad: el *Regnum Gothorum* de Tolosa

«Los legados de Valentiniano conmovieron al rey Teodoredo (Teodorico I) y éste respondió diciendo: “Romanos, habéis conseguido lo que deseabais: habéis convertido a Atila también en enemigo nuestro. Lo perseguiremos hasta cualquier lugar adonde nos haga ir y, aunque se jacte de sus victorias sobre diversos pueblos, los godos saben bien cómo se lucha contra los arrogantes. Me atrevería a decir que no hay ninguna guerra onerosa a excepción de la que se hace por motivos injustos, y nada malo ha de temer aquel que defiende su soberanía”».

Origen y gestas de los godos, Jordanes.

En el capítulo anterior, antes de analizar las cuestiones religiosas y lingüísticas de los godos paganos y arrianos, dejamos el desarrollo histórico justo a mediados del siglo v bajo el reinado de Teodorico I. Pues bien, a continuación nos enfrentaremos junto a los godos a un escenario geopolítico marcado por Atila y los hunos. En esta fase aconteció una de las batallas más famosas de la Antigüedad Tardía y que en buena medida marcó el destino de visigodos y especialmente de los ostrogodos que volverán a aparecer en escena. Así, tras estudiar dicha batalla, nos situaremos en la etapa en la cual el *Regnum Gothorum* de Tolosa estará plenamente asentando e irá ganando cada vez mayor autonomía con respecto al Imperio Romano de Occidente hasta alcanzar la soberanía total sobre su territorio. Y como en la vida los círculos hay que cerrarlos, concluiremos el capítulo con el episodio que dio al traste con el Reino Visigodo de Tolosa y que estuvo a punto de acabar con los visigodos como entidad independiente. De nuevo, una gran y épica batalla marcó el desafío histórico al que se vieron sometidos tanto visigodos como ostrogodos, quienes jugaron un papel determinante como «salvadores» de sus hermanos.

Para todo ello seguiremos la misma línea marcada en este libro. Nuestras herramientas volverán a ser los trabajos arqueológicos, las fuentes antiguas que hemos manejando hasta ahora como Hidacio, Jordanes, Procopio de Césarea, San Isidoro de Sevilla y otras nuevas como Sidonio Apolinar —para adentrarnos en el interior del reino tolosano— o Gregorio de Tours —historiador de los francos—, y proseguiremos manejando los más destacados estudios de grandes autores actuales que, *grosso modo*, serán los mismos que en el capítulo precedente con algún añadido.

La derrota del azote de Dios, una nueva realidad para visigodos y ostrogodos

La sombra del conocido como el azote Dios, Atila, era muy alargada. Desde su poderoso y llamativo palacio de madera en la llanura húngara «dominaba a todos los bárbaros y […] prefería esta morada a todas las ciudades que había conquistado», según recoge Jordanes a través de las palabras del embajador Prisco que había sido enviado a la corte huna por el emperador oriental Teodosio II. Al principio de la década de los años cuarenta del siglo v Atila y su hermano Bleda gobernaban con puño de hierro sobre los hunos y una multitud de pueblos bárbaros entre los que se encontraban los ostrogodos. En estos años el «problema huno» era una cuestión mayoritariamente centrada en la *pars Orientis* que en la *pars Occidentis*. Sin embargo, todo cambió en el año 445, cuando Atila asesinó a su hermano Bleda y se hizo con el control absoluto del poder. Evidentemente, las palabras del cronista Jordanes contienen todos los elementos de la propaganda «anti-huna», empero, nos parece adecuado recogerlas porque pueden ayudarnos a hacernos una idea de la dimensión de la figura del líder supremo huno: «era un hombre nacido para conmocionar a los pueblos e infundir pavor a todo el universo, pues sólo con su tremenda reputación conseguía aterrar a todos». Aunque también el cronista godo alaba muchas de sus virtudes como gobernante. Atila tenía sus ojos puestos en Italia, tal vez no para destruir Roma sino para convertirse en el hombre fuerte de Occidente manejando a su antojo al emperador de turno y, de paso, sometiendo a su dominio a los visigodos de Teodorico I. Realmente, se

sigue discutiendo sobre los motivos que llevaron a Atila a invadir el Imperio Romano de Occidente. Hasta unos años antes, el Imperio Romano de Oriente pagaba un tributo a los hunos a cambio de que éstos no cruzasen sus fronteras y por su parte Aecio, desde Rávena, mantenía una buena relación con ellos, siendo además los hunos «protectores» del *limes* romano ante las posibles incursiones de otros pueblos bárbaros. Es factible que el nuevo emperador oriental, Marciano, viese un peligro en el hecho de tener tan cerca de sus fronteras al poderoso ejército huno. Asimismo, las ansias de poder de Atila tampoco serían muy bien vistas desde Constantinopla, y es por ello que de alguna manera habrían favorecido que los hunos mirasen a Occidente para quitarse el problema de encima. Esta circunstancia, junto a las disputas entre el gobierno de Rávena y Atila en un conflicto civil entre varias tribus de los francos y el interés del bárbaro por tomar a Honoria —a la sazón hermana de Valentiniano III—, como esposa vinieron a completar el amplio abanico de motivos que pudieron provocar el terrible choque.

Entre los años 449 y 450 el comandante en jefe de las huestes romanas intentó negociar con el líder huno y evitar que éste pusiera sus ojos en las viejas Galias. El resultado fue nulo. Además, a finales del 450, el gobierno de Rávena, y especialmente el emperador Valentiniano III, se vio privado de un valor y soporte siempre necesarios como era el de Gala Placidia. Una de las más destacadas representantes de la familia del gran Teodosio dejó este mundo con un currículum envidiable ganándose el respeto entre romanos y bárbaros. Una mujer que por sí misma supo sobresalir en un mundo de hombres y cuya memoria resulta conveniente ser recordada y alabada en estos tiempos.

En los prolegómenos de la gran batalla los juegos diplomáticos protagonizaron el desarrollo político de los acontecimientos. Había muchos intereses en juego. Atila intentó evitar por todos los medios la alianza romano-goda entre Valentiniano III-Aecio y Teodorico I. A su vez, desde Cartago, el poderoso e influyente *rex vandalorum et alanorum* Genserico animaba a Atila a enfrentarse a Teodorico I con el objetivo de eliminar a sus ancestrales enemigos visigodos del tablero de juego de Occidente. A priori, Atila y los hunos podrían parecer un problema más de Rávena que de Tolosa, pero Teodorico I sabía que si el *magister militum* Aecio caía y

Valentiniano III era derrotado, aunque Atila no quisiera deponer y destruir el Imperio Romano de Occidente, el siguiente enemigo a batir iban a ser los visigodos. Además, conociendo el *modus operandi* de los hunos, una derrota frente a éstos supondría la desaparición del pueblo de Teodorico I como entidad independiente y la pérdida de los beneficios que todavía disfrutaban siendo parte del Imperio. Así, tras un intenso intercambio de legados, el emperador romano Valentiniano III y el soberano germano Teodorico I llegaron a un acuerdo para enfrentarse a Atila en una batalla que fue recordada durante generaciones. Dice Jordanes al respecto de la aceptación de la alianza romano-goda por parte de Teodorico I: «Los nobles godos aplauden la respuesta de su jefe y el resto del pueblo los secunda con entusiasmo. A todos les entran ansias de combatir y arden en deseos de luchar contra sus enemigos los hunos».



Placa de Teodorico I en el Valhalla (Ratisbona).

Atila y sus huestes cruzaron el río Rin para arrasar distintas urbes galorromanas y avanzar hasta el río Loira y detenerse en Orleans, punto estratégico casi en el corazón galo. La defensa de la ciudad corría a cargo del rey alano Sangibano y su tropa pero éste, ante el temor que infundía Atila, había decidido entregar Orleans al líder huno. En Orleans quedó consumada la alianza romano-goda, pues la intervención de los hombres de Teodorico I resultó clave para que Atila, tras consultar a sus adivinos, decidiese retirarse en busca de otro momento para entablar combate no sin antes conocer una predicción: la muerte de uno de sus grandes enemigos en batalla pero que no supondría la derrota de los rivales del huno. El 20 de junio del año 451 ha quedado marcado a fuego en la Historia como la fecha

en la que aconteció uno de los mayores combates de todos los tiempos: la batalla de los Campos Cataláunicos o de los *Campus Mauriacus* (cerca de Châlons) sin que todavía conozcamos el punto exacto de la misma. Para entender el desarrollo de la batalla, y por la multiplicidad de sus componentes, resulta conveniente describir los dos bandos enfrentados. En la parte central del ejército huno se encontraban Atila y sus mejores hombres flanqueados por la gran variedad de pueblos que tenían sometidos, tanto germanos como iranio-esteparios, quienes obedecían al rey huno sin contrariedad. De esta manera, podemos destacar a los gépidos —encabezados por su destacado rey Ardarico, fiel consejero de Atila—, y especialmente a los ostrogodos, quienes eran liderados por tres hermanos pertenecientes al prestigio linaje de los Amalos: Teodomiro, Vidimiro y Valamiro. De entre los tres, el predilecto de Atila era Valamiro por sus capacidades y honestidad. En cuanto al otro bando, el patricio Aecio también había conseguido reunir a un ejército variopinto que se dispuso de la siguiente manera: en la parte central se ubicó un contingente de alanos, tal vez con el objetivo de detener a la también prestigiosa caballería huna; en uno de los flancos estaba el propio Aecio con las tropas romanas apoyadas por auxiliares francos pero también con auxiliares de procedencia sármata, burgundia y sajona, entre otros, que habían sido reunidos gracias a su pericia política; y en el otro extremo se ubicó el rey visigodo Teodorico, que además acudió a la batalla en compañía de sus dos hijos mayores, Turismundo y Teodorico.

La batalla comenzó a las tres de la tarde, lo cual no es una cuestión baladí. Atila había retrasado el inicio de la misma pensando en que si el desarrollo del combate no iba como él quería, la noche actuaría como su aliada. Un dato curioso es que visigodos y ostrogodos habían quedado enmarcados unos frente a otros. Es posible que tanto Aecio como Atila entendiesen a los dos pueblos godos como sus mejores y más poderosos aliados y que la mejor manera de frenar a un guerrero godo fuese con otro guerrero godo. El choque arrancó de manera positiva para el bando romano-godo ya que, como señala Jordanes, en el campo de batalla existía una pequeña pendiente que, por su ubicación, confería una ventaja a aquel ejército que la controlase. Por esta razón, Turismundo, que debía de ocupar

un puesto destacado dentro de la estructura militar visigoda encabezada por el *rex* Teodorico, avanzó rápidamente junto con Aecio al cerro y desde su posición privilegiada derrotaron a las tropas enviadas por Atila que tenían el mismo objetivo. Este hecho pudo suponer un golpe para la moral de la tropa huna, por lo que su líder arengó a sus huestes recurriendo a temas como el placer que ofrece la propia guerra, el valor y la audacia, el menosprecio al rival, la gloria de morir en combate, la furia tradicional del pueblo huno y al hecho de que él lucharía como un guerrero más. Las palabras de Atila debieron de surtir efecto y los hunos se lanzaron a por sus enemigos. «Se entabla combate cuerpo a cuerpo. La batalla es atroz, confusa, cruel y encarnizada», las palabras de Jordanes, a pesar de ser escritas cien años después de la gran batalla, reflejan que no nos encontramos ante otro hecho de armas más. En un momento del choque sucedió un episodio que iba a marcar la batalla. Mientras el rey visigodo Teodorico I pasaba revista a sus tropas y seguramente las exhortaba al combate, se precipitó al suelo desde su caballo —posiblemente a consecuencia de una flecha lanzada desde el bando ostrogodo—, lo que provocó que, junto al avance de sus propios hombres por encima de él y su avanzada edad, pereciese en el fragor de la batalla. Los arúspices de Atila tenían razón, y uno de sus grandes rivales murió en el combate. Los visigodos, al ver a su rey caído, reaccionaron rompiendo las líneas y, henchidos de sed de venganza, se lanzaron contra los hunos con tal rabia que estuvieron a punto de acabar con el mismísimo Atila, que no tuvo más remedio que refugiarse en su campamento compuesto por un círculo de carros. Por su parte, Turismundo, que había permanecido al lado de Aecio, fue herido en la cabeza y tuvo que retirarse para ser asistido gracias a la rápida intervención de sus hombres. La noche llegó y con ella la incertidumbre en el campo de batalla y una breve tregua. Con los primeros rayos de sol los supervivientes observaron que el campo de batalla estaba cubierto de cadáveres. Atila y su ejército permanecieron dentro de su campamento, preocupados por el desarrollo de los acontecimientos pero intimidando a sus rivales con el sonido producido por el choque de sus armas y el sonar de sus trompetas. Los romanos y visigodos no atacaban por el momento su campamento porque los arqueros hunos impedían el avance. El rey huno debía saber que se encontraba en

una situación muy complicada y ordenó que se levantase una pira funeraria por si llegaba la hora de morir, tirarse al fuego antes de caer en manos de sus enemigos. Desde el campamento romano-visigodo se tomó la determinación de agotar por el hambre a los hunos impidiendo la entrada y salida de hombres fuera del campamento enemigo. Este *impasse* fue aprovechado por los visigodos para buscar el cuerpo de su amado rey caído en combate. Según Jordanes, «lo encontraron entre el amasijo de cadáveres y lo honraron con sus cantos antes de llevárselo ante la mirada atenta de los enemigos». En otro capítulo volveremos a referirnos al asunto de los cánticos por su profunda significación tradicionalista e identitaria. La escena en la que las honras y el cortejo fúnebre se desarrollaban era presenciada por los atónitos hunos desde su campamento. Una escena que tuvo que quedar en la retina de todos los contendientes y profundamente grabada en la esencia misma del pueblo visigodo.

Los visigodos se habían quedado sin rey, sin embargo, el funeral del soberano fallecido igualmente iba a servir para hacer rey al hijo de Teodorico I, Turismundo. Éste, ahora como *rex* y como hijo del *rex* fallecido, concluyó las exequias fúnebres y tomó la rotunda determinación de vengar la muerte de su padre. El nuevo rey visigodo debía de sentir un especial aprecio por el general romano Aecio y antes de empuñar la espada contra los hunos, le pidió consejo. La brillante mente de estratega del patricio volvió a actuar, y ante el riesgo que podía suponer un triunfo total de los visigodos sobre los hunos —pudiéndose convertir los primeros en otro poderoso peligro para Occidente—, convenció al monarca germano para que se retirase a sus nuevos dominios en Tolosa ante el riesgo que suponían sus hermanos como pretendientes al trono, pues uno de ellos sí estaba en los Campos Cataláunicos, Teodorico, pero otros cuatro permanecían en Tolosa. Aecio había derrotado a Atila, gracias en buena medida a la ayuda visigoda, pero no acabó con él, pensando siempre en mantener el equilibrio entre las distintas fuerzas bárbaras en lugar de que hubiese una sola y poderosa. Aecio y su ejército también se retiraron, y Atila comenzó a reorganizar a su ejército para preparar un nuevo ataque en este caso contra el corazón de los romanos, la península Itálica.

Desde el siglo XXI realmente no somos conscientes de lo que tuvo que

suponer la batalla de los Campos Cataláunicos, también conocida como de las Naciones, y la profunda huella que hubo de dejar entre sus contemporáneos. Evidentemente, las cifras de fallecidos que ofrecen los cronistas tardoantiguos son exageradas, empero, reflejan una mortandad extrema y chocante incluso para la época. Jordanes llega a señalar: «si damos crédito a los más ancianos, un riachuelo que corre por una pequeña ribera del citado campo vio aumentado su caudal con la sangre de las heridas de los que habían caído en el combate». Por su parte, tanto Hidacio como San Isidoro de Sevilla hablan de distintos sucesos «sobrenaturales» que llamaron poderosamente la atención. Así, el sabio hispalense escribe: «Durante este tiempo se sucedieron muchos signos prodigiosos en el cielo y en la tierra que eran significativos de una guerra tan cruel […]. Y nada de extraño hubo en que se produjesen por obra divina tantas apariciones de prodigios para significar un montón tan grande de cadáveres».

En el año 452 Atila atacó el norte de la península Itálica sembrando el terror y la destrucción entre sobresalientes urbes como Aquileya, Milán o Pavía. El objetivo de Atila era Roma, pero sus hombres consiguieron que abandonase tal pretensión recordándole lo que le había sucedido a Alarico tras el saqueo de la Ciudad Eterna. Esto demuestra que las hazañas del rey visigodo Alarico eran conocidas igualmente por otros pueblos bárbaros. Parece que Atila seguía firme en sus pretensiones pero otra vez iba a fracasar. Su ejército comenzó a sufrir los mismos estragos que las huestes de Alarico en sus campañas itálicas. El hambre era un duro rival, las provisiones comenzaron a agotarse y las enfermedades causaban estragos entre los hombres de Atila. La coyuntura era muy complicada, a lo que vino a sumarse la petición de ayuda por parte de Aecio al Imperio Romano de Oriente que contribuyó con el envío ordenado por el emperador Marciano de un potente ejército que dejaría atrás el Danubio para atacar los territorios hunos. Además, una embajada encabezada por el Papa León Magno terminó por convencer al rey huno de que la mejor opción era retirarse.

En el año 453 Atila se casó con una joven y bella dama goda llamada Ildico, que se sumaba a su ya largo listado de esposas siguiendo la tradición huna. Este hecho es significativo, pues tras su banquete de bodas —en el que Atila tomó una abundante cena y bebió una gran cantidad de vino—, se

retiró a su cama y murió ahogado a causa de una hemorragia nasal.

¿Qué supuso para visigodos y ostrogodos la batalla de los Campos Cataláunicos y la muerte de Atila? En lo que concierne a los visigodos, la batalla trajo una gran y épica victoria pero también la pérdida de un rey que había gobernado a su pueblo durante más de treinta años. Su sucesor no iba a correr la misma suerte. Turismundo tuvo otro éxito frente a Atila y los hunos al frenar un ataque sobre la zona controlada por los alanos en el entorno de Orleans, reforzando así la frontera natural del reino tolosano y afianzando su prestigio en las Galias. Asimismo, avanzó sobre la capital de la Prefectura de las Galias, Arlés, urbe ambicionada tiempo atrás por los visigodos, sin llegar a ocuparla pero obteniendo un rico botín. Turismundo no pudo gozar mucho tiempo de sus glorias frente a los hunos en Tolosa. En el año 453, mientras disfrutaba de la paz que había procurado para su pueblo, según Jordanes, enfermó. Mientras estaba siendo tratado con una sangría, un cliente cercano a su comitiva personal aprovechó para desproveerle de sus armas y acabar con su vida en el contexto de una conspiración. El cronista godo añade un componente épico a la muerte de Turismundo, puesto que el vencedor de Atila pudo matar a varios de los conspiradores. Hidacio y San Isidoro justifican la conspiración en base a la crueldad, mal carácter y hostilidad de Turismundo e incluso señalan que los ejecutores del asesinato fueron sus hermanos, Teodorico y Frederico, convirtiéndose el primero en el nuevo *rex gothorum*.

En cuanto a los ostrogodos, ya hemos señalado que desde los tiempos del gran rey greutungo Hermanarico, habían quedado bajo el yugo huno manteniendo a sus reyes pero siempre sojuzgados al poder huno entre los años 376 y 454. Los descendientes y sucesores de Hermanarico contaban con cierta autonomía y fueron cosechando diversas victorias al derrotar a otros pueblos bárbaros como los gépidos, suevos y vándalos. A mediados del siglo v aparecen en escena los citados hermanos Valamiro, Teodomiro y Vidimiro al frente de los antiguos greutungos, al menos del contingente principal, ya que algunos grupos de ostrogodos se habían desgajado del núcleo principal. Puede que por el especial aprecio que sentía Atila por él, parece que Valamiro sobresalía entre los tres hermanos sin que ello supusiese ninguna disputa. Después de la derrota en los Campos

Cataláunicos y la posterior muerte de Atila, el poliétnico imperio huno entró en una grave crisis que le llevó a su funesto final. Sin la carismática y aglutinante figura del poderoso Atila, sus hijos intentaron repartirse la herencia y el control sobre los pueblos que permanecían bajo el citado yugo. Esta circunstancia fue aprovechada por el rey gépida Ardarico, que se levantó contra los vástagos de Atila. La revuelta de Ardarico, quien al haber desaparecido su señor Atila y ante el trato recibido por sus hijos se vio en la legitimidad de rebelarse, fue secundada por otros pueblos, entre ellos los ostrogodos. El nuevo destino de los ostrogodos se decidió en el año 454 en Panonia, en la batalla del río Nedao. Allí se enfrentaron gépidos, ostrogodos y otros pueblos sublevados frente a los hijos de Atila, probablemente encabezados por Ellac, hijo predilecto de aquél y a quien todavía seguían otros pueblos sometidos a los hunos. Lo cierto es que debió de ser una gran batalla, puesto que Jordanes dice: «considero que fue un espectáculo digno de admiración contemplar al godo luchando con sus lanzas, al gépida enfurecido con su espada, al rugo romper los dardos en sus propias heridas, al suevo que se jactaba de sus hondas y al huno de sus flechas, al alano formando su ejército de armadura pesada y al hérulo el suyo de armadura ligera». La victoria fue aplastante para el bando rebelde encabezado por el rey gépida Ardarico. Los restantes hijos de Atila huyeron despavoridos, algunos regresaron a sus territorios ancestrales, desapareciendo así de los anales de la Historia el gran y mítico imperio de los hunos, el cual, en sus mejores tiempos desde su corazón en Panonia, había llegado a extenderse por una parte muy importante de la Europa del este y central. Tiempo después algunos soldados hunos vieron con buenos ojos enrolarse en los ejércitos bizantinos. Tras la «explosión» de los distintos grupos étnicos al desaparecer el yugo huno, los ostrogodos quedaron asentados en la zona de Panonia. Fue en estos momentos cuando, tras una nueva victoria de Valamiro sobre algunos hijos de Atila que habían decidido atacar a los ostrogodos en una acción que bien podemos considerar desesperada, Teodomiro anunció a sus hermanos el nacimiento de quien vendría a marcar el destino de los godos y a dejar una profunda huella en la Historia, nos referimos a quien será conocido como Teodorico el Amalo o el Grande.

Teodorico II y Eurico, los cimentadores del reino

Los inicios del reinado de Teodorico II, que había recibido una excelsa educación romana, confirmaron su apuesta por una política prorromana y el mejor ejemplo lo encontramos en el año 454 en suelo hispano. El gobierno de Rávena solicitó la intervención de los godos de Teodorico II para reducir una nueva revuelta bagauda en la vital provincia de la Tarraconense. El *rex gothorum* tuvo que tomarse en serio esta acción militar, pues puso a la cabeza de esta empresa a su hermano Frederico, el mismo con el que habría urdido el complot contra su también hermano y soberano asesinado Turismundo. El ejército visigodo iba a actuar de nuevo como federado en una campaña militar en Hispania siendo dirigido por uno de los suyos como había ocurrido décadas atrás con Walia y su campaña contra alanos y vándalos silingos. La superioridad militar de la hueste de Frederico fue absoluta y los federados triunfaron llevando la tranquilidad a Rávena.

Un hecho ajeno a visigodos y ostrogodos vino a perturbar la política de Occidente en un momento un tanto extraño, dado que el peligro parecía que se había extinguido al morir Atila. En el mismo año de 454, en el mes de septiembre, el gran estratega y militar romano Aecio fue asesinado por el emperador Valentiniano III. La razón de este impactante hecho debemos encontrarla en la oposición dentro de un sector de la aristocracia romana hacia Aecio y el recelo que generaba en el propio emperador la poderosa figura del patricio. Sin embargo, el emperador romano de Occidente iba a correr una suerte muy parecida. En marzo del año 455 encontró la muerte en Roma mientras pasaba revista a su ejército a manos de dos soldados, de probable origen huno, seguidores del fenecido Aecio. La sangre del magno Teodosio se perdía para siempre, ya que Valentiniano III murió sin dejar ningún descendiente que pudiera asumir el trono. El Imperio Romano de Occidente se encaminaba a su fin.

Los dos pueblos godos asistieron desde sus respectivos territorios a cómo el gobierno de Occidente pasaba por las manos de cuatro emperadores en apenas dos años. El sucesor del teodosiano Valentiniano III fue Petronio Máximo pero su gobierno fue efímero. Sufrió el cruento saqueo de Roma por parte del rey vándalo Genserico y acabó perdiendo a

los pocos meses tanto el trono como su propia vida a causa de una sublevación. El nuevo emperador que sucedió a Petronio Máximo vino respaldado por el apoyo del ejército romano de las Galias y de una parte importante de la aristocracia galorromana. Nos referimos a Avito, quien además mantenía muy buenas relaciones con la monarquía visigoda y por ello fue apoyado por Teodorico II en su llegada al trono imperial siendo proclamado emperador primero en Tolosa y luego en Arlés. El soberano godo se convirtió en el valedor de Avito y ahora los visigodos contaban con un emperador más afecto a sus intereses. Un fiel reflejo de la connivencia entre emperador y *rex gohtorum* la encontramos en el año 456 y de nuevo en Hispania.

Escribe Jordanes: «pronto tuvo como enemigo a su cuñado el rey suevo Riciario (Requiario). En efecto, este Ricario, amparándose en su parentesco con Teodoredo (Teodorico II), creyó que podía apoderarse de toda Hispania». El rey suevo, desde sus dominios en Gallaecia y en el norte de Lusitania ambicionaba con repetir las glorias de su antecesor y padre Riquila, y lanzar campañas contra otras provincias. Legados romanos y visigodos llegaron a la corte sueva con el objetivo de frenar las ansias expansionistas del monarca suevo y evitar un nuevo conflicto militar en Hispania. Teodorico II actuó de buena fe agotando la vía diplomática, pero Requiario atacó la provincia de la Tarraconense e incluso llegó a retar a su homólogo godo. La suerte estaba echada. Con el beneplácito de Avito, un poderoso ejército visigodo comandado por Teodorico II junto con el apoyo de los reyes burgundios Gundiuco e Hilperico —que debían lealtad al godo —, penetró en Hispania. Este hecho resulta de suma importancia para nuestra historia, ya que a partir de esta campaña militar el interés de los visigodos en Hispania fue en aumento y el destino de ambos quedó cada vez más unido. En octubre del año 456 tuvo lugar una de las grandes batallas que acaecieron en Hispania a lo largo del siglo v, la conocida como batalla del río Órbigo. Al encuentro del ejército visigodo salió el suevo comandado por su rey Requiario y a doce millas de Astorga, cerca del río Órbigo, chocaron las dos huestes. La victoria fue total para el bando visigodo. Muchos suevos murieron en la batalla, otro buen número fue hecho prisionero y unos cuantos huyeron, entre los que se encontraban

Requiario que, herido, consiguió escapar al interior de Gallaecia. Una vez más debemos recomendar a los lectores interesados en profundizar en estos enfrentamientos suevo-godos que acudan a nuestro anterior trabajo, *Bárbaros en Hispania*. Tras el éxito en el río Órbigo, Teodorico II dispuso una serie de movimientos que vinieron a dejar contra las cuerdas al *Regnum Suevorum*. El ejército visigodo avanzó hasta la capital sueva, Braga, la cual fue saqueada tomando gran cantidad de prisioneros galorromanos. A pesar de la condición de cristianos arrianos de los visigodos, las iglesias de la ciudad fueron asaltadas obteniendo de esta acción un preciado botín aunque sin delitos de sangre ni violaciones. Finalmente, cuando trataba de huir por vía marítima, el rey suevo Requiario fue hecho prisionero en Oporto. Los soldados huidos tras la batalla del río Órbigo igualmente fueron hechos prisioneros, no obstante, el soberano visigodo perdonó la vida a muchos de ellos. La victoria de los visigodos resultó tan contundente que el cronista Hidacio llegó a escribir que el Reino Suevo había quedado destruido y acabado. Pero no fue así. Teodorico II no quiso cortar de raíz la existencia del *Regnum Suevorum*, independientemente de que en diciembre del año 456 ejecutase a Requiario. El rey visigodo optó por colocar al frente de los suevos a un hombre de su confianza, Agiulfo. Éste no era godo sino varno y debía lealtad a su patrón Teodorico II. No todos los suevos reconocieron la autoridad de Agiulfo y los más rebeldes desde el interior de la Gallaecia eligieron a otro rey perteneciente a su pueblo.

Por otro lado, la exitosa campaña visigoda no concluyó aquí. Teodorico II avanzó hacia Lusitana con el claro objetivo de derrotar a la guarnición sueva de la estratégica, prestigiosa y decisiva *Emerita Augusta*. Mérida iba a convertirse en un punto fundamental de las futuras campañas de expansión del reino tolosano en Hispania. Empero, Teodorico II no pudo saborear en exceso la toma de la capital de la *Diocesis Hispaniarum*, ciudad que no fue saqueada por múltiples motivos como el interés político expuesto, por no crear graves tensiones con la poderosa aristocracia emeritense y por el respeto que generaba la veneradísima Santa Eulalia, considerada guardiana de la urbe.

Muy malas noticias llegaron desde el norte. Avito había sido depuesto meses atrás, circunstancia que propició que Teodorico tomase la decisión de

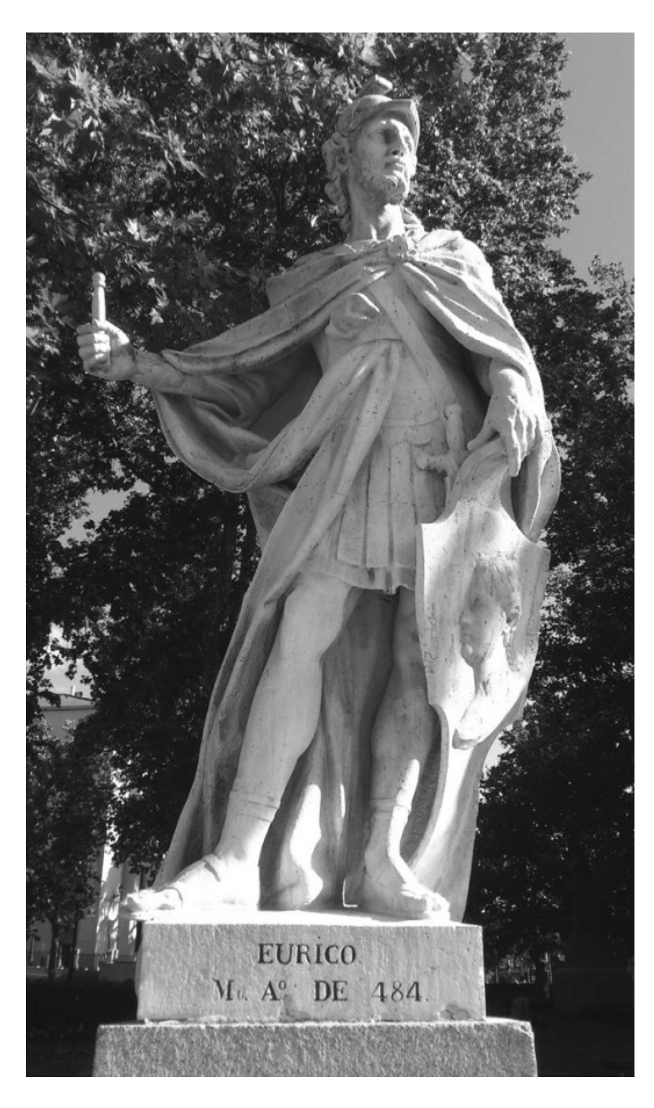
regresar a las Galias no sin antes dejar a parte de su ejército para que, por un lado volviesen al corazón de Gallaecia y procediesen contra Agiulfo —que había comenzado a actuar como un tirano ignorando las disposiciones del monarca godo—, y por otro, para que siguiesen tomando las principales urbes del territorio suevo. Realmente, el rey visigodo y sus huestes estaban actuando con una clara autonomía con respecto al poder romano y con una visión de futuro que reflejaba las ambiciones godas sobre Hispania. Las ciudades de Astorga y Palencia fueron asaltadas y saqueadas. El nivel de destrucción fue elevado y los visigodos consiguieron un preciado botín gracias a la toma de prisioneros y al asalto de las iglesias de estas localidades. Sí encontraron mayor resistencia en el castro *Coviacense*, que se identifica con Coyanza/Valencia de don Juan. Tras haber acabado con el rebelde Agiulfo, haber saqueado las citadas urbes y haber conseguido un rico botín, las tropas visigodas regresaron a territorio galo.

En abril del año 457, con el apoyo del patricio de origen suevo-godo Ricimero, fue nombrado emperador de Occidente Mayoriano. La reacción de Teodorico II fue clara: no reconocer al nuevo emperador y afianzar su poder tanto en las Galias, donde la relación con buena parte de la aristocracia galorromana era muy buena, como en Hispania, que tras su exitosa campaña contra los suevos ofrecía un nuevo y exitoso campo de acción lejos del control romano. Así, a mediados del año 458 un nuevo ejército visigodo comandado en este caso por el alto mando Cyrila penetró en la Bética con el objetivo de reducir la limitada presencia sueva en esta provincia y expulsar a la guarnición sueva de Sevilla para que esta urbe también pasase a jugar un papel importante en los planes visigodos para Hispania. Conjuntamente, legados visigodos llegaron a los dominios suevos para conocer cómo se encontraba el gobierno suevo, ya que había una clara división dentro del seno de este pueblo por el trono. En el año 459 Teodorico II al fin reconoció la legitimidad del emperador Mayoriano y el *foedus* entre ambos bandos volvió a reactivarse. El soberano visigodo llamó a Cyrila y envió a Hispania otro ejército conducido en esta ocasión por el *comes* Sunierico con el fin de llegar igualmente a la provincia de la Bética. Las buenas relaciones entre Rávena y Tolosa quedaron ejemplificadas en el hecho de que Sunierico, por parte goda, y el *magister* Nepociano, por parte

romana, enviaron legados a la Gallaecia para informar a los galaicorromanos del acuerdo de paz al que habían llegado Teodorico II y Mayoriano en medio de la terrible crisis que vivía el Reino Suevo. Mientras tanto, bandas de guerreros suevos sembraban el caos en Gallaecia y las luchas por el trono suevo continuaban. En este contexto, en el año 460 en la ciudad de Lugo los suevos causaron una gran mortandad entre los galaicorromanos, lo que propició que el conde Sunierico y el conde Nepociano atacasen a los suevos asentados en Lugo. Las tropas federadas de Sunierico y Nepociano fueron más lejos e hicieron una incursión en territorio lusitano y tomaron Santarém, evitando de esta manera que las razias suevas pudiesen desplazarsedesde Gallaecia. Los saqueos, las razias, el pillaje y el choque entre los dos bandos suevos que ambicionaban el poder continuaron hasta finales del año 460, cuando galaicorromanos y suevos llegaron a un algún tipo de acuerdo que frenó el marco de violencia. En el mismo año de 460 Mayoriano fracasó en su intento de reinstaurar la autoridad imperial en el norte de África mediante una campaña naval desde el sur de Hispania que debía acabar con el rey vándalo Genserico. Este fiasco propició el asesinato de Mayoriano y el nombramiento como nuevo emperador de Libio Severo.

El Imperio Romano de Occidente cada vez estaba más desconectado de las Galias y de Hispania. Los reinos germanos iban poco a poco ganando autonomía y las aristocracias tanto galorromanas como hispanorromanas asumieron que debían dejar de mirar con esperanza a Rávena y asumir su nueva realidad. En este clima, los visigodos supieron moverse muy bien y el reino tolosano sacó un buen provecho. Así, en el año 462 el *magister* y destacado ciudadano galorromano Agripino, en agradecimiento por el apoyo prestado frente a su enemigo el conde Egidio, les entregó la estratégica ciudad de Narbona, con lo que los visigodos consiguieron algo que ambicionaban desde su establecimiento aquitano en el año 418: tener salida al mar Mediterráneo. Este mismo conde Egidio volvió a aparecer en la escena goda un año después cuando ayudado por guerreros francos atacó la frontera que marcaba el río Loira, derrotando y acabando con la vida de un personaje clave para Teodorico II, su hermano Frederico. La frontera norte del reino tolosano quedó dañada, aunque tras la muerte del conde

Egidio volvieron a fortalecer esta línea fronteriza. Desde Hispania sí le llegaron alegrías a Teodorico, ya que entre los años 463 y 464 el problema suevo se solucionó. En el año 463 un destacado miembro de la aristocracia galorromana llamado Palogorio, asumiendo que el gobierno de Rávena ya era inoperante en Hispania, visitó la corte de Tolosa para pedir la intervención del ejército visigodo ante las nuevas razias de los suevos. Por su parte, uno de los dos pretendientes al trono suevo, Remismundo, también envió embajadores a Teodorico II probablemente queriendo conseguir que el monarca godo le reconociese como único *rex suevorum* e incluso llegó a acudir él mismo a la corte de Tolosa en persona. En un momento determinado, Teodorico II ordenó al hombre de armas Cyrila y a Remismundo regresar a Gallaecia acompañados de tropas godas. Tras un corto periodo de tiempo de incertidumbre y con la muerte del otro pretendiente al trono suevo, en el año 464 Remismundo, con el apoyo visigodo, consiguió reunir bajo su poder a todo el pueblo suevo. Las relaciones entre Teodorico II y Remismundo pasaron a ser magníficas con intercambio de regalos incluido y además, como acertadamente señala el académico García Moreno, «Remismundo desposaba a una visigoda elegida por el monarca de Tolosa que, siguiendo la costumbre germánica, hacía del suevo su "hijo en armas" (*Waffensohn*); adopción que significaba una especia de inclusión de Remismundo en la clientela militar del rey visigodo». Los intercambios de legados entre ambas cortes prosiguieron durante varios años, aunque Tolosa no pudo evitar las clásicas acciones de pillaje de los suevos. El «control» que ejercía la monarquía visigoda sobre la sueva quedó ejemplificado en el envío a Gallaecia de Ayax, un misionero gálata que con el apoyo de Remismundo debía expandir el arrianismo entre el *Regnum Suevorum*. Hidacio nos sigue informando del trasiego de embajadores tolosanos hasta que en el año 466, cuando el destacado noble godo Salla regresaba desde la corte sueva ante Teodorico II, éste era asesinado por otro de los hijos de Teodorico I, Eurico.



Estatua de Eurico en los jardines del Palacio de Oriente (Madrid).

Con Eurico, el *Regnum Gothorum* de Tolosa avanzó en su autonomía con respecto al influjo y control del Imperio Romano de Occidente hasta alcanzar, como corroboran muchos autores, su plena soberanía (algunos autores utilizan el término «independiente»), no de manera unilateral sino con la deposición del último emperador de Occidente. Realmente, todo obedeció a un proceso natural a través de la caída de Occidente y del fortalecimiento progresivo del reino tolosano. Los cronistas señalan que la llegada al trono de Eurico siguió un mismo patrón muy similar a lo acontecido previamente con Teodorico II. Así, existe un cierto consenso historiográfico al considerar que el magnicidio de Teodorico II no obedeció a un mal gobierno de éste o a que se diese una fuerte oposición dentro del seno de la nobleza goda, máxime cuando las actuaciones del fenecido monarca venían respaldas con grandes y resonados éxitos militares como la batalla del río Órbigo del año 456 frente a los suevos. Realmente, si tenemos en cuenta que Eurico había visto cómo su padre, Teodorico I, reinaba durante muchos años, su hermano Turismundo había alcanzado la gloria derrotando a los hunos y ocupado igualmente el trono, su hermano Teodorico II había conseguido hacer fuerte al reino tolosano y cosechado también triunfos e incluso su otro hermano Frederico, a pesar de haber fallecido en combate, había obtenido relevantes victorias militares convirtiéndose en uno de los hombres fuertes de Tolosa, entenderemos que Eurico, como bien demostró, querría también dejar su flamante huella en la historia de su pueblo. Un sello en la memoria de los suyos en el que Hispania tuvo una destacada cuota de protagonismo.

Eurico supo mover su diplomacia y sacar partido al baile de emperadores occidentales. Tras la nombrada caída de Mayoriano en el año 461, llegó al trono imperial Libio Severo, emperador títere en manos del *magister militum* de origen suevo-godo Ricimero. Libio Severo murió a finales del año 465 y se abrió un interregno hasta abril del año 467 en el que el emperador oriental León I hizo emperador de Occidente al prestigioso militar Antemio, el cual se presentó en Italia respaldado por un poderoso ejército. Gracias al apoyo de Ricimero, se depuso al inoperante gobierno de la *pars Occidentis* y Antemio intentó recuperar, con el fundamental respaldo del emperador oriental León I, el viejo granero imperial en una de las

campañas militares más espectaculares de la Antigüedad Tardía. La destrucción del Reino Vándalo de Genserico era clave para que Occidente comenzase su reconstrucción. La operación militar del año 468 fue un auténtico fracaso a causa en buena medida de la astucia del soberano germano. El gobierno de Rávena no volvió a recuperarse de este golpe.

Eurico, tras distintas gestiones de sus embajadores, se dispuso a sacar rédito al nuevo golpe recibido por el Imperio. Como señala el profesor García Moreno: «Eurico iniciaría en la Galia una vasta operación de expansión destinada a incluir en sus dominios efectivos y directos a todo el territorio situado entre el Loira y el Mediterráneo. Para ello Eurico pudo contar con el apoyo de ciertos elementos de la poderosa aristocracia senatorial galorromana, contrarios a las tendencias centralistas representadas por Antemio». El cronista Jordanes recoge la disposición del *rex gothorum* de someter las Galias y en el marco de esta situación se encuadra una batalla que tuvo lugar cerca de la actual Châteaurox en el verano del año 469 en la que un poderoso ejército godo liderado por el propio Eurico derrotó al rey bretón Riotimo. El aliado del emperador Antemio estaba al frente de una buena tropa, pero tuvo que retirarse dejando tras de sí innumerables bajas.

Las acciones militares y los objetivos de Eurico no se circunscribían únicamente al territorio galo: desde el reinado de su hermano y antecesor, Hispania se había convertido en un dulce muy apetecible para los intereses visigodos. Además, el *Regnum Suevorum* de Remismundo, aprovechando la desaparición de Teodorico II y con ello el influjo que éste ejercía sobre el mismo, buscó desembarazarse de la tutela ejercida desde Tolosa. Remismundo se puso en marcha. Por un lado, a nivel diplomático se acercó al Imperio y, por otro, a nivel militar lanzó primero algunas de las clásicas razias suevas en este caso en Lusitania. Además, en el año 468 los suevos consiguieron hacerse con la estratégica ciudad de Lisboa sin recurrir al enfrentamiento, ya que les fue entregada por el gobernador local. A partir de aquí, Eurico asumió que los suevos volvían a ser un problema y, sin contar con la autorización imperial, pasaron a la acción. Las tropas visigodas, probablemente las que recientemente habían llegado a Mérida, atacaron las posiciones suevas en la Lusitania y sometieron a castigo a la población

hispanorromana posiblemente por la colaboración de un sector de la aristocracia con los suevos. Nuevamente, la campaña militar de los visigodos no tenía como objetivo la destrucción total del Reino Suevo y la consecuente absorción de su *gens* propiciando así una nueva etnogénesis. Desde el punto de vista godo, los suevos debían estar «encerrados» en Gallaecia, sometidos al gobierno de Tolosa y sin interferir en los asuntos hispanos. Así, las acciones de rapiña de los suevos eran contrarrestadas con acciones de castigo en zonas de Asturica y de la Lusitania. Eurico no estaba dispuesto a dejar que los suevos saliesen más allá de una frontera que se fue configurando cerca del año 470 marcada al sur por el río Tajo y la zona noreste por Astorga —que quedaba bajo control suevo— y por Palencia, que se situaba bajo dominio godo. Esta línea imaginaria que separaba los dos reinos estaría militarizada con diversos puestos fortificados, contingentes armados en puntos estratégicos y urbes cercanas a la misma en disposición de defensa y/o de ataque.

La fracasada empresa imperial de conquistar el Reino Vándalo de Genserico en el norte de África trajo consigo una nueva y profunda crisis en Occidente como refleja el conflicto abierto entre el emperador Antemio y el *magister militum* Ricimero a principios de la década de los 70 del siglo v. Por supuesto, Eurico, astuto estratega, volvió a sacar beneficio de la debilidad romana, y en el año 471 venció a un ejército imperial que contaba con tropas bárbaras y estaba encabezado por Antemiolo, hijo del emperador, que intentaba frenar el avance germano sobre el río Ródano y parte de la Provenza, que más tarde también pasaría al control godo. La victoria goda fue rotunda y Antemiolo murió en el combate. El gobierno de Rávena no podía detener la maquinaria bien engrasada de Eurico y en el año 472 éste afianzó su poder en la zona central y el sur de las Galias. De esta manera, el Reino de Tolosa quedó definido por las fronteras naturales que marcaban los ríos Durance al sur del territorio galo (poco tiempo después, como dice Jordanes: «Eurico, viendo que el Imperio Romano se tambaleaba, sometió a su autoridad las ciudades de Arlés y Marsella»), el Ródano en la parte este frente a los burgundios y el Loira al norte. Los ríos, de nuevo, volvían a marcar el sino de los godos.

Eurico no se quedó aquí. Llegados a este punto, el lector puede inferir la

dimensión política de un *rex* como Eurico. Bajo nuestro punto de vista demostró conocer perfectamente las políticas de sus antecesores, el funcionamiento de su reino y del Imperio y dónde y cómo actuar para sacar el mayor beneficio de situaciones inestables. La profesora Jiménez Garnica llega a calificar de esta manera a Eurico: «cuya personalidad como hombre de Estado reconocían los contemporáneos, para ir incluyendo en su servicio a los galorromanos más trabajadores e inteligentes». En el año 475 otro éxito militar respaldó la posición de Eurico en las Galias. Después de varios asedios, la ciudad de Clermont, donde resistía el obispo Sidonio Apolinar —antaño fiel seguidor de Teodorico II pero ahora enemigo de Eurico (aunque más tarde fue rehabilitado por el actual monarca godo)—, pasó a ser dominio visigodo y, con ello, el control de la estratégica región de la Auvernia. Eurico también tuvo éxito sacando muy buen rendimiento a la flota romana atracada en sus puertos atlánticos al repeler ataques de piratas sajones y de francos salios.

Mientras, en este año de 472 el baile de emperadores continuaba. Antemio fue derrotado y ejecutado por Ricimero, éste a su vez murió prácticamente de seguido y el sucesor de Antemio, Olibrio, falleció antes de que concluyese este singular año de 472. Ante este panorama Eurico se puso en marcha otra vez en Hispania. El último resquicio imperial que quedaba en la península Ibérica pasó a ser el siguiente objetivo godo: la provincia de la Tarraconense. Un movimiento totalmente lógico desde el punto de vista geoestratégico. En los años 472 y 473 dos ejércitos cruzaron los Pirineos. Uno de ellos estaba dirigido por el *comes* Gauterico, que consiguió rendir fácilmente las destacadas urbes de Pamplona y de Zaragoza, así como sus territorios adyacentes. La otra fuerza punitiva visigoda estaba liderada por el germano Heldefredo junto con un personaje curioso, el *dux Hispaniarum* Vicencio. Este aristócrata romano que ostentaba un título vinculado al Imperio fue el último representante militar que tuvo el gobierno de Rávena en Hispania. Resulta plausible que Vicencio, dada la herida mortal que desangraba al Imperio Romano de Occidente, viese en Eurico una figura de prestigio a la que seguir. Su incorporación a la hueste visigoda tuvo que suponer un gran impulso para los germanos, puesto que pasan a contar con un militar experimentado y

con los hombres que éste pudiese sumar a la causa goda. Además, la presencia de Vicencio seguramente facilitó el control de la Tarraconense. Heldelfredo y Vicencio sometieron a la aristocracia tarraconense, que tuvo que comenzar a asumir la nueva realidad imperante tras la caída de la simbólica Tarragona y de distintos puntos de interés de la costa. En este punto, el *Regnum Gothorum* de Tolosa controlaba dos ciudades vitales en Hispania como Mérida y Tarragona, toda la provincia Tarraconense y distintas zonas en el interior de Hispania vinculadas a las campañas contra los suevos. De esta forma, los visigodos podían disponer de una conexión directa bajo su control entre su ciudad eje en Hispania, Mérida, y su capital, Tolosa y de una infraestructura militar a través de puntos fortificados que recogían a grupos de soldados godos. Un buen ejemplo del grado de interés que tenía para la monarquía tolosana la urbe emeritense es que, en el año 483, el *dux* godo Salla asentado allí, gracias a la buena sintonía que debía existir con la aristocracia civil de dicha ciudad y los miembros de la iglesia emeritense, propició la reparación de las murallas y del esencial puente que cruzaba el río Guadiana. Hispania, poco a poco, se iba haciendo goda.

Eurico todavía vio pasar a algún emperador occidental más porque el sucesor del malogrado Olibrio, Glycerio, perdió el trono pero no la vida en favor de Julio Nepote en el año 474 gracias al apoyo del emperador oriental León I. Parece que Eurico y Julio Nepote sí pudieron recuperar las buenas relaciones entre Rávena y Tolosa. Es más, el emperador pudo reconocer y respetar las conquistas visigodas pero su escaso tiempo en el trono frenó los posibles acuerdos presentes y futuros. No obstante, el Reino Visigodo de Tolosa ya no dio marcha atrás en sus pretensiones. El general Orestes partió desde Roma en dirección a Rávena al frente de un ejército, propiciando la huida de Julio Nepote a sus dominios en Dalmacia. Orestes, con el apoyo de sus hombres, proclamó emperador a Rómulo Augústulo, a la sazón su hijo. Era el 31 de octubre del año 475 y el Imperio Romano de Occidente había proclamado al que sería su último emperador —quien sería depuesto en menos de un año—, siendo enviadas a Constantinopla las insignias imperiales y convirtiéndose a partir de este momento el Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino en el referente político para los distintos reinos bárbaros de Occidente.

Dentro de los amplios territorios bajo su dominio, Eurico vino en cierta manera a reproducir la figura del emperador tanto en política interior: administración, recaudación de impuestos y disposiciones judiciales, como en política exterior: acciones militares. Bajo su autoridad ya no sólo se encontraba el pueblo godo; los provinciales fueron asumiendo el cambio que poco a poco se fue cimentando a medida que el Imperio Romano de Occidente caía en desgracia total y el Reino Visigodo de Tolosa, a través de los éxitos de Eurico, se hacía cada vez más fuerte. Asimismo, el *Regnum Tolosanum* de Eurico fue visto por muchos aristócratas romanos como una buena fórmula de gobierno y administración ante la caída definitiva de Roma, y un sistema en el que podían participar, dado que eran los bárbaros quienes necesitaban de su experiencia y conocimientos. Además, estos aristócratas podían seguir manteniendo su estatus privilegiado y no se desprende de las fuentes que la barrera religiosa, godos arrianos y romanos católicos, supusiera *a priori* un gran problema para dichos menesteres. Finalmente, la corte de Tolosa se convirtió en una auténtica y soberana entidad política en la que el *rex gothorum* recibía embajadores de distintos lugares por doquier.

El viejo sueño de Alarico de conseguir para su pueblo un territorio al que llamar patria, Eurico, tras un largo proceso emprendido por sus antecesores, lo había alcanzado e incluso había ido más allá porque se había convertido en el referente a nivel político-militar de un inmenso reino bien definido y con muchas posibilidades, especialmente en Hispania. En el año 484 «Eurico […] después de tener bajo su autoridad los territorios de las Galias y de Hispania, sometió también a los burgundios y perdió la vida (muerte natural) cuando residía en Arlés en el décimo noveno año de su reinado», sentencia Jordanes.

Qué difícil es construir un reino y qué fácil puede ser perderlo

A priori, tal vez al lector le pueda parecer que el título de este apartado que viene a cerrar el tercer capítulo resulte poco ortodoxo, pero consideramos que es una aseveración que lo define idóneamente y que estamos seguros, al terminar de leerlo, nos dará la razón sin ningún margen de duda.

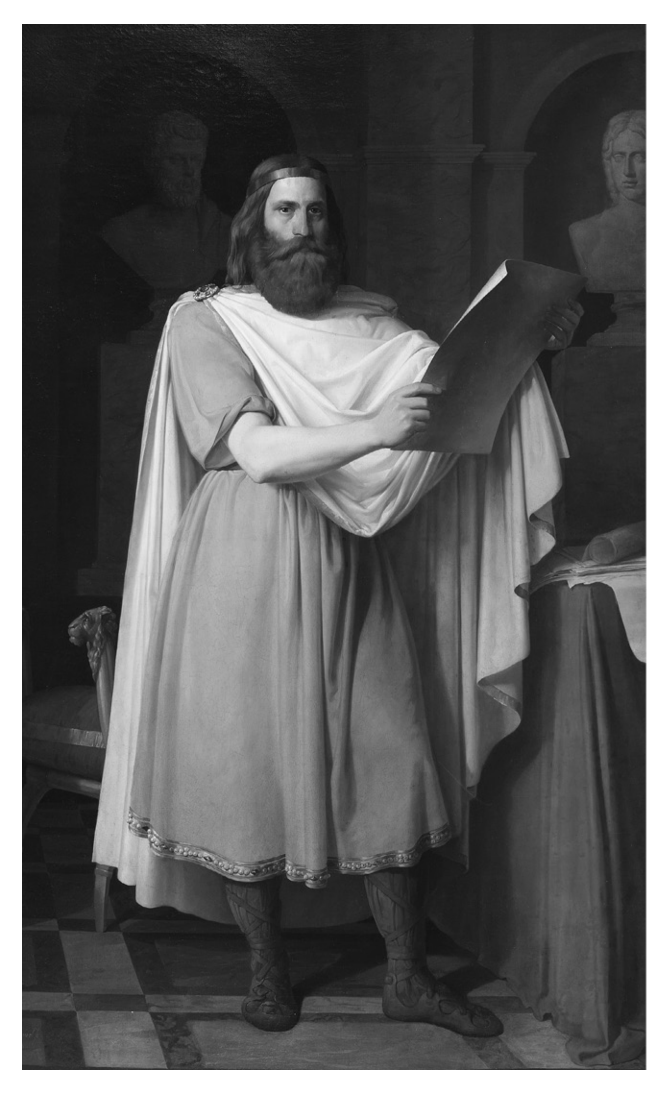
«Lo sucedió su propio hijo Alarico, que fue el noveno en subir al trono de los visigodos después del famoso Alarico el Grande», así se refiere Jordanes a la llegada al poder del nuevo soberano visigodo. Por las venas de Alarico corría sangre real, la obvia por vía paterna pero igualmente por vía materna, debido a que su madre era la princesa burgundia Ragnahilda. La esposa de Eurico y madre de Alarico II debió de gozar de un respetado papel dentro de la corte tolosana y de ser un personaje influyente y bien instruido, no en vano sabemos por la obra de Sidonio Apolinar que éste recibió una petición para que escribiese unos versos que iban a ser grabados en un bello vaso de plata obsequio para la reina. Y no sería el único poema del que fue merecedora esta princesa burgundia y reina goda. Incluso la profesora Jiménez Garnica asevera que una tradición popular de Aquitania recordaba a Ragnahilda con el sorprendente término de *Pedauca*, «la del pie de oca», síntoma de su fuerte influjo en el reino.

Alarico II se enfrentó a la mayor herencia que un sucesor del trono visigodo había tenido desde su establecimiento en suelo galo. En términos generales, se tiende a considerar que practicó una política continuista respetando la inmensa obra de su padre. Tal vez por ello su sucesión fue vista con total naturalidad por la nobleza goda y no tenemos constancia de ningún frente opositor. A diferencia de sus antecesores, Alarico II no tenía que mirar al gobierno de Rávena a la hora de actuar, y pudo modelar una política autónoma para centrarse en consolidar su poder y hacer del *Regnum Tolosanum* un reino sólido en el que conviviesen germanos y antiguos provinciales romanos en base a una entidad política que asumía tanto su herencia goda como su herencia romana. En lo que concierne a la política internacional y geoestrategia de Occidente, Alarico II, llevando pocos años en el trono, sí se encontró un escenario bien distinto al que dejó su padre. La frontera norte marcada por el río Loira varió en su lado superior, ya que el «reino» de Siagrio cayó en el año 486 ante el afán expansionista del poderoso rey franco Clodoveo. El llamado «reino» de Siagrio fue un reducto de «romanidad» con capital en Soissons y surgido, *grosso modo*, a raíz de las disputas imperiales de la década de los años sesenta y setenta del siglo v. El propio Siagrio intentó huir de los francos pasando a territorio godo, pero Alarico II lo entregó a Clodoveo como gesto de buena voluntad.

Otro cambio en el tablero de ajedrez se produjo con la entrada de los ostrogodos en la península Itálica, que fueron apoyados militarmente por los visigodos y lograron establecer el Reino Ostrogodo de Italia con el fascinante y evocador rey Teodorico el Grande al frente. De esta última cuestión hablaremos más detenidamente en el siguiente capítulo. A partir de este momento los vínculos entre los dos pueblos godos volvieron a hacerse fuertes, y un fiel reflejo de ello es el matrimonio que concertó Teodorico el Grande entre su hija Thiudigoto y Alarico II.

Para continuar analizando el reinado de Alarico II, dividimos éste en dos partes: Las Galias e Hispania. Los sucesos político-militares acaecidos en las Galias se focalizan en un conflicto que acabó por marcar la existencia del Reino Visigodo de Tolosa. Clodoveo tenía la determinación de, por un lado, expandir todo lo posible el territorio de los francos y, por otro, ser el líder hegemónico de su pueblo, hecho que consiguió al final de su reinado tras haber eliminado a otros reyezuelos francos. Las conquistas del soberano franco no se quedaron en el «reino» romano de Siagrio. En el año 491 derrotó a los turingios y en el año 496 a los alamanes en la batalla de Tolbiac (actual Zülpich). Esta victoria franca en Tolbiac conllevó la posterior conversión del paganismo germánico al catolicismo por parte de Clodoveo, dado que el soberano franco, en un momento crítico de la batalla, se encomendó al Dios cristiano pidiéndole la victoria a cambio de su conversión. Poco tiempo después los roces en la frontera norte entre visigodos y francos no se hicieron esperar, siendo los segundos los que abrieron las hostilidades movidos por su afán expansionista. En los primeros envites los francos acabaron fracasando ante las defensas visigodas. Primero tomaron la urbe de Saintes para luego ser recuperada por los hombres de Alarico II. Después asediaron Nantes sin llegar a rendir la ciudad. En el año 498 la suerte cambió para los visigodos. Un poderoso ataque de los francos les llevó a tomar la estratégica Burdeos, ocasionando no sólo un fuerte daño político y pérdidas económicas por la importancia de esta urbe, sino también el apresamiento por parte de los francos del *dux* Suatrio. Burdeos debió de regresar a manos godas aunque sólo de forma momentánea. A principios del siglo VI un conflicto que podemos considerar externo a Alarico II y Clodoveo volvió a enfrentar a visigodos y francos. En

este caso sería en el contexto de la guerra civil que se desarrollaba en el vecino reino burgundio. Clodoveo apostó por intervenir en favor de uno de los contendientes y, aunque en un primer momento la jugada pareció que le iba a salir bien, el otro contendiente fue apoyado por Alarico II, lo que propició que el bando sustentado por los visigodos pudiese rehacerse y derrotar al aliado de los francos. Por su determinante ayuda, el monarca godo recibió la ciudad de Avignon y un grupo de prisioneros francos. El conflicto franco-gótico cesó en el año 502. Objetivamente, las actuaciones de Alarico II denotan que no estaba interesado en una guerra abierta y total con los francos, y sus acciones siempre fueron más defensivas que ofensivas, acabando muchas de ellas en éxito para los visigodos. Bajo este razonamiento, parece más sencillo entender el envío de una embajada a la corte franca para que ambos monarcas se reuniesen. El cronista franco Gregorio de Tours, celebérrimo antigoticista, nos habla de dicho encuentro. Los dos reyes se vieron en una isla en el río Loira cerca de Amboise. Después de un suculento banquete repleto de magníficas viandas y en un ambiente de cordialidad, se selló la paz entre ambos reinos, quedando el Loira como frontera. Alarico II se confió en exceso. Desde sus dominios, Clodoveo comenzó a pergeñar una nueva campaña que daría un golpe mortal a sus vecinos del sur.



Carlos María Esquivel y Rivas, *Alarico II*, 1856 (Colección Museo del Prado, Madrid).

Mientras tanto, en Hispania, Alarico II tuvo una política muy activa que bien podría describirse como más intensa que la llevada a cabo por su padre, aunque por mor de las circunstancias. A diferencia de lo que sucedía en la frontera norte, en la península Ibérica no existía un rival que pudiera frenar o responder militarmente a los intereses de Tolosa. Acerca de los suevos, para este periodo tenemos una amplia laguna informativa sobre ellos ya que no se registra ninguna de sus clásicas rapiñas fuera de los límites de su reino. Los territorios vinculados a la cornisa cantábrica permanecían fuera del foco visigodo y sólo algunos poderes autónomos vinculados a la aristocracia tardorromana, como había sucedido en la Tarraconense tiempo atrás, podían suponer un cierto problema para la maquinaria político-militar visigoda. Así, en el año 494 la *Chronica Caesaraugustana* habla de una penetración en Hispania: «*Goti in Hispanias ingressi sunt*». En el ámbito historiográfico continúa resultando controvertida esta entrada de godos en la península, pues se debate si estamos ante una acción militar de índole aristocrático y clientelar asociada a reforzar el control de los dominios y comunicaciones de Tolosa o ante un movimiento migratorio más bien de carácter popular con el objetivo de fijar población estable en suelo hispano. Asimismo, esta penetración podría estar igualmente asociada a la consecución de nuevas ganancias fiscales. En el contexto de esta penetración tal vez podamos encajar el hecho de que en el año 496 un tal Burdunelo, al que dicha fuente le denomina como tirano, se rebeló probablemente en algún punto cercano al valle medio del Ebro. Las teorías para intentar esclarecer la figura de Burdunelo son múltiples: desde un militar visigodo de alta graduación que se opone a Alarico II a un aristócrata hispanorromano que aúna en su persona un foco de oposición a los germanos o incluso el jefe de un levantamiento popular. Lo que resulta obvio es que Burdunelo debía contar con algún carisma para que la crónica zaragozana recogiese su nombre y lo llamase «*tyranidem*». La reacción de Alarico II no se hizo esperar, y una hueste visigoda asaltó las ciudades rebeldes. Ante esta crítica situación, los rebeldes entregaron a su líder y Burdunelo fue enviado a Tolosa, donde le aguardaba un terrible castigo. Evidentemente, el sublevado tenía que recibir un castigo ejemplarizante en la capital visigoda siguiendo la tradición imperial romana. El *rex gothorum*

se tomó muy en serio el levantamiento de Burdunelo, de ahí su contundente respuesta militar y su muestra pública de poder ante cualquier opositor. Los últimos instantes de vida de Burdunelo fueron dentro de un toro de bronce puesto al fuego.

Siguiendo al profesor Koch, consideramos que una de las consecuencias de esta campaña militar fue el establecimiento de nuevas tropas visigodas encabezadas por nobles que quedarían establecidos en Hispania junto a sus respectivos séquitos. Alarico II reforzaba así su posición y los intereses tolosanos en la península Ibérica.

El de Burdunelo no fue el único levantamiento al que hizo frente en Hispania la monarquía tolosana. De nuevo la *Chronica Caesaraugustana* informa acerca de otra revuelta con epicentro en Dertosa (actual Tortosa) en el año 506. El líder era otro desconocido hasta la fecha, un tal Pedro, que también es llamado «*tyrannus*», y del mismo modo nos resulta imposible fijar su posición administrativa, política y/o militar o su origen. Lo que sí podemos aseverar es que el movimiento de Pedro fue de menor calado que el de Burdunelo, y que tras la entrada de tropas en Dertosa, la rebelión fue aplastada y su líder decapitado. En esta ocasión no hubo una exhibición de poder tan grandilocuente por parte del soberano visigodo pero sí podemos destacar el hecho de que la cabeza del derrotado fue llevada a Zaragoza, ciudad fundamental para la política visigoda en Hispania, a fin de ser expuesta públicamente.

Por otro lado e independientemente de los distintos éxitos militares tanto a nivel interior como exterior, a Alarico II le tocó hacer frente al funcionamiento de un reino que bien podríamos definir como heterogéneo en el sentido de que distintos sectores pugnaban por mantener y acrecentar su cuota de poder, como sucedía con la nobleza visigoda o la aristocracia galorromana que buscaba conservar su privilegiado estatus dentro del reino germano. Tampoco debemos olvidar que los visigodos eran profundamente arrianos y la Iglesia católica no estaba dispuesta a que se perjudicasen sus intereses, máxime cuando la mayor parte de la población —galorromana e hispanorromana— en el reino era católica. Alarico II sabía que fuera de sus fronteras contaba con la alianza de los ostrogodos, pero los francos, más allá de acuerdos, siempre estaban al acecho. Por esta razón no podía

permitir que surgiesen disputas entre el trono y elementos sustentantes del reino —como eran la aristocracia provincial y la goda junto a la poderosa e influyente Iglesia católica—, así que siempre optó por la estabilidad interna a pesar de que en algunos casos supusiera la pérdida de ingresos. Algunas de las disposiciones emprendidas por su padre y seguidas por el actual monarca fueron deviniendo en una crisis económica que llevó a depreciar la moneda.

Al hilo de esta coyuntura, y con la amenaza franca acechando en la otra orilla del Loira, puede que debamos enlazar dos llamativas medidas desarrolladas en el año 506 más o menos a la par que era destruida la rebelión de Pedro en Hispania. A principios de dicho año Alarico II promulgó un corpus legislativo, un auténtico hito en la historia del Derecho. Este compendio de leyes es la llamada *Lex Romana Visigothorum* —más conocido como el *Breviario de Alarico* y del que se guardó una copia en el tesoro real— y tuvo su referente en el código Teodosiano, pero se adaptó a las nuevas circunstancias políticas y administrativas del reino godo. El rey visigodo, como máxima autoridad y acaparando mayores competencias que los soberanos godos de principios del siglo v, emulaba en cierta manera a los emperadores. En el reinado de su padre se había compuesto otro cuerpo legal, el llamado *Edicto de Eurico*, más centrado en el derecho consuetudinario de tradición germana con un marcado influjo romano. Para alguno de los grandes especialistas como el académico García Moreno, lo que hizo Alarico II es tener un gesto hacia la aristocracia senatorial. No olvidemos que nos encontramos en un contexto prebélico. En apenas un año, el *Regnum Gothorum* de Tolosa iba a estar cubierto por la sangre y las espadas. No podemos entender la aparición de este código sin el peso de los tres poderes nombrados más atrás y sin la necesidad de articular un reino unido pero realista en cuanto a su diversidad religiosa y social. El siguiente paso llegó a los pocos meses de la promulgación del *Breviario* y fue de carácter político-religioso. Una monarquía arriana conviviendo con una Iglesia católica que veía cómo otra monarquía bárbara cercana sí era católica, resultaba un cóctel cuanto menos complejo. Además, Alarico II tenía pendiente resolver los problemas eclesiásticos heredados del reinado de su padre. Así, en la costa mediterránea, en concreto en la urbe de Agde,

se reunió un concilio presidio por el destacado obispo Cesáreo de Arlés, que había sido apartado de su sede por el propio *rex gothorum* pero ahora recobraba su titularidad. Sólo asistieron obispos galorromanos y no hispanos, no obstante, se dejó claro que había interés en convocar otro sínodo de carácter general en la capital con la asistencia de los ausentes. La guerra dio al traste con esta iniciativa.

Alarico II se jugaba mucho en este concilio y buscaba que, aparte de los propios intereses de los eclesiásticos en las prácticas doctrinales, etc., ningún alto representante del clero católico que vivía en los dominios visigodos se pasase al bando enemigo, como había sucedido poco antes de la gran batalla entre Alarico y Clodoveo con el obispo de Rodez, Quintiano, quien era favorable a los francos y que había tenido que refugiarse en la Auvernia al amparo de otros obispos católicos por temor a ser ejecutado. Nos parece muy acertada una vez más la reflexión del profesor García Moreno: «el monarca godo trataría de constituir una organización eclesiástica plenamente identificada con el ámbito geográfico del Reino de Tolosa», y es que este hecho resultaba crucial para que, ante cualquier ataque de los francos y de su católico rey Clodoveo, no hubiese fisuras dentro del reino tolosano.

Pues bien, todo el empeño y el afán de las políticas de Alarico II se fueron al traste un año después. El año 507 es una de esas fechas que los europeos, especialmente españoles y franceses, deberíamos tener bien marcadas, ya que condicionó el desarrollo histórico de lo que serán España y Francia.

«*Regnum Tolosanum destructum est*», así refiere la *Chronica Caesaraugustana* a los sucesos acontecidos en el año 507. Después de lo expuesto en líneas precedentes, el lector puede inferir que el gran choque entre visigodos y francos iba a llegar tarde o temprano y que éste no sería uno más, sino que abriría un nuevo escenario geopolítico en las antiguas provincias del Imperio Romano de Occidente. Pero, más allá del ansia expansionista de Clodoveo, ¿por qué ese interés exacerbado en asaltar el Reino Visigodo de Tolosa? La historiografía no termina de ponerse de acuerdo. Podemos encontrar motivos dentro del seno de la Iglesia católica por el problema que suponía un reino arriano como el tolosano. Igualmente

podríamos ver interés en el emperador oriental o bizantino Anastasio que tampoco vería con buenos ojos un reino arriano y poderoso como el visigodo que, aparte de sus posesiones galas, cada vez se hacía más presente en Hispania. Incluso no habría que descartar a determinados sectores de la aristocracia galorromana que eran totalmente contrarios a los visigodos y preferirían la caída de su reino. Consideramos la opción de la influencia del emperador Anastasio como la de mayor peso.

Lo cierto es que el auténtico equilibrador de fuerzas, el ostrogodo Teodorico el Grande, intentó por todos los medios evitar la batalla, pero ni su política de alianzas matrimoniales ni su intensa actividad diplomática lo consiguieron. Por supuesto, no hemos de pensar que nos encontramos ante un mero conflicto religioso entre francos católicos —pues no todos lo eran — y visigodos arrianos —ya que muchos católicos lucharon a su favor—, sino que nos movemos en un choque de intereses entre dos reinos: uno que apostaba por expandirse a toda costa hacia el sur, y otro que defendía una posición que desde tantos años atrás había pugnado por conseguir.

Clodoveo, como buen estratega, planificó a la perfección la conquista del reino vecino y para ello buscó y encontró el apoyo de destacados aliados. En primer lugar, el emperador Anastasio que, como ya hemos explicado, no era nada favorable a Alarico II ni tampoco a los intereses del rey ostrogodo Teodorico el Grande. Y en segundo lugar, los francos, que contaron con un actor inesperado como eran los burgundios, arrianos como los godos pero que habían visto en la propuesta franca una ocasión ideal para recuperar los territorios que habían perdido ante los visigodos en el proceso de fijación de fronteras llevado a cabo por estos últimos. Las piezas estaban dispuestas sobre el tablero y Clodoveo realizó el primer movimiento. Envió una parte de su tropa a la siempre ambicionada Tours y allí se realizaron ofrendas en la basílica de San Martín buscando la intercesión del venerado santo. El ejército franco siguió avanzando hacia el sur pero tuvo que detenerse por la crecida del río Vienne. Gran parte de la información sobre esta campaña militar procede del historiador franco Gregorio de Tours, marcadamente subjetivo en su visión de los hechos históricos del momento. De esta manera, el obispo relata que, gracias a una señal divina —y no fue la única que describe en favor del soberano franco

—, la hueste pudo vadear el río. En el avance de las tropas, Clodoveo procuró que sus hombres siempre respetasen a la población civil, un claro gesto de que su objetivo únicamente era Alarico II. Los territorios visigodos fueron poco a poco ocupados y los focos de resistencia aplastados, estableciendo su campamento en el entorno de la ciudad de Poitiers.

¿Qué había estado haciendo Alarico II desde su corte en Tolosa? Ponerse en marcha para lo inevitable. El rey visigodo jugó una carta que para él resultaba determinante: el auxilio de su suegro Teodorico el Grande. Una unión de los ejércitos visigodos y ostrogodos sería un reto prácticamente inabarcable para los francos, sin embargo, ambos reyes godos no contaban con que Anastasio iba a mover ficha para evitar esa unión. El emperador oriental envió una flota a las costas italianas que amenazaba la retaguardia ostrogoda. Debido a esta circunstancia, Teodorico el Grande no pudo hacer llegar un ejército a territorio galo. Otro contratiempo para Alarico II vino derivado de la propia configuración de su reino en cuanto a la extrema extensión del mismo. Tropas muy necesarias para la batalla contra el enemigo franco se encontraban ahora en Hispania, y su participación hubiese sido un plus más que necesario para los visigodos al no poder contar con sus aliados y hermanos ostrogodos. A pesar del avance franco, Alarico II prefería resistir y no lanzarse a la batalla definitiva en espera del momento propicio en el cual los ostrogodos pudiesen hacer acto de presencia. No pudo ser así porque la propia nobleza visigoda, henchida de orgullo, reprochó al rey visigodo la excesiva dependencia con respecto a Teodorico el Grande. Muchos nobles visigodos consideraban que, indistintamente de las circunstancias expuestas, estaban preparados para derrotar a los francos. Además, destacados aristócratas galorromanos provenientes mayoritariamente de la región de la Auvernia apoyaban a los visigodos. Véase el caso del hijo de Sidonio Apolinar, Apollinario. Otros acudieron a la llamada de Alarico II merced a un *donativum* que hizo el rey visigodo para que se sumasen a su causa como fue el caso de Avito. Hay que señalar que un número muy importante murió luchando hombro con hombro junto a los godos.

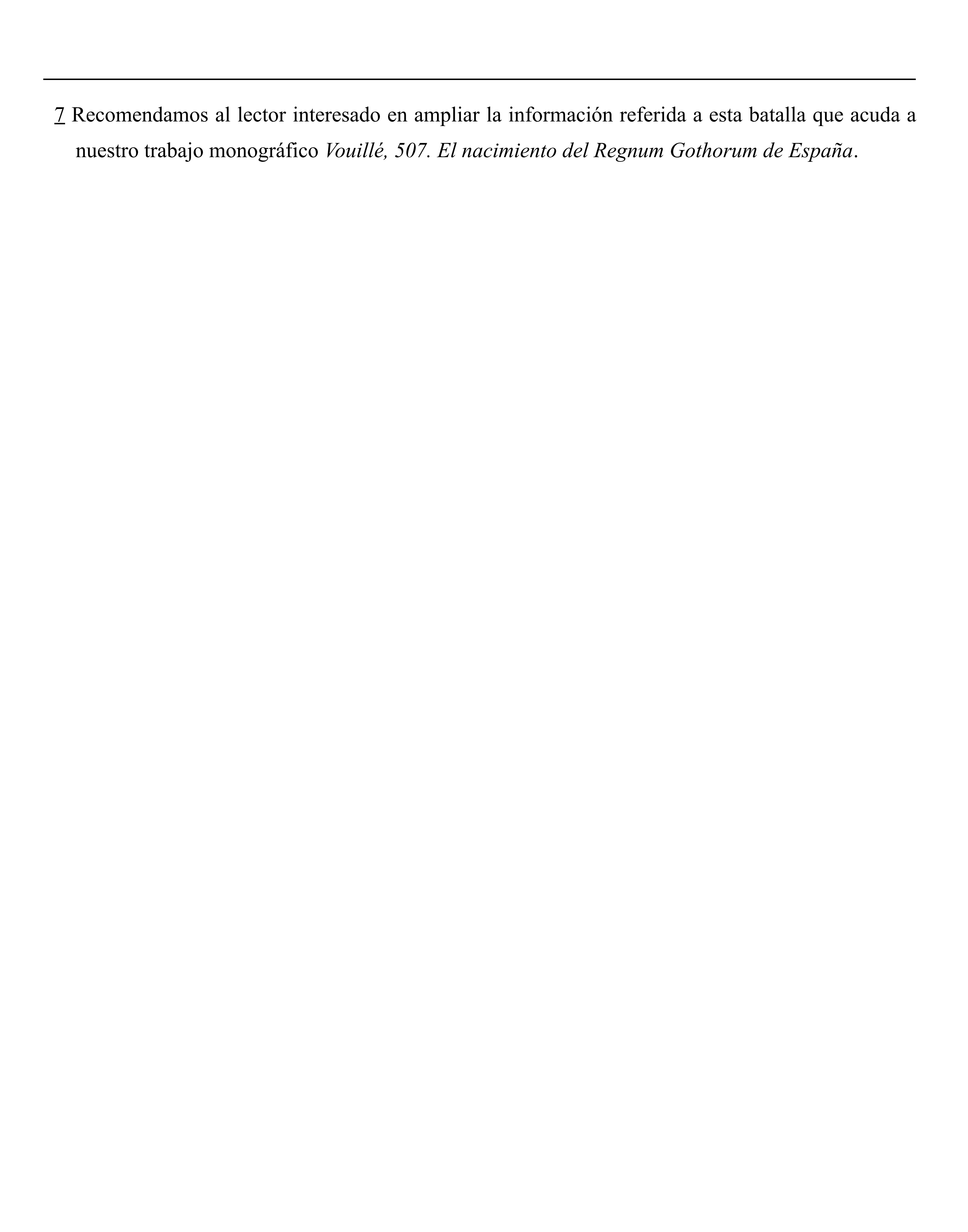
La batalla de Vouillé[7] o de *Vogladum* tuvo lugar a escasos quince kilómetros de Poitiers. Las referencias documentales sobre la batalla son

muy escasas, y autores como Bachrach, Rouche y recientemente Soto Chica han intentado analizar el combate. Clodoveo jugó muy bien sus bazas ubicando a sus arqueros en una posición elevada, mientras que la caballería franca —más débil que la famosa caballería goda— acometía y se retiraba en varias ocasiones dejando paso a su poderosa infantería para que rompiese las líneas enemigas. La batalla tuvo que ser cruenta. El momento clave llegó cuando las líneas visigodas no resistieron y comenzó la desbandada. Alarico II murió en la batalla probablemente en un combate épico y singular frente a Clodoveo que, tras matar a su rival, salvó la vida de milagro cuando dos guerreros visigodos estuvieron a punto de vengar a su rey. La profesora Jiménez Garnica considera que el cuerpo de Alarico II no fue enterrado en los túmulos que poblaron el área del combate sino que, siguiendo una tradición de la zona, estaría enterrado cerca de Carcasona con un prestigioso ajuar funerario. La victoria franca fue absoluta. Como dice San Isidoro de Sevilla: «Contra él lleva la guerra, con la ayuda de los burgundiones (burgundios), Fluduico (Clodoveo), príncipe de los francos, que ambicionaba el poder. Las tropas de los godos fueron puestas en fuga, y Fluduico, finalmente, dio muerte al propio Alarico, vencido en Poitou (Poitiers)».

Así, Alarico II, el rey visigodo que junto a Rodrigo peor ha sido tratado tanto por las fuentes antiguas —«Este, que había pasado su vida desde la niñez en el ocio y los banquetes» (San Isidoro)—, como por algunos sectores historiográficos contemporáneos, pasaba a la Historia como el derrotado y el protagonista de la caída del reino tolosano. No deja de resultar curioso y significativo que el sueño de Alarico I acabase, o al menos tomase un camino distinto, a partir de Alarico II. Eurico escogió el nombre para su hijo del heroico y siempre recordado en la tradición goda Alarico, el considerado primer rey de los visigodos. Una elección la de Eurico no casual sino cargada de fuerza y prestigio identitarios, pero que también recogía la conocida como maldición de los nombres dentro del contexto monárquico al tomar el nombre del primer soberano de una dinastía: «Alarico, que fue el noveno en subir al trono de los visigodos después del famoso Alarico el Grande. Pues, como se sabe, sucedió con los Alaricos lo mismo que con los Augustos», recoge Jordanes.

Muchos autores han tratado de establecer las causas de la rotunda derrota visigoda en la batalla de Vouillé y la consecuente destrucción del reino. Esta última obedeció a un proceso de conquista de una parte de su territorio con diversos enfrentamientos y no al exclusivo resultado, a pesar de ser muy significativo, de la mencionada gran batalla. La victoria de Clodoveo se debió a la superioridad de su ejército, basada en el potente liderazgo de una tropa de origen étnico diverso aunando las virtudes de la tradición guerrera germana y las prácticas militares romanas. Además, los soldados de Clodoveo llevaban varios años en constante estado de guerra —dadas las campañas de expansión—, se encontraban muy motivados para derrotar a su mayor enemigo y sabían que podían frenar el elemento más potente de su enemigo visigodo: la caballería. Asimismo, la alianza con Constantinopla que evitó la llegada a tiempo del auxilio ostrogodo y la dispersión de tropas visigodas entre las amplias fronteras del reino determinaron el éxito franco. Todo ello, junto a la presión por parte de la nobleza visigoda hacia Alarico II para que presentase batalla y al hecho de que el ejército visigodo no debía de encontrarse en óptimas condiciones militares, según se deduce de un aviso que dio Teodorico el Grande a su yerno recomendándole que evitase la guerra con los francos y que no se confiase por haber conseguido cincuenta años atrás derrotar al famosísimo Atila, marcaron el resultado.

Después de todo lo expuesto, nos reafirmamos en el título de este apartado: *Qué difícil es construir un reino y qué fácil puede ser perderlo*. La batalla de Vouillé había terminado y ahora arrancaba la conquista franca del Reino Visigodo de Tolosa, que bien pudo acabar en tragedia para los visigodos si los supervivientes hubieran sido asimilados por los francos desapareciendo así como entidad independiente. Empero, un personaje que ya hemos nombrado y cuya huella perdura hoy en día en la historia de Europa no lo permitió. Lógicamente, nos referimos a Teodorico el Grande o el Amalo, rey de los ostrogodos.



7 Recomendamos al lector interesado en ampliar la información referida a esta batalla que acuda a nuestro trabajo monográfico *Vouillé, 507. El nacimiento del Regnum Gothorum de España*.

4.
De Rávena, capital ostrogoda, a Toledo, capital visigoda

«El rey de Italia (Teodorico el Grande o el Amalo) reúne en armonía dos cualidades muy diversas: despedir rayos como ningún otro cuando se irrita y ser hermoso, como el cielo sin nubes, cuando está alegre. Sin abrir la boca, sólo su rostro promete a los embajadores de los pueblos paz si está sereno o guerra cuando es terrible. Tiene tantos rasgos insignes que, aunque cada uno se distribuyera a hombres distintos, les harían perfectos».

Panegírico, Ennodio.

Con estas llamativas palabras iniciamos un nuevo capítulo en el que, independientemente de que hablemos de otros muchos actores históricos de este periodo, el auténtico protagonista del capítulo sin ningún género de duda será el monarca ostrogodo Teodorico el Grande o el Amalo.

Siguiendo el desarrollo del discurso histórico, en este capítulo retomaremos en profundidad la «cuestión de los ostrogodos», pues los dejamos en *stand by* tras desembarazarse del yugo huno. Ahora veremos su evolución política hasta la llegada al poder de Teodorico el Grande y cómo éste traslada el radio de acción de su pueblo de Oriente a la península Itálica. Justo ahí recuperaremos la caída del Reino Visigodo de Tolosa, ya que en esos momentos el destino de visigodos y ostrogodos quedaría unido por varios años. A continuación hablaremos del Reino Ostrogodo de Italia hasta su sangrienta desaparición en una larga guerra, mientras que los visigodos iban configurando un nuevo reino en Hispania, y cerraremos el capítulo con un apartado monográfico sobre Teodorico el Grande analizando su figura, rasgos simbólicos y elementos esencialistas, así como la profunda huella que dejaría en la historia de Europa y que ha quedado recogida en el marco literario-legendario.

Para avanzar en la materia, nuestras herramientas de trabajo serán similares a las utilizadas anteriormente. Así, recurrimos a los análisis derivados de trabajos arqueológicos que aparecen nombrados en la profusa bibliografía que acompaña a este libro. Las fuentes antiguas nos seguirán guiando —Jordanes, Procopio de Césarea, Gregorio de Tours o San Isidoro de Sevilla— y a éstas se sumarán nombres como Ennodio y Casiodoro entre otros. Finalmente, los grandes especialistas que nos han venido acompañando hasta ahora proseguirán, bien es cierto que algunos serán dejados de lado y otros se convertirán en los principales focos referenciales. Dadas las especiales características del último apartado de este capítulo, aparecerá algún nuevo autor cuyo apoyo se centrará principalmente en este punto en concreto.

Un reino godo que tutela a otro reino godo

En páginas precedentes dejamos a los ostrogodos justo con la venida al mundo del que llegó a ser conocido como Teodorico el Grande y de quien dice Jordanes: «era […] un niño en el que se habían depositado grandes esperanzas».

El asentamiento en Panonia tras la caída del Imperio huno vino asociado a un acuerdo con el Imperio Romano de Oriente. Este tratado convirtió a los ostrogodos en aliados imperiales a cambio de un estipendio. Hasta el año 457 el sustento de los ostrogodos se había basado en el saqueo de las tierras de otros pueblos bárbaros y en el pago por parte del emperador oriental Marciano. Cuando el nuevo emperador oriental León I se negó a cumplir con las contribuciones preestablecidas, surgieron los primeros problemas. Hecho que se agravó cuando los hermanos Valamiro, Teodomiro y Vidimiro se enteraron de que otro grupo de ostrogodos, posiblemente escindido de su propio grupo tras la derrota de los hunos y encabezado por Teodorico Estrabón —ostrogodo del que se discute su posible pertenencia al prestigioso linaje de los Amalos—, sí recibía sus contribuciones correspondientes. Ante esta situación, se dispusieron a invadir y saquear el Ilírico con una doble meta en vista: por un lado, para conseguir botín y que el poder de los tres hermanos liderados por Valamiro no se discutiese y, por

otro, como medida de presión hacia el gobierno imperial. León I reculó y volvió a los términos del tratado comprometiéndose a efectuar los pagos. Para cerrar el acuerdo, el emperador oriental recibió en Constantinopla como rehén político y de prestigio, además de como garantía de paz, al jovencísimo Teodorico, hijo de Teodomiro. El pequeño godo, que en un futuro estaba llamado a liderar a su pueblo, llegó con apenas 8 años a la capital imperial y estuvo allí durante diez años. Este tiempo fue magníficamente aprovechado por Teodorico ya que, aparte de la altísima formación que recibió, adquirió un profundo conocimiento del funcionamiento político, administrativo e ideológico del Imperio Romano de Oriente que a la postre le fue de una gran utilidad para su particular proyecto de gobierno en la península Itálica.

A la par que se desarrollaba la estancia del joven Teodorico en Constantinopla, sus familiares Valamiro, Teodemiro y Vidimiro prosiguieron enfrentándose a otros pueblos bárbaros y obteniendo destacadas victorias. Fue en estos enfrentamientos cuando en uno de ellos el rey Valamiro, que ya había adquirido el título de *rex gothorum* como mecanismo centralizador e ideológico de poder según la profesora Valverde Castro, murió, y el gobierno de los ostrogodos pasó a Teodemiro, *rex* a partir de ahora. En el año 469 el soberano Teodemiro, en compañía de su hermano Vidimiro, cosechó una gran victoria aplastando a una coalición de diversos pueblos bárbaros como grupos de suevos que no habían emigrado a Hispania, sármatas, esciros, gépidos y rugos. Dice Jordanes con respecto a este triunfo: «Los godos contemplaban este espectáculo repletos de un júbilo y de una alegría indescriptibles, porque no sólo habían vengado la sangre de su rey Valamiro, sino también sus propias afrentas haciendo una carnicería inimaginable en el ejército de los enemigos. Por lo que respecta a la innumerable y variopinta multitud de enemigos, los que consiguieron escapar llegaron huyendo a su patria con suma dificultad y cargados de vergüenza». Los ostrogodos comenzaban a posicionarse como una fuerza dominadora en la zona y demostraban ser capaces de grandes hazañas. Es más, Teodemiro, aprovechando que el Danubio se encontraba helado en invierno, obtuvo otra victoria frente a otra coalición de suevos y alamanes al invadir su territorio. En su regreso triunfal a Panonia fue cuando el rey se

encontró con su hijo Teodorico, que acaba de ser devuelto por el emperador León I cubierto de grandes regalos.

Teodorico regresó junto a su pueblo cargado de energía, con ganas de demostrar que podía llegar a convertirse en un líder de leyenda y con el objetivo de ir nutriendo una poderosa red clientelar en torno a su persona. Así, sin consentimiento paterno, reunió un ejército conformado por sus propios hombres, por otros que simplemente le apreciaban y también por algunos guerreros de su padre que optaron por seguirle. Tras cruzar el Danubio, sus víctimas fueron los sármatas del rey Babai, que figuró entre los ejecutados. Teodorico consiguió un buen botín y seguidamente conquistó la ciudad de Singidonum (actual Belgrado), que había caído en manos sármatas después de derrotar a los romanos. La urbe quedó bajo control del ostrogodo. Sobre este hecho de armas, de nuevo la profesora Valverde Castro destaca una cuestión simbólica muy a tener en cuenta: «a partir de ahora, los ostrogodos reconocerán el poder de Teodorico, y aunque él no asuma aún la función regia, celebrará este acontecimiento como el inicio su reino con ocasión de los *trecenennalia* celebrados en Roma en el 500».



Mausoleo de Teodorico el Grande en Rávena (alrededor del 520).

En el año 473 los ostrogodos comenzaron a tener problemas debido a la merma en su principal fuente de aprovisionamiento: los botines de guerra derivados de las victorias frente a otros bárbaros. Después de un tiempo sin saquear ni recurrir al pillaje, la necesidad acuciaba a los hombres de Teodemiro. El rey tomó la decisión de romper el acuerdo con Constantinopla. Teodemiro se dirigió hacia los territorios del Imperio Romano de Oriente y su hermano Vidimiro, junto con su contingente poblacional, avanzó hacia la península Itálica. A la llegada a los dominios del Imperio Romano de Occidente, gobernado en estos años por el emperador Glycerio, Vidimiro murió, y su puesto fue ocupado por su hijo también llamado Vidimiro. Glicerio ofreció a Vidimiro cruzar a las Galias e integrarse en el pueblo de los visigodos uniéndose como antaño. Así hizo, y esto supuso un fuerte refuerzo para el ya destacado contingente poblacional visigodo y su reino tolosano. El grupo de Teodemiro, que sería más poderoso y numeroso que el de Vidimiro, se encaminó desde Panonia hacia los Balcanes asolando el Ilírico. El gobierno imperial se vio de nuevo obligado a negociar con los ostrogodos y llegar a un acuerdo. Aparte de regalos, los germanos recibieron un nuevo lugar en el que asentarse, en este caso en territorio macedonio. Poco tiempo pudo disfrutar del *foedus* el soberano Teodemiro, pues falleció a causa de una enfermedad no sin antes haber establecido que su sucesor debía ser su hijo Teodorico. El poder entre los ostrogodos se mantenía dentro de una misma familia, y la sucesión no tuvo ninguna discusión dado el currículum del rey difunto y los méritos del nuevo *rex*, que comenzó a gobernar en el año 474.

En el año 476 Teodorico el Amalo alcanzó un acuerdo con el emperador oriental Zenón por el cual los ostrogodos pasaban a asentarse en Moesia y recibían un pago anual a cambio de su apoyo militar. Pero no sólo esto, el rey ostrogodo fue nombrado *magister militum*. Aparte de este nombramiento, Teodorico obtuvo otras dignidades romanas con el tiempo: título de patricio y de *flavius*, cónsul e incluso fue adoptado como hijo de armas.

El lector no debe olvidar que, aparte del grupo de ostrogodos regido por Valamiro-Teodemiro-Teodorico el Grande o el Amalo, existía otro grupo liderado por Teodorico Estrabón que también venía jugando sus cartas con

el gobierno imperial. Si Teodorico el Grande quería afianzar su poder, prestigiar su gobierno y mostrarse como el único señor de los ostrogodos, necesitaba la muerte de Teodorico Estrabón y ésta llegó en el año 481. A partir de aquí, y tal y como señala el académico García Moreno, Teodorico el Grande pudo culminar la etnogénesis Amala y convertirse en el único *rex gothorum* de Oriente absorbiendo al grupo de su enemigo. Entre los nombramientos por parte del emperador oriental Zenón, sus anteriores hechos militares y la desaparición de su rival ostrogodo, el poder de Teodorico el Grande era legítimo e incuestionable. Sin embargo, la situación que se vivía en el Imperio Romano de Oriente con la presencia de Teodorico el Grande y esa relación de aparente cordialidad con el emperador Zenón no podía extenderse en el tiempo, puesto que cualquier desavenencia —y tal vez se diese más de una— podía provocar la ofensiva de uno sobre el otro y viceversa. De hecho, en una fase de malas relaciones Teodorico llegó a atacar la mismísima capital imperial. En definitiva, lo que más convenía a ambos era mantener una relación en la distancia, además, como escribe Jordanes sobre el monarca godo: «prefirió, según la costumbre de su raza, buscar su propio sustento con esfuerzo antes que seguir disfrutando ociosamente de los bienes del Imperio Romano». Así, en el año 488 Zenón y Teodorico el Grande llegaron a un nuevo acuerdo que en cierta medida beneficiaba a los dos: el emperador oriental autorizó la invasión de la península Itálica que se encontraba entonces bajo el poder de Odoacro —aquel que había depuesto al último emperador occidental—, y en caso de victoria goda, Teodorico el Grande podría gobernar sin oposición por parte de Oriente.

Los ostrogodos comenzaron su particular epopeya y todo el pueblo (hombres, mujeres y niños) al completo partió hacia tierras itálicas. En la marcha no sólo había población goda; grupos de rugios y alanos, entre otros, e incluso población romana, formaron parte de esta llamativa e inmensa comitiva que partió con la empresa de alcanzar un reino. Nuevamente nos encontramos ante una masa poblacional de origen étnico diverso pero articulada alrededor de un núcleo mayoritario y aglutinador como era el godo. En cuanto al número de personas que formarían esta masa popular, éste resulta muy complejo de precisar, pero algunos autores

lo han intentado: desde las posiciones más elevadas del profesor Syvanne —que ofrece un número de 40.000-60.000 soldados para un total poblacional de 200.000-300.000—, a las ofrecidas por la profesora Jiménez Garnica —que habla de una tropa de 100.000 hombres de los que 20.000 formarían parte del séquito personal del monarca—, pasando por cifras más conservadoras y con las que nos sentimos más cómodos como son las del profesor Wolfram, quien se postula en un número total de 100.000 individuos de los cuales 20.000 serían guerreros. En todo caso, una fuerza poderosa para enfrentarse a cualquier enemigo.

El camino hasta la península Itálica no fue de rosas, y en el año 488 los godos de Teodorico el Grande tuvieron que enfrentarse a los gépidos en la dura batalla del río Vuka o Ulca, que se saldó con victoria goda gracias al soberbio liderazgo del Amalo. El primer combate entre las huestes de Teodorico y Odoacro aconteció un año después en las proximidades de la ribera del río Isonzo, donde las tropas del segundo fueron aplastadas por el avance godo. La guerra continuó de manera favorable para Teodorico, pues una segunda victoria llegó en Verona permitiendo al soberano godo pasar a controlar gran parte del actual norte de Italia incluyendo estratégicas urbes como Milán, Pavía y la propia Verona. Teodorico se vio favorecido por la deserción del jefe militar de Odoacro, Tufa, junto a varios de sus hombres. No obstante, esta jugada no le salió bien al Amalo ya que ordenó a Tufa atacar a su anterior señor, que se refugiaba en la antigua capital imperial, Rávena, pero Tufa traicionó a Teodorico. Este contratiempo fue aprovechado por Odoacro para contraatacar y obligar al monarca ostrogodo a refugiarse en Pavía. Es justo en este momento del año 490 cuando la ayuda visigoda enviada por Alarico II llegó como mano de santo para romper el cerco de Pavía y, gracias a estos refuerzos, Teodorico volvió a derrotar a Odoacro en la batalla de Adda. Note el lector la importancia de la ayuda visigoda en un momento crucial de la guerra por la península Itálica. El conflicto comenzó a alargase en exceso para las preferencias de Teodorico, que tuvo que hacer frente a otra traición —de la que también saldría victorioso— en el año 492. Odoacro resistía en la poderosa Rávena pero todo iba a acabar en el año 493. En primera instancia, la mediación del obispo de Rávena facilitó que Teodorico el Grande aceptase pactar con

Odoacro una especie de gobierno compartido. El acuerdo apenas duró unos días. Durante una cena en el palacio imperial de Rávena, Teodorico el Grande acabó con la vida de Odoacro siguiendo «una vieja Faida o venganza de sangre de tradición germánica», como señala el profesor García Moreno, además de ejecutar a su familia y amigos cercanos. Ahora sí, toda Italia reconocía a Teodorico el Grande.



Mapa del Reino Ostrogodo de Italia.

En el año de Nuestro Señor de 493 nacía el Reino Ostrogodo de Italia con capital en Rávena, urbe que fue tratada con mimo a lo largo del amplio reinado de Teodorico el Grande emprendiendo en ella una profunda labor edilicia (como sucedió en otras ciudades italianas como Pavía o Roma), cuyas huellas pueden apreciarse hoy en día. Desde su magnífico palacio en Rávena, el soberano germano planificó y desarrolló una política tanto interior como exterior que llevó a su reino a convertirse en el nuevo referente de Occidente, sin olvidar el hecho de que todas las monarquías germánicas reconocían la legitimidad política del Imperio Romano de Oriente. Brevemente, la política interior de Teodorico el Grande, desde su posición de poder, se basó en contemporizar con los dos pueblos que conformaban su reino —godos y romanos—, y en el respeto por la organización administrativa preexistente a su llegada. A pesar de la fe arriana de los godos, hubo un primer acercamiento a la Iglesia católica y un buen trato a la aristocracia senatorial italiana. De hecho, romanos tan relevantes como Liberio y especialmente Casiodoro jugaron un papel determinante en la administración y funcionamiento del reino. Una buena muestra de dicho funcionamiento sería la promulgación, alrededor del año 500, del *Edicto de Teodorico*, un corpus legislativo para el buen gobierno del reino y de sus dos núcleos poblacionales, amén de otros ejemplos como

distintas acciones económicas, administrativas y sociales que así recogen los laudatorios escritos de varios cronistas. En lo referente a la política exterior ya hemos citado la política matrimonial entretejida por Teodorico el Grande uniendo la monarquía ostrogoda con las monarquías visigoda, franca, turingia, vándala y burgundia con el firme propósito de crear lazos de dependencia y de ser él el árbitro de la política de Occidente frente a los intereses del emperador oriental. Esta privilegiada posición se veía confirmada por el prestigio derivado de sus hazañas guerreras y de las dignidades imperiales recibidas. El otro punto fuerte de la política exterior del rey de godos y romanos fue la actividad militar, materializado en el fortalecimiento de las fronteras y en la expansión del reino hacia el este. Y es que gracias a Jordanes conocemos la exitosa campaña encabezada por el conde Pitzia, prestigioso militar que derrotó en las actuales tierras serbias a los gépidos en el año 504 y a un ejército imperial de la zona que amenazaba a un aliado ostrogodo. Estas victorias le granjearon al reino ostrogodo la lealtad de diversos pueblos y reyezuelos del territorio. En este contexto de política exterior de carácter diplomático y belicista encaja la intervención ostrogoda en la guerra franco-gótica entre Clodoveo y Alarico II.

Con la victoria franca en la batalla de Vouillé del año 507 y la muerte de Alarico II, el descabezamiento del reino visigodo facilitó la conquista franca, máxime sin que los ostrogodos pudiesen intervenir. El astuto Clodoveo dividió su ejército enviando una parte del mismo —a cuyo frente estaba su hijo Teodorico (Thierry)— a someter la estratégica región de la Auvernia y ciudades vitales como Clermont y Rodez. Por su parte, el soberano franco tomó Burdeos y pasó allí el invierno del año 508. Seguidamente conquistó la capital visigoda, Tolosa, y consiguió una parte del tesoro real. Un duro golpe para los derrotados visigodos. Los aliados burgundios también habían entrado en escena con la invasión de la Provenza a cargo de su rey Gundebado y su llegada a finales del año 507 a la vieja capital de la Prefectura de las Galias, Arlés, cuya conquista se antojaba clave. Allí acudieron refuerzos francos que junto a las tropas burgundias atacaron la urbe, que resistió gracias a la guarnición visigoda y a sus soberbias murallas. Hasta entonces los visigodos habían ido retrocediendo y aguantando a duras penas los envites de Clodoveo y sus

aliados. Así, se hacía necesaria la elección de un nuevo monarca que articulase de una manera eficaz la resistencia. El legítimo heredero, Amalarico, hijo de Alarico II y nieto de Teodorico el Grande era aún muy joven para asumir dicha responsabilidad, por lo que un sector de la nobleza visigoda miró a un hijo ilegítimo de Alarico II: Gesaleico. La proclamación como *rex* de Gesaleico tuvo lugar en Narbona y no contó con el beneplácito de toda la nobleza visigoda. El nuevo rey visigodo no empezó con buen pie, dado que no le quedó más remedio que salir de Narbona al ser la urbe asaltada y saqueada por los burgundios. Mientras tanto, Clodoveo seguía cosechando éxitos en Aquitania. A mediados del año 508 Clodoveo controlaba gran parte del norte y centro del caído Reino Visigodo de Tolosa, y la resistencia visigoda se articulaba en el sur galo y en la costa mediterránea, destacando ciudades como Arlés y Carcasona como bastiones visigodos. Hispania todavía permanecía ajena al conflicto.

Hasta junio del año 508 todo marchaba según lo previsto por Clodoveo y sus aliados. Es más, los triunfos militares de éstos se vieron simbólica y prestigiosamente representados con el título de cónsul honorario que el emperador oriental Anastasio concedió a Clodoveo y con su desfile triunfal montado a caballo —vestido con una túnica púrpura y una diadema, al más puro estilo de los grandes emperadores— y repartiendo oro y plata, según el cronista franco Gregorio de Tours. Sin embargo, ahora sí, la maquinaria bélica de Teodorico el Grande se puso en marcha para redefinir el destino de los visigodos y, por ende, el destino de la historia de Europa y de España. El rey ostrogodo supo aprovechar el tiempo que no pudo estar presente en la guerra franco-gótica. Al igual que había hecho Clodoveo con sus planes de conquista, y como si se tratase de una partida de ajedrez, el Amalo, desde su corte en Rávena, comenzó a mover sus fichas contando con, tal vez, sus mejores generales y tropas de auténtico nivel. Ciertamente, la empresa así lo requería. Así emergieron las figuras de los duques Ibbas —máxima autoridad ostrogoda durante la campaña—, Tuluino, Mammo o el *comes* Wandil, prácticamente la flor y nata de la nobleza ostrogoda. Aprovechando las calzadas romanas, la hueste de Teodorico penetró rápidamente en el área de conflicto, siendo Marsella una de las primeras y principales ciudades reconquistadas. El ejército ostrogodo siguió avanzando

y sometiendo distintas ciudades como Aviñón. El avance se veía asegurado al dejar el *dux* Ibbas parte de sus hombres guarneciendo las urbes tomadas. La gran victoria ostrogoda llegó a las proximidades de Arlés —que quedó liberada del asedio que sufría—, donde el general Ibbas derrotó a un ejército franco-burgundio en una épica victoria que proporcionó un buen número de esclavos francos y burgundios para las futuras ventas godas. En el año 509 el ejército ostrogodo se dividió en dos partes, una atacó el reino burgundio y la otra —dirigida por el general Ibbas que cosechó otro éxito más— recuperó Narbona y aseguró Carcasona, plaza de especial importancia porque allí se alojaba el legítimo heredero Amalarico junto a parte de la resistencia visigoda y a los sobresalientes restos del tesoro visigodo, de alto valor monetario y simbólico para la identidad del pueblo y el acceso al trono. Las victorias del *dux* Ibbas sobre los francos son incluso sublimadas en exceso por el cronista Jordanes: «No fue menor el triunfo que consiguió sobre los francos por medio de su conde Ibba, ya que perdieron la vida en la guerra más de treinta mil francos». Es conveniente señalar que Teodorico cuidó mucho de que sus tropas fuesen lo más respetuosas posible y no fuesen percibidas como conquistadoras o asaltantes, sino como restauradoras de la legitimidad quebrantada.

Nos encontramos en un momento clave de este libro y de toda nuestra Historia: Teodorico el Grande pasaba a tutelar a su nieto Amalarico y, con el visto bueno de la aristocracia visigoda que seguía a Amalarico, se disponía a desplazar a Gesaleico y ejercer como guardián y tutor del reino visigodo hasta que Amalarico pudiera hacerse cargo del trono en función de sus derechos dinásticos y sucesorios. Cuando Gesaleico, de quien San Isidoro destaca su origen vulgar y su incapacidad, vio lo que se le venía encima, se retiró a Hispania con sus leales. No obstante, en tierras hispanas las contrariedades se le fueron acumulando a Gesaleico. A su llegada a Barcelona en el año 510 sabemos que mató al conde Goarico, máximo responsable de la guarnición visigoda de dicha ciudad, que probablemente no estaría de su lado. La inestable situación desembocó en que un año después se diese un conflicto civil entre godos. Teodorico el Grande quería cortar de raíz el problema que representaba Gesaleico, por lo que ordenó al general Ibbas que atacase. Cerca de Barcelona Ibbas derrotó a Gesaleico,

que huyó al norte de África para refugiarse en el reino vándalo. Gesaleico se negaba a renunciar al trono y por ello buscó apoyos exteriores (se llega a considerar que incluso pudo pensar en los francos). El rey vándalo Trasamundo, ante el temor de verse involucrado en un conflicto militar con los ostrogodos, sólo apoyó económicamente a Gesaleico, quien regresó a suelo galo y consiguió levantar un nuevo ejército en el año 511. «En un combate que se entabló a doce millas de la ciudad de Barcelona, es puesto en fuga por Ebbas (Ibbas), general del rey Teuderico, y, capturado al otro lado del Druencia (Durance), río de las Galias, perece. De este modo perdió primero el honor y después la vida», escribe San Isidoro. Desde este instante histórico y sin ninguna oposición, el ostrogodo Teodorico el Grande se convirtió en el regente del reino visigodo y en el tutor de su nieto Amalarico.

Aparte de la propia extensión del Reino Ostrogodo de Italia, los dominios bajo control de Teodorico el Grande eran ahora inmensos, y desde Rávena supo manejar la situación. Procopio de Cesarea señala al respecto: «Teodorico enviaba continuamente jefes y ejércitos a la Galia y a Hispania, para salvaguardar así la fuerza real de su gobierno y las medidas que tomaba iban dirigidas a la seguridad y el mantenimiento de su orden». No es descartable que en alguna ocasión visitase Hispania. La situación en las Galias vino a estabilizarse, aunque siempre con roces en la nueva frontera, llevada más próxima a la provincia de la Narbonense. La presencia visigoda en Aquitania, a pesar de la conquista franca, siguió siendo activa durante años. El monarca ostrogodo tenía que reestructurar el reino visigodo y todo ello pasaba por recobrar la vieja administración romana. De este modo reinstauró el «orden romano» a través de la recuperación de la Prefectura del pretorio de las Galias en los territorios bajo gobierno ostrogodo, siendo el prefecto el patricio y senador romano Félix Liberio, y rescatando la figura del vicario. Un alto cargo romano pasó a ocuparse de las cuestiones económicas y judiciales, mientras que las militares quedaron en manos ostrogodas, en las del *dux* Ibbas en este caso, repitiéndose el modelo instaurado en el reino ostrogodo. El Amalo actuó como un soberano ejemplar y restauró las defensas de algunas ciudades que habían sufrido gravemente los estragos de la guerra —véase Arlés—, y para evitar que el

sufrimiento de la población galorromana que estaba bajo su administración fuese mayor, envió barcos cargados de provisiones (cereal) para mantener al ejército ostrogodo; ese peso no caería en dicha población, y varios impuestos dejaron de cobrarse. Resulta indudable pensar que el prestigio político y personal de Teodorico el Grande aumentó con estas medidas. En cuanto a Hispania, o más bien a los dominios visigodos y áreas de influencia en Hispania, dado que el *Regnum Suevorum* seguía su propio desarrollo histórico en el noroeste peninsular y existían territorios al norte y sur de la península que eran ajenos al control godo, Teodorico el Grande actuó como regente. Incluso nos parecería hasta correcto llegar a considerar al Amalo, como hacen otros autores, un rey más de la monarquía visigoda, pues llevó a cabo disposiciones tanto civiles como militares aplicando una política similar a la establecida en la península Itálica y fortaleciendo igualmente el poder monárquico. Las dos penínsulas, la Ibérica y la Itálica volvían a estar fuertemente conectadas. Las reformas en Hispania se hacían más que necesarias para recuperar el orden y la administración de la época imperial, resultando básica la correcta gestión del fisco y evitando los desmanes. Evidentemente, Teodorico no podía vacilar. Los puestos de mayor responsabilidad fueron a parar a ostrogodos, quedando en segundo plano visigodos e hispanorromanos. Así llegaron a la península Ibérica los gobernadores Ampelio y Liuverit para los asuntos civiles, administrativos, etc., y como máxima autoridad militar un antiguo *comes armiger* del rey ostrogodo de nombre Teudis. Este personaje pasará a tener un papel fundamental en nuestra Historia como más tarde veremos. Otra de las tareas de Teudis fue la de tutelar al legítimo heredero Amalarico, tal y como afirma Jordanes: «nombró a su ayuda de campo, Teudis, tutor de su nieto Amalarico en el reino de Hispania». Poco a poco Teudis se fue haciendo fuerte y actuando con una creciente autonomía con respecto a Rávena.

De la política aplicada por Teodorico el Grande en la Hispania que estaba bajo control godo se infiere una cuestión clara y que ha sido muy bien expuesta por el profesor García Moreno: «Parece evidente que Teodorico trató de realizar la unión de ambos pueblos godos en una sola estirpe (*gens*) con la constitución de una monarquía única y en beneficio de su propia familia de los Amalos». Muestras evidentes de este razonamiento

las encontramos en el hecho de que el magnífico tesoro real visigodo no permaneció en la provincia Narbonense o en alguna ciudad relevante de Hispania, sino que Teodorico mandó que se custodiase en Rávena aunque sin mezclarse con el ostrogodo. Siguiendo esta línea de política unitaria pero adaptada e individualizada al Reino de Italia, a Hispania y a los dominios galos, otra estupenda fórmula de vincular más los dos reinos godos fue a través de matrimonios entre las aristocracias visigoda e hispanorromana con la ostrogoda. Procopio vuelve a resultar esclarecedor: «los godos (ostrogodos) y los visigodos, con el transcurso del tiempo, comoquiera que fueran gobernados por un solo hombre y compartieran la misma tierra, se prometieron a sus hijas los unos a los otros y así las dos razas se entremezclaron en parentesco». El eje maestro del plan unitario de Teodorico se focalizaba en su yerno y futuro sucesor, el noble Eutarico, quien se haría cargo de los dos reinos. Eutarico estaba vinculado tanto a los visigodos como a los Amalos y Jordanes alaba sus virtudes. Para reafirmar su posición —que ya resultaba prestigiosa puesto que también poseía títulos y dignidades asociadas al Imperio Romano de Oriente (cónsul romano, el nombre de Flavio Eutarico, etc.)—, Teodorico hizo que contrajese matrimonio con su hija Amalasunta. Sin embargo, el sueño sucesorio y unitario del Amalo no se pudo realizar en la figura de Eutarico, pues éste murió en el año 523.

Los últimos años de reinado de Teodorico el Grande fueron complejos y los problemas comenzaron a perturbar su gobierno tanto dentro como fuera del reino. A nivel exterior, los vaivenes en las relaciones con el Imperio Romano de Oriente se mantuvieron, y su política matrimonial comenzó a resquebrajarse al darse fuertes disputas con vándalos, burgundios y francos. Pero tal vez más significativo resulte el distanciamiento con la aristocracia romana y la Iglesia católica a causa seguramente de una política más autoritaria y goticista. Fiel reflejo de ello es que Casiodoro fue apartado de sus cometidos y el famoso senador, poeta, filósofo, político y posteriormente santo, Boecio, fue encarcelado y ejecutado acusado de actuar en beneficio de los intereses imperiales.

La Parca llamó a la puerta de Teodorico el Grande o el Amalo en agosto del año 526, volviendo con su muerte la situación anterior de división entre

ambos reinos godos. El periodo de tutela o de regencia por parte del reino ostrogodo sobre el visigodo, que a pesar de estar regido desde Rávena siempre se mantuvo como una entidad independiente, había concluido. Ambos tronos fueron a parar a sendos nietos de Teodorico, el ostrogodo a manos del joven Atalarico —aunque su madre Amalasunta tuvo que ejercer como regente—, y el visigodo a manos de Amalarico, que ya era sobradamente adulto pero tuvo que esperar a la muerte de su abuelo para poder gobernar y ejercer el derecho dinástico que siempre mantuvo.

La caída de los ostrogodos y la guerra civil visigoda[8]

Tal vez la expresión que mejor pueda definir al Reino Ostrogodo de Italia es «un gigante con pies de barro». La magna e imperfecta obra de Teodorico el Grande, pero de un profundo calado político, administrativo y especialmente simbólico, iba ser totalmente destruida en menos de cuatro décadas. Bien es cierto que no es una excepción el hecho de que una aparentemente poderosa monarquía germánica y sustentada en la figura de un gran y prestigioso líder acabase desapareciendo al poco tiempo de morir éste. Véase el caso del *Regnum Vandalorum* del norte de África levantado por el rey Genserico en torno a su capital Cartago, que tras su fallecimiento en el año 477 fue conquistado por el Imperio Romano de Oriente o Bizantino en el año 534. En este caso, vándalos y ostrogodos compartieron al mismo destructor a causa de una política basada en querer recuperar la extensión total del antiguo Imperio Romano, la llamada *renovatio imperii* protagonizada por Justiniano.

Las últimas décadas de existencia del reino ostrogodo darían para una monografía porque contamos con una fuente que describe detalladamente el conflicto bélico que desembocó en el fin del sueño del Amalo. Nos referimos lógicamente a Procopio de Cesarea, muy cercano al gran general bizantino Belisario, y a su *Historia de las Guerras*. *Guerra Gótica*, donde describe el sanguinario y devastador conflicto bélico que dejó la península Itálica muy tocada. Nosotros, dadas las características de este trabajo y a pesar de dar especial relevancia a las cuestiones político-militares,

recomendamos al lector interesado en ampliar la información expuesta que acuda a la bibliografía del final de este libro.

Si seguimos prácticamente al pie de la letra la obra de Jordanes, parece que el propio Teodorico el Grande, viendo ya extremadamente cercana su hora de partir de este mundo, vislumbraba que su legado entraría en una profunda crisis sin su férreo timón. Ante esta visión, Jordanes remarca que Teodorico reunió a los condes godos y a los personajes más relevantes del reino para asegurar su lealtad a Atalarico, un niño todavía, y para que se respetase al Senado y pueblo romanos además de para buscar el apoyo del emperador romano de Oriente, que para el año 527 era ya el sobresaliente Justiniano. Esto, desde nuestro punto de vista, supone una rotunda muestra de que para Teodorico, sin él, las buenas relaciones con Constantinopla se hacían más que necesarias para el mantenimiento del reino, dada la fortaleza militar del Imperio y el expansionismo franco. Como posteriormente veremos, a la larga, francos y sobre todo bizantinos fueron los grandes beneficiados de la caída ostrogoda. Una de las primeras acciones de Atalarico, aunque más bien habría que decir de su tutora y regente del reino Amalasunta, fue la devolución del tesoro real visigodo custodiado en Rávena al rey visigodo Amalarico, certificándose así lo que podríamos denominar como la disociación entre los dos reinos godos y la anulación de los tributos que salían desde Hispania a Italia, quedando el río Ródano como marca fronteriza. Asimismo, habría un repliegue de tropas que conllevaría que muchos soldados ostrogodos, no todos porque algunos optaron por quedarse en Hispania, regresasen a su reino de origen. El reino visigodo pasaba a gestionarse autónomamente sin ningún tipo de vínculo político y fiscal con Rávena. Amalasunta, como fiel madre y tutora de su hijo, procuró que Amalarico recibiese la mejor de las educaciones siguiendo la tradición romana. Un sector de la nobleza ostrogoda comenzó a desconfiar de las disposiciones de Amalasunta y criticó tanto el fuerte influjo romano que recibía su hijo alejándose de su identidad gótica, como la excesiva dependencia de Constantinopla. Amalasunta, de la que las fuentes subliman sus virtudes, había establecido muy buenas relaciones con el emperador oriental Justiniano siguiendo los preceptos de su difunto padre. La situación comenzó a ser tan tensa que a la regente no le tembló el

pulso a la hora de ejecutar a varios nobles. Por su parte los francos, desde el norte, aprovecharon la coyuntura y tomaron los territorios galos pertenecientes a los godos, mayoritariamente la Provenza, teniendo Atalarico que renunciar a una de las grandes conquistas de su abuelo. Al poco tipo de esta acción y por causas naturales Atalarico falleció.

Nos encontramos en el año 534 y la ahora reina Amalasunta se veía en una posición complicada que le llevó a la decisión de casarse con su primo, el noble e influyente Teodato. A finales de ese año y pensando que este matrimonio tendría un efecto balsámico entre los opositores a su política pro-imperial se produjo el enlace. El efecto no fue el deseado por la hija de Teodorico el Grande pues su marido y nuevo rey Teodato tenía otros planes tanto para ella como para el Reino Ostrogodo de Italia. A mediados del año 535 Teodato ordenó a su esposa que saliese del palacio real de Rávena para ser desterrada a una isla del lago Bolsena y, según el cronista Jordanes, «donde a los pocos días de vivir sumida en la tristeza fue estrangulada en los baños por la guardia de Teodato». Justiniano, desde Constantinopla, tenía una excusa que tal vez fuese esperada y deseada para intervenir en los asuntos itálicos. Atalarico y especialmente Amalasunta se habían convertido en sus protegidos, y sus muertes —en el caso de la reina goda de manera violenta— eran lo que en muchos círculos historiográficos se ha considerado como un *casus belli*, una razón por la cual sus tropas debían movilizarse hacia el reino ostrogodo. El emperador oriental movió sus fichas y envió a tierras italianas a uno de los generales más sobresalientes de la Antigüedad Tardía y podríamos decir que de toda la Historia; nos referimos a Belisario, quien un año antes había conquistado el reino vándalo. Para Justiniano la destrucción del reino ostrogodo, como había sucedido en África y en el Mediterráneo con los vándalos, era un paso más en la política de recuperación de los antiguos dominios imperiales en Occidente. Las hostilidades se iniciaron en Sicilia, el puntal sur del reino ostrogodo y de un amplio valor estratégico. A mediados del año 535 la Guerra Gótica había comenzado y venía siendo mucho más larga y costosa de lo que en principio pensaba su instigador, el emperador oriental Justiniano. Además, no se detecta en las fuentes que la mayoría de los italorromanos recibiesen con agrado el sangriento conflicto promovido

desde Constantinopla. Belisario conquistó fácilmente la isla de Sicilia y Teodato reaccionó enviando a su yerno Evermundo al sur de la península Itálica, pero el defensor desertó al no poder hacer frente al enemigo. Asimismo, por el norte del reino ostrogodo las tropas bizantinas avanzaron al mando del general Mundo y penetraron exitosamente en la costa de Dalmacia. Poco a poco los primeros pasos de la guerra eran muy desfavorables para Teodato, cuya posición se vio seriamente agravada cuando la ciudad de Nápoles fue tomada por Belisario. El soberano godo optó por retirarse a Rávena, donde en el año 536 fue asesinado en una conjura encabezada por el noble y prohombre Vitiges. El mismo Vitiges, gracias al apoyo del ejército godo, fue proclamado nuevo monarca en los *Campos Barbáricos*, según Jordanes, entrando seguidamente en Roma. Para reforzar su posición, puesto que no pertenecía al linaje de los Amalos, se casó en Rávena con Matasunta, hija de Eutarico y Amalasunta y a la sazón nieta de Teodorico el Grande.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos asociados a la corte goda Belisario, después de tomar Nápoles, avanzó hasta Roma y tras un duro asedio tomó la Ciudad Eterna y no se detuvo en su avance. Vitiges reaccionó enviando un ejército pero éste fue derrotado. El rey godo, enfurecido, reorganizó a sus tropas haciendo venir a soldados asentados cerca del reino franco y a huestes de la zona del Danubio. Era la primavera del año 537 y el objetivo se centraba, saliendo desde Rávena, en recuperar Roma. Todas las acciones militares son profusamente descritas por Procopio de Cesarea con un nivel de detalle con el que ya nos gustaría contar para otros conflictos de la época. Durante prácticamente un año, los godos de Vitiges sometieron a un durísimo asedio a Roma, atacando las puertas, asaltando las murallas, cortando las vías de comunicación y los acueductos, etc. A pesar del esfuerzo godo, el ejército de Vitiges tuvo que retirarse a la capital del reino sin alcanzar su meta dado que, además, los ansiados refuerzos que demandaba Belisario llegaron a la península Itálica. Es conveniente señalar que los ejércitos bizantinos que guerrearon contra los ostrogodos a largo de casi 20 años no estaban conformados únicamente por romanos orientales, también había auxiliares bárbaros como hunos o hérulos entre otros. En este momento, las tornas se cambiaron y el ejército

imperial puso cerco a Rávena. En el avance hacia Rávena los enfrentamientos entre godos y bizantinos por el control de distintas ciudades se fueron sucediendo. En el año 540 caía Rávena. Vitiges y su esposa Matasunta fueron hechos prisioneros y enviados con muchas de las riquezas del tesoro ostrogodo a Constantinopla, donde el caído monarca germano recibió la dignidad de patricio y murió en paz dos años después. Según Procopio, Belisario pudo entrar en la capital goda porque los ostrogodos le habían ofrecido el gobierno del reino. Él fingidamente aceptó, no estaba dispuesto a traicionar a su Imperio y a Justiniano, y ya en el interior de la ciudad fue cuando apresó a Vitiges y se hizo con el control de la situación.

En este contexto de los enfrentamientos entre godos y bizantinos, los francos aparecieron en escena invadiendo la península Itálica, pero no para apoyar a los también germanos ostrogodos, sino con el objetivo de sacar algún beneficio ante la inestabilidad de la zona. Belisario consiguió, en un ejercicio de diplomacia, que los francos se retirasen.

Tras la caída de Vitiges, Jordanes llega a ser tan rotundo y exagerado que escribe: «De este modo este reino tan famoso y este valerosísimo pueblo que había sido soberano durante un extenso periodo de casi dos mil treinta años cayeron en poder del emperador Justiniano, vencedor de diferentes pueblos, gracias a la intervención de su muy leal Belisario». Unos pocos párrafos después, el cronista Jordanes daba por concluida su obra. Sin embargo, la llama goda estaba lejos de extinguirse en la península Itálica. Al poco tiempo un noble llamado Hildibaldo fue hecho rey en una jugada que buscaría una posible alianza con los visigodos, ya que el nuevo monarca ostrogodo era familia de Teudis. Hildibaldo apenas pudo disfrutar del trono ya que en el año 541 fue asesinado, siendo sucedido fugazmente por Erarico, que también sería igualmente eliminado a manos de los próceres godos, pasando la corona finalmente a un familiar de Hildibaldo, el noble Totila. El nuevo monarca godo era un hombre de mayor capacidad y destreza que sus fugaces sucesores. De hecho, consiguió articular una potente resistencia en el año 542 frente al invasor bizantino, que ahora se veía debilitado porque el prestigioso general Belisario se encontraba fuera de la península Itálica atendiendo otros conflictos bélicos por orden del

emperador. El eje de la nueva oposición ostrogoda estaba en la ciudad de Verona y desde allí Totila emprendió su campaña de reconquista de muchos territorios hacia el sur sin llegar a recuperar la antigua capital ostrogoda. Justiniano se vio obligado a retornar a Belisario a la península Itálica, pero el gran general no pudo evitar que en el año 546, en su segundo intento —en el 544 había fracasado—, Totila recuperase Roma dejando la Ciudad Eterna prácticamente devastada al dañar duramente las murallas y acabar con los acueductos que daban vida a la urbe. Belisario llegó a reconquistar Roma al poco tiempo pero Totila, por su parte, había conseguido restablecer los dominios godos en el sur de Italia llegando hasta Sicilia. Posteriormente, Totila volvió a tomar Roma, que no dejaba de sufrir los estragos de tantas idas y venidas de sangrientos enfrentamientos. Justiniano no podía perder la península Itálica y los ostrogodos sabían que luchaban por un *regnum* que podía desaparecer de los anales de la Historia. El gobierno de Constantinopla reaccionó, y Justiniano envió otro poderoso ejército en el que se incluían contingentes de hunos, longobardos, hérulos y gépidos, siendo liderado por otro prestigioso general que ya tenía experiencia en la Guerra Gótica, el eunuco Narsés, que nunca había tenido una buena relación con Belisario. Éste, sabiendo que la única manera de acabar con la larga guerra era en una gran batalla campal y no alargando una guerra de desgaste, avanzó por el norte. En el corazón de Italia, en el año 552, aconteció la gran batalla de *Busta Gallorum* que prácticamente finiquitó el destino de la guerra en favor de Bizancio. Totila murió en el frente y los restos del ejército godo eligieron un nuevo *rex* en el que depositar sus últimas esperanzas: Teya, un destacado guerrero godo. Teya se negó a aceptar la realidad imperante y con su ejército se dispuso para el combate final a modo de canto de cisne. Cerca de Nápoles aconteció la batalla del *Mons Lactarius* en el año 553. La victoria fue a parar otra vez al lado imperial, y los restos de la flor y nata de la aristocracia ostrogoda cayeron en el combate junto al mismo Teya. El Reino Ostrogodo de Italia, ahora sí, había llegado a su fin. No obstante, algunas guarniciones godas siguieron luchando esperanzadas en encontrar un nuevo *rex* que articulase nuevamente la resistencia, pero esa figura no emergió —o más bien no podía emerger— ante las severas derrotas sufridas. Poco a poco los reductos

godos fueron cayendo. Los ostrogodos supervivientes acabaron mayormente de tres maneras: algunos fueron llevados a los territorios del Imperio Romano de Oriente como prisioneros o integrados en el ejército, otros permanecieron en la península Itálica como parte de la población pero sin conformar ningún tipo de unidad identitaria e independiente, y otros tantos huyeron a Hispania buscando refugio en el reino visigodo. El sueño de Teodorico el Grande había llegado totalmente a su fin.

A partir de aquí, la península Itálica pasó a estar gestionada por Constantinopla y, como señala el profesor García Moreno, a raíz de la Guerra Gótica sufrió un duro golpe demográfico y económico que facilitó la subsiguiente invasión longobarda.

En lo que concierne a la cuestión propiamente dicha de los visigodos, el periodo que abarca desde la derrota en la batalla de Vouillé del 507 hasta el año 549 es conocido a nivel historiográfico como el *intermedio ostrogodo* o en menor medida algunos autores hablan del *interregno ostrogodo*. Nuestro máximo referente bibliográfico, el profesor García Moreno, ha venido apostando por una nueva terminología, *supremacía ostrogoda*, debido al sometimiento e influjo de los ostrogodos sobre los visigodos durante este periodo. En nuestro particular caso, tanto la opción de *intermedio* como de *supremacía* nos parecen correctas y las usaremos indistintamente porque ambas recogen una misma esencia que podría resumirse de una manera clara y sintética recurriendo a las palabras del profesor Orlandis: «La intervención de Teodorico el Grande no tan sólo garantizó la supervivencia de un reino visigodo, sino que, durante cuatro décadas, imprimió en la historia visigótica el resello de una decisiva influencia ostrogoda».

En el año 526 el destino del reino visigodo estaba en manos de Amalarico, un monarca que recogía en su sangre el linaje Baltingo por parte de padre y el linaje Amalo por parte de madre, lo que *a priori* podría hacer suponer que este soberano godo, tras la tutela y el gobierno de su abuelo, terminaría por recomponer el reino y recuperar las viejas glorias de la época de Teodorico II o de Eurico. Nada más lejos de la realidad. La crisis monárquica se hizo más que evidente.

Amalarico no se encontró con ninguna oposición al acceder al trono, no en vano contaba con el apoyo de la nobleza visigoda que le había seguido

desde la muerte de su padre en los campos galos en el año 507 y con el sustento de su tutor en Hispania, el ostrogodo Teudis, y el de todos los aristócratas ostrogodos que habían decidido quedarse en Hispania y no volver a su reino de origen. A pesar de que los dominios visigodos en la península Ibérica eran más extensos y seguros, al menos ajenos fronterizamente al expansionismo franco, desde Narbona y la provincia de la Narbonense (también conocida como Septimania) se monopolizaban las medidas políticas. Bien es cierto que la presencia visigoda seguía siendo mayoritaria en tierras galas, incluyendo en zonas bajo control franco. Las fuentes son muy parcas a la hora de informarnos de los asuntos internos visigodos bajo el reinado de Amalarico, y lo más reseñable es el nombramiento de un aristócrata hispanorromano llamado Esteban como prefecto de las Españas para el año 529. Realmente, la política internacional fue lo que marcó y a la postre definió el reinado y la vida de Amalarico. Sabemos que se casó con la princesa franca y católica Clotilde, hija del gran rey franco Clodoveo, fallecido en el año 511. Este enlace, que podría haber certificado una alianza entre visigodos y francos, acabó en una nueva guerra. Las fuentes resultan contradictorias a la hora de establecer los motivos de dicho conflicto. Jordanes habla de engaños y traiciones por parte de los francos, empero Procopio encuentra la misma justificación que las fuentes francas, aunque bien es cierto que éstas siempre están empeñadas en mostrar una actitud anticatólica de los visigodos que no se correspondía ciertamente con la realidad. La razón era el maltrato del arriano Amalarico hacia la católica Clotilde a causa de su fe, motivo por el que ella pidió auxilio a su hermano, el rey franco Childeberto. Independientemente de las razones, las espadas volvieron a mancharse de sangre. Los francos invadieron los territorios sudgálicos en posesión de los visigodos y en batalla volvieron a vencer. Amalarico no cayó en el combate y pudo huir a Barcelona, lugar donde encontró la muerte a manos de sus hombres, quienes, según San Isidoro, ya le despreciaban. Puede que el motivo, aparte de la calamitosa derrota frente a los francos, fuese la intención de huir por mar como una parte sustanciosa del tesoro godo aunque tampoco es descartable que fuese asesinado por un franco de nombre Besón. Con la muerte de Amalarico el fin de la dinastía Baltinga

había llegado.

La derrota de Amalarico en el sur de las Galias supuso una nueva migración —sin rey y en plena crisis monárquica— de población gótica hacia el interior de Hispania. Años atrás, de manera progresiva, muchos de los godos que habitaban más allá de los Pirineos —bien en territorio controlado por los godos o bien en zonas ocupadas por los francos— comenzaron un proceso migratorio que ahora se veía más impulsado si cabe con la derrota de Amalarico. Siguiendo a los profesores d´Abadal y García Moreno, en estas migraciones el componente aristocrático y militar sería muy fuerte. Esto suponía que, junto a los aristócratas germanos (*seniores gothorum*), iban sus poderosas redes clientelares y sus familias a fin de establecerse en distintas ciudades de Hispania y ejercer cargos de gobierno. Muchos de estos próceres provendrían del antiguo ejército que combatió con Alarico II y después con su hijo. Un elemento fundamental de esta migración que contiene un marcado componente identitario, esencialista y tradicionalista lo recoge una vez más magníficamente el académico García Moreno: «Dichas gentes y familias constituirían ciertamente ese reducido núcleo portador de las tradiciones y del nombre nacional gótico. A su supervivencia como grupo concienciado y concienciador se habría debido la permanencia del *Regnum (visi) gothorum* tras la rota de Vouillé y el intento frustrado de unión subordinada con su núcleo ostrogótico-amalo».

El trono visigodo fue a parar al antiguo tutor del fenecido Amalarico, hablamos del ostrogodo Teudis, del cual Procopio de Cesarea dice que «ya estaba desempeñando abiertamente su papel de tirano». Esto nos lleva a reflexionar sobre el grado de autonomía que fue obteniendo Teudis en Hispania bajo la regencia de Teodorico el Grande y de cómo la muerte de Amalarico le resultó beneficiosa para dar el siguiente y último paso en su carrera política adquiriendo la corona visigoda. Teudis fue uno de esos aristócratas ostrogodos que no se marchó de Hispania y terminó integrándose en el reino visigodo. Desde un primer momento ya se había posicionado de manera adecuada sacando partido a la política de matrimonios mixtos entre ostrogodos y visigodos/hispanorromanos al casarse con una rica dama hispanorromana que poseía grandes dominios y le proporcionó una especie de guardia de corps o guardia personal

conformada por dos mil hombres. Su elección como *rex*, independientemente de que pudiese haber generado algunas reticencias dentro del sector nobiliario visigodo, parece clara. La toma de decisiones de Teudis se basó desde el primer momento en el fortalecimiento del poder monárquico y del propio reino siguiendo el modelo común de la época. A nivel interno, Teudis no ignoró su frontera norte ni los dominios que todavía estaban en manos visigodas en el sur de las Galias, no obstante, miró decididamente a Hispania como nuevo núcleo del *Regnum Gothorum*. Así, conocemos actividades de Teudis en Gerona con la deposición del prefecto Esteban o en Toledo —que parece que comenzaba a configurarse como futura *urbs regia*—, en la que el soberano godo en el año 546 sacó una ley de carácter judicial ya como *Flavius* Teudis, marcándose así un claro influjo ostrogótico y bizantino en la monarquía visigoda. Bajo el reinado de Teudis el reino visigodo no participó de manera directa en ninguno de los dos grandes conflictos bélicos que azotaban al Mediterráneo: la Guerra Vándala y la Guerra Gótica que lanzó Justiniano para conquistar el norte de África y la península Itálica, respectivamente. Teudis sabía que su reino no estaba preparado para enfrentarse a la poderosa maquinaria militar del Imperio Romano de Oriente en manos de los generales Belisario y Narsés. Teudis tampoco optó por intentar recuperar los territorios galos perdidos tras la derrota de Amalarico, a pesar de que muchos de ellos habían sido el orgullo del malogrado reino tolosano. Dentro de esta política exterior de cariz podríamos decir que conservador, Teudis, viendo el avance destructivo de las tropas imperiales en el norte de África que arrasaban el *Regnum Vandalorum*, quiso ser previsor y tomó *Septem*, la actual Ceuta, en el año 533. Una posición clave para controlar el paso del Estrecho de Gibraltar. La mirada hacia el sur por parte de la monarquía goda igualmente obedecía al interés por expandir el control y la influencia en la rica provincia de la Bética, donde distintos miembros de la aristocracia hispanorromana vivían en una situación de amplia autonomía tras los vaivenes del siglo V. El control de Ceuta no fue muy extenso en el tiempo. Para alguna fecha indeterminada de la cuarta década del siglo VI, San Isidoro de Sevilla nos informa de que tropas visigodas atacaron los muros de Ceuta, de lo que se deduce que la plaza había sido perdida por los germanos en favor de las

huestes romano-orientales. En la fase álgida de este combate, los visigodos se retiraron al llegar el domingo por no luchar el Día del Señor. Los bizantinos ignoraron esta circunstancia y salieron a campo abierto para pillar desprovistos a sus enemigos y acabar con todos los soldados rivales. El Imperio Romano de Oriente llamaba a las puertas de Hispania.

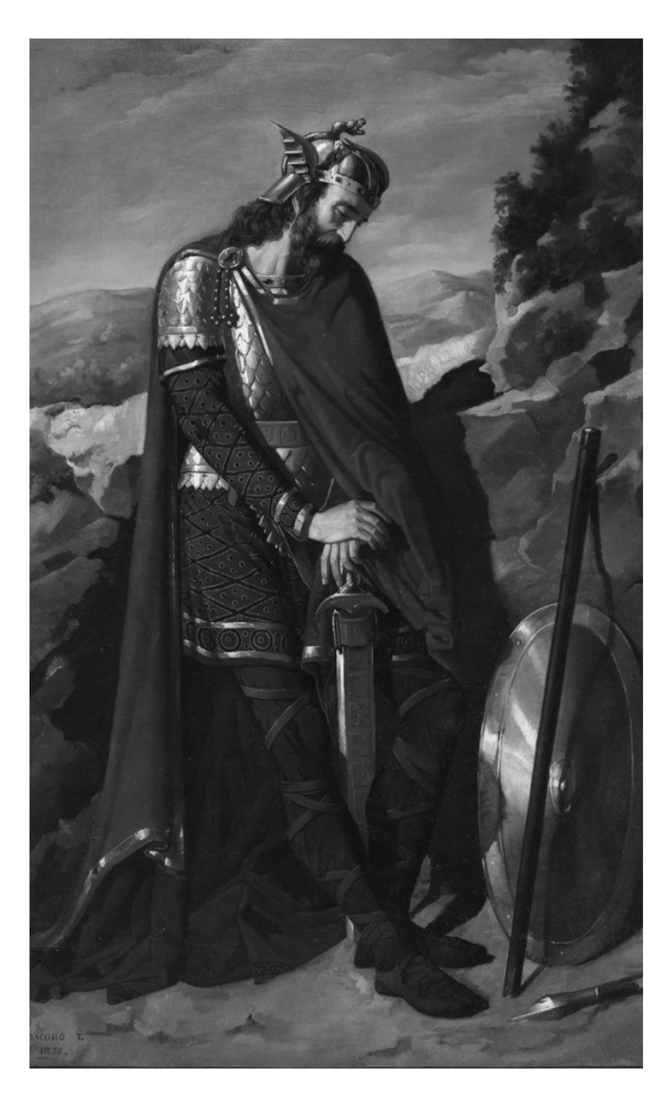
Siguiendo con la política exterior de Teudis, el mismo San Isidoro de Sevilla y la *Chronica Caeseraugustana* señalan una invasión en Hispania realizada por un ejército franco fechada en el año 541. La hueste franca estaba encabezada por dos de los hijos de Clodoveo, los soberanos Childeberto y Clotario I, quienes querían seguir sacando rédito de la mala situación que vivía el reino visigodo en su frontera norte. Los francos ya habían conseguido conquistas en las provincias del sur galo pero ahora cruzaban los Pirineos y saqueaban la Tarraconense. Las tropas invasoras debieron de ser de unas proporciones considerables y vendrían enardecidas por las ansias de botín. Dos ciudades de dicha provincia fueron su principal objetivo, primero Pamplona y seguidamente Zaragoza, que fue sometida a un feroz sitio de casi cincuenta días. Las potentes murallas de la urbe del Ebro resistieron las embestidas francas. Esa resistencia y el ruego por la intercesión de la Divina Providencia por parte de sus habitantes parece que finalmente evitaron la entrada de los francos en la ciudad. De hecho, el cronista Gregorio de Tours dice que el ejército franco pudo observar cómo una comitiva de hombres desfiló por las murallas elevando oraciones mientras portaban la reliquia más querida de Zaragoza, la túnica de San Vicente Mártir, y una muchedumbre de mujeres chillaban y lloraban en un auténtico espectáculo que tuvo que dejar a los sitiadores en un estado de *shock* ante la escena cuasi bíblica que estaban viviendo. Evidentemente, no podemos comprender lo anteriormente descrito bajo nuestros ojos de hombres y mujeres del siglo XXI; es necesario meterse en la mentalidad de la época, que no era ni mejor ni peor, sino diferente. El rey franco Childeberto pidió la reliquia a cambio de levantar el asedio y se llevó la túnica consigo hasta París. La retirada hacia el norte del ejército franco no fue ni mucho menos tranquila. Teudis reaccionó y envió una tropa de castigo liderada por un hombre de su confianza, el también ostrogodo Teudiselo. El general godo derrotó a los francos y bloqueó las vías de

escape en los Pirineos. Los vencidos ofrecieron gran parte del botín que habían obtenido a Teudiselo, y el godo les dio un día para salir de Hispania. Aquel que no lo hizo «cayó víctima de la espada de los godos», sentencia San Isidoro de Sevilla. La contraofensiva goda fue un rotundo éxito y sirvió para alejar al enemigo franco, al menos durante unos años, de los límites del *Regnum Gothorum* tanto en Hispania como en el sur de las Galias. La alegría no duró mucho en Hispania, ya que para el año 542 se registra una durísima epidemia de peste bubónica.

A mediados del año 548 el rey godo Teudis fue asesinado. San Isidoro de Sevilla añade una curiosa referencia en torno a este regicidio: «mientras fluía su sangre hizo jurar a sus hombres que ninguno mataría a su asesino, diciendo que había recibido la suerte que merecía, ya que también él había asesinado a su jefe, como simple particular, mediante engaño». El trono visigodo fue a parar al general Teudiselo, cuyo currículum y apoyos avalaban su elección y su puesto como sucesor. El reinado del nuevo monarca está incluido en la sección de los más efímeros de la famosa lista de reyes godos, pues no llegó siquiera a los dos años. Esto significa que las fuentes poca información nos pueden aportar de tan exiguo gobierno. Se tiende a considerar que Teudiselo seguiría unas líneas políticas muy semejantes a las de su antecesor. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que tuvo una muerte que bien podemos considerar un tanto cinematográfica. Durante un banquete en su palacio de Sevilla, vemos de nuevo cómo el eje de acción político ya está firmemente fijado en Hispania, varios nobles se aliaron para acabar con su vida degollándolo y, al más puro estilo cesariano, llenando su cuerpo de puñaladas. La conjura queda justificada para San Isidoro de Sevilla dado que Teudiselo «había deshonrado las esposas de muchos nobles en pública prostitución», motivo más que suficiente para que la nobleza reaccionase en su contra.

---

8 A modo de aclaración de cara al lector, el siguiente apartado tendrá dos partes muy diferenciadas: la primera se centrará en los pormenores que llevaron al Reino Ostrogodo de Italia a su destrucción, y la segunda a la evolución política de los visigodos hasta mediados del siglo VI, momento que supondrá un punto de inflexión.



Dióscoro Puebla, *Agila I, rey godo*, 1853
(Colección Museo del Prado, Madrid).

Con la muerte de Teudiselo en el año 549 se cierra el denominado intermedio ostrogodo o periodo de supremacía ostrogoda. La siguiente elección recayó en un noble visigodo llamado Agila. Tampoco contamos con mucha información sobre su reinado. Una de las cuestiones más relevantes nos lleva a la estratégica y rica ciudad de Córdoba, donde todo hace indicar que su aristocracia se oponía al gobierno de la monarquía visigoda. Un ejemplo más que ratifica cómo muchos territorios de la provincia de la Bética permanecían ajenos al control central de los reyes godos. Agila no parecía poseer la destreza militar de alguno de sus antecesores y sufrió una severísima derrota, y no precisamente ante un gran ejército profesional. La justificación que ofrecen las fuentes evidentemente es de índole providencialista, pero puede que encierre una poderosa realidad. El arriano Agila profanó la iglesia dedicada al mártir y santo cordobés Acisclo, muy venerado en la zona, y la utilizó como cuartel de sus tropas. Esta acción enfureció a los cordobeses, que salieron de la urbe y atacaron directamente al ejército de Agila haciendo que éste perdiese a su hijo, a un buen número de soldados y una parte importante del simbólico y valiosísimo tesoro real que le acompañaba en la campaña militar. El rey godo decidió huir y refugiarse en Mérida, urbe que el lector recordará estaba vinculada a los godos desde época de Teodorico II. La inoperancia de Agila llevó a que un sector de la aristocracia viese en el noble Atanagildo una buena opción para dirigir el maltrecho reino. Así, Atanagildo se levantó contra el legítimo rey y el usurpador dio inicio a una costosa guerra civil en Hispania. El núcleo de la sublevación de Atanagildo se encontraría en Sevilla y no contaría con las fuerzas suficientes como para derrotar a Agila. Ante esta situación el usurpador tomó, como se verá más tarde, una arriesgada decisión: llamar al Imperio Romano de Oriente en su ayuda. Tras las conquistas del Reino Vándalo de África y del Reino Ostrogodo de Italia, las tropas bizantinas tendrían un rápido y fácil acceso a las costas levantinas. Desconocemos el contenido del acuerdo al que llegaron Atanagildo y Justiniano, que veía cómo de manera inesperada se le abrían las puertas de Hispania. A mediados del año 552 se realizaría un primer desembarco de soldados imperiales —se baraja una cifra no superior a 5.000 dirigidos por el ya anciano patricio Félix Liberio— en algún punto de

la costa de Málaga bien comunicado con Sevilla. El refuerzo bizantino resultaría definitivo en el enfrentamiento que poco después se produjo en Sevilla. Un ejército enviado por Agila, tal vez un tanto confiado, fue rotundamente derrotado por las huestes de Atanagildo y sus aliados romano-orientales, lo que prácticamente vino a suponer la sentencia de muerte para el *rex* legítimo Agila. Sin embargo, la guerra civil se prolongó durante prácticamente tres años más, desangrando así al reino visigodo. Esta situación de indecisión política y el peligro que suponía si un enemigo foráneo decidiese penetrar las fronteras godas es lo que pudo llevar a que, como señala San Isidoro de Sevilla, los godos, confirmándose el aumento progresivo de poder entre la nobleza, optasen por dar fin a la guerra civil de la manera más sencilla, acabando con el líder de uno de los dos bandos: «los godos asesinan en Mérida a Agila, olvidándose del cumplimiento del juramento, y se entregan a Atanagildo».



Mosaico de San Vital de Rávena en el que aparece el emperador Justiniano con el general Belisario y otros personajes relevantes.

La cada vez mayor presencia de tropas del Imperio Romano de Oriente, que habrían recibido nuevos refuerzos llegados a Cartagena, y lo sucedido con el antaño glorioso Reino Ostrogodo de Italia en la Guerra Gótica, suscitaban temor ante una posible invasión de Hispania. Sin Agila, Atanagildo asumió el trono godo frente a la complicada tarea de recomponer un reino en crisis. A los problemas heredados de reinados anteriores, ahora debía hacer frente a aquellos que le habían ayudado a llegar al poder: los soldados bizantinos. El antiguo usurpador convertido en

monarca empuñó la espada contra las huestes imperiales, que ya habían tomado posiciones en el sur de la Bética y ocupado la estratégica ciudad de Cartagena y sus alrededores. El desembarco en dicha urbe levantina fue lo que probablemente provocó la huida de la familia de San Leandro y San Isidoro hacia el interior peninsular. De esta manera, se articuló una nueva provincia imperial en suelo hispano conocida como *Spania* con un gobernador al frente y teniendo en Málaga y en la que pasó a ser *Carthago Spartaria,* Cartagena, sus dos ejes. Los territorios imperiales no llegaron a incluir las ricas y prestigiosas Sevilla y Córdoba, pero sí el control del estrecho de Gibraltar en una franja que, a grandes rasgos, iba desde Cádiz hasta Denia en el norte. Para el profesor García Moreno éste sería el momento en el cual, una vez organizada política y militarmente la nueva provincia imperial y viendo los germanos que resultaba imposible expulsar a los bizantinos, Justiniano y Atanagildo llegarían a algún tipo de acuerdo que reconociese por ambas partes la nueva situación del sureste peninsular. En realidad, ni el reino visigodo estaba preparado para un largo enfrentamiento contra las poderosas fuerzas orientales tras la guerra civil y los demás problemas internos que arrastraba, ni el gobierno de Constantinopla podía soportar otra cruenta guerra en el Mediterráneo tras la victoriosa pero costosa Guerra Gótica en Italia teniendo que atender además varios frentes en sus amplias fronteras.

Dejando a un lado la «cuestión bizantina», del reinado de Atanagildo podemos destacar tres elementos que consideramos que en cierta medida estaban conectados por la coyuntura de crisis que atravesaba el reino. En primer lugar, la que seguramente sea la medida más relevante del reinado de Atanagildo y la que a nivel simbólico más huella ha dejado en la historia de España: la elección de Toledo como sede regia. Tolosa, Narbona, Barcelona, Mérida y Sevilla, todas ellas en algún momento habían funcionado como capitales-sedes de la corte, sin embargo, era el turno para el cambio definitivo. A nivel historiográfico, la elección de Toledo como capital del *regnum* nunca ha tenido consenso bajo un único criterio. Es factible que debamos tener en cuenta distintas motivaciones:

- Su privilegiada posición en el centro de la península Ibérica

facilitándose así el control de los cuatro puntos cardinales y quedando alejada de enemigos exteriores.

- Las condiciones de la propia ciudad con una zona elevada en lo que hoy es el Casco Antiguo toledano, una Vega Baja en la que poder levantar nuevas edificaciones junto a las ya existentes de época romana, y un río como fuente de vida, de riqueza y, además, como unidad defensiva natural.
- La antigua *Toletum* era una ciudad que había soportado bastante bien la crisis del Bajo Imperio y estaba adecuadamente comunicada con otras urbes estratégicas.
- No contaba con el peso de una poderosa aristocracia tardorromana como sí sucedía en Mérida, Tarragona o en varias de las sobresalientes ciudades de la Bética.

Lo que sí resulta indiscutible es el acierto de Atanagildo en la elección de Tole1do como *urbs regia* y el respeto que tuvieron sus sucesores por dicha acción como posteriormente veremos. La urbe del Tajo como nuevo núcleo del reino certificaba a Hispania como eje absoluto de acción de los visigodos y dejaba atrás el estigma del caído reino tolosano.

En segundo lugar, a finales del año 566, en lo que sería una jugada de diplomacia matrimonial muy del gusto del mítico Teodorico el Grande, el *rex gothorum* casó a su hija Brunequilda con el soberano franco Sigiberto de Austrasia, y a su otra hija Galsvinta con el monarca franco Chilperico de Neustria. Tras la muerte de Clodoveo el reino de los francos se dividió entre sus hijos pero fue unificado por Clotario que a su vez lo volvió a dividir entre sus respectivos hijos (dos de ellos son los anteriormente citados). En tercer lugar, y ya al final de su reinado, Atanagildo lanzó una campaña militar contra el sur pero su objetivo no eran las plazas bizantinas, sino la siempre rebelde Córdoba y ahora también Sevilla, que había imitado en su carácter rebelde a la primera. Córdoba no cayó pero sí fue seriamente dañada, en cambio Sevilla pasó a los dominios de la monarquía toledana.

En el año 567 Atanagildo murió por causas naturales en Toledo, abriéndose un nuevo periodo de incertidumbre en el reino visigodo al quedar el trono vacante durante varios meses.

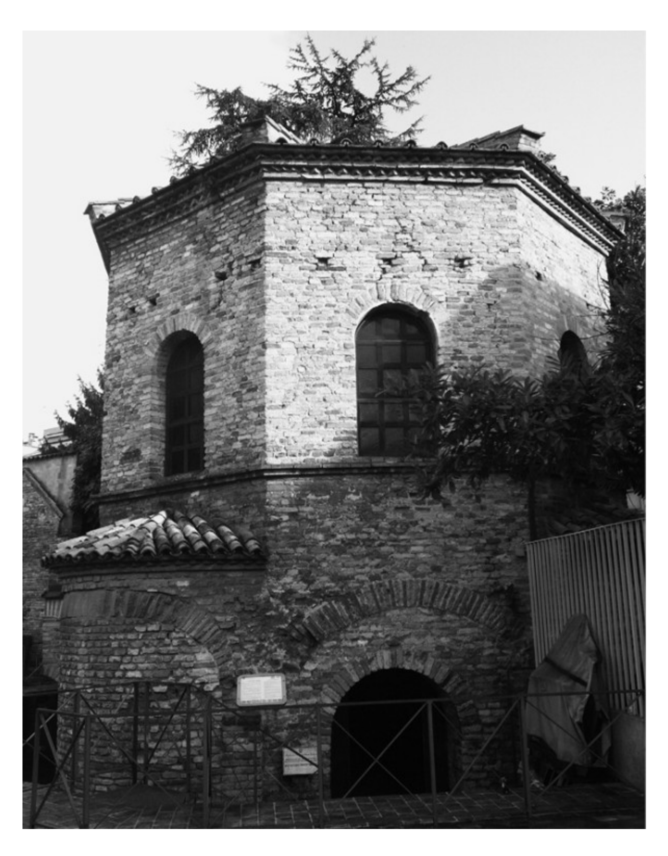
Un rey de leyenda: el caso de Teodorico el Grande

«Mientras vivió Teodorico no hubo en Occidente ningún pueblo que no estuviese subordinado a él, bien por amistad, bien por sometimiento». Bajo esta premisa en forma de sentencia del cronista Jordanes arranca este último apartado del cuarto capítulo que a buen seguro sabemos que el lector va a considerar muy singular. Esperamos que, como en otras ocasiones a lo largo de este trabajo, al cierre del mismo el lector esté de acuerdo en la elección del título.

En el apartado dedicado a la cuestión religiosa entre los godos hemos explicado el concepto *Anses* a partir del relato de Jordanes[9] y analizado cómo estos jefes guerreros alzados al modo de semidioses quedaban vinculados a los grandes dioses del panteón germánico y cómo, a través de la estructura jerárquica y aristocrática propia de los pueblos germanos, conferían a un determinado clan la preeminencia política, militar, social, etc., amén de un necesario soporte y aglutinante de carácter identitario. Pues bien, el linaje de los Amalos resume a la perfección esta cuestión. Bien es cierto que muchos autores del siglo VI, especialmente Casiodoro, trabajaron para mostrar ese vínculo tan relevante de los Amalos como una forma de ensalzar al miembro más sobresaliente del linaje, Teodorico el Grande o el Amalo, y que hubiese una línea de continuidad entre el primero de estos *Anses*-semidioses-héroes, Gapt —a quien algunos estudios asocian con Wotan/Odín (el experto Wolfram lo duda)—, con Teodorico y sus descendientes. De hecho, y como sublimemente señala el estudioso Sánchez Martín, la genealogía de los Amalos que presenta Jordanes en su obra basada en la compuesta por Casiodoro —independientemente de que juegue con nombres legendarios e históricos—, glorifica el linaje y el pueblo liderados por Teodorico y llamativamente tiene el mismo número de generaciones, diecisiete en este caso, que las que van desde el troyano Eneas al romano Rómulo. A esto nosotros añadimos que este ensalzamiento no sería simplemente de «consumo interno», sino que también miraría a los visigodos y casi seguro al resto de pueblos germanos de Occidente y Oriente. En definitiva, una justificación de la superioridad política en base

al tradicionalismo germano pero también al romano, dado que Teodorico el Grande ejemplificaba, mejor que nadie, la fortaleza del pueblo godo y la grandeza de los viejos emperadores. Resulta curioso que tres personajes cristianos como Casiodoro, Jordanes y Teodorico manejasen elementos paganos en sus propósitos, sin embargo, todo corresponde a dicho propósito y no era óbice para que Teodorico poseyera una creencia cristiana, aunque fuese arriana, y las virtudes propias de su majestad. En la misma línea, aparte de demostrar el prestigio del linaje o clan de los Amalos y de la inherente grandeza de Teodorico, a Casiodoro y a Jordanes también les interesaba en demasía conectar las dos grandes figuras regias de los ostrogodos, Hermanarico y Teodorico. Para nosotros no es descartable y sí consideramos plausible que existiese un lejano parentesco entre ambos.

En páginas precedentes el lector ha podido apreciar cómo la institución monárquica entre los greutungos-ostrogodos estaba asentada antes de la invasión de los hunos —el mejor ejemplo es Hermanarico—, y cómo siguió así tras desembarazarse del yugo huno con los hermanos Valamiro (que ostentó el título de *rex gothorum*) Teodomiro y Vidimiro. Siempre hablamos de miembros pertenecientes al linaje Amalo y de familiares de Teodorico el Grande. Para ahondar en la conexión directa entre monarquía y Amalos, algunos autores consideran que el malogrado y también líder ostrogodo Teodorico Estrabón perteneció a dicho linaje. En verdad, dentro del pueblo ostrogodo, Teodorico es el prohombre que mejor personifica la figura regia y aquel que da autenticidad a la institución monárquica ostrogoda. Desde nuestros postulados y asumiendo que esta comparación pueda resultar un tanto temeraria, vemos muchos de los rasgos del visigodo Alarico I en el ostrogodo Teodorico el Grande. La pertenencia a un prestigioso y casi legendario linaje, la magnífica preparación, el hecho de asumir el liderazgo en los momentos que la propia historia así lo requería, el hambre por tener un suelo propio, un reino que gobernar, en resumen, una patria, lo apreciamos en ambos aunque bien es cierto que el Amalo llevó más lejos sus pretensiones y tuvo más éxito.



Baptisterio arriano levantado por Teodorico el Grande en Rávena (finales del siglo V) convertido en el oratorio católico de Santa María de Cosmedin tras la conquista bizantina.

Pero ¿sabemos algo más de Teodorico aparte de sus hazañas políticas y militares? ¿Podemos ir más lejos e intuir parte de su carácter o cómo era físicamente? Para conocer la apariencia exterior de Teodorico contamos principalmente con dos fuentes, una material y la otra documental. La fuente material se encuentra en el Museo Nacional de Roma, si bien hay diversas copias. Nos referimos al llamado Medallón de Teodorico. Es una pieza muy llamativa hecha en oro y recoge una representación del busto del rey godo. Del mismo modo que sucede con otras piezas de similares características —véanse los respectivos anillos del franco Childerico o del visigodo Alarico II—, en la imagen que se ofrece de Teodorico hay una conjunción de elementos romanos —capa y armadura siguiendo la tradición imperial— y germanos —cuidada y densa melena y un voluminoso bigote que nos hacen preguntarnos si se trata de una idealización. Si nos basamos en la descripción que nos ofrece el obispo y poeta Ennodio —autor de una obra absolutamente esencial para el estudio del rey germano y por ende del

Reino Ostrogodo de Italia: el *Panegírico de Teodorico*[10]— y dejamos a un lado el eminente carácter laudatorio y ensalzador apoyado en un lenguaje cargado y barroco de esta obra, la belleza corporal del Amalo es destacada. Podemos extraer de dicha descripción que Teodorico, insistimos, más allá de las comparaciones y metáforas, era alto, de tez clara y ojos claros, poseía una poderosa melena y, se intuye, tenía barba de tono oscuro. Pelo largo, símbolo de prestigio y de ser un hombre libre, y bello en el rostro son ejemplos claros de germanismo. En cuanto a su carácter, el autor contrapone la capacidad de infundir terror cuando se enfadaba y de mostrar felicidad cuando la ocasión era propicia. Asimismo, añade que su rostro era capaz de proyectar pensamientos de paz o de guerra a los embajadores. En esta misma línea y en lo que se refiere a su intelectualidad, parece imposible atisbar en Teodorico una imagen de un bárbaro henchido de poder. La estancia durante su juventud en Constantinopla tuvo que proporcionarle unos profundos conocimientos y gran cantidad de destrezas para moverse en las altas esferas. Por ende, apostamos por un soberano amante de la cultura como demostró en su corte. Volviendo a su carácter, tal vez podamos extraer dos cuestiones objetivas: su aplastante capacidad de liderazgo, que seguidamente comentaremos, y su mentalidad calculadora ejemplificada en la sangre fría a la hora de negociar con Odoacro a sabiendas de que no iba a cumplir el acuerdo, y en la determinación de acabar con las vidas de Odoacro, su familia y sus allegados. En el intento de discernir cómo era a nivel físico y personal el gran rey ostrogodo consideramos que la vestimenta era, ha sido y será un reflejo de la personalidad de un sujeto, máxime en esta época donde la ropa y determinados adornos no sólo marcaban diferenciación social, sino que también eran un sello de distinción aristocrática y de simbolismo esencialista. Ennodio narra una escena en la que Teodorico se reúne con su madre y su hermana mientras prepara sus armas y exige un atuendo para la batalla diciendo: «vestidos cuidadosamente elaborados, que son el tormento de los telares. Acójame la batalla con ropajes más elegantes de lo que acostumbro en las fiestas. Quien no me haya reconocido por el arrojo, que me valore por mi esplendor. Que la hermosura del vestido atraiga las miradas de los soldados ambiciosos. Que la riqueza de mi aspecto señale al

que vale la pena herir». Más allá del adorno y el halago del escritor, deducimos algo que en cierta medida resulta obvio y es que un monarca de la talla de Teodorico gustaba del lujo y de las vestimentas finamente elaboradas, y que tanto en el ocio de las fiestas como en la cruda guerra querría ir bien vestido y ser el centro de atención. Especialmente significativa resulta la última cuestión en el contexto bélico. En esta época, el hecho de estar frente a un rival que portaba un armamento privilegiado —véase la espada—, y unos ropajes llamativos por sus colores y sus trabajados bordados aparte de estar sujetos por ricas fíbulas y hebillas, era fiel reflejo de que éste formaba parte de la élite guerrera, política y social.

---

9 El cronista godo llega a nombrar a un tal Tanausis que al morir pasó a ser venerado entre los suyos como otro dios más.

10 Sobre esta obra, que a nosotros nos cautiva aunque la tratamos con la distancia que de cualquier historiador se espera, el estudioso López Kindler señala que nos encontramos ante una obra muy valiosa como demuestra el hecho de que en el siglo XVI fue editada cinco veces sólo en París.



Representación en mosaico del palacio de Teodorico
el Grande en la basílica de San Apolinar el Nuevo (Rávena).

En el estudio de la figura regia de Teodorico el Grande es inevitable referirse a los títulos que adoptó, reflejándose aquí una vez más un fortísimo y simbólico influjo romano basado en la tradición imperial. Amén de ser *rex gothorum* al convertirse en el líder hegemónico de su pueblo, tras la conquista de la península Itálica y la creación del Reino Ostrogodo de Italia o *Regnum Italiae* fue *rex Italiae*. El texto de Jordanes señala: «con el consentimiento del emperador Zenón, Teodorico se quitó la vestimenta de hombre particular y miembro del pueblo y recibió el ilustre manto real que lo acreditaba como rey de godos y romanos». Aparte, no hay que olvidar que el emperador Zenón le había dado el título de *Flavius* al que hay que añadir el también utilizado título de *dominus* amén de varios más, de clara tradición imperial. En definitiva, todos venían a alabar las virtudes políticas, religiosas y personales del Amalo. Recordemos el nombrado medallón que en el reverso junto a la imagen del soberano godo, el cual sujeta una *niké*, hay una leyenda que dice: *Rex Theodericvs Pivs Princis* y en el reverso igualmente encontramos otras cuatro palabras muy significativas: *Rex Theodericvs Victor Gentivm*.

Una de las más reconocibles cualidades del Amalo y que podemos considerar como parte inexorable de su éxito era su capacidad de liderazgo basada en lo que podríamos considerar un soberbio currículum que le llevó a obtener méritos tanto de cara a su pueblo matriz como frente a los

romanos. Así, no resulta casual que el emperador Zenón, tras la proclamación del bárbaro como *rex* entre los suyos, le hiciese llamar para ser recibido en la capital imperial con todos los honores y fuese adoptado como hijo de armas y nombrado cónsul. Es más, Jordanes indica que el emperador oriental «mandó colocar una estatua ecuestre suya en el patio de su palacio para celebrar la fama de un hombre tan distinguido». Y esta no fue la única muestra de halago por parte de los romanos, en este caso orientales, hacia la figura de Teodorico. Para Occidente, San Isidoro señala que el senado de Roma, gracias a que la Ciudad Eterna había recuperado parte de su esplendor a consecuencia de las acciones emprendidas por el *rex Italiae* —como por ejemplo la restauración de las dañadas murallas—, esta institución levantó una estatua de oro en su honor. En el *Panegírico* de Ennodio, que recordemos fue escrito por un religioso católico sobre un rey arriano, se describen las virtudes que convirtieron a Teodorico en un gran líder y gobernante. Evidentemente, la grandeza de su linaje tuvo mucho peso, pero sin sus capacidades naturales como el valor, el esfuerzo y la capacidad de actuar ante situaciones adversas, no hubiese conseguido casi nada. Dos claras muestras que ejemplifican las virtudes que consolidaron su liderazgo las encontramos otra vez en los discursos que recoge Ennodio y que son puestos en boca del monarca germano. Insistimos, más allá del elogio, halago y de la propia creación del poeta, éstos reflejarían el carácter del monarca. Cuando el ejército ostrogodo se encontraba en un momento crítico durante la batalla del río Vuka o Ulca del año 488 frente a los gépidos en el camino hacia la península Itálica, Teodorico arengó a sus hombres y encabezó el ataque final que supuso el triunfo godo. En los momentos fundamentales de la Historia es cuando emerge la figura del líder. Ennodio pone en boca del Amalo palabras como: «El que quiera abrir un camino en el frente enemigo, que me siga; ¡que no mire a ningún otro, quien busca un modelo para la batalla! […] Desplegad los estandartes con los que se logrará que yo permanezca oculto: ¡que sepan contra quién luchan o de quién es la yugular que buscan!». O cuando se reunió con su madre y hermana y apeló a que él debía conseguir sus propios méritos y no vivir de las grandezas de sus antepasados: «no tenemos derecho a apelar a los méritos de nuestros padres, si no nos ayudamos con los propios».

Sin embargo, como *rex* y líder indiscutible, el fortalecimiento de su poder real y las actuaciones llevadas a cabo en y desde la península Itálica no pueden entenderse sin los apoyos con los que contó. Aparte del soporte ofrecido por la administración romana, cuyo máxime y mejor exponente fue Casiodoro, supo utilizar las diferencias religiosas entre Constantinopla y Roma para establecer buenas relaciones con el Papado y la alta estructura eclesiástica de Italia. Aunque, como ya hemos señalado, al final de su reinado las relaciones con la Iglesia católica se enturbiaron. Otro de los grandes sustentos de Teodorico fue el hecho de contar con grandes generales en el campo de batalla. Teodorico certificó ser un gran guerrero, pero también demostró desde su corte en Rávena ser un gran jugador de ajedrez y mover sus fichas como uno de los mayores estrategas de la Historia. Seguramente haya dos generales que ilustren de manera sublime esta reflexión. Por un lado, tenemos al militar que dirigió la contraofensiva ostrogoda frente a francos y burgundios tras la derrota y muerte de Alarico II en la batalla de Vouillé, lógicamente nos referimos al *dux* Ibbas, que cosechó grandes éxitos tanto en suelo galo como en Hispania en nombre de Teodorico el Grande. El otro general al que nos referimos es el conde Pitzia, «al que había elegido entre los godos más notables», apunta Jordanes, para la campaña contra los gépidos y bizantinos. De Pitzia dice Ennodio que había aprendido de su rey a actuar según fuese la coyuntura y también pone en su boca un épico discurso en el momento en que su tropa iba a entrar en batalla frente a los búlgaros: «Ninguno piense que está lejos la mirada de nuestro rey, por cuya gloria vamos a luchar». Aquí vemos la figura de Teodorico como fuente de inspiración para sus hombres.

Llegados a este punto pasaremos a hablar muy brevemente del ejército de Teodorico, pieza fundamental de sus éxitos y en el que la caballería era su arma más poderosa y determinante y la influencia romana, patente. Indudablemente, Teodorico ejercía como jefe supremo del ejército y siguiendo el escalafón se encontraban los duques y condes. En ausencia del rey, tal y como ha estudiado el profesor Wolfram, el liderazgo era ejercido por el *dux*. La figura del *comes civitatis* resultó clave en el reino del Amalo pues, aparte de sus atribuciones militares, también las tenía civiles, controlando las ciudades e incluso territorios más amplios. Se considera que

el ejército ostrogodo pudo seguir el clásico sistema decimal como sucede con los visigodos pero con algunas diferencias. Igualmente, debemos destacar la figura del *comes armiger* o *spathariorum* como jefe de la guardia personal conformada exclusivamente por godos, o la del *saio*, que actuaba como una especie de agente del rey con funciones civiles y militares, resultando clave a la hora de transmitir órdenes y garantizar el correcto abastecimiento de alimentos. La conformación del ejército ostrogodo, como sucede con las de otras monarquías germánicas, era poliétnica al haber ido los ostrogodos absorbiendo otros contingentes poblaciones de origen germano e iranio. En general los ostrogodos no obligaron a los romanos a participar en sus ejércitos, aunque algunos sí lo hicieron. Teodorico supo contemporizar para que el mantenimiento de sus tropas no generase problemas en su gobierno y que la gran mayoría de sus guerreros se ubicasen en ciudades a fin de evitar tensiones. La última cuestión que queremos señalar sobre el ejército de Teodorico que confirma su magnífica preparación y buena disposición para la batalla es el hecho de que los soldados se ejercitaban —los jóvenes especialmente se entrenaban con lanzas y arcos— y que se realizaban simulacros de combate.

Siguiendo esta línea en la que se entremezclan las cuestiones regias y las militares, en el contexto de la tradición guerrera de los godos existían unos cánticos épicos con un fuerte contenido identitario y esencialista que entonarían las tropas de Teodorico al lanzarse a la batalla o para celebrar un triunfo. Estos cánticos, cuyo contenido no conocemos pero sí, a través de las fuentes, el hecho de su existencia, incluirían elementos legendarios y servían como vehículo narrativo del pasado glorioso del pueblo godo. No fueron el único elemento utilizado para ensalzar a grandes personajes o para recordar las glorias pasadas. Desde la corte de Rávena Teodorico procuró que los hechos de su pueblo quedasen recogidos por escrito para mayor gloria suya, ya que también se buscaba un efecto propagandístico. Es aquí donde vuelve a emerger la figura de Casiodoro, quien escribió una *Historia de los Godos* o *Historia Gótica* en algún momento de la segunda década del siglo VI a partir de una iniciativa del soberano germano. No nos ha llegado esta obra, lo cual es una lástima porque Casiodoro debió de tener acceso a fuentes de primera mano sobre el pasado godo. Lo que sí sabemos es que

esta obra fue conocida por otros autores como por ejemplo Jordanes.

Un rey de la fama de Teodorico el Grande no pudo haber generado a su alrededor un halo legendario sin contar con una excelsa corte en la que los aspectos culturales estuviesen muy presentes de la mano de Casiodoro, Boecio o el propio Ennodio. El aprecio por la cultura por parte del Amalo hizo que, tras unos años de oscurantismo, la península Itálica volviese a florecer. Las reformas de Teodorico, la promulgación alrededor del año 500 del *Edicto de Teodorico* como muestra de la buena sintonía con los administradores y senadores romanos y un ejemplo de la búsqueda del buen gobierno en su reino, las obras públicas emprendidas en muchas ciudades, el fortalecimiento de las fronteras y el entramado de matrimonios entre las distintas monarquías germanas que le permitieron convertirse en el árbitro de las disputas políticas en Occidente (él mismo se casó con Audefleda, hermana del rey franco Clodoveo), llevaron a algunos a rememorar los tiempos de los grandes emperadores al menos hasta que comenzaron a surgir los problemas políticos, religiosos y de convivencia al final de su reinado. Si hay un lugar que es fiel reflejo de la grandeza política y cultural de Teodorico es la urbe de Rávena, antigua sede del emperador occidental convertida ahora en capital goda. En la actualidad podemos seguir disfrutando de parte de aquel «esplendor ostrogodo» gracias a la labor edilicia del Amalo. A finales del siglo V o principios del siglo VI levantó la basílica de San Apolinar el Nuevo. Su culto era arriano y se considera que pudo funcionar a modo de basílica palatina. Es un edificio que ha sufrido profundas modificaciones desde su obra original, pero sigue conservando una magnífica —y de relevancia internacional— colección de mosaicos en sus muros, siendo algunos de ellos de la época del rey godo. Aparte de escenas de contenido religioso, el mosaico más destacado de este periodo es el que representa el *Palativm* del monarca germano. De esta manera, podemos hacernos una idea de cómo sería éste, que contaría con dos galerías, peristilo, terraza cubierta y potentes columnas con capiteles corintios. Este mosaico fue retocado, eliminando o sustituyendo por los velos que vemos hoy en día lo que se intuye serían personajes vinculados a la monarquía ostrogoda y escenas que harían referencia específica al culto arriano. Contemporáneo a esta basílica es el baptisterio arriano, de ladrillo y

con forma octogonal, ubicado cerca de la catedral arriana que también ordenó levantar Teodorico. Al igual que la basílica de San Apolinar el Nuevo, pasó al culto católico tras la conquista de la ciudad por parte del ejército bizantino. No obstante, el que para nosotros resulta el edificio más mágico y simbólico de la Rávena ostrogoda es el Mausoleo de Teodorico el Grande, un edificio digno de la persona que cobijó en su interior para su descanso eterno. Se construyó alrededor del año 520 a las afueras de Rávena, donde se encontraba la necrópolis goda; tiene una fuerte influencia romana, está hecho con mármol de Istria y cuenta con dos pisos. Según algunos expertos, la parte inferior podría haber funcionado como capilla funeraria o espacio para alojar a sus familiares, mientras que en el nivel superior se encontraría el sarcófago con los restos del Amalo. Actualmente se conserva un espectacular sarcófago de pórfido rojo-púrpura que pudo contener su cuerpo, hoy ya totalmente perdido a consecuencia de traslados y saqueos. Existen algunas recreaciones muy interesantes sobre cómo debió de ser originalmente el mausoleo y se llega a considerar que en los nichos exteriores pudieron haberse colocado desde otros sarcófagos a estatuas de los doce apóstoles o, tal vez y con un toque más épico, esculturas de antiguos reyes godos.



Mausoleo de Teodorico el Grande en Rávena (alrededor del 520) visto desde un lateral.

Para cerrar este apartado, en otros trabajos nos hemos referido a Teodorico el Grande como uno de los «hacedores» de Europa y no porque nos mueva el halago exacerbado como a Ennodio. Éste llega en su obra a comparar al Amalo con el mismísimo Alejandro Magno —el máximo referente para cualquier monarca de la Antigüedad—, a quien según el obispo-poeta superaría en hazañas y especialmente en las virtudes que le proporcionaban su fe cristiana independientemente de ser arriano. Pero ¿podemos considerar que el ensalzamiento de la figura de Teodorico el Grande sólo corresponde a obras laudatorias compuestas bajo su reinado o a nuestro propio juicio como historiadores? ¿Hay algo más que justifique el título de este apartado? Rotundamente sí. Teodorico el Grande seguramente sea, junto a Carlomagno, el rey que más ha aportado al imaginario colectivo en el plano legendario y épico asociado a las poesías heroicas en Europa a lo largo de la Edad Media. Así, el profesor Millet escribe sobre el *Cantar de Hildebrand*, «copiado en los años treinta del siglo IX en un códice teológico del monasterio de Fulda. […] los personajes mencionados en el Cantar de Hildebrand […] evidencian que el contexto en que se enmarca nuestro

poema es la leyenda de la conquista de Italia por parte de Teodorico el Grande, conocido en la tradición heroica como Dietrich von Bern, gentilicio referido no a la Berna suiza, sino a la Verona italiana. Esta historia conforma el conglomerado más amplio de relatos heroicos germánicos de toda la Edad Media, con el que sólo puede compararse el ciclo carolingio de la épica en lengua francesa». Las gestas de Teodorico el Grande traspasaron los hechos político-militares de su reinado, los cánticos tradicionalistas de su pueblo y los relatos elaborados en su corte de Rávena para cubrir la épica medieval europea, convirtiéndole así en un personaje para la posteridad.

5.
Leovigildo y Recaredo: «padres de la patria»

«Un gran rey había muerto y le sucedía otro también grande. Posiblemente no volvería a darse tan feliz fenómeno en la historia de la España goda, y poquísimas veces ha sucedido en la milenaria historia de mi querida patria. Pero el ejemplo de Leovigildo, con sus luces y sus sombras nos iluminará siempre».

Con estas claras, rotundas y magníficas palabras nuestro referente, el profesor García Moreno, cerraba su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, *Leovigildo. Unidad y Diversidad de un Reinado*. Un pequeño párrafo que bien podría resumir el capítulo que a continuación sigue y que recoge la que seguramente fue la etapa más transcendental del pueblo godo —al menos en su vertiente occidental, los visigodos—, y que sin ninguna duda comprende los años más importantes para la configuración del *Regnum Gothorum* de Toledo, germen de la actual España, y en definitiva uno de los periodos más significativos de nuestra sagrada Historia.

En este capítulo avanzaremos en la historia de la *Hispania Gothorum* o España Visigoda entrando y desarrollando los reinados de dos monarcas, padre e hijo —Leovigildo y Recaredo—, que llevaron a un nivel superior al reino con sendos proyectos políticos y religiosos siempre con vistas a conseguir la ansiada unidad: política-territorial, religiosa y legislativa. Unos años cargados de enfrentamientos militares y de fascinantes procesos de índole política y religiosa que serán analizados.

Para todo ello no variaremos en lo que se refiere a nuestro sistema de trabajo recurriendo de nuevo a los datos e informaciones que ofrecen las principales fuentes de la época como San Isidoro de Sevilla o el cronista

franco Gregorio de Tours, y añadiendo un nuevo foco de luz, el obispo godo de Gerona Juan de Bíclaro y su crónica, seguida también por el propio San Isidoro. Obviamente, los estudios arqueológicos y las obras de los más reputados y grandes especialistas seguirán con nosotros, véanse los trabajos de García Moreno, Orlandis, Valverde Castro, Arce, Sanz, Thompson, Díaz Martínez y Castellanos entre otros.

Un proyecto político total

La muerte de Atanagildo en Toledo abrió un periodo de incertidumbre en el que el trono godo permaneció sin ocupante durante varios meses. La monarquía visigoda mantenía su carácter electivo independientemente de que, como hemos visto anteriormente y como seguiremos viendo posteriormente, el gobierno pasase de padres a hijos. A ciencia cierta desconocemos qué motivó este interregno pero lo más lógico es pensar que la nobleza no encontraba el candidato idóneo. Las fuentes no nos transmiten que esta difícil coyuntura que atravesaba el *Regnum Gothorum* fuese aprovechada por francos, suevos o bizantinos para dañar a su rival, y la verdad es que desde el punto de vista estratégico hubiese sido un momento ideal para ello. Finalmente la elección llegó lejos del nuevo y principal núcleo de acción, Hispania: en Narbona, capital de la provincia Narbonense o Septimania, el presumiblemente *dux* de dicha región, Liuva, fue elegido rey.

El escenario que tenía el nuevo monarca no era el más idóneo, con enemigos exteriores deseosos de atacar, especialmente los francos, y con un poder regio totalmente disminuido ante las disensiones nobiliarias y los poderes autónomos que actuaban en suelo hispano. Bajo este panorama resulta más que comprensible que, después de sólo un año de reinado,
tomase la decisión de asociar al trono a su hermano Leovigildo, quien a partir de este instante se convirtió en unos de los personajes más importantes de nuestra historia. Esta asociación no fue un mero gesto para la galería o se realizó pensando en una futura sucesión, sino que Liuva dispuso que él se ocuparía del gobierno de los territorios galos —es decir, la provincia de la Narbonense, zona fronteriza con los francos y por

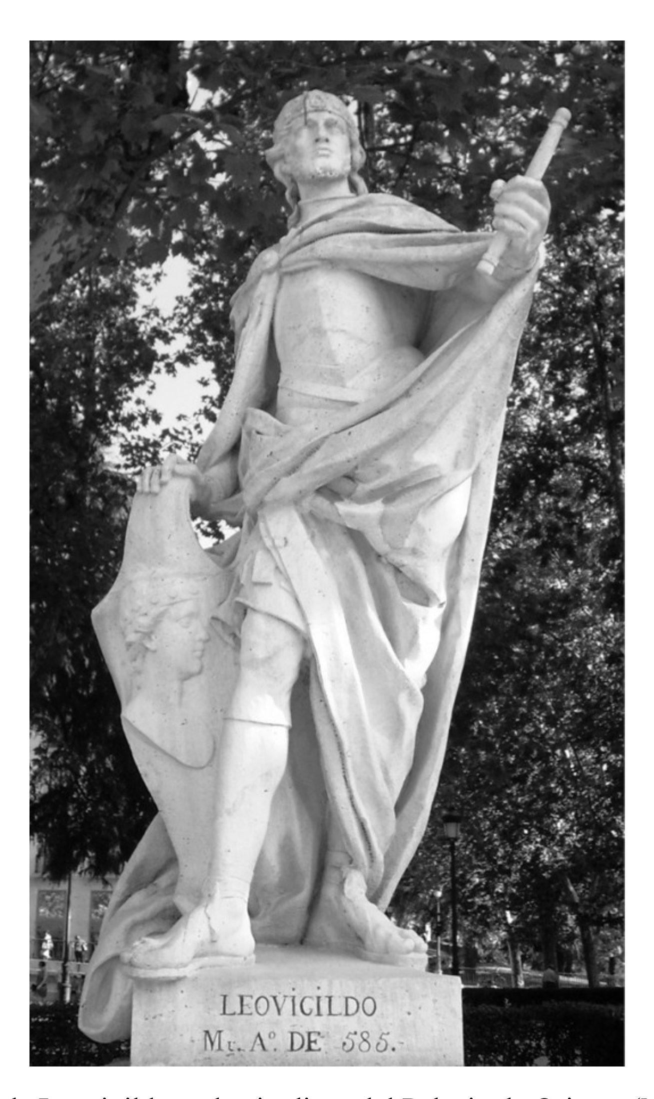
consiguiente siempre problemática— y el gobierno de Hispania pasaría a su hermano Leovigildo, por lo que durante un breve periodo de tiempo el Reino Visigodo de Toledo tuvo dos monarcas. A su vez, Leovigildo[11] tomó una rápida decisión, puede que en el marco de una negociación entre la aristocracia goda, que vino a sustentar su posición. Ésta fue el matrimonio con la influyente reina Goswinta, viuda de Atanagildo, asegurándose de este modo el apoyo del sector de la nobleza que había seguido al fallecido rey.

El cronista Juan de Bíclaro es claro cuando dice que Leovigildo restablece los límites del reino de los godos, que habían sido menguados a causa de distintas rebeliones. Y eso fue lo que hizo Leovigildo a base de victoriosas campañas militares. Con la tranquilidad que suponía tener a su fiel hermano resguardando la frontera norte, en el año 570 Leovigildo se lanzó al sur para manchar las *spathae* godas con sangre de los soldados imperiales. El valle del Guadalquivir era de especial importancia no sólo desde el punto de vista económico, sino también porque su control suponía reducir el área de influencia bizantina y presionar los límites de la provincia de *Spania*. Las huestes godas atacaron la zona central de los dominios bizantinos para, a partir de ahí, avanzar hacia el norte y el sur. El principal objetivo tuvo que ser la ciudad de Málaga, segunda urbe en importancia dentro del territorio imperial, pero ésta resistió las embestidas godas. No así su entorno: Baza y otras zonas próximas sí fueron tomadas junto a un preciado botín. En el año 571 los esfuerzos de Leovigildo siguieron centrados en reducir el dominio de Constantinopla en Hispania y ello le llevó al éxito en la conquista de la estratégica y fuertemente defendida Medina Sidonia. Juan de Bíclaro indica que la toma fue propiciada por un traidor que suponemos que facilitó la entrada por la noche de los guerreros godos, quienes masacraron a la guarnición romano-oriental. Estas exitosas empresas bélicas tuvieron que animar a Leovigildo para seguir consolidando el poder godo en la Bética y saldar una cuenta pendiente con una prestigiosa ciudad tiempo atrás ambicionada, nos referimos indudablemente a Córdoba. Al año siguiente, y de nuevo aprovechando la nocturnidad, la rebelde Córdoba cayó en manos de Leovigildo con muchas bajas entre sus defensores. La ocupación de Córdoba le abrió las puertas de otras plazas y puntos fortificados que fueron sometidos en una auténtica

campaña de castigo.

---

11 Dadas las especiales características del reinado de Leovigildo, dividiremos éste en dos partes para facilitar la lectura y la comprensión al lector. En primer lugar nos centraremos en las múltiples campañas militares emprendidas por él, que conocemos no en detalle pero sí de manera cronológica, y demás cuestiones del ámbito político-militar. En segundo lugar, y de manera más breve, analizaremos las reformas llevadas a cabo por el soberano godo que en buena medida están asociadas a las acciones político-militares, puesto que todo se enmarca dentro de un mismo y fortalecido proyecto de unidad para el debilitado reino, avanzando mucho más en el proceso abierto por Atanagildo.



Estatua de Leovigildo en los jardines del Palacio de Oriente (Madrid).

Para el año 573 Leovigildo se vio solo en el trono, pues su hermano murió en esta fecha, y respaldado por las triunfantes campañas contra los bizantinos y la aristocracia hispanorromana irredenta de Córdoba y de sus alrededores. Una posición ideal para cumplir con las palabras que expone San Isidoro: «decidió ampliar su reino con la guerra y aumentar sus bienes». Como luego veremos, Leovigildo no entendía sólo de empuñar la espada sino que sabía que lo que requería su reino y los tiempos que le tocaban vivir era consolidar el poder monárquico y territorial a base de poner la maquinaria bélica visigoda a pleno rendimiento. El sur de Hispania conocía las cualidades militares del ahora único monarca godo, llegaba el turno de marchar al norte. Ciertamente, el escenario en el norte del reino tenía muchos paralelismos con la situación del sur peninsular. Si en el sur estaban los bizantinos, en el norte se mantenía el *Regnum Suevorum* que seguía disfrutando de una existencia independiente al reino toledano y ajeno a sus disputas. Y si en el sur había territorios controlados por poderes locales en situación de amplia autonomía y cuasi independencia, en el norte se daban en muchas zonas situaciones muy similares. Así, la primera acción llevó a los soldados godos a tomar la región de *Sabaria*, un territorio montañoso y de difícil acceso que vendría a estar ubicado entre el oeste de la actual provincia de Zamora y el norte de Portugal y consiguientemente entre la frontera sueva y la goda. Juan de Bíclaro habla de sus habitantes como los *sappos*, que desde un cierto tiempo hasta el año 573 habían vivido más o menos ajenos a ambos reinos germanos. Seguramente, de las campañas norteñas organizadas por el *rex gothorum* Leovigildo durante estos años, la que ha generado un mayor consenso historiográfico en cuanto a su relevancia y simbolismo fue la del año 574 contra Cantabria. El lector más profano no debe confundir la Cantabria del último tercio del siglo VI con la actual comunidad autónoma. De hecho, se tiende a considerar que los límites de la primera alcanzarían aproximadamente el norte de la provincia de Burgos, el alto Ebro y parte de La Rioja. Si bien, hay autores apoyados en otras fuentes que llevan más al norte la ubicación de la Cantabria de época visigoda. En todo caso, hablaríamos de una región de cierta consideración y de importancia por cómo se refiere Juan de Bíclaro, y otras fuentes, a la conquista y por las escenas que se recogen en la bellísima

arqueta de San Millán de la Cogolla (s. XI). Cantabria vivía con plena autonomía y bajo el gobierno de una aristocracia local y de corte senatorial. Para Leovigildo la conquista de Cantabria no significaba ocupar un territorio más, sino que obviamente era un punto estratégico por el acceso a diversas vías de comunicación y al fértil valle del Ebro y por su posición, que facilitaba el control y vigilancia de las poblaciones que vivían arropadas por la cordillera Cantábrica. El rey godo entró a sangre y fuego acabando con los opositores cántabros, ocupando la capital, Amaya —que pasó a ser un núcleo vital en la configuración del Reino Visigodo de Toledo para aquel territorio norteño—, y obteniendo un valioso botín.



Juan de Barroeta y Anguisolea, El rey *Leovigildo*, 1854
(Colección Museo del Prado, Madrid).

El ejército visigodo entraba en campaña, salía victorioso, lo celebraba y al año siguiente regresaba de nuevo a la carga. En el año 575 Leovigildo volvió a mirar a los territorios autónomos que vivían amparados entre la frontera sueva y visigoda. Así, en algún punto indeterminado y de difícil acceso del este de la actual provincia de Orense, en lo que Juan de Bíclaro denomina como los montes *Aregenses*, fue apresado un líder local de nombre Aspidio junto a su esposa e hijos. El tal Aspidio probablemente tuvo autoridad sobre aquel territorio, beneficiándose de la protección de las montañas, y fue acaparando bienes y tierras que pasaron al gobierno de Toledo. Estas campañas norteñas, especialmente la de *Sabaria* y la de los montes *Aregenses*, parece que iban encaminadas a facilitar el frente del que era el gran rival, el reino suevo. Sabemos que en el año 572 el rey suevo Mirón atacó a los *rucones* o *runcones*, una tribu de montañeses que, al igual que sucedía con los rivales a los que se habían enfrentado los visigodos, vivían de manera independiente beneficiándose de la protección de algún punto de la cordillera Cantábrica. El ataque del monarca suevo es visto, aparte de como una acción para conseguir botín, como un fortalecimiento de la frontera ante el avance godo y un posible aviso a Leovigildo. Sea correcta esta interpretación o no, todo fue en vano. En el año 576, después de mucho tiempo, los caminos de visigodos y suevos volvieron a cruzarse. Leovigildo atacó con fuerza las fronteras suevas y llegó casi al corazón del reino. Empero, se detuvo y pospuso la conquista del otro reino germano de la península Ibérica a pesar de que había quedado clara, como en los tiempos del Reino Visigodo de Tolosa, la superioridad militar de unos sobre otros. ¿La razón? Juan de Bíclaro informa sobre el envío de legados por parte del *rex suevorum* con la petición de paz y sobre el hecho de que el soberano godo la aceptó rápidamente. Si seguimos los postulados del académico García Moreno, Mirón «se sometía a una especie de estatuto clientelar de vieja raigambre germánica que implicaba una radical limitación de la autonomía del suevo en todo lo que se refería a política exterior». Asimismo, podemos encontrarnos con otros especialistas que consideran que la decisión de Leovigildo se basó en cerrar una paz ventajosa y focalizar sus intereses en otras cuestiones.

Los éxitos y el afán de fortalecer el poder monárquico y aumentar el

área bajo el dominio de la corte toledana llevaron al monarca godo a continuar con sus operaciones militares en el año 577 regresando al sur como área de acción. En esta ocasión nos encontramos en la *Oróspeda*, una región que suele ser ubicada al sudeste de la península Ibérica entre las serranías de Cazorla y Segura. Como en varios de los casos descritos, la orografía y el espacio fronterizo entre dos potencias (visigodos y bizantinos) habían propiciado un territorio ajeno a su control gobernado por aristócratas hispanorromanos. Por la información que ofrece Juan de Bíclaro, la *Oróspeda* sería un territorio amplio y rico conformado por varias urbes de mayor o menor entidad y diversos puntos fortificados. Las huestes de Leovigildo conquistaron dichos lugares y reprimieron duramente un levantamiento de campesinos de la zona que se había rebelado ante la nueva realidad imperante. El premio en esta campaña no sólo fueron más territorios para el *regnum,* un nuevo botín y el control de importantes vías de comunicación en la Bética, sino que, como apunta el profesor García Moreno, se estableció un *limes* en base a un sistema defensivo con el firme propósito de evitar que los soldados imperiales pudiesen lanzar algún tipo de ataque. Leovigildo no tuvo el éxito deseado al no conseguir expulsar a los bizantinos de Hispania y reconquistar su provincia, no obstante, sí fortificó la frontera y obligó a los imperiales a permanecer en la franja costera sin poder avanzar.

Después de 8 años de continuas empresas bélicas en las que, como dice San Isidoro: «Sucumbieron ante sus armas muchas ciudades rebeldes de España», llegó el tiempo de la paz, al menos momentáneamente. Curiosamente, la que a buen seguro era una calma ya necesaria para Leovigildo fue perturbada por su propia sangre y en su propia casa. Hemos señalado que Leovigildo se casó con la viuda de Atanagildo, Goswinta, pero anteriormente había tenido otro matrimonio del que nacieron Hermenegildo y Recaredo, quienes en el año 573 habían sido asociados al trono (*consortes regni*) en doble muestra de, por un lado, posicionamiento de su progenie para asumir el futuro reino y, por otro, de fuerza ante la nobleza. Los hijos del rey, es de suponer, debieron de participar activamente en la vida política desde el instante de su asociación al trono, y de acompañar a su padre en la guerra para formarse como grandes guerreros y astutos estrategas

estableciéndose fuertes lazos entre los tres. Es más, Leovigildo llegó a fundar una ciudad en la antigua Celtiberia y le dio el simbólico nombre de Recópolis (Zorita de los Canes) en honor a su hijo Recaredo. El rey godo tuvo que proyectar fuera de las fronteras un prestigioso reino que le llevase a concertar matrimonios con otras monarquías, en este caso francas. El matrimonio entre Recaredo y alguna princesa franca no fructificó pero sí lo hizo el de Hermenegildo, que en el año 579 se casó con la princesa franca y católica Ingunda, a la sazón hija del monarca Sigiberto de Austrasia. Si el lector nos permite la distendida licencia, los siguientes sucesos bien podrían haber encontrado cabida en la ficción *Juego de Tronos*.



Vista de las ruinas de la ciudad visigoda de Recópolis (Zorita de los Canes, Guadalajara).



Otra vista de las ruinas de la ciudad visigoda de Recópolis
(Zorita de los Canes, Guadalajara).

La princesa Ingunda gracias a este matrimonio quedaba emparentada directamente con la casa de Leovigildo, pero antes del enlace ya estaba relacionada con la monarquía visigoda al ser su madre, Brunekhilda, hija de la reina Goswinta. Esta relación, que *a priori* podía resultar positiva, fue todo lo contrario. Los vínculos familiares entre abuela y nieta se rompieron a consecuencia de las profundas diferencias religiosas entre ambas. Una fiel católica y la otra ferviente arriana. La situación en el palacio real de Toledo tuvo que llegar a tal extremo que Leovigildo optó por desviar el problema enviando a Hermenegildo e Ingunda a Sevilla para que desde allí gobernase la Bética. En principio, una buena resolución; en la realidad, nada más lejos de esto. En Sevilla, sin el control paterno y sin la presión de la madrastra y abuela —y seguramente bajo la influencia de su esposa y del prelado católico San Leandro, hermano de San Isidoro—, Hermenegildo se convirtió al catolicismo. El lector puede pensar que las últimas cuestiones tratadas rompen el desarrollo de los hechos político-militares pero es que tras el desplazamiento a Sevilla de Hermenegildo y la subsiguiente conversión, éste se rebeló contra su padre provocando una nueva y cruenta guerra civil en el reino visigodo. Es importante aclarar que esta guerra civil no fue entre un bando católico liderado por Hermenegildo y un bando arriano encabezado por Leovigildo, ya que hubo católicos y arrianos en ambos bandos. Del mismo modo, hubo visigodos e hispanorromanos que tomaron partido por un determinado bando según consideraron oportuno, principalmente en el caso del apoyo al rebelde por una oposición a las enérgicas políticas de corte unitario del legítimo rey. Las propias fuentes que parten de autores católicos se refieren a Hermenegildo como tirano o usurpador denotando la ilegalidad de su acción. En realidad estamos inmersos en un conflicto de raíz política en el que la religión en determinados contextos pudo ser utilizada como excusa o arma principalmente por el líder insurrecto. Hermenegildo se proclamó rey, renegando del poder legítimo de su padre, y partió el reino en dos quedándose él con la Bética. No parece que su objetivo fuese conquistar Toledo y hacerse con el gobierno de todo el reino, sino disponer de un gobierno independiente en el sur. A pesar de la virulencia con la que arrancó la rebelión, Hermenegildo estaba en desventaja militar ante su padre. Por

esta razón comenzó a recabar apoyos tanto interiores como exteriores. Muchos aristócratas germanos e hispanorromanos no veían con buenos ojos la dura política centralizadora de Leovigildo y el fortalecimiento de la institución monárquica que estaba suponiendo su reinado, de ahí que la opción del hijo rebelde fuese bien vista por algunos de ellos. El área de apoyos de Hermenegildo se centraba en Sevilla y en Córdoba, a las que se sumó la estratégica Mérida, capital de la Lusitania. En cuanto a los posibles aliados exteriores, Leovigildo evitó la intervención franca. Los legados de Hermenegildo siguieron trabajando y sí consiguieron el apoyo de dos enemigos naturales de Leovigildo, el *Regnum Suevorum* y el Imperio Romano de Oriente. La prudencia y la templanza debieron ser virtudes de Leovigildo, pues como un astuto jugador de ajedrez dejó que la partida discurriera para lanzarse al ataque en el instante preciso. Y es que en las encrucijadas que marcan la Historia es donde, nuevamente, emerge la figura del gran líder. Primero llevó a cabo una serie de disposiciones de índole religiosa y legislativa para reforzar su posición de cara a sus súbditos. En segundo lugar, Leovigildo sabía que la fuerza de Hermenegildo radicaba en el sur, por lo que antes de iniciar la campaña contra él era conveniente apuntalar el norte. Así, en el año 581 el ejército visigodo atacó Vasconia infligiendo una dura derrota a los vascones que supuso la fundación de una ciudad, *Victoriacum*, simbólico nombre para una urbe que pasó a ser el eje que vigilaría a los vascones, retirados a las montañas, y sus posibles rapiñas en el rico valle del Ebro.

En el año 582 Leovigildo reunió un poderoso ejército y se lanzó a por su hijo. El primer paso fue la toma de Mérida para el año siguiente fijar su mirada en Sevilla, núcleo de la rebelión de Hermenegildo. Rápidamente quedó en evidencia que los recursos de Hermenegildo para enfrentarse al magno Leovigildo eran muy limitados. Una de sus bazas más sobresalientes, el Imperio Romano de Oriente, no acudió a la llamada y sus tropas no se presentaron en Sevilla, probablemente queriendo evitar un enfrentamiento abierto con Leovigildo. Sin embargo, el rey suevo Mirón, obviando el pacto que había establecido con el rey godo cuando éste invadió su reino, llegó a Sevilla con la intención de presentar batalla. Craso error. La jugada no salió como el soberano suevo esperaba, ya que vería en

el rebelde Hermenegildo la opción de librarse del control establecido por el gobierno de Toledo pero su empeño acabó en un rotundo fracaso. Las tropas suevas fueron derrotadas y, seguido al descalabro, Mirón perdió la vida. Su hijo y sucesor Eborico optó por mantener la retirada a sus dominios galaicos y aceptar la superioridad goda. Hermenegildo, encerrado en Sevilla, vio cómo su padre sometió a un durísimo cerco a la urbe privándola de abastecimiento exterior, atacando sus muros e incluso cambiando el curso del río Guadalquivir para que cundiese la desesperación entre los sitiados. Hermenegildo trataría de alguna manera de romper el cerco que asfixiaba a Sevilla pero no lo consiguió. Al menos pudo huir a Córdoba. Leovigildo tomó Sevilla y otras ciudades y fortificaciones del bando rebelde en el año 584, mismo año en el que la región de la Carpetania sufrió una terrible plaga de langosta que dejó estupefactos a varios legados francos que habían acudido a la corte toledana. En Córdoba Hermenegildo seguiría esperando los refuerzos bizantinos pero éstos no iban a llegar, máxime con el pago efectuado por su padre para evitar su intervención. Jaque mate. El legítimo *rex gothorum* tomó Córdoba y apresó a su hijo, que fue enviado a Valencia. La princesa Ingunda y el hijo que había tenido con Hermenegildo cayeron en manos bizantinas y fueron llevados hasta Constantinopla. Con prudencia y tenacidad Leovigildo había acabado con una dolorosa rebelión que también fue costosa para el reino.

En el año 585 Leovigildo sabía que tenía que cerrar el círculo antes de dejar este mundo, y en el noroeste peninsular tenía una cuenta pendiente. Sólo necesitaba una excusa que justificase una nueva campaña militar tras acabar con la oposición de su hijo y los propios suevos se la dieron. Mientras que Leovigildo derrotaba a Hermenegildo, el legítimo rey Eborico fue privado del trono y obligado a entrar en un monasterio después de ser tonsurado por el noble y ambicioso Audeca, quien para fortalecer su posición tomó como esposa a la viuda de Mirón. El usurpador duró muy poco tiempo en el trono. Leovigildo tenía la excusa perfecta en la privación del trono a Eborico. Invadió el reino suevo, hizo prisionero a Audeca para aplicarle la terrible *decalvatio*, castigo que al afeitar o rasurar pelo y barba le inhabilitaba política y militarmente, y fue obligado a tomar los hábitos igual que él había hecho al joven Eborico. La conquista del reino fue total

porque, como señala Juan de Bíclaro, el pueblo suevo, el territorio del reino y el simbólico tesoro suevo —que ahora se sumaba al ya relevante tesoro visigodo—, pasaron al dominio de Leovigildo, y las nuevas tierras ampliaron las fronteras del Reino Visigodo de Toledo. El sueño del *Rengum Suevorum* había llegado a su fin y su artífice fue el visigodo Leovigildo. Bien es cierto que tras Eborico y Audeca, un tal Malarico, posiblemente un noble que se negaba a asumir la derrota, a modo de canto de cisne para la memoria sueva se levantó en armas, pero los duques de Leovigildo lo derrotaron, apresándolo y siendo llevado ante el mismísimo Leovigildo. El rey de Toledo estableció tropas en distintos puntos estratégicos de los antiguos dominios suevos y envió obispos arrianos para que volviesen a introducir la herejía entre los suevos, ya que éstos se habían convertido al catolicismo tiempo atrás.

Resulta curioso y de interés que, mientras que Leovigildo conquistaba el reino suevo en el año 585, el franco Gontran —soberano de Borgoña—, rememorando la hazaña de su pariente Clodoveo, invadía la provincia de la Narbonense e intentaba enviar ayuda a los suevos por vía marítima fracasando en el intento gracias a la flota visigoda. Leovigildo no podía atender los dos frentes, así que tomó la acertadísima decisión de enviar contra los francos a su fiel hijo Recaredo, quien ya destacaría como un diestro guerrero. Los francos atacaron Nimes y Carcasona, que resistieron hasta la llegada de Recaredo, quien derrotó a los invasores infligiendo graves pérdidas al rey Gontran. Recaredo no se quedó aquí y decidió penetrar en territorio franco para asaltar dos posiciones rivales próximas al río Ródano, suponemos que en previsión de evitar futuras acciones invasoras, tomando una sin derramar sangre y otra por la fuerza de las armas. Recaredo regresó junto a su padre con una estelar victoria y un buen botín a sus espaldas.

El año 585 tiene otro suceso de especial relevancia. En Tarragona, donde tras su paso por Valencia se encontraba Hermenegildo, acaeció su ejecución a manos de un tal Sisberto.

Hasta aquí las campañas militares de Leovigildo que salpicaron prácticamente todo su reinado. Unas empresas bélicas que pudo llevar a cabo gracias a que, como dice San Isidoro, «teniendo de su parte la entrega

de su ejército y el favor que le granjeaban sus victorias, acometió felizmente brillantes empresas». Laureles que nos hacen comprender mejor las siguientes palabras de San Isidoro: «Se apoderó de gran parte de España, pues antes la nación de los godos se reducía a unos límites estrechos». Leovigildo engrandeció y fortaleció los límites del reino y el poder real, pero no todo su legado se circunscribe al plano político-militar, sino que su proyecto para el *Regnum Gothorum* podemos definirlo como total.

Así, dejando a un lado lo anterior, podríamos clasificar dicho proyecto y su legado en varios niveles:

- Sucesión → en el año 573 lo dejó bien claro cuando asoció al trono a sus hijos Hermenegildo y Recaredo. Esta acción estaría respaldada por los fuertes apoyos dentro de la nobleza que le era partidaria. La medida era clara: potenciar la institución monárquica en base a un sistema hereditario y no electivo.
- Política exterior → por un lado, no acometió ninguna campaña fuera de Hispania ni de la Galia Narbonense, si exceptuamos el ataque de Recaredo contra los campamentos francos como medida preventiva. Sus enemigos eran interiores, por lo que procuró llevar un trato cordial con los reinos francos. Independientemente del resultado, un buen ejemplo fue el matrimonio de Hermenegildo e Ingunda y el intento de casamiento de Recaredo con otra princesa franca.
- Religión → en el marco de la búsqueda de la unidad para el reino, las campañas militares avanzaron en el plano territorial pero había más espectros a unir. El rey godo era un arriano convencido, al menos eso parece al principio de su gobierno. Tras fracasar en el intento de que la mayoría hispanorromana dejase a un lado el catolicismo y abrazase la herejía arriana, optó, en el contexto de la rebelión de Hermenegildo, por reunir un sínodo de obispos arrianos en la capital del reino, Toledo, en el año 580. La finalidad de esta reunión era realmente la de maquillar el arrianismo, como señala el profesor García Moreno, y ubicarse en una especie de macedonianismo. Se estableció que los católicos podían dejar atrás

su fe nicena sin la necesidad de volver a bautizarse, como se exigía, simplemente con la imposición de manos de un sacerdote arriano y recibiendo la comunión, pero poniendo por debajo al Espíritu Santo (no tendría carácter divino) del Padre y del Hijo, por tanto, negando la Santísima Trinidad como hacía el arrianismo pero de una manera más suave; esto sería suficiente. La disposición de Leovigildo y de su sínodo no tuvo el efecto deseado. La cuestión religiosa fue la gran espina del reinado de Leovigildo. San Isidoro llega a escribir desde su prisma católico: «pero el error de la impiedad ensombreció en él la gloria de tan grandes virtudes». Leovigildo presionó a la Iglesia católica, especialmente económicamente, efectuó persecuciones, desterró a obispos como el de Mérida —Masona, con quien tuvo un intenso encuentro en el palacio toledano a causa de la negativa del religioso a convertirse al arrianismo y a entregarle la túnica de la patrona de Mérida, la muy venerada Santa Eulalia—, al propio obispo y cronista Juan de Bíclaro al negarse a convertirse al arrianismo, y al más ilustre de todos, San Leandro. San Isidoro considera que las pocas conversiones conseguidas por el arrianismo fueron a consecuencia del miedo, rebautizándose algunos católicos tanto laicos como religiosos, y sobre todo a causa del poder del dinero. Lo cierto es que hacia el final del reinado, su posición frente a la Iglesia católica se suavizó en demasía haciendo volver del exilio a San Leandro, reparando algunos daños infringidos e incluso algunos consideran que pudiendo llegar a convertirse al final de sus días.

- Legislación → elaboró un nuevo corpus legislativo llamado *Codex Revisus*. Nos atreveríamos a decir que este compendio de leyes resulta mucho más significativo en nuestra Historia que el Código de Eurico o el Breviario de Alarico, ya que profundizó en la política unitaria y centralizadora leovigildiana, entre otras cuestiones, al abolir la anticuada ley que prohibía los matrimonios mixtos entre visigodos e hispanorromanos. Como así lo consideran distintos autores, la obra legislativa de Leovigildo significaba un Derecho nacional que abarcaba a todos los súbditos del reino sin distinción

étnica y remarcaba la distancia política e independencia absoluta con respecto al Imperio Romano de Oriente.

- Economía → la construcción de cualquier reino exige un precio, primordialmente económico. Leovigildo sabía que el poder monárquico estaba necesitado y por ello era imprescindible potenciar la hacienda real. San Isidoro es extremadamente crítico con Leovigildo, no sólo en el asunto religioso, sino también en la forma en la que «éste enriqueció también el fisco y aumentó el erario». Amén de los botines arrebatados a sus enemigos en combate, según el santo, la expoliación y el ataque hacia algunos personajes destacados que perdieron sus bienes y en algunos casos hasta sus vidas ayudaron a dicho enriquecimiento y aumento.
- Administración territorial → siguiendo los estudios del académico García Moreno, Leovigildo, imitando el modelo bizantino, habría dado un repaso al mecanismo administrativo del reino. Básicamente podemos destacar que todas las provincias (Bética, Lusitania, Carthaginense, Gallaecia y Tarraconense) pasaron a estar dirigidas en el plano civil por un *rector provinciae*, y en el militar por un *dux*. Por debajo de éstos se popularizaría la figura del *comes civitatis*, ya conocida en el reino tolosano, pero ahora con mayor presencia. Sus funciones serían tanto civiles como militares y no sólo abarcarían el espacio intramuros de la ciudad correspondiente sino también su *territorium*.
- Proyección del poder → pedimos al lector que mire con perspectiva la figura de Leovigildo y aparte de todo lo descrito y analizado líneas atrás, tenga presente que este soberano visigodo llegó a fundar la ciudad de Recópolis, haciendo de la misma una gran urbe que en buena medida podía y puede recordar a la sede regia toledana en cuanto a su configuración. Aparte, fue el primero que se sentó en un trono y usó vestiduras regias, hizo de Toledo una auténtica capital y fue el primer rey visigodo que acuñó moneda con su nombre y efigie (hecho que Hermenegildo emuló para legitimar su rebelión). Todas estas acciones pueden enmarcarse en la llamada *imitatio imperii* al seguir los modelos del Imperio Romano de

Oriente y de uno de sus emperadores, Justiniano, que además sirvió de inspiración al rey germano. Otro modelo que muchos autores consideran que igualmente inspiró a Leovigildo fue Teodorico el Grande. De hecho, García Moreno considera que Leovigildo provendría de una familia ostrogoda asentada en Hispania en tiempos del Amalo.

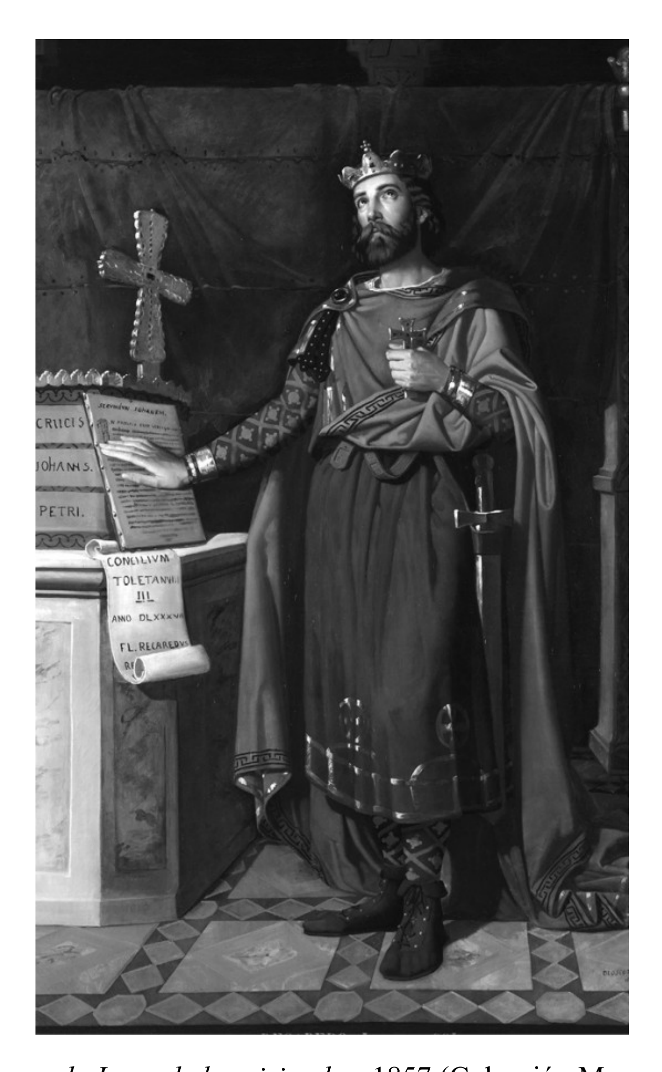


Detalle de la estatua de Leovigildo en los jardines del Palacio de Oriente (Madrid). Fotografía de Francisco García Cuenca.

En el año 586, en la sede regia toledana, fallecía de muerte natural el que muchos consideramos el auténtico arquitecto y constructor del Reino Visigodo de Toledo. Por todo lo expuesto, pensamos que indudablemente Leovigildo debe ocupar un lugar extremadamente relevante en la historia de España.

Familia, sangre y gloria

Hacia mediados del año de Nuestro Señor de 586, el destino del Reino Visigodo de Toledo pasaba de Leovigildo a su hijo Recaredo, una sucesión que, a tenor de lo que nos transmiten las fuentes, resultó un proceso totalmente natural y lógico aunque, insistimos, el sistema monárquico fuese electivo. Es de suponer que la entronización de Recaredo, que contaría con el apoyo de las mismas redes clientelares de su padre y de una gran parte o incluso de prácticamente toda la aristocracia hispanogoda, fue vista como una continuación del proyecto político emprendido por Leovigildo. Quién mejor que su fiel hijo Recaredo, que siempre estuvo a su lado incluyendo momentos tan complicados como la sublevación de Hermenegildo o el ataque franco a la Narbonense en el año 585. Y es que el nuevo *rex gothorum* también había dado sobradas muestras para hacerse cargo con total garantía de su gran cita con la Historia.



Dióscoro Puebla, *Recaredo I, rey de los visigodos*, 1857 (Colección Museo del Prado, Madrid).

Resulta muy llamativo que uno de los primeros datos con los que contamos del reinado de Recaredo fue la ejecución —y parece que tortuosa — de Sisberto, la persona que había acabado con la vida de su hermano Hermenegildo, quien no debe ser considerado un mártir del catolicismo sino ante todo un usurpador. Dejando a un lado que el verdugo hubiese actuado *motu proprio* en lo referente a la muerte de Hermenegildo, Sisberto hubo de recibir una orden que no está sujeta a un acuerdo historiográfico, pues hay autores que piensan en Leovigildo pero también los hay que ven la mano de Recaredo. Siendo honestos y sin que sirva de precedente, teniendo presentes las características de la ejecución de Hermenegildo, no disponemos de una opinión rotunda.

Si alguna vez el lector más «goticista» se ha preguntado por qué razón Recaredo es uno de los reyes mejor tratados y más alabados por las fuentes de la época, incluso por fuentes posteriores a este periodo, es porque a principios del año 587, llevando menos de un año en el trono, tomó una decisión que marcó la historia de España hasta el día de hoy: se convirtió al catolicismo. Una vuelta de tuerca completa a la política de unidad religiosa de su padre pero desde otra posición religiosa y triunfando en tal empresa, aunque hubo reticencias como a continuación veremos. Las motivaciones de Recaredo y determinadas cuestiones religiosas darían para mucho, pero bajo nuestro prisma —y más allá de que la profesión de fe del rey godo estuviese más o menos revestida de un convencimiento religioso—, a nivel político, ideológico, identitario y social fue una jugada maestra. Dentro de la política de unidad se asumía que no había necesidad de que existiese diferencia étnico-religiosa, de hecho previamente se habían producido conversiones de godos al catolicismo y resultaba más sencillo el paso al catolicismo que no de la gran mayoría hispanorromana al arrianismo. A partir de aquí San Isidoro, en su *Historia Gothorum*, marca una clara diferencia entre padre e hijo: mientras que, según él, Leovigildo era más proclive a la guerra y era «irreligioso», Recaredo era distinto, ya que su arma principal era la fe y desde ésta iba a engrandecer el reino.

Sin embargo, más allá de la fe y aun siendo necesaria la conversión para seguir ahondando en el proyecto unitario, las armas debían estar prestas para ser teñidas de sangre y eso Recaredo, como buen guerrero, lo sabía. El

insidioso rey franco Gontran de Borgoña no se había dado por vencido en su intento de conquistar la provincia de la Narbonense o Septimania goda, y envió un nuevo ejército. La hueste invasora estaba encabezada por el duque Desiderio, quien tenía en mente la toma de la siempre ambicionada Carcasona. Los soldados godos enviados por Recaredo hicieron bien su trabajo y no sólo derrotaron a los francos, sino que Desiderio y un gran número de sus hombres cayeron en el choque. El rey godo desearía estar centrado en el proceso que se abría con su conversión, de ahí que quisiera evitar otros conflictos bélicos e injerencias externas. En este sentido resulta comprensible el envío de legados, que fueron bien recibidos, a la corte franca del reino de Austrasia, donde estaban los soberanos Childeberto II y la hermanastra del godo, Brunekhilda. Recaredo sabía que por los lazos familiares que unían a Goswinta y Brunekhila resultaba necesario contar con su madrastra para conseguir mantener buenas relaciones con la corte de Austrasia. El buen entendimiento quedó sellado gracias a que Recaredo afirmó que él no tuvo nada que ver con el trágico destino de la princesa Ingunda, al pago de una compensación económica y a la entrega de dos núcleos territoriales en la Septimania. No sucedió lo mismo, como era previsible, en la corte franca de Borgoña. Gontran rechazó la vía diplomática y actuó para evitar el posible matrimonio entre Recaredo y una princesa de Austrasia.

Regresando a la cuestión religiosa, el monarca germano procuró atraer a muchos miembros del clero arriano a la conversión y no por la fuerza sino por el convencimiento, como indica San Isidoro. De esta manera se dieron conversiones, pero igualmente hubo resistencias. Los principales focos de oposición a la medida de Recaredo se concentraron en tres puntos. En primer lugar, en la capital lusitana —Mérida— que, como hemos venido recalcando a lo largo de buena parte de este trabajo, era un punto estratégico y fundamental para el reino godo y que contaba, para el año 588, con una fuerte presencia de aristocracia visigoda entre sus muros. Consiguientemente, cualquier acción que pudiese poner en peligro el control de Mérida y su conexión con Toledo suponía un serio contratiempo. En realidad, más que una rebelión de corte militar hablaríamos de una conspiración, de tintes cinematográficos si se nos permite, encabezada por

el obispo arriano Sunna y el noble Segga. El objetivo de ambos era acabar con la vida de dos piezas fundamentales en el engranaje del reinado de Recaredo y dos personajes de profundo calado en la provincia lusitana. Hablamos del obispo católico de Mérida, Masona, un magnífico ejemplo de visigodo convertido tiempo atrás al catolicismo (vemos cómo en la urbe emeritense había godos arrianos pero también godos católicos). El otro gran prohombre era el duque Claudio que, bajo nuestro punto de vista, es uno de los hombres más importantes de la historia de la ahora capital extremeña. Este *dux* de la Lusitania provenía de la antigua aristocracia tardorromana de corte senatorial y, por ende, formaba parte de la flor y nata de la sociedad emeritense y lusitana. Asimismo, según la fuente *Vidas de los Santos Padres Emeritenses*, estaba bien instruido y contaba con un destacado bagaje en las cuestiones militares. Se mantuvo leal a Leovigildo y los hechos indican que fue un fiel amigo y seguidor de Recaredo. Es factible que los conspiradores considerasen que, una vez eliminados Masona y Claudio, Recaredo reaccionaría atacando Mérida, lo que derivaría en una nueva guerra civil tras la que, si los rebeldes salían victoriosos, Segga podría ocupar el trono. Nada más lejos de la realidad. La conspiración se vino abajo desde dentro cuando el noble Witerico, que posteriormente volverá a tener otra cita con la Historia, advirtió al *dux* Claudio de las intenciones contra él. Éste, con rapidez y eficacia, detuvo a los líderes de la conspiración y aplastó cualquier foco opositor. La pena impuesta para los cabecillas bien podemos tildarla de ejemplarizante: el obispo Sunna marchó al exilio al norte de África y el aspirante a rey, Segga, recibió un castigo acorde con sus pretensiones, se le cortaron ambas manos —impidiéndole así volver a empuñar la *spatha*— y fue desterrado a tierras galaicas.

Gracias a Juan de Bíclaro seguimos conociendo los pormenores de estos focos opositores a las disposiciones religiosas de Recaredo. La siguiente conspiración —y la llamamos así porque tampoco llegó a convertirse en enfrentamiento militar— fue en la propia capital del reino, en consecuencia de mayor importancia que la anterior al darse en el mismísimo corazón de la *urbs regia*. Los líderes de la conspiración toledana fueron el obispo arriano Uldila y la conocida reina y madrastra Goswinta, quien a pesar de su probable avanzada edad, seguía siendo partícipe de los más relevantes

acontecimientos del *regnum*. Goswinta ya había demostrado con el caso de su nieta Ingunda que no estaba dispuesta a tolerar el catolicismo, empero, su oposición a la política procatólica de Recaredo y su más que factible plan de destronarle acabaron fracasando. Uldila, al igual que sucedió con el obispo Sunna, fue desterrado, mientras que Goswinta, que había sobrevivido a sus dos maridos, Atanagildo y Leovigildo, murió sin que sepamos si se suicidó antes de abandonar su preciado arrianismo o fue asesinada.

La última de estas rebeliones sí tuvo un profundo calado bélico y supuso una auténtica prueba para el reino de Recaredo en el significativo año de 589. En la Narbonense el obispo arriano Athaloc y los condes Wildigerno y Granista lideraron la oposición a Recaredo. Para dar más consistencia a su subversión, se vieron arropados por el insidioso rey franco Gontran, que dejando a un lado el carácter arriano del levantamiento (él era católico), vio una nueva oportunidad de invadir la provincia goda. El profesor García Moreno ha estudiado la estrategia de las fuerzas del soberano de Borgoña basada en dos ejércitos. El primero de ellos encabezado por los generales Bosón y Antestio penetró en la Septimania goda y se ubicó en las proximidades de Narbona. La otra fuerza punitiva, liderada por Astrovaldo, avanzó igualmente, pero en esta caso hasta Carcasona. Podemos considerar que tanto Narbona como Carcasona, dos ciudades muy sobresalientes en esta provincia, estaban del lado rebelde. Desde el palacio real toledano se respondió, y Recaredo no dudó en enviar al que seguramente sería su mejor general y un hombre de confianza demostrada, el hispanorromano Claudio. El duque de la Lusitania recorrió gran parte de Hispania hasta llegar al territorio narbonense y enfrentarse a las huestes francas. Allí, la batalla tuvo que ser épica. Claudio actuó sin contemplaciones derrotando al ejército enemigo y destruyendo por completo su campamento. El triunfo del *dux* es sublimado hasta el exceso por los cronistas Juan de Bíclaro y San Isidoro de Sevilla, que justifican la victoria en la intercesión divina a causa de la conversión de Recaredo. La verdad es que tuvo que ser una victoria con mucho eco. San Isidoro escribe al respecto: «Logró, en efecto, un glorioso triunfo sobre casi sesenta mil soldados francos, que invadían las Galias, enviando contra ellos al duque

Claudio. Nunca se dio en España una victoria mayor de los godos, ni semejante; pues quedaron tendidos en tierra o fueron cogidos prisioneros muchos miles de enemigos, y la parte del ejército que quedó, habiendo logrado huir desesperadamente, perseguida la retaguardia por los godos hasta los límites de su reino, fue destrozada». El número de contendientes resulta muy exagerado pero las fuentes francas también reafirman la contundente victoria goda ofreciendo, en este caso Gregorio de Tours, unas cifras más realistas a la par que durísimas para los derrotados: cinco mil muertos y dos mil prisioneros. Claudio había demostrado ser un legítimo heredero de los grandes generales romanos de antaño, además de un fiel seguidor del rey godo Recaredo y un personaje de altísima relevancia dentro del Reino Visigodo de Toledo. En cuanto a la cifra de soldados, Juan de Bíclaro aporta un dato, alejado de la realidad pero revestido de un profundo simbolismo: el *dux* Claudio habría derrotado a los sesenta mil francos con tan sólo trescientos soldados, tal y como el bravo Gedeón había hecho, según el Antiguo Testamento, frente a los madianitas. Cifra la de trescientos que, como el lector sabrá, también se repite en el contexto épico de Leónidas, los espartanos y la batalla de las Termópilas, y con don Pelayo y la batalla de Covadonga. Tras el triunfo godo, los francos desistieron de su empeño y los rebeldes fueron apresados.

Después de estas rebeliones, que tenían tanto elementos religiosos como intereses políticos en sus pretensiones, llegaba la hora de cerrar el círculo con la conversión de todo el pueblo godo. Recaredo se guardaba un hueco en la historia de España al convocar y presidir el III Concilio de Toledo en el año 589. En mayo de dicho año se reunió en la gran capital un sínodo que marcó la esencia de nuestro país. Allí llegaron obispos de todos los rincones del reino, bajo la batuta del ilustre San Leandro, junto a otros componentes del estamento eclesiástico y a destacados miembros de la aristocracia civil y militar, pues no puede considerarse este concilio como un mero aunque extremadamente relevante, acto religioso, sino que recoge al mismo tiempo un profundo sentido político. Con este concilio de carácter nacional Recaredo sellaba, no sólo su conversión personal, sino la de todos los clérigos de la Iglesia arriana, la nobleza goda y la *gens gothorum* en su totalidad. Para Juan de Bíclaro la escena era comparable y evocable al

Concilio de Nicea y a la presencia del emperador Constantino.

La importancia del III Concilio de Toledo y sus puntos más relevantes podemos clasificarlos en varios niveles:

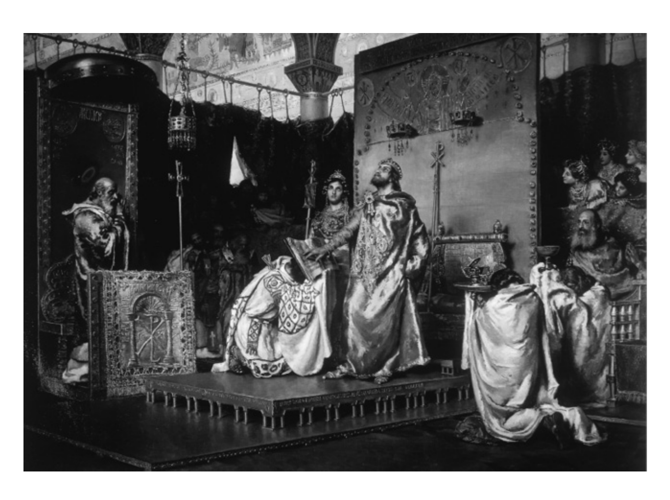
- Las actas del concilio fueron firmadas tanto por el rey Recaredo como por su esposa, la reina Baddo, de quien dice el profesor Orlandis: «ligada desde antiguo a Recaredo por una relación de *Friedelehe*, vínculo «cuasi matrimonial» de tradición germánica. Fracasados los sucesivos intentos de boda con princesas francas, Recaredo pudo contraer justas nupcias con Baddo, que como gloriosa Regina suscribe la profesión de Fe en el III Concilio de Toledo». Su presencia y firma correspondiente da una cuota de protagonismo muy significativa y simbólica a la reina.
- El arrianismo, en el plano oficial, desapareció por completo del Reino Visigodo de Toledo y con él la liturgia arriana y, paulatinamente, la lengua gótica. La estructura eclesiástica de la Iglesia arriana, cuya cabeza era el rey, fue totalmente asimilada por la católica y sus miembros asumidos por el clero católico sin que se detecten dificultades en el proceso. A nivel popular es de suponer quese fue asumiendo la nueva fe en el respeto y en la creencia de la Santísima Trinidad, y todo el dogma católico emanado del Concilio de Nicea.
- Se daba un paso de gigante en la política unitaria preconizada por Leovigildo y continuada por Recaredo. La barrera religiosa desaparecía y la única nota disonante era la comunidad judía contra la cual posteriormente se legisló.
- No podemos pensar que la conversión de los visigodos fue un simple acto político de conveniencia por el momento histórico vivido y de imitación porque así lo hizo la cabeza del reino. También tendría en distintos casos un componente espiritual, bien en el primer instante, o bien desarrollado posteriormente. No olvidemos que, a nivel de fe, resultaría más sencillo el paso del arrianismo al catolicismo que del paganismo al arrianismo.
- Se evitaron las referencias a Leovigildo y Hermenegildo. Recaredo

era «algo nuevo» para el binomio gobierno-fe en el reino.

- En el concilio no sólo se trató el asunto de la conversión al catolicismo, también sirvió para reestructurar la Iglesia, atender a muchas cuestiones de corte eclesiástico que llevaban tiempo esperando a ser tratadas, etc. Todo ello siempre bajo un claro influjo bizantino que ahondaba en el nuevo binomio Iglesia-Estado.
- Tras la abjuración oficial y a partir de este momento, la monarquía goda y la Iglesia católica sellaron un vínculo que bien podemos considerar de carácter sagrado y que marcó los designios de los tiempos que estaban por venir, ofreciendo un soporte ideológico que conectaba el poder terrenal con el celestial. Los elogios y las alabanzas no sólo llegaron por parte de los obispos asistentes al gran concilio toledano, sino también desde Roma a través del Papa Gregorio Magno. Éste regaló al soberano visigodo, entre otras reliquias, un *lignum crucis*, una astilla de la auténtica cruz de Jesucristo que pasó a tener un valor simbólico trascendental para el *Regnum Gothorum*.

Un año después del fastuoso y significativo III Concilio de Toledo, Juan de Bíclaro informa que la paz alcanzada en el reino fue abruptamente interrumpida desde dentro del mismo. A Recaredo le surgió un nuevo opositor en la figura ni más ni menos que de un duque provincial y relevante funcionario del reino de nombre Argimundo[12]. Este duque, de manera ilegal y por ende tiránica, quería hacerse con el reino quitando la vida al legítimo monarca. No debemos ver una reacción arriana en este levantamiento, sino los intereses políticos de un personaje concreto y de peso en la estructura política y administrativa del *regnum* que ambicionaba más poder y que contaba con el respaldo de sus seguidores. No obstante, como había sucedido en Mérida y en Toledo anteriormente, la conspiración fue descubierta, su cabecilla encadenado y llevado a prisión, y la investigación puesta en marcha. Los seguidores del duque rebelde confesaron todos los detalles del complot, bajo tortura, y recibieron la pena capital acorde a sus actos. No tenemos constancia de que Argimundo fuese ejecutado, pero tal vez así lo hubiese deseado teniendo en cuenta los

detalles de su juicio y los castigos recibidos…Los duros interrogatorios fueron acompañados de severos latigazos para seguidamente sufrir la vergonzosa *decalvatio*, nuevamente el pelo como símbolo ancestral de poder, fortaleza y prestigio. Las penas no acabaron aquí. Dado que había intentado empuñar la espada para acabar con Recaredo, se le cortó la mano con la que sostenía dicha arma: la derecha. El rey godo debía dar muestra de su poderío y hacer ver que cualquier atentando contra su persona y su honor sería contundentemente respondido. Para ello el lugar oportuno era, evidentemente, Toledo. Argimundo fue subido a lomos de un asno y no de un señorial caballo. Fue desfilando, imaginamos que por unas abarrotadas calles toledanas, sin pelo en la cabeza, sin barba y sin la mano derecha ante la mofa de todos los habitantes de la urbe del Tajo. Con esta escena Recaredo dejó claro cuál era el lugar del siervo y cuál el del señor.



Antonio Muñoz Degrain, *La conversión de Recaredo*, 1888
(Colección Senado de España, Madrid).

Hasta aquí llega la imprescindible crónica de Juan de Bíclaro. Una lástima, ya que la forma y manera en que el biclarense recogía los hechos históricos en su obra nos resultan, a los historiadores que trabajamos este periodo, una fuente sublime que se echa de menos en otros reinados.

En otro orden de cosas, el reinado de Recaredo no sólo comprendió rebeliones, ataques francos y las amplias cuestiones relacionadas con el III Concilio de Toledo, San Isidoro, en su *Historia Gothorum*, habla de múltiples enfrentamientos con tropas imperiales. Sabemos que para finales

del siglo VI en los dominios bizantinos actuaba un destacado *magister militiae* y patricio llamado Comenciolo, quien debió aprovechar los últimos años del reinado de Leovigildo y los primeros de gobierno de Recaredo para, mientras ambos reyes godos estaban en otros menesteres, reforzar los estrechos límites de la provincia bizantina de *Spania* y llevar a cabo distintas acciones. Una de ellas fue la restauración de las murallas de la capital de dicha provincia, *Carthago Spartaria* (Cartagena), y el levantamiento de una potente puerta fortificada aproximadamente en el año 590. Esta información proviene de una inscripción conservada en el Museo Arqueológico de Cartagena en la que se cita la obra llevada a cabo y la misión que tenía el emperador oriental Mauricio para Comenciolo: combatir a los *hostes barbaros*. Recaredo no fue tan ofensivo como su padre en lo que se refiere a los territorios bizantinos y optó por presionar mediante tres acciones. En primer lugar, fortaleciendo el *limes* fronterizo; en segundo lugar, creando nuevos obispados próximos a la frontera bizantina; y en tercer lugar, solicitando la mediación del Papa Gregorio Magno en las disputas fronterizas entre godos y romano-orientales.

Los vascones también fueron otro quebradero de cabeza para Recaredo aunque sin generar graves problemas a la monarquía toledana. Es plausible que, tras la dura campaña que efectuó Leovigildo, los vascones volviesen al rico valle del Ebro en busca de un botín que en las montañas no podrían conseguir. Las razias de los vascones no conllevarían grandes pérdidas, puesto que Toledo no envió una poderosa fuerza de castigo y la respuesta militar que se ofreció San Isidoro la enmarca más bien en lo que serían ejercicios militares o maniobras de entrenamiento de los soldados.

En cuanto a la autoritaria política de su antecesor, Recaredo la suavizó. Así, San Isidoro alaba sus virtudes: apacible, sosegado, bondadoso o benevolente entre otras cuestiones, y su capacidad de ganarse a «*los malos*», aunque ya hemos visto cómo actuó con los rebeldes y opositores sin temblarle el pulso. Muchas de las confiscaciones efectuadas por su progenitor fueron devueltas a sus anteriores dueños y así múltiples bienes de la hacienda real retornaron a sus poseedores. Un claro gesto hacia la nobleza en busca de la concordia, el pacto y la alianza para el correcto funcionamiento del reino y el fortalecimiento de las redes clientelares y los

apoyos seguramente en pos de la futura sucesión. En el plano de la benevolencia económica también podemos incluir la exención de impuestos en varias ocasiones a favor de los súbditos del reino. Asimismo, tomó medidas para seguir mejorando la administración del reino y evitar desmanes. Todo esto nos hace pensar que los últimos años del reinado de Recaredo estuvieron marcados por un ambiente de paz y concordia, quitando los roces con bizantinos y vascones, tras años de guerra y actividad política, administrativa, legislativa y religiosa tanto suyos como especialmente de su padre. San Isidoro, en su especial predilección por el soberano católico, llega a señalar que distintos personajes del reino vieron incrementado su patrimonio gracias a Recaredo, que otros recibieron honores —suponemos que los más fieles—, e incluso los pobres recibieron donaciones para aliviar su necesidad. En la misma línea, y como es lógico tras su actitud y acciones, mantuvo muy buenas relaciones con el estamento eclesiástico, devolviendo los bienes que habían podido perder en época de Leovigildo además de fundando iglesias y monasterios y adecuando su correcto funcionamiento. Si bien se tiende a considerar que Recaredo continuó la política unitaria y mantuvo elementos muy importantes de su padre para el fortalecimiento monárquico, en verdad utilizó otro enfoque y abrió un nuevo camino para el reino.

En el año 601 moría en paz en la capital goda el católico rey Recaredo. Se abría así un nuevo escenario de sucesión para el trono toledano que, igual que había sucedido en el anterior proceso de sucesión, parece que en esta ocasión también resultó natural. El nuevo soberano pasó a ser el hijo de Recaredo y Baddo, Liuva II, de quien dice San Isidoro que era hijo de «madre innoble», algo que no debemos entender como una ofensa sino como un dato explicativo que certificaba que la reina Baddo no provenía de ninguna otra corte germana, ni que tampoco pertenecía a la aristocracia hispanogoda. Por consiguiente, bien podríamos considerar que la unión entre Recaredo y Baddo no fue un matrimonio de conveniencia y sí más bien de amor. La elección del nombre de Liuva para el hijo de Recaredo resulta cuanto menos significativa. El profesor García Moreno, en su citado espectacular discurso de entrada a la Real Academia de la Historia, recoge una teoría del historiador alemán K. Eckhardt que sostenía que entre los

godos se daba la repetición de un mismo nombre, especialmente el del abuelo paterno, «respondía a una atávica creencia religiosa de los germanos en la reencarnación de los grandes nombres. Por lo que estas repeticiones siempre habrían tenido que referirse a un antepasado ilustre, y nunca podían haberse dado antes de la muerte del primer portador del nombre». El académico considera que la postura de Eckhardt tiene dificultades para sostenerse, no obstante, sí aporta cuestiones de interés. A partir de aquí, y siguiendo la línea expuesta por el profesor García Moreno, podemos rastrear los antecesores de Leovigildo, dado que hay una «preponderancia del elemento Liub». Esto nos llevaría hasta Liuverit, uno de los gobernadores ostrogodos enviados por Teodorico el Grande a Hispania, quien podría ser el abuelo o el padre de Liuva I y de Leovigildo (cuya raíz onomástica también es *Liub-*), y formaría parte de aquellos nobles ostrogodos que no regresaron a Italia. La familia de dichos hermanos poseería fuertes vínculos con la Narbonense en base a la llegada de nobles ostrogodos a aquella provincia durante el gobierno de Teodorico el Grande, pudiendo ser éstos pertenecientes al linaje de los Amalos, lo que supondría, en palabras del académico: «La pertenencia del linaje de Leovigildo a la nobleza ostrogoda y greutunga, con algún grado de parentesco incluso con los Amalos, y sus fuertes raíces septimanas explican su conquista de la corona visigoda». Entendemos que, tal vez, nos hemos extendido en demasía con esta última cuestión, pero consideramos que los datos aportados por el profesor García Moreno permiten que el lector comprenda mejor la importancia de la obra leovigildiana y además, bajo nuestro punto de vista, nos lleva a reflexionar en el peso que tuvo a lo largo de toda la mitad del siglo VI el pasado ostrogodo de determinados personajes asociados al trono visigodo y el prestigio sempiterno del linaje de los Amalos.

---

12 Los investigadores Barroso Cabrera, Morín de Pablos y Sánchez Ramos tienen la teoría de que Argimundo sería suevo en base a una hipótesis onomástica y a que no es uno de los nobles que aparecen en las actas del III Concilio de Toledo y en consecuencia ya sería católico, como gran parte de la población sueva antes de la «arrianización» de Leovigildo. Así, el rebelde estaría vinculado tanto al linaje del monarca suevo Mirón como a la Gallaecia, de la que sería su dux

provincial gracias a ser uno de los nobles suevos que apoyaron la intervención de Leovigildo. El fin de su rebelión se encontraría en la recuperación del Reino Suevo perdido. Dejamos al lector que saque su propia conclusión a raíz de lo expuesto por los investigadores.



Pedro Sánchez Blanco, *Liuva II, rey de los visigodos*, 1855
(Colección Museo del Prado, Madrid).

Regresando a la figura de Liuva II, debió de ser poco más que un adolescente cuando comenzó a reinar y su juventud e inocencia pudieron ser lo que le costó el trono y la vida. A los dos años de hacerse rey, Witerico, un noble que ya vimos en Mérida desenmascarando la conjura contra el *dux* Claudio, volvió a hacer gala de su esencia de traidor y usurpó el poder. Aparte de perder el trono, el frustrado Liuva II también perdió la mano derecha por mandato de Witerico, evitándose así que pudiese empuñar la espada para reclamar su legitimidad en el trono. La crueldad de Witerico hacia Liuva II no acabó aquí, y al poco tiempo ejecutó al hijo de Recaredo, quien contaba con tan sólo 20 años.

Con la muerte de Liuva II se cerraba un círculo abierto por su tío abuelo Liuva I treinta y cinco años atrás aproximadamente. Cuatro miembros de una misma familia habían sido monarcas del Reino Visigodo de Toledo, sin embargo, los tintes dinásticos que parecía que adquiría la monarquía toledana fueron cortados de raíz en el año 603. Encontramos un paralelismo en la historia visigoda en el sentido de que se den varios miembros de una misma familia en el trono. Si nos remontamos a los tiempos del Reino Visigodo de Tolosa cuando Teodorico I ocupó el trono, éste fue sucedido posteriormente por sus hijos Turismundo, Teodorico II y Eurico, y seguidamente por su nieto Alarico II. Incluso haciendo un paréntesis con la regencia y gobierno de Teodorico el Grande, Amalarico también pertenecía al mismo clan familiar al ser biznieto de Teodorico I.

Así concluimos este capítulo tan cargado de esencia e identidad desde el punto de vista de nuestra Historia y que tanto nos permite reflexionar. En nuestro caso, no nos ruborizamos cuando consideramos el binomio Leovigildo-Recaredo a un nivel muy similar al de Carlos I-Felipe II en lo que se refiere al peso, importancia y simbolismo en nuestra Historia. Padre e hijo godos afianzaron un proyecto que en buena medida dio a luz a nuestro país, de ahí que hayamos utilizado la expresión «padres de la patria» con todo lo que ello conlleva, máxime hoy en día. Especialmente significativa resulta la conversión de Recaredo y la obra del III Concilio de Toledo porque, más allá de las actuales y legítimas creencias o no creencias de las mujeres y de los hombres de la España del siglo XXI, desde el año 589 España es católica, no sólo como una mera cuestión de fe o de «beatería

irracional» si se nos permite la expresión, sino como un sello identitario tanto de la monarquía española, llevado a su más alta expresión por Felipe II, y como un profundo rasgo insertado a nivel popular, cultural y en algunos casos espiritual de la sociedad española. Insistimos, a nivel histórico e identitario, sin que esto interfiera en las opiniones y creencias propias de cada español de la nueva era.

6.
La maquinaria del reino en marcha

El siglo VII fue el siglo de la lucha por el poder y la búsqueda del equilibrio entre monarquía, nobleza e Iglesia católica. Las dos segundas se convirtieron en el soporte de la primera y, en la mayoría de los casos, el tiempo que ocupó el rey de turno el trono toledano estuvo vinculado a sus relaciones con ambas. Esa maquinaria en marcha que hemos nombrado para este periodo del *Regnum Gothorum* veremos cómo funcionaba en determinadas cuestiones pero también fallaba en otras. Pros y contra que son fácilmente identificables.

Así, nos adentraremos en un periodo de unos cuarenta años en el que podemos destacar la figura de dos reyes —Sisebuto y Suintila—, encontrarnos con la consecución de la ansiada unidad territorial, y asistir a la celebración de un nuevo sínodo igualmente cargado de significación política.

¿Cuál será el principal problema? Pues seguramente estemos ante una de las fases históricas que tratamos en este libro sobre la que menos información nos ofrecen las fuentes históricas. Ante esta circunstancia, los historiadores seguimos contando con la luz que ofrece San Isidoro de Sevilla, a la que hay que sumar las actas de algunos concilios y los datos ofrecidos por algunas otras fuentes que vienen a cerrar el limitado abanico de información disponible.

En lo que concierne a los estudios actuales, seguiremos básicamente las mismas líneas y los mismos autores nombrados al principio del capítulo precedente, cuyos trabajos, amén de otros recogidos en la bibliografía, recomendamos encarecidamente.

La herencia de padre e hijo

A pesar de los esfuerzos de Leovigildo y Recaredo, su dinastía no llegó más allá del año 603, año en el que fallece Liuva II. Ni la política más cercana a la influyente nobleza, ni la conversión al catolicismo, ni las concesiones a la aristocracia laica y religiosa evitaron que la política sucesoria fuese un fracaso, un fiasco que no puede ser achacado a Liuva II —ya que apenas tuvo tiempo de demostrar sus dotes como gobernante e intentar emular a su padre y a su abuelo—, sino a la propia idiosincrasia del Reino Visigodo de Toledo. Y es que en el siglo VII asistimos a un auténtico juego de poderes que nos remite otra vez a nombrar cierta ficción televisiva. Witerico y los que vieron en él una buena baza —sin ellos el nuevo soberano no habría llegado al trono— vinieron a romper la partida planteada por Leovigildo y Recaredo. No obstante, y a pesar del asesinato de Liuva II, la herencia de los dos grandes reyes en forma de política y fe unitarias no se perdió.

San Isidoro, al hablar del inicio del reinado de Witerico en su *Historia Gothorum*, dejó bien clara la ilegalidad de su llegada al poder cuando dice «el reino, que había invadido en vida de aquél» haciendo referencia al hijo de Recaredo. Atendiendo a la escasa pero significativa biografía que se puede esbozar, el nuevo monarca visigodo sabía moverse entre bambalinas, era un buen conocedor de la política del reino y tenía buenos contactos entre la aristocracia. La delación en Mérida ante el duque Claudio —evitando que el complot del noble Segga y del obispo Sunna llegase a buen puerto— tuvo que colocarle en una buena posición dentro de la estructura del reino y permitirle ir haciéndose valedor del apoyo de distintos clanes nobiliarios mientras se mantenía fiel a Recaredo. Sin embargo, la propia crítica isidoriana no ensombrece el hecho de que fuera un destacado guerrero y conocedor del arte de las armas, hecho que también habría sido valorado por los grupos nobiliarios que le apoyaron. Aunque esta alabanza no estuvo acompañada de la correspondiente gran victoria que tal vez hubiese maquillado la forma cruel y violenta en la que accedió al trono. Ese gran triunfo debería haber sido la expulsión definitiva de los bizantinos y la desaparición de la provincia de *Spania*. Se enfrentó en varias ocasiones a los soldados del Imperio Romano de Oriente pero sólo consiguió como hecho reseñable la toma de *Sagontia* (Baños de Gigonza) en las proximidades de Medina Sidonia, haciendo prisioneros a un número

indeterminado de soldados imperiales. De estas acciones contra la frontera bizantina inferimos el interés de Witerico y del propio reino toledano desde hacía décadas en completar la reconquista del territorio bajo dominio de Constantinopla. Pese a los esfuerzos, Witerico no pudo conseguir este hecho glorioso que habría marcado su reinado y hecho pasar a la Historia como el soberano godo que completó la unificación peninsular. El Reino Visigodo de Toledo todavía tendría que esperar para conseguirlo.

Por otro lado, diversos autores consideran que Witerico pudo haber dirigido un ataque contra los astures dentro del escenario político-militar establecido para aquel territorio por parte del gobierno de Toledo en lo que serían protocolarias operaciones de control y castigo de determinadas poblaciones norteñas.

En lo que concierne a las habituales relaciones con los reinos franco-merovingios, Witerico trabajó activamente por unir a su familia con matrimonios de conveniencia política como habían hecho —o al menos intentado— alguno de sus predecesores. La premisa era buena, máxime pensando que unir matrimonialmente el reino de Borgoña —que ya sin Gontran ofrecía menos resistencia al buen entendimiento— al reino godo resultaría favorable para ambos. El rey franco de Borgoña Teodorico II pidió la mano de la hija de Witerico, la princesa Ermenberga, pero cuando la visigoda estaba en territorio franco y parecía que las nupcias iban a celebrarse, la reina Brunekhilda evitó que la unión se sellase instigando a su nieto contra la princesa visigoda, quien fue deshonrada y devuelta sin dote. Witerico, enfurecido, quiso llevar a cabo una acción de armas contra Borgoña mediante una alianza con los otros reinos francos y los longobardos, pero ésta no llegó a consumarse y Witerico no pudo saciar su sed de venganza ni recuperar la dote perdida.

Poco a poco los problemas fueron surgiendo dentro del reino y, a la postre, estas dificultades mal resueltas fueron las que acabaron lastrando el reinado de Witerico. Tenemos constancia de la persecución del *comes* Búlgar en la Septimania, noble que pagó muy cara su lealtad a Recaredo —y sobre todo a Liuva II— perdiendo su posición política y bienes además de ser perseguido, desterrado, encarcelado y sufrir múltiples calamidades. Empero, el conde Búlgar contaba con apoyos dentro de la Iglesia de la

Narbonense —de los que tenemos constancia gracias a la correspondencia conservada— y entre la aristocracia visigoda. Estos sustentos fueron los que harán que volvamos a encontrarnos a este destacado noble que supo sobreponerse a no pocas penas. Parece que los roces con el estamento eclesiástico también estuvieron presentes en el reinado de Witerico y el más relevante de éstos, aunque desconocemos la motivación, fue ni más ni menos que con Aurasio, obispo de la *urbs regia*. Insistimos en que no conocemos las razones para esta fricción, pero el profesor Orlandis señala que Aurasio se enfrentó al conde de Toledo, Froga (imaginamos que sería un personaje muy próximo al monarca, de ahí el enfrentamiento) por consentir que los judíos levantasen una sinagoga en la capital del reino.

No contamos con más datos de especial relevancia del reinado de Witerico, pero San Isidoro escribe que «hizo en vida muchas acciones ilícitas, y en la muerte, porque había matado con la espada, murió con la espada», lo que nos puede llevar a suponer que hubo más problemas internos que fueron complicando cada vez más el gobierno. Finalmente, en la primavera del año 610 el reinado y la vida de Witerico llegaron a su fin de una manera inesperada para él: durante un banquete y a manos de varios de los hombres que le habían apoyado en su usurpación. Witerico, que conocía bien el ambiente de las conjuras, irónicamente murió a causa de una de ellas. Por lo que señala San Isidoro, Witerico debió haber generado un gran malestar y fuerte oposición a su figura, pues no se explica de otra manera el hecho de que todo no acabó con su asesinato en el banquete, sino que su cadáver fue «vilmente arrastrado» —suponemos que por las calles de Toledo— antes de ser enterrado. Una escena que no se recoge para ningún otro rey visigodo que hubiera muerto de manera violenta fuera de combate e incluso en circunstancias parecidas a las del banquete, como fue el caso de Teudiselo.

El sucesor del fracasado Witerico fue Gundemaro, de quien no tenemos muchos datos. Es de suponer que fue un prohombre del reino y que ocupó el puesto de *dux* de alguna provincia, lo que le habría valido para contar con el apoyo de los nobles que querían acabar a toda costa con el reinado de su antecesor y virar así la política regia de cara a la Iglesia y nobleza. Sí conocemos el nombre de su esposa y a la sazón reina: Hildoara.

En la misma línea que el reinado anterior, nos volvemos a encontrar con una carencia informativa que, sumada al limitado tiempo que ocupó el trono Gundemaro, hace que nuestro conocimiento sobre el mismo sea muy limitado. De todas maneras, sí podemos adentrarnos en una serie de cuestiones que resultan de extrema importancia y que nos permiten ver tanto diferencias como semejanzas con el reinado de Witerico e incluso con el del resto de sus antecesores.

Para su análisis y conocimiento consideremos que podemos dividir el reinado de Gundemaro en dos partes asociadas pero diferenciadas. En la primera, de un marcado cariz militar, San Isidoro recoge dos campañas que casi podemos considerar ya protocolarias viendo lo sucedido en los reinados anteriores: pueblos rebeldes del norte peninsular y la cada vez más exigua provincia bizantina de *Spania*. Si el ejército visigodo atacó a los vascones, es de suponer con mucho fundamento que éstos volvieron a salir de sus territorios montañosos en busca de botín en el rico, próspero y siempre apetecible valle del Ebro. La operación de castigo volvería a llevar a recular a los vascones y a asumir su inferioridad militar con respecto al ejército godo sin que esto significase que sus clásicas razias iban a cesar. Resulta conveniente añadir que algunos de los más grandes especialistas opinan que Gundemaro igualmente efectuó movimientos militares en territorio astur en base a datos numismáticos. En cuanto al choque con los bizantinos, las noticias de las dificultades que atravesaba el Imperio Romano de Oriente tanto a nivel interno como externo y el objetivo firme de proseguir en la consecución de la unidad territorial, dio pie a otra expedición militar contra las posiciones imperiales. Desconocemos en qué punto de la provincia se produjo el ataque, pero San Isidoro habla de un sitio, por lo que podemos considerar que o bien alguna urbe bizantina pasó al control toledano, o bien se siguió presionando la cada vez más estrecha línea fronteriza.

Fuera de la península Ibérica, los problemas siguieron llegando desde la misma dirección que anteriormente. Otro conflicto con los francos estalló y en este escenario emergió la figura de un noble que ya hemos citado antes, el *comes* Búlgar, rehabilitado al final del reinado de Witerico y ascendido a la categoría de duque de la Narbonense por Gundemaro. El Reino Visigodo

de Toledo mantenía buenas relaciones con el reino franco de Austrasia gobernado por el soberano Teudeberto II. En este contexto, el borgoñón Teodorico II y la que bien ya podemos considerar «antigoticista» Brunekhilda preparaban un ataque contra Austrasia con el apoyo de los ávaros. Gundemaro, fiel a su aliado, ordenó al *dux* Búlgar que apoyase al reino amigo con una importante suma económica que el monarca había enviado. La tensión aumentó cuando los francos de Borgoña detuvieron a varios legados visigodos que se dirigían a Austrasia y la reacción por parte del gobierno de Toledo no se hizo esperar: el duque Búlgar invadió el territorio borgoñón, lanzando un duro ataque para recuperar los dos enclaves que Recaredo había cedido años atrás a su hermanastra Brunekhilda como muestra de buena voluntad.

La segunda parte del reinado de Gundemaro a tratar se centra en los dos sostenes del reino, Iglesia y nobleza. Indudablemente, el rey godo cambió la política de su antecesor cediendo ante dichos soportes, pero estabilizando así su gobierno. Sobre las relaciones con la Iglesia se percibe un entendimiento muy cordial reflejado en la siguiente acción. En octubre del año 610 se reunieron en la *urbs regia* Gundemaro y varios obispos procedentes de distintos lugares de la provincia de la Carthaginense. Esta provincia tenía dentro de sus límites a dos ciudades enfrentadas políticamente, Toledo, capital del reino, y Cartagena, la *Carthago Spartaria* bizantina capital de su provincia hispana. La meta del encuentro era ni más ni menos que establecer la urbe del Tajo como la sede del metropolitano de la provincia, justificando el hecho en su preeminencia religiosa desde antaño y dejando a la plaza bizantina de lado. Pero la jugada de Gundemaro no se circunscribía únicamente a dicha preeminencia, sino que su principal objetivo no sólo consistía en colocar a nivel de estructura eclesiástica su capital por encima de la imperial y a su obispo como el metropolitano, también buscaba deslegitimar la presencia imperial en la *Hispania Gothorum* en base a que la administración religiosa de toda Hispania correspondía a la Iglesia Hispania, directamente ligada a la monarquía germana. Para ello contó con el ilustre San Isidoro de Sevilla y otros obispos de todo el reino. Así, se promulgó el conocido como decreto de supremacía eclesiástica mediante el cual Toledo pasaba a ser la cabeza

eclesiástica de la Carthaginense en virtud de la presencia del metropolitano en perjuicio de Cartagena. Un paso más en la presión religiosa sobre la provincia bizantina como igualmente había sido la creación en zonas fronterizas de nuevos obispos durante los reinados anteriores. Por otro lado, la nobleza del reino recibió con buen agrado la política conciliadora de Gundemaro, y las fuentes no recogen las tensiones que podrían haberse heredado del abrupto final del reinado de su antecesor.

El infortunio vino al palacio toledano en forma de Parca. El gobierno de Gundemaro apenas llegó a los dos años. Antes de la llegada de la primavera del año 612 el rey godo falleció en Toledo por muerte natural, marchando a la otra orilla donde ya le esperaba su esposa y reina goda Hildoara. Y como muestra de la buena relación que Gundemaro mantuvo con la nobleza, bien nos parece que encajan las alabanzas y las penas que recogió en una epístola el duque Búlgar —cuya fidelidad hacia Gundemaro parece similar a la que el *dux* Claudio profesara hacia Recaredo— cuando la reina Hildoara murió y el rey Gundemaro probablemente buscó consuelo amigo. Es de reseñar que en esta carta se recogen las virtudes intelectuales, espirituales y físicas de Hildoara.



Mariano de la Roca y Delgado, *Sisebuto, rey de los visigodos*, 1854
(Colección del Museo del Prado, Madrid).

«Fue brillante en su palabra, docto en sus pensamientos y bastante instruido en conocimientos literarios. Fue notable por sus conocimientos bélicos y célebre por sus victorias».

Así define San Isidoro al nuevo rey visigodo, Sisebuto, quien debió suceder a Gundemaro con un fuerte consenso entre los clanes nobiliarios puesto que las fuentes no recogen la existencia de ningún conflicto o foco de oposición. Y es que la figura de Sisebuto en el año 612 poseería una fama destacada y un prestigio que le auparon al trono. Su gobierno vino a corroborar tales hechos porque, más allá de la laudatoria descripción de San Isidoro —unido por lazos de amistad y respeto al soberano—, bien podría decirse, sin ruborizarnos por ello, que nos encontramos ante el «monarca total», en el que todas las virtudes, en mayor o en menor medida, que se le presuponen a un rey, estaban presentes: política, milicia, intelectualidad y fe, entre otras, tuvieron cabida en la singular personalidad del godo. De hecho, en cuanto a la cuestión espiritual, a tenor de lo que nos transmiten las fuentes y la forma de actuar del *rex*, estaríamos ante uno de los soberanos de la famosa lista de reyes godos con más fuertes convicciones cristianas. Un católico total y absolutamente convencido que llamó a su hijo y futuro sucesor Recaredo, el mismo nombre que el autor de la conversión al catolicismo (sostenemos que Recaredo I debió de estar muy presente en la mente de Sisebuto y no fue una elección casual). Esta profunda fe católica derivó incluso en tal celo religioso, que acabó siendo censurado por el mismísimo San Isidoro. Como seguidamente veremos, aparte de continuar luchando por la ansiada unidad territorial, los judíos para Sisebuto rompían el sentido de unidad de fe establecido en el III Concilio de Toledo. San Isidoro escribe al respecto: «al comienzo de su reinado llevó por la fuerza a los judíos a la fe católica, mostrando en ello gran celo, pero no según la sabiduría; pues obligó por el poder a los que debió atraer por la razón de la fe». El metropolitano hispalense no vio con buenos ojos esta medida. Sin embargo, Sisebuto fue taxativo con sus directrices antijudías que, conviene señalarlo, iban en la línea de otras establecidas en distintos

reinos. El académico García Moreno justifica que las medidas del rey visigodo pudieron estar marcadas por la colaboración de los judíos en Oriente con los persas sasánidas, especialmente en la caída de la sagrada Jerusalén. Podemos considerar que desde el reinado de Sisebuto se comenzó a desarrollar una relación tormentosa entre el Reino Visigodo de Toledo y la comunidad judía hispana, generándose un problema que perduró hasta la caída del reino.

Acerca de la diplomacia y la política exterior, éstas siguieron centrándose en los tres focos habituales: reinos franco-merovingios, poblaciones irredentas del norte peninsular y los restos de la provincia bizantina.

En el tema franco, Sisebuto lo tuvo más fácil que sus antecesores, pues hubo un buen trato con el rey Clotario II. Este monarca merovingio volvió a reunir los distintos reinos francos, quedando él como único señor de los mismos. Esta circunstancia se vio favorecida por la desaparición física del rey borgoñón Teodorico II y especialmente por la famosa reina-abuela —y siempre dispuesta a la lucha contra los godos a pesar de ser goda— Brunekhilda. Ésta sufrió una terrible muerte, mayor si cabe que la de su hermana Galsvinta, que varias décadas atrás había sido asesinada por estrangulamiento en su cama tras quejarse amargamente de la vida libertina de su esposo Chilperico de Neustria. En el año 613 Brunekhilda, siendo ya una anciana, por orden del rey franco Clotario II fue severamente torturada, mostrada en público para sufrir mofas y vergüenzas, arrastrada por un caballo y, tal vez, también desmembrada. Sisebuto en uno de sus escritos se regodea de la cruel muerte de la reina enemiga.



Eugène Philastre, *Asesinato de la reina Galsvinta*, 1846 (Colección Museo Municipal de Soissons).

Las campañas norteñas resultan interesantes puesto que no fueron encabezadas por el *rex gothorum* sino que para cada una de ellas delegaba el liderazgo en dos hombres de confianza diestros en las artes castrenses. Una se centró en los astures, de quienes dice San Isidoro se habían rebelado. Esto quiere decir que los astures mantenían una existencia autónoma, pero sometidos a los límites geográficos marcados por Toledo, al control del *regnum* y seguramente al pago de tributos. En cuanto alguno de estos tres puntos no se cumplía por la oposición indígena, llegaba la oportuna campaña de castigo como la nombrada. Es conveniente señalar que, aunque las campañas hacia territorio astur se mantuvieron a lo largo de gran parte del siglo VII, las relaciones entre ambas partes fueron cada vez más intensas —especialmente a nivel aristocrático— al irse desarrollando asociaciones entre sus miembros por cuestiones de conveniencia política, territorial y económica. La campaña contra los astures fue encabeza por Rekhila —también conocido como Rechila o Riquila—, posiblemente un duque, quien no tuvo problemas en controlar el levantamiento. El segundo movimiento en el norte peninsular se focalizó en un pueblo enfrentado tanto a los visigodos como a los suevos y del que ya hemos hablado en anteriores páginas, nos referimos a los *rucones* (o *runcones*) que, aprovechando nuevamente la protección que les confería su posición entre montañas, se rebelaron al poder centralizador de Toledo. Sisebuto designó como cabeza de esta operación al general Suintila, quien igualmente sería un duque y un

personaje de mucho peso por acontecimientos ulteriores. Del mismo modo que Rekhila (o Riquila), Suintila tampoco sufrió ningún contratiempo para someter a los *rucones*.

Sobre la ya prolongada lucha contra la provincia bizantina de *Spania*, asistimos a un momento fundamental bajo el reinado de Sisebuto y es que el rey godo supo sacar beneficio de la difícil coyuntura que atravesaba el Imperio Romano de Oriente o Bizantino. El interesante gobierno del emperador Mauricio —recuerde el lector fue con él cuando llegó a la península Ibérica el *magister* Comenciolo con quien las murallas de *Carthago Spartaria* se fortalecieron—, fue abruptamente interrumpido en el año 602 por la rebelión del general Focas quien, a la postre, se convirtió en el nuevo emperador. En el año 610 Focas fue derrocado y ejecutado por Heraclio, que pasó a ocupar el trono imperial. Heraclio fue uno de los emperadores orientales que más tiempo estuvo en el poder. Le tocó atender varios y complejos frentes, entre ellos la larga y sangrienta guerra contra los persas sasánidas que generó que gran parte de los esfuerzos militares se concentrasen en esta contienda y no pudiese socorrer a sus posesiones del extremo occidental del Mediterráneo. Ante este panorama que vivía el Imperio, y a sabiendas de que resultaría muy difícil que Constantinopla pudiese enviar refuerzos, Sisebuto preparó una concienzuda campaña militar divida en dos partes para acabar de raíz con el «problema bizantino». Una buena muestra del interés del soberano germano por acabar con la provincia imperial es que él mismo y su general más destacado, Suintila, participaron activamente en las operaciones. El núcleo del primer ataque en el año 614 se concentró en la segunda ciudad más destacada de la provincia bizantina. La operación exigió una profunda labor logística porque Sisebuto combinó el ataque terrestre con el naval. El triunfo godo fue absoluto y el ataque debió de estar revestido de una profunda violencia —de lo que se deduce una feroz defensa realizada por las tropas imperiales —, ya que la arqueología constata un sobresaliente nivel de daños en este periodo. No sólo cayó Málaga, sino que otros muchos enclaves de sus proximidades pasaron definitivamente a manos godas. A colación de este enfrentamiento dice San Isidoro: «desde que el príncipe Sisebuto tomó el cetro del reino, alcanzaron tan alto grado de esplendor que llegan con la

presencia de sus armas no sólo a las tierras sino al propio mar, y el soldado romano sometido les sirve, y ve que les sirven tantos pueblos y la propia España». En el año 615 la extremadamente exigua provincia bizantina de *Spania* estaba vista para sentencia. Empero, Sisebuto frenó en seco el avance de sus tropas hacia los últimos núcleos levantinos y su capital. Las negociaciones se establecieron por carta entre el gobernador imperial Cesario y el monarca godo, entre los que además hubo de existir un cierto nivel de aprecio y respeto. El entendimiento entre ambas partes cristalizó con una embajada que contaba con representantes del Reino Visigodo de Toledo y de la provincia de *Spania* y que viajó hasta Constantinopla para que el emperador refrendase y validase el acuerdo. Heraclio, pensando más en el frente abierto con los persas sasánidas, asumió las pérdidas en la península Ibérica y la entrega de prisioneros, entre ellos algunos destacados como el obispo de *Mentesa*, Cecilio.

Llegados a este punto, el lector, al igual que ha hecho la comunidad historiográfica, se preguntará qué motivó el frenazo de Sisebuto y la pérdida de interés en acabar de una vez con la presencia imperial en Hispania y completar así la ansiada unidad territorial o unificación peninsular. Por nuestra parte, siempre hemos apostado por una misma interpretación que en una línea muy similar puede encontrarse en otros historiadores. La razón la encontraríamos en la propia esencia personal de Sisebuto. Partimos de la base de que vivió en primera persona los choques y vio, aparte del coste económico de la campaña, el terrible coste humano. Y esta última aseveración no es baladí, sino que queda reflejada en San Isidoro cuando habla de la clemencia de Sisebuto ejemplificada en el pago efectuado, hoy diríamos de su propio bolsillo, para liberar a muchos soldados imperiales que habían sido apresados por el *exercitus gothorum* y cuyo final iba a ser la esclavitud. Por otro lado, Sisebuto sabía que *Carthago Spartaria* no iba a rendirse y que Constantinopla, por muy difícil coyuntura que estuviese atravesando en varios frentes, no iba a renunciar a su perla hispana. Además, y volviendo a la cuestión personal del rey godo mezclada con el elemento espiritual, nos encontramos ante una persona de profundas convicciones católicas luchando contra soldados de fe católica mientras que un pagano como el persa sasánida Cosroes II somete la ciudad

sagrada de Jerusalén (en manos bizantinas) y se hace con algunas preciadas reliquias. Es más, si acudimos a los escritos que nos han llegado de Sisebuto, sabemos que éste sufre por las guerras y los derramamientos de sangre que se dan en su tiempo y por cómo actuará cuando llegue ante la presencia del Señor y Éste vea que él ha contribuido en demasía a todo ello. Para entender toda esta reflexión es definitorio no caer en el presentismo. Nos encontramos ante una época en la que sus protagonistas creían en Dios o en el ser o seres supremos vinculados a su religión y la visión de la trascendencia formaba parte de sus vidas, amén de que valores como el honor, la templanza o el deber no eran meros accesorios. Consecuentemente, ni podemos ni debemos dejar de lado la cuestión espiritual a la hora de analizar o de juzgar hechos pasados.

Para cerrar el reinado de Sisebuto es fundamental destacar las buenas relaciones que, en términos generales, éste mantuvo con la aristocracia hispanogoda y con la Iglesia, hecho que propició que durante su reinado no se constate ningún tipo de oposición. Su rotundo gobierno, los éxitos militares y su fe fueron claramente el sustento de su poder. Eso sí, su enérgica política y la asociación al trono de su hijo Recaredo pudieron generar reticencias entre determinados sectores nobiliarios. Asimismo, su profunda fe y apego a las cuestiones religiosas le llevó a tener algunas divergencias con el influyente San Isidoro —véase la citada cuestión judía —, con algunos obispos que según él habían podido relajar su compromiso (tenemos constancia del reproche hacia un obispo por su gusto por el teatro), y con la institución eclesiástica en general por actitudes intervencionistas que han sido tachadas de cesaropapistas pero emanadas de un sentimiento basado en ser el protector del reino y de la fe. Por último, dentro del celo religioso de Sisebuto pero también con el halo cultural que cubre su reinado, hay que dar importancia a un hecho al que en el siguiente capítulo volveremos: la inauguración en el año 618 de la basílica de Santa Leocadia en la capital del reino.



Tremis o triente de Sisebuto, ceca de Toledo. (Posible reproducción).

A principios del año 621 vino la muerte a encontrarse con Sisebuto. Según San Isidoro, el fallecimiento, que presuponemos aconteció en Toledo, sucedió de manera natural a causa de una enfermedad que le llevaría a una excesiva ingesta de medicación, algo que abre la puerta a un posible envenenamiento. Su hijo y sucesor, Recaredo II, apenas estuvo unos días dirigiendo las riendas del reino toledano porque murió al poco tiempo de empezar a hacerlo.

El siguiente monarca godo es conocido por el lector, puesto que los próceres del reino se fijaron en el noble que seguramente fuese la persona más idónea, el antiguo *dux* Suintila elevado ahora a la categoría de *rex gothorum* amparado además por sus éxitos militares. De Suintila, aparte de sus cualidades como militar, San Isidoro alaba una serie de virtudes que van asociadas a la «majestad real» tales como la fidelidad, la prudencia, el buen juicio, el hecho de anteponer el buen gobierno sobre el resto, y el altruismo, representado principalmente en la generosidad con los más desfavorecidos; llega a decir: «tanto, que mereció ser llamado no sólo príncipe de los pueblos, sino también el padre de los pobres». Con independencia del componente laudatorio de las palabras del religioso, éstas nos pueden llevar a intuir que Suintila pudo haber llevado a cabo distintas obras caritativas.

Con todo, si por algo resulta de especial relevancia el reinado de Suintila y ocupa un lugar muy significativo en la historia de España es debido a que, al fin, se consiguió la unificación peninsular. Una vez más, la coyuntura fue la adecuada para atacar la provincia bizantina de *Spania* a causa de los continuos frentes a los que debía atender el Imperio Romano de Oriente, cuya sueño justinianeo de la *renovatio imperii* había quedado ya

muy atrás. La campaña se abriría en el 623 y el ataque inicial, según la profesora Vallejo Girvés, partiría desde Valencia para ir avanzando hacia el sur hasta llegar a la capital de la provincia, donde se considera que se concentró la última resistencia. Finalmente Suintila tomó *Carthago Spartaria*, que tuvo que sufrir bastantes daños ya que tras el conflicto tardó en recuperar su esplendor. Los méritos del antaño duque se vieron sublimados al hacerse durante la campaña con dos destacados patricios, uno de ellos mediante la negociación y otro derrotado por las armas. En el año 625 llegó la ansiada unidad territorial, y para resumir la importancia de la victoria de Suintila, nuevamente volvemos a San Isidoro: «alcanzó por su feliz éxito la gloria de un triunfo superior a la de los demás reyes, ya que fue el primero que obtuvo el poder monárquico sobre toda la España peninsular, hecho que no se dio en ningún príncipe anterior». El círculo abierto por Leovigildo y seguido por otros reyes fue cerrado por Suintila.

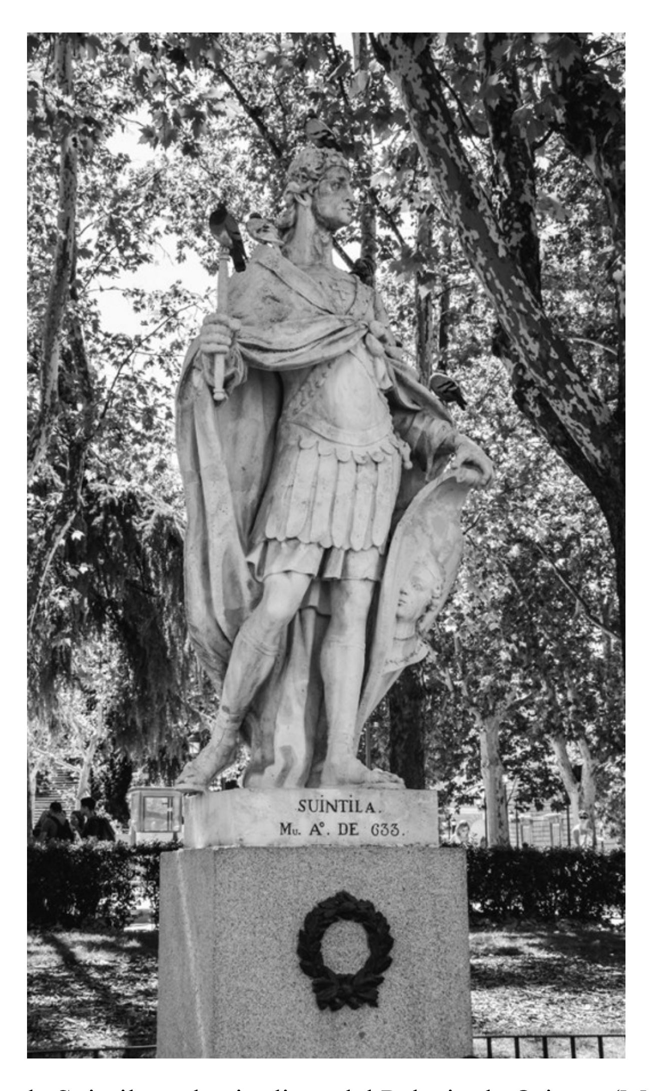
La victoria sobre los soldados imperiales fue el triunfo más destacado de Suintila pero no el único de su reinado. Antes de rendir a los bizantinos, tuvo que mirar al norte peninsular. Los vascones habían vuelto a dejar atrás sus montañas y a internarse en la Tarraconense para saquear todo a su paso. Suintila puso en marcha al ejército visigodo, que encabezó él mismo. No resultó necesaria la batalla. Al ver la llegada del poderoso ejército encabezado por el *rex gothorum*, los vascones depusieron las armas y suplicaron por sus vidas. Es de suponer que Suintila movilizó una potente y muy llamativa tropa para que el efecto psicológico resultase tan fuerte entre los siempre irredentos vascones. Suintila respetó sus vidas, pero a cambio los vascones rindieron obediencia al rey y al reino godos, prometiendo quedar bajo las disposiciones dictadas por el gobierno de Toledo: pago de tributos, entrega de rehenes y trabajar duramente para levantar la ciudad goda de *Ologicus*, que se identifica con la actual Olite.

El profesor García Moreno considera que a través de datos de carácter numismático, durante el reinado de Suintila también podría haberse dado algún movimiento militar por la zona como habría sucedido en los respectivos reinados de Gundemaro y Sisebuto, pero de poca importancia. En muchas ocasiones, las monedas visigodas de oro, trientes o tremises, eran acuñadas no en grandes ciudades como Toledo o Córdoba, sino en

puntos cercanos a campañas militares por cuestiones económicas y/o simbólicas.

Suintila debió de sentirse pleno de gozo y de poder e incluso seguro de los apoyos de la aristocracia hispanogoda y de la Iglesia para dar el paso de —siguiendo modelos anteriores como el caso de su antiguo rey Sisebuto— asociar a su hijo al trono. El primogénito era el joven Recimero, de quien San Isidoro considera que en el futuro tendría las mismas virtudes que su padre. Pero algo cambió, y puede que dicha asociación nuevamente no fuese bien vista por algunos grupos cercanos al poder, ya que la intervención de la nobleza en la elección real volvía a quedar relegada. Desgraciadamente, para los últimos años del reinado de Suintila no contamos con más datos de la *Historia Gothorum* de San Isidoro de Sevilla. Aquí concluye, con la predicción de futuro sobre Suintila y su hijo. Se tiende a considerar, y nosotros nos sumamos a esta corriente, que Suintila y su política de fortalecimiento real junto a la asociación al trono de su hijo fue percibida como un peligro para los intereses de la aristocracia del reino. Realmente, es algo similar a lo que había pasado en reinados anteriores y que ahora, tras un gobierno enérgico de Sisebuto y otro de Suintila, había que cortar pero sin esperar al momento más propicio que hubiese sido la sucesión. A finales del año 630 el Reino Visigodo de Toledo se vio azotado por una nueva rebelión nobiliaria en la Septimania goda o Narbonense, un lugar con fuerte presencia aristocrática y militar dada su situación fronteriza, liderada por un noble de nombre Sisenando que contaba con fuertes apoyos. No obstante, a pesar de contar con varias redes de apoyo, Sisenando necesitaba más fuerzas si quería derrocar a Suintila y, como en rebeliones anteriores —recuerde el lector el caso de Atanagildo llamando al Imperio Romano de Oriente—, se recurrió a un aliado extranjero, en este caso los francos. El rey franco Dagoberto vio una magnífica oportunidad de intervenir en los asuntos hispanogodos y de debilitar a su vecino sureño sacando asimismo un beneficio económico, ya que su ayuda no iba a ser gratis. El pago sería una de las piezas más preciadas, como así refieren las fuentes francas, del famoso tesoro real godo; el conocido *missorium*, una bandeja o fuente de oro de más de quinientas libras de peso que a mediados del siglo V Aecio había entregado a Turismundo. Desde Borgoña partió un

ejército comandado por dos generales de confianza del rey franco que junto a Sisenando y sus hombres entró en territorio peninsular. Ante la gravedad de la situación, Suintila partió encabezando el ejército real para encontrarse con Sisenando en Zaragoza. La situación era mucho más grave de lo que Suintila imaginaba. No sólo Sisenando se había rebelado, sino que la traición había germinado en muchos nobles del reino e incluso en su propia familia, como sucedió con su hermano Geila. Frente a Sisenando y los francos, Suintila fue abandonado. El legítimo rey visigodo no tuvo más remedio que rendirse y ver cómo el rebelde Sisenando era proclamado rey. Era el año 631.



Estatua de Suintila en los jardines del Palacio de Oriente (Madrid).

Este nuevo apartado se abre con una rebelión nobiliaria que derrocó al legítimo monarca y vendrá a cerrarse con otra rebelión nobiliaria para hacer honor a su título.

Cuando Sisenando alcanzó el poder, el ejército franco se retiró, aunque parece ser que la oposición de varios nobles evitó que fuese con el preciado *missorium* pero sí con una altísima cantidad económica. El nuevo *rex gothorum* no inició su reinado como otros reyes godos con una campaña contra poblaciones irredentas del norte. Dado que su acceso al trono había sido de manera ilegitima, necesitaba, valga la redundancia, legitimarse en el poder con el apoyo de nobleza e Iglesia. Para ello, la mejor fórmula era la convocatoria de un gran concilio nacional —habían pasado más de cuatro décadas del último— en el que Sisenando encontrase el soporte ideológico que necesitaba. Sin embargo, dos nuevas rebeliones, una de ellas de cierta magnitud, frenaron la celebración de tan ansiado sínodo. En primer lugar, en el año 632 nos encontramos con un personaje de nombre Iudila que llegó ni más ni menos que a proclamarse *rex*, hecho que conocemos gracias a dos tremises o trientes acuñados en Illiberris y Mérida. Esto quiere decir que Iudila contó al menos con apoyo en el sur de la provincia de la Bética y en la capital lusitana. ¿Cómo encajamos la rebelión de Iudila en el marco abierto por el derrocamiento de Suintila y la usurpación de Sisenando? El debate está abierto: ¿un aristócrata que apoyó la sublevación de Sisenando y quiso desmarcase posteriormente? ¿Un leal seguidor de Suintila? ¿Otra tercera opción? La cuestión es que un año después Sisenando había conseguido vencer al otro «*rex*» y dar por concluida la rebelión. El segundo foco opositor vino desde el mencionado hermano de Suintila, Geila, que se rebeló contra Sisenando sin que tampoco sepamos cómo enmarcar su posición, tal vez asociado a Iudila o puede que buscando el poder de manera independiente. La aventura de Geila fue muy breve y sus pretensiones fueron cortadas fácilmente por Sisenando.

Volviendo al IV Concilio de Toledo, celebrado a finales del año 633 en la basílica de Santa Leocadia, podemos afirmar que es considerado por

algunos de los grandes especialistas como una auténtica obra de institucionalización de la monarquía visigoda. Véase el caso del profesor Orlandis cuando sentencia que el canon 75 de dicho concilio se puede definir como «la ley constitucional de la Monarquía visigoda del siglo VII». Dos cuestiones claves se deducen de este concilio: la huella isidoriana y el aumento, más si cabe, de los intereses eclesiásticos y nobiliarios en el reino. Por otro lado, ya hemos señalado que Sisenando necesitaba legitimarse en el trono y por ello las palabras que se dirigieron en el sínodo hacia Suintila fueron muy duras, rebajándolo a un mero criminal. De esta manera, acabó perdiendo sus bienes y propiedades y fue desterrado junto a su familia. Recomendamos al lector interesado que acuda a la bibliografía para ampliar los datos referidos a este concilio. Hay que reseñar algunos temas de suma importancia que se trataron en el sínodo:

- La sacralidad de la figura del rey.
- El carácter electivo de la monarquía y la elección del nuevo soberano, en la que participarían en asamblea los grandes del reino tanto laicos como religiosos.
- El hecho de que el rey quedaba marcado por las leyes del reino y obligado a su acatamiento.
- La inviolabilidad del juramento de fidelidad hacia el rey y el respeto hacia el legítimo monarca y su trono. Resulta curiosa esta cuestión, ya que fue incumplida por muchos para derrocar a Suintila y aupar a Sisenando.
- El castigo contra los rebeldes, incluyendo a los religiosos.
- Y, como había sucedido con el III Concilio de Toledo —aunque el objetivo del concilio fuese uno en concreto—, las actuaciones fueron más amplias tocando en sus cánones cuestiones de carácter administrativo, judicial, legislativo, así como nuevas y actualizadas disposiciones de sentido eclesiástico, como por ejemplo el acceso al puesto de obispo, los esclavos de la Iglesia, normativas, características para determinadas celebraciones, fechas señaladas del calendario litúrgico o nuevas y duras leyes contra los judíos.

El IV Concilio de Toledo abrió una etapa de múltiples convocatorias conciliares que ha hecho que conozcamos a la séptima centuria como el «siglo de los concilios».

Después del cierre de este sínodo, se detecta un periodo de tranquilidad en la *Hispania Gothorum*. En marzo del año 636, en la sede regia llegaba a su fin la vida de Sisenando —unos días antes en Sevilla había fallecido el ilustre San Isidoro—, y se ponían a prueba los cánones del IV Concilio relacionados con la sucesión regia.

Los dos siguientes reinados, con los que vamos a cerrar este capítulo, podrían definir perfectamente el funcionamiento de la monarquía visigoda a lo largo del siglo VII y principios del VIII. Aun con la carencia de fuentes y los pocos datos con los que contamos, queda claro cómo la nobleza hispanogoda, dada ya la profunda fusión establecida entre godos e hispanorromanos, buscó condicionar el poder monárquico y defender sus intereses. Por este motivo, los *fideles regis* o magnates que se posicionaban cerca del rey de turno, influyeron para que si se daba un cambio abrupto de monarca, no perdiesen ni los bienes obtenidos a través de las temidas confiscaciones, ni cualquier otro beneficio logrado. Las relaciones de poder verdaderamente fluctuaban entre la nobleza y el rey, dependiendo del carácter del monarca y del tipo de gobierno más o menos enérgico o centralizador, actuando en muchos casos la Iglesia como fuente de equilibrio pero sin renunciar a sus privilegios y a su posición de sacralizadora e ideóloga de la monarquía a través de la religión.

A partir de lo establecido en el IV Concilio de Toledo se eligió como *rex gothorum* a Chintila, del cual pocos datos tenemos antes de que pasase a ocupar el trono. Puede dar la sensación de que fue una elección basada en que Chintila sería un noble que no iba a seguir los modelos planteados por Leovigildo, Recaredo, Sisebuto o Suintila y estaría mucho más próximo a la línea trazada por Sisenando. Esa ausencia de una política clara, rotunda, enérgica y sin vacilaciones transmite un reinado rodeado por la debilidad interna y las más que posibles intrigas palaciegas y conjuras políticas, sin llegar a mayores como en casos pasados. Así, la obvia necesidad del monarca llevó a la convocatoria de hasta dos concilios nacionales, celebrados al igual que el IV en la basílica de Santa Leocadia, en busca de

un bálsamo para garantizar la estabilidad del reino. Los respectivos cánones del V Concilio de Toledo del año 636 y del VI Concilio de Toledo del año 638, que contó con una mayor presencia de obispos de todo el reino que el anterior, se focalizaron —certificándose las restricciones sobre el poder monárquico— principalmente en:

- La cuestión sucesoria y las condiciones para ser rey (procedencia noble). —Las disposiciones contra aquellos que, habiendo sido declarados culpables, se habían marchado al extranjero y continuaban perjudicando al reino.
- La propia seguridad que debía acompañar al ocupante del trono, a su familia y a sus seguidores más próximos o *fideles* sin que la desaparición física del rey supusiese la pérdida de dicha protección ante una facción o clan rival.
- La defensa de los intereses, especialmente económicos, de la nobleza.
- Las habituales directrices antijudías, a petición del Papado, cada vez más duras y demás asuntos eclesiásticos.

Es factible considerar que, gracias a lo dispuesto en ambos sínodos y a la faceta equilibradora ejercida por los obispos entre los nobles y el rey para el correcto funcionamiento del reino, Chintila pudo morir de manera natural a finales del año 639 y que su hijo, Tulga, fue designado como sucesor. Sin embargo, Tulga no estaba preparado para dirigir un reino que en ese momento no contaba con enemigos exteriores: la provincia bizantina ya se había conquistado, los francos, salvo el apoyo a Sisenando, llevaban décadas sin generar contratiempos militares, y del otro foco habitual, las tribus norteñas, tras las campañas contra los astures y el duro castigo de Suintila sobre los vascones no se registran en estos años nuevas operaciones. Esto conllevaba que todos los enfrentamientos y focos de inestabilidad quedaban circunscritos a las luchas intestinas por el poder. Bajo estas premisas, la juventud y el carácter dócil no conformaban un currículum adecuado para tomar las riendas del reino. Tulga probablemente se encontraba haciendo frente a estos problemas internos en forma de

conjuras y movimientos de oposición que alcanzaron su cénit a mediados del año 642, cuando una potente rebelión liderada por un noble de nombre Chindasvinto acabó con su reinado.

Con la rebelión de Sisenando —que le llevó al trono— abríamos este último apartado del capítulo sexto, y con la rebelión de Chindasvinto —que también le convirtió en *rex gothorum*— cerramos este apartado y capítulo.

7.
El «otro» *Regnum Gothorum* de Toledo

Nos encontramos ante el que podemos considerar el capítulo más heterogéneo y ecléctico de este trabajo. Así, estarán presentes temáticas tan variadas como el simbolismo y el significado de Toledo como capital —cuya trascendencia ha empapado toda nuestra Historia—, o la cultura de la época que, a pesar de muchos tópicos, mostraremos al lector fue rica y profusa. Otra de las cuestiones que trataremos será la presencia en la sociedad hispanovisigoda de creencias y prácticas asociadas a la magia y a la hechicería y qué actitudes adoptó la Iglesia católica ante tales hechos. Todo ello, evidentemente, siguiendo el estilo marcado en esta obra, donde el rigor y la amenidad son la bandera que nos guía.

Teniendo presentes las características de este capítulo, en lugar de seguir los parámetros establecidos de señalar al inicio de cada capítulo las principales fuentes históricas para el estudio y conocimiento de lo contenido en el mismo, junto a los más relevantes especialistas que han trabajado profusamente la materia, optaremos por hacerlo en cada apartado de manera singular para facilitar la comprensión y el conocimiento de las referencias que hemos utilizado.

Esperamos que en las siguientes páginas el lector amplíe más si cabe su campo de visión sobre esta época y que incluya, dentro del desarrollo histórico de ésta, los temas que vamos a tratar, puesto que forman parte inexorable de su propio ser.

LA CIUDAD DE LOS REYES GODOS

No es posible hablar de visigodos y no hablar de Toledo[13] y viceversa, o al

menos así debería ser especialmente en la segunda parte de la sentencia expuesta, dado que en muchos casos parece que hoy en día, en la vieja capital, algunos de sus actuales moradores han olvidado o quieren hacer olvidar el que podemos considerar el periodo más importante de la historia de la urbe del Tajo y sin el cual absolutamente nada de todo lo que aconteció, acontece y acontecerá puede entenderse. Y tras este breve alegato pro «godo-toledano», nos sumergimos en un apartado focalizado en la *urbs regia*. Es conveniente señalar que no nos quedaremos exclusivamente en Toledo, sino que también hablaremos de su precedente en territorio galo, Tolosa, la francesa Toulouse, y nombraremos otras ciudades que igualmente jugaron un papel importante, bien en la configuración del reino toledano, bien en el modelo seguido por la capital hispana en su condición de sede regia.



Vista del actual Casco Antiguo de Toledo. Fotografía de Francisco García Cuenca.

La gran referencia en la Antigüedad en lo que concierne a una gran capital como centro político, ideológico, religioso e identitario fue, evidentemente, Roma. Sin embargo, con la llegada del Bajo Imperio y la posterior división en Occidente y Oriente, Constantinopla se convirtió en otro auténtico referente, especialmente para las monarquías germanas que surgieron en torno al Mediterráneo, sin olvidar el influjo —especialmente a nivel constructivo— de Rávena como sede de la corte del Imperio de Occidente durante el siglo V.

En el caso ostrogodo ya hemos visto que su capital fue la mencionada Rávena, una ciudad cuidada y mimada por Teodorico el Grande hasta las máximas posibilidades, sin que ello fuese en perjuicio de otras urbes que también jugarían un papel destacado en el entramado del reino ostrogodo

como fueron Milán, Pavía o, claro está, Roma.

Como ya vimos, Tolosa fue para los visigodos su primera gran capital, una urbe de cuyo pasado godo a día de hoy contamos con datos muy limitados. La profesora Jiménez Garnica ha planteado en algunos de sus trabajos un esbozo muy interesante de lo que era la Tolosa sede de los reyes godos. Así, contaba con poderosas defensas y desde principios del siglo v vio cómo su urbanismo varió y se modificó por las construcciones asociadas al cristianismo. Esta profesora apunta que recientes trabajos arqueológicos habrían podido dar con el palacio de los reyes tolosanos. Del mismo modo que sucedió con Toledo, Tolosa cumplía con una serie de requisitos para alcanzar la condición de sede regia y es que se encontraba ubicada en una posición ideal tanto para gestionar los dominios galos, como para avanzar en el control de Hispania. Además, contaba con las ventajas de estar ubicada junto al río Garona y disponía de unas infraestructuras adecuadas para cumplir con sus nuevas funciones políticas y administrativas. Lógicamente, su privilegiada posición dentro del reino aumentó su prestigio y es de suponer que, a pesar de mantener una magnífica herencia romana, se levantarían algunos nuevos edificios e infraestructuras en consonancia con su condición capitalina. Queremos destacar la importancia y el simbolismo del palacio porque, a través de los textos de Sidonio de Apolinar podemos saber, a expensas de que se permita seguir avanzando a la arqueología, que estaríamos ante un edificio de dimensiones considerables adecuado para que los reyes pudiesen ejercer correctamente sus funciones como atender los asuntos del reino o recibir a embajadores. En el palacio se encontraría una pieza fundamental de la identidad visigoda y de profunda significación, nos referimos al tesoro, al que seguidamente regresaremos, que contaba entre sus partes más llamativas y emblemáticas con varias piezas procedentes del templo de Jerusalén y saqueadas en Roma por Alarico I.

Por otro lado, otros elementos propios de Tolosa como sede regia eran el hecho de contar con una corte en la que la cultura estuviese presente y que el refinamiento y gustos suntuosos y decorativos romanos siguiesen vivos. Sin olvidar el desarrollo de algún tipo de celebración por los triunfos militares, como fue el cruento castigo sufrido por el rebelde Burdunelo en

época de Alarico II. Dentro del carácter especial que podemos asignar a Tolosa, encajaríamos un episodio que está en la línea y en el gusto por hechos sorprendentes y sobrenaturales del cronista Hidacio, y es que durante un día entero estuvo brotando sangre desde la mismísima tierra y regando la capital visigoda. No conocemos a ningún gran especialista que haya ofrecido una explicación plausible a este «prodigio», pero suponemos que, teniendo en cuenta que la información le llegaría a través de terceros, estaríamos ante un supuesto fenómeno «paranormal» con tintes apocalípticos… ¿tal vez presagiando el futuro final sangriento del Reino Visigodo de Tolosa?

Antes de pasar definitivamente a Toledo, aparte de Tolosa ciudades como Arlés, Carcasona y Narbona entre otras, y en Hispania plazas como Mérida, Tarragona o Zaragoza —donde en el año 504 se celebraron juegos de circo que bien podrían ser una exhibición de poder por parte de Alarico II— contaron con mucho peso en la configuración del reino tolosano hasta su destrucción.

Tras la experiencia tolosana llegamos al corazón de España, Toledo, donde los referentes como capital del reino resultan extremadamente claros: Rávena y el principal gran foco político, cultural, ideológico, urbanístico, etc., Constantinopla. Así, el desarrollo de Toledo como núcleo del *Regnum Gothorum* vino a establecer en cada extremo del mar Mediterráneo dos referentes capitalinos. Y es que podemos aseverar sin ruborizarnos y sin que pueda ser considerado un ataque de «chovinismo-toledanista», que desde el último tercio del siglo VI hasta principios del siglo VIII, después de Constantinopla, la urbe más esplendorosa, relevante e influyente fue, sin lugar a duda, Toledo. El modelo marcado por la capital del Imperio Romano de Oriente fue seguido por los reyes godos, especialmente por aquellos que propugnaron una política de corte imperializante, la *imitatio imperii*, que también puede verse reflejada en las construcciones levantadas en Toledo, ya que no hablamos de meros edificios con finalidad práctica, sino que recogen todo un programa ideológico y un claro simbolismo tanto político como religioso. En definitiva, no podemos entender el Toledo visigodo sin la herencia romana y sin el espejo que era Constantinopla. A partir de aquí, y con la base de las buenas infraestructuras y edificaciones de época

romana, se desarrollaría la *urbs regia* desde el reinado del arquitecto del Reino Visigodo de Toledo, Leovigildo. La condición de capital del *regnum* llevó aparejada la necesidad de levantar nuevos edificios que fuesen en consonancia con las características de dicha condición y con las necesidades inherentes a su posición: edificios de carácter político como el palacio, de carácter religioso como algunas basílicas a las que ahora nos referiremos, otros de función civil, espacios de enterramientos privilegiados y no privilegiados próximos a determinadas edificaciones de culto, etc. Como apunta el académico Jesús Carrobles, «se convirtió en la capital del único reino capaz de emular al Imperio de Oriente desde Occidente».

Si visitamos actualmente Toledo, siendo sinceros y dejando de lado nuestro reconocido apasionamiento, las huellas a nivel material de aquel pasado godo resultan limitadas. Eso sí *a priori*, pues en el espacio conocido como Vega Baja encontraríamos mucho de lo que fue aquella fastuosa *urbs regia*. El diseño de la vieja capital de los reyes godos difiere bastante de lo que podemos ver hoy en día en la capital castellana. La urbe visigoda no se circunscribía únicamente al actual Casco Antiguo, donde había edificios fundamentales como la basílica de Santa María, emplazada en la actual catedral y de especial y simbólica relevancia durante el proceso de conversión propugnado por Recaredo. En la Vega Baja, e incluso más allá de río Tajo, se encontraban edificios que no sólo forman parte de la esencia toledana, sino también de la esencia española. Por esta razón, esperamos que los magníficos trabajos arqueológicos que se llevaron a cabo tiempo atrás por destacados profesionales como Juan Manuel Rojas vuelvan a ponerse en marcha en pos de recuperar un legado que forma parte de nosotros mismos y que supondría para Toledo, España y Europa contar con un yacimiento arqueológico y un espacio paisajístico de primer orden a nivel mundial.

El palacio de los reyes godos de Toledo tuvo que ser un edificio de dimensiones considerables con estancias múltiples y ricamente decorado. Asimismo, en ese *suburbium* toledano allende de las actuales murallas, aparte del conjunto palatino levantado plausiblemente en época de Leovigildo y ampliado sustancialmente por sus sucesores siguiendo el modelo bizantino, se hallaba la basílica de Santa Leocadia, ubicada

tradicionalmente en la iglesia del Cristo de la Vega y en cuyo interior, como ya hemos visto, tuvieron lugar varios concilios. Dentro de lo que ahora es la Vega Baja, igualmente se encontraba otro edificio de esencia áulica y de gran importancia: la basílica pretoriense de los Santos Pedro y Pablo, de clara inspiración bizantina y con consideración de basílica palatina —por lo que estaría asociada al propio palacio— y donde también se realizaron varios concilios. De hecho, se ha considerado que las dimensiones de estas dos basílicas serían mayores que la de Santa María, catedral pero de menor tamaño y un tanto «encorsetada» por las características del peñón toledano, de ahí que, es de suponer, el espacio ofrecido por las basílicas de Santa Leocadia o de los Santos Pedro y Pablo junto con el amplio y llano espacio de la Vega Baja fuesen más acordes para la celebración de los grandes concilios nacionales del siglo VII.

---

13 Consideramos que el estudio, análisis y divulgación de Toledo como capital visigoda resulta un tema profundo y más extenso de lo que aquí podemos ofrecer por las características de este trabajo. De esta manera, y como hemos hecho con otras cuestiones a lo largo del libro, recomendamos al lector interesado en ampliar información, datos y reflexiones que acuda a la bibliografía expuesta al final del texto.



Vista de la Vega Baja toledana.

Otro de los elementos que certifican el extremo valor de la Vega Baja toledana y que va acorde con la ubicación del palacio y de la basílica pretoriense de los Santos Pedro y Pablo en dicho lugar es que el ceremonial de partida del ejército no podía separarse del ritual desarrollado en dicha basílica y asimismo requería un espacio abierto y adaptado ex profeso para reunir a una elevada cantidad de hombres. Del mismo modo sucedía con el ceremonial del triunfo, el cual además estaba inexorablemente vinculado a la *urbs regia*, pues como señala el profesor Javier Arce, «De la misma manera que el triunfo romano sólo se podía celebrar en la capital, en la Urbs, en Roma […] Toledo es, a partir de Leovigildo, la capital en la que se celebran los triunfos de los reyes visigodos».

Por otro lado, la capitalidad de Toledo hizo que fuera de la urbe pero en sus alrededores aflorasen enclaves relacionados con la monarquía y la Iglesia de especial significación. Nos referimos al monasterio Agaliense y, primordialmente, a varios puntos ubicados en la comarca de los Montes de Toledo. Tres ejemplos paradigmáticos de esa especial concentración de enclaves en esta comarca castellana son Santa María de Melque, el yacimiento arqueológico de Guarrazar (Guadamur) y el yacimiento de Los Hitos (Arisgotas-Orgaz)[14].

Para completar este esbozo que estamos ofreciendo sobre la *urbs* o *civitas regia* y siguiendo nuestro especial interés por las cuestiones

simbólicas, en Toledo se localizaban los tesoros religiosos y los vinculados a la realeza goda más destacados. Así, el archifamoso tesoro godo, que tantos escritos y leyendas ha generado, fue claramente el más sobresaliente de todas las monarquías germanas. Un tesoro que no sólo estaba conformado por joyas o riquezas monetarias, sino también por vestimentas de lujo y textos de interés para el reino. Había piezas de tanto calado como la mesa del rey Salomón, cuya presencia en Toledo supera las leyendas que forman parte de la urbe del Tajo y se confirma como una realidad histórica. Dice Procopio: «(…) el tesoro real, del que Alarico el Mayor se había apoderado en tiempos pretéritos como botín de guerra tras la conquista de Roma. Entre estas posesiones estaban también los tesoros de Salomón, el rey de los hebreos, que eran extraordinariamente dignos de verse. La mayoría de las piezas estaban adornadas con esmeraldas, y estas joyas eran precisamente las que los romanos se habían llevado de Jerusalén en tiempos antiguos». Pero el gran tesoro real godo fue creciendo desde la estancia en Italia, donde adquirió su valor simbólico y de prestigio claves en la configuración de la institución monárquica y el poder regio, y se le fueron añadiendo más elementos de valor a través de las victorias militares y de los regalos diplomáticos como el mencionado *missorium*. La profesora Valverde Castro evidencia en qué se convirtió el tesoro real visigodo: «la garantía y el símbolo material por excelencia de la autoridad soberana». Los reinados que más pudieron acrecentar el tesoro fueron los de Leovigildo —gracias a sus triunfantes campañas, sobre todo conquistando el *Regnum Suevorum*—, con los éxitos de Recaredo frente a los francos y con las conquistas de Sisebuto y Suintila frente a los bizantinos. En definitiva, el valor simbólico, más allá del monetario que sería extremadamente elevado, lo ha definido de manera precisa el profesor Arce cuando considera que el desarrollo de los hechos «sitúan el *thesaurus* del *regnum gothorum* en el centro mismo de su historia y de su identidad […] Sin *thesaurus* no hay *regnum* porque el *thesaurus* es la *gens* y su memoria colectiva». Nosotros damos un paso más y consideramos que, aparte de sin tesoro, sin monarquía, catolicismo, ejército y Toledo, no podía haber reino visigodo.

El legado del Toledo Visigodo tiene un trasfondo histórico que, insistimos, recorre toda la Edad Media y la Moderna, de ahí que los

toledanos de los siglos XVI y XVII reivindicasen que su ciudad debía seguir siendo la cabeza política de España y el Imperio. Su pasado de *urbs regia* de los reyes godos certificaba su legitimidad ante cualquier otra ciudad. Sin embargo, las vicisitudes políticas hicieron que perdiese su autoridad política pero sí mantuviese su supremacía eclesiástica.

Por último, la remarcada importancia de Toledo no ensombreció que otras ciudades tuviesen una preciada cuota de protagonismo en el reino y fuesen fundamentales en la administración del mismo. Véanse los casos de Mérida, Córdoba, Sevilla, Braga, Tarragona o Narbona entre otras muchísimas más. Durante la época visigoda las ciudades no quedaron relegadas a un segundo plano o vivieron un momento de crisis, más bien al contrario. Los núcleos urbanos fueron los centros de poder, control y administración tanto a nivel político como a nivel religioso, y siguieron un desarrollo y una transformación que provocaron que progresivamente se fuese dejando atrás el concepto romano de ciudad para adentrarse en el medieval, muy marcado éste por el estamento eclesiástico.

---

14 Recomendamos al lector que visite los tres lugares. En el caso de los dos yacimientos, en Guarrazar, lugar en el que se encontró el famoso tesoro con sus correspondientes coronas y en el que se levantaría un complejo directamente relacionado con la monarquía, los trabajos son dirigidos por Juan Manuel Rojas, y en Los Hitos, donde estaríamos ante un poderoso conjunto palatino de los siglos VI-VII, los trabajos son dirigidos por Jorge Morín. Desde ambos espacios arqueológicos se están aportando hoy en día sorprendentes informaciones que vienen a aseverar que nos encontramos ante una parte fascinante de nuestra Historia de la que, además, podemos disfrutar *in situ*.

La cultura está viva

Si preguntásemos al público en general qué opinión tienen en términos generales sobre el estado de la cultura a lo largo de este periodo, es factible que las respuestas se orientasen hacia posiciones más bien oscuras y sombrías derivadas de los canales de transmisión habituales impregnados en muchos casos de lo que podríamos llamar, si se nos permite, el «topicazo godo» en un sentido despectivo. Y es que vernos entre la magnificencia cultural del Imperio Romano y la exoticidad del saber proveniente del ámbito musulmán parece que obnubila nuestro criterio, generándose así un supuesto vacío cultural de unos tres siglos. Pues bien, sabemos que la realidad histórica no es así, la verdad prevalece, máxime si hablamos de cultura e identidad.



Bartolomé Esteban Murillo, *San Isidoro de Sevilla*, 1655
(Colección catedral de Sevilla).

Consideramos que la valoración de la cultura en la *Hispania Gothorum* hay que hacerla a dos niveles:

- El peso específico de la cultura en el propio momento histórico en el que se desarrolla.
- El legado cultural, en el amplio sentido del término, que ha dejado

la época goda a lo largo de los siglos y su perdurabilidad.

En ambos niveles la evaluación o nota final es alta y, tal vez bajo nuestro punto de vista, de sobresaliente en el segundo de ellos.

Como ha sucedido en otros apartados, nos resulta complicado en esta ocasión sintetizar la cuestión cultural, por lo que simplemente trazaremos un perfil que sirva al lector para dar un salto si desea ir más allá a través de la bibliografía.

Los principales focos de irradiación cultural, aunque no los únicos, provienen del estamento eclesiástico. San Leandro de Sevilla, Juan de Bíclaro, San Braulio de Zaragoza, Tajón de Zaragoza, San Fructuoso de Braga, San Valerio del Bierzo, el núcleo conformado por los obispos toledanos como, por ejemplo, San Eugenio, San Ildefonso y San Julián son algunos magníficos ejemplos de quienes, además, mantuvieron contacto con sabios de otros reinos. No obstante y por encima de todos, sobresale la figura del que para nosotros es, sin lugar a la duda, el faro intelectual de Occidente a lo largo de gran parte de la Alta Edad Medida. Nos referimos, por supuesto, a San Isidoro de Sevilla, cuya obra e influjo forjaron lo que en muchos ámbitos historiográficos se considera el *renacimiento isidoriano*, el cual generó tal fama e impronta que trascendió las fronteras del Reino Visigodo de Toledo. De todos estos religiosos y autores, y de otros que no hemos citado por cuestiones de espacio, destacan las obras —siempre escritas en latín— de contenido religioso tales como biografías de santos y de otros personajes religiosos, obras litúrgicas, reglas monásticas, escritos pastorales y sobre la defensa de la fe, etc., aunque también podemos encontramos con crónicas u obras de contenido histórico, poemas, tratados sobre astronomía, etc. Si nos quedamos con la amplia producción bibliográfica de San Isidoro, destacaríamos tres obras:

- *Historia de Godos, Vándalos y Suevos* que, como el propio título indica y como hemos venido señalando a lo largo de este trabajo, es un escrito fundamental para conocer a estos tres pueblos.
- *Sentencias*. Obra compuesta por tres libros a principios de la segunda década del siglo VII y que ha sido definida por el profesor

Roca Meliá como «un manual dogmático, moral y ascético». El valor de las *Sentencias* isidoriana radica en que podemos desgranar el pensamiento de su autor y sus consideraciones acerca de la fe, la política, el recto comportamiento, etc.

- *Etimologías*. Estaríamos ante una obra total en el sentido de que, siguiendo un estilo enciclopédico, recoge gran parte del saber a través de la propia etimología de cada palabra tocando una amplia variedad temática: gramática, matemáticas, medicina, derecho, religión, geografía, milicia, animales, arquitectura, piedras, metales, juegos, vestimenta, etc. Algunos detractores opinan que el trabajo de San Isidoro sería arduo pero específicamente de recopilador de los saberes grecolatinos. Desde nuestra posición, y asumiendo el carácter recopilador, su rigor y su carácter científico aderezados con algunos mitos, leyendas y tradiciones para ofrecer curiosas explicaciones convierten a las *Etimologías* no sólo en una obra fundamental del Reino Visigodo de Toledo, sino de toda la cultura española, siendo un vector de la cultura antigua hacia los siglos medievales, en los que fue una obra de absoluta referencia.

La Iglesia católica se preocupó por que sus miembros tuviesen un adecuado nivel intelectual y cultural y trabajó para que éstos contasen con una formación acorde a la función que debían desempeñar. Se consideraba impropio que incluso un humilde y simple párroco rural no supiese leer y escribir de manera adecuada. Pero ¿qué sucedía con los laicos? ¿Leer, escribir y preocuparse por temas más elevados como la astronomía, la religión y/o la política llegando a elaborar escritos sobre los mismos sólo era propio de religiosos? La respuesta es no, aunque hay que reconocer que los casos que conocemos son limitados pero sí muy llamativos. El paradigma de personaje laico amante de la cultura es el *rex gothorum* Sisebuto. Uno de los monarcas de mayor calado intelectual de toda nuestra Historia. En ese interés por la cultura y la erudición del soberano jugó un papel determinante San Isidoro, no en vano le dedicó alguna de sus obras. Sisebuto no sólo promovió la cultura, sino que también protagonizó episodios culturales como la redacción de algunos textos. La astronomía

debía maravillar al monarca, de ese anhelo provendría el que incitase al prelado para que escribiese el *De natura rerum* o *Liber rotarum*, y que una vez leída esta obra el soberano respondiese con una composición en la que intentaba explicar los eclipses. Conjuntamente, pero del celo religioso del soberano, nació su *Vida y Pasión de San Desiderio*. En lo que a laicos con inspiración cultural se refiere debemos recordar al lector otro personaje de principios del siglo VII, el conde Búlgar, y no sólo por el hecho de que se cartease con distintos obispos o destacados personajes políticos como el rey Gundemaro, sino por el contenido de sus misivas como reflejan las laudatorias palabras dirigidas hacia la virtuosa figura de la reina Hildoara a su muerte.

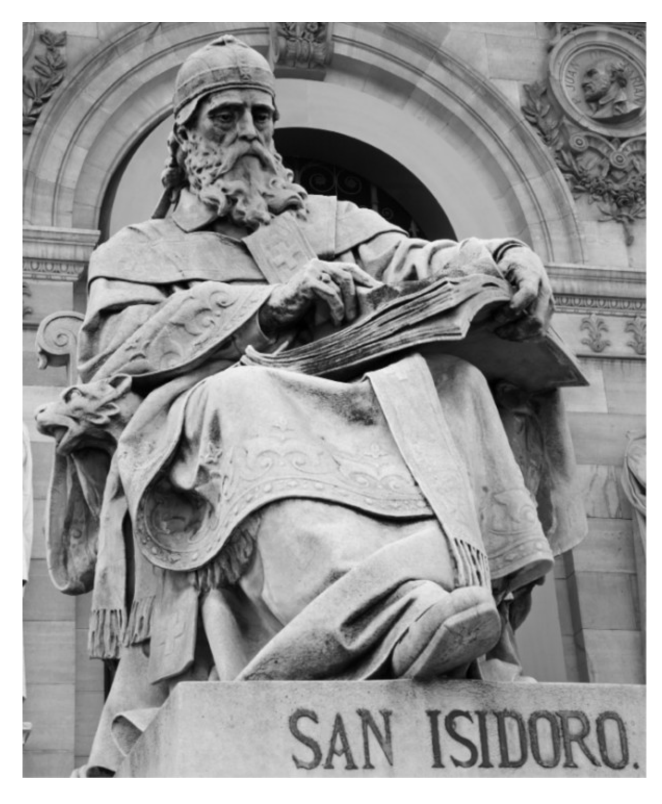
Por otro lado resulta indudable que aquellos funcionarios del reino encargados de la redacción de las leyes, de aplicar la administración, de elaborar copias de textos y de servir como legados en cortes extranjeras, aparte de leer y escribir poseerían conocimientos de mayor índole principalmente vinculados a sus funciones. Sin embargo, independientemente de este panorama el índice de analfabetismo en la sociedad visigoda era notable, y el acceso a la cultura y a los conocimientos —como sucedió a lo largo de gran parte de la Edad Media— resultó un privilegio al alcance de sólo unos pocos, como era propio en una sociedad desigual. Los principales centros de cultura y del saber, de nuevo, estaban asociados al estamento eclesiástico: complejos episcopales, escuelas catedralicias y monasterios. Allí las bibliotecas, que contarían con *scriptoria* para realizar las tan queridas y demandadas copias, eran como salas del tesoro por el valor de su contenido y en ellas había obras de autores clásicos latinos, siendo mayoría la de autores ya cristianos. Otros centros pero de menor escala en cuanto a la cantidad de sus enseñanzas eran las escuelas rurales. Volviendo a las bibliotecas, sabemos que existían fuera del ámbito religioso y que muchos nobles eran gustosos de tener un fondo bibliográfico particular, y es de suponer que en el palacio real de Toledo bien pudiera existir una exquisita biblioteca. De hecho, la corte toledana fue uno de los grandes focos culturales del reino y, a pesar de los limitados datos con los que contamos, nos cuesta mucho no creer que en tiempos de, por ejemplo, Leovigildo o de Recaredo no se imitase la corte de Rávena de

Teodorico el Grande y que la cultura y la épica no formasen parte cotidiana del palacio toledano. Para cerrar el asunto de las bibliotecas, otras reseñables serían las de los monasterios Servitano (Ercávica-Cuenca), gracias a la llegada en el siglo VI de monjes norteafricanos que trajeron una cuantiosa biblioteca con ellos, y Agaliense (Toledo) además de las episcopales de Zaragoza y Sevilla.

Si cogemos perspectiva, da la sensación de que la mayoría de los reyes visigodos, dejando a un lado el caso «extremo» y positivo de Sisebuto, eran personas cultas, así como muchos nobles, y sabemos que múltiples familias de la aristocracia se preocuparon por que sus jóvenes recibiesen una educación y formación adecuadas. Algunos religiosos recibían encargos de carácter educativo en los que se les encomendaba la labor formativa de los jóvenes y es factible pensar que los jóvenes más privilegiados, masculinos y femeninos, tuviesen en la corte, pero también en las grandes ciudades del reino, puntos para conocer la cultura y los saberes de la época, aparte de adquirir las destrezas correspondientes y los comportamientos adecuados según su sexo en el marco de la época; en el caso de los jóvenes varones nos referimos a los ejercicios militares. En este contexto es donde encaja una fuente fundamental: el *Institutionum Disciplinae*, definido como un tratado de contenido educacional y pedagógico orientado a los jóvenes nobles. La obra resulta sorprendente porque cubre todo el espectro de edad en el que el individuo debe formarse y qué tipo de conocimientos y costumbres debe recibir y seguir, que son muchos y variados. La formación comienza desde la más tierna infancia con las primeras letras, la pronunciación correcta y el significado de las palabras. A ello se le van sumando el canto dando especial relevancia a los *carmina maiorum* —que dan a entender la existencia de una poesía épica de tradición oral (otro elemento más a añadir al catálogo cultural del periodo godo) —, la recitación, la dialéctica, las buenas costumbres y el saber estar que siempre pueden ser corregidos con el trabajo constante. Al llegar a la juventud no sólo se ejercitaría la mente, sino también el cuerpo como es debido. El siguiente paso ya estaría totalmente encaminado a la milicia a través de la equitación, el manejo de las armas, las luchas con los compañeros con el fin de fraternizar y la caza. Esta formación castrense no sólo se centraba en

tierra, también en la mar aprendiendo a navegar. Llegados a este punto, el joven ya habría alcanzado la madurez y adquirido las cuatro virtudes. Pero hay más: religión, derecho, filosofía, medicina, música, geometría, astrología asociada a la astronomía no a la pseudociencia…Y, por supuesto, también hay espacio para todo aquello que el joven noble no debía hacer como tomar actitudes eróticas, vergonzosas o bufonescas. La pereza, la opulencia y la indolencia debían ser cuestiones a evitar. Si se cumplía con lo expuesto, el objetivo era claro: «podrá acceder a la dignidad del poder». En lo que se refiere a la autoría del *Institutionum Disciplinae*, tradicionalmente se ha considerado que fue obra del mismísimo San Isidoro, aunque algunos expertos lo niegan e incluso dudan de la «goticidad» del texto. Por nuestra parte, nos posicionamos en el espectro que sigue gran parte de la corriente historiográfica que, dejando a un lado la autoría del sabio hispalense, la obra sí pertenecería a su escuela y fue compuesta en época visigoda. Para aseverar su cronología, tomamos las contundentes palabras de la profesora Sánchez Prieto: «es precisamente la asociación Dios-patria la que debería ponernos aún más en la pista de un origen visigodo, entendida como pertenencia a una misma comunidad con una misma religión, un mismo rey, una misma tierra y un mismo ejército que garantiza su integridad».

En esta época se valoraba mucho el documento escrito. Esto resulta un hecho decididamente empírico. Se daba mucho valor al soporte en el cual se escribía, el pergamino —el papiro era muy escaso—, y en ausencia de éste se llegaron a utilizar en el medio rural trozos de pizarra para recoger contratos, disputas, textos religiosos o ejercicios relacionados con el estudio de las primeras letras. La cultura escrita resultaba esencial, a pesar de sus limitaciones, porque sin ella no podía ni puede funcionar un estado, y sin ella no se pueden dejar testimonios de diversa índole que perduren durante siglos como sucede con la epigrafía que encontramos en tumbas o en iglesias.



Estatua de San Isidoro de Sevilla en la Biblioteca Nacional (Madrid).

También nos encontramos en un periodo donde la música es muy apreciada, y no sólo porque conozcamos el canto litúrgico visigótico, sino porque las palabras de San Isidoro en las *Etimologías* acerca de la música resultan clarificadoras: «ninguna disciplina puede ser perfecta sin la música; sin ella nada existe. Se afirma que el mundo mismo fue compuesto de acuerdo con una cierta armonía de sonidos». Así, podemos decir que la cultura no sólo era literaria, sino igualmente musical.

Por último, y dado que estamos alejados de postulados positivistas y materialistas, consideramos que cualquier tipo de creación fuera de nuestra concepción actual no era meramente práctica, sino que encerraba algo más, en este caso un profundo cariz espiritual y doctrinal con formas arquitectónicas y orfebres, por ende, también artísticas y culturales. Por eso las iglesias de San Juan de Baños (Palencia), San Pedro de la Nave (Zamora), Quintanilla de las Viñas (Burgos), San Pedro de la Mata (Toledo) y la citada Santa María de Melque (Toledo), así como las llamativas obras de orfebrería —siendo el nombrado Tesoro de Guarrazar y las fíbulas

aquiliformes de Alovera sus máximos exponentes— son mucho más que un mero legado del Reino Visigodo de Toledo. Al igual que el resto de cuestiones expuestas en este apartado, son correas de transmisión del ser y del sentir de esta época con sus luces y sombras.

Magia, hechicería, idolatría y culto a la naturaleza

«Y así esta vanidad de las artes mágicas, emanada de los ángeles perversos, estuvo vigente durante muchos siglos en todo el orbe de la tierra […]. Magos son aquellos a quienes la gente suele dar el nombre de «maléficos» por la magnitud de sus crímenes. Ellos perturban los elementos, enajenan la mente de los hombres y, sin veneno alguno, provocan la muerte simplemente con la violencia emanada de sus sortilegios». Con estas singulares palabras recogidas en sus *Etimologías* se refiere San Isidoro a la magia y a los magos. Como el lector podrá suponer, las informaciones y los datos con los que contamos para conocer esta temática provienen directamente de sus opositores y perseguidores (desconociendo lógicamente las prácticas privadas), por consiguiente, están marcados por una visión despectiva pero que no resta interés y curiosidad para conocer qué hay de realidad en todo ello. Una buena muestra de esa lucha fue la prohibición desde antes del Reino Visigodo de Toledo de los escritos sobre magia.

Como hemos dicho, las fuentes para conocer la presencia y el estado de las actividades y creencias mágicas provienen del ámbito eclesiástico. Figuras como San Martín de Braga, San Isidoro de Sevilla o las actas de los Concilios, entre otros, son el camino que nos permite adentrarnos en estas cuestiones. De estas fuentes se han servido grandes especialistas como los profesores Pablo C. Díaz, Rosa Sanz, José Orlandis o Luis A. García Moreno, amén de otros estudiosos, para elaborar interesantísimos estudios que nos sirven de base y referencia. Por nuestra parte realizaremos un resumen bastante sintético pero que cubra las demandas del lector, remitiendo a aquel que quiera ampliar sus conocimientos a la bibliografía.

Volviendo a las *Etimologías*, el prelado hispalense demuestra una profunda sapiencia acerca de la magia, estableciendo lo que podemos

considerar una clasificación de los distintos tipos de magos: nigromantes, hidromantes, encantadores, ariolos, arúspices, augures, pitonisas, astrólogos, genetliacos, horóscopos, sortílegos y salisatores. Pero no se queda aquí, igualmente habla de lo que son los auspicios, los augurios o los amuletos. Independientemente de que podamos o no aplicar dicha clasificación a su existencia y actividad en los tiempos del Reino Visigodo de Toledo de todos y cada uno de ellos, la cantidad no resta calidad a la presencia de uno o varios de los mismos.

La magia fue asociada al mal, a los demonios y/o al mismísimo Satanás. A partir de aquí podríamos discernir entre una magia maléfica, mayoritaria y variopinta, y una magia benéfica. Durante la Tardoantigüedad hispana la maléfica estaría representada en cuanto a su actividad por invocaciones, sacrificios, profanaciones, pócimas, en definitiva, prácticas ocultistas con las que se buscaban fines como conocer o predecir el futuro, beneficios o perjuicios económicos, contactos sobrenaturales, etc. En cambio, la que podría considerarse positiva se basaría en la taumaturgia, realizándose curaciones, no tanto por el poder de la propia magia, sino por el de Dios. El mejor ejemplo de religioso con virtudes taumatúrgicas y sanadoras es San Millán de la Cogolla.

Las altas esferas de la sociedad y de la política hispanovisigoda no se vieron ajenas a las prácticas mágicas, más bien al contrario, lo que refleja que no hablamos de cuestiones específicamente de las zonas rurales, que seguidamente trataremos, ni de personas con un nivel cultural limitado. La adivinación fue una gran preocupación de la monarquía y de la Iglesia católica, pues era identificada como un peligro para el orden político y social, de ahí que fuese duramente perseguida como muestra la legislación civil y los documentos eclesiásticos. La evidencia es clara: siervos y campesinos pero también obispos, jueces y nobles cayeron en las «redes» de las prácticas adivinatorias. Resulta de interés la especial dureza de la legislación contra aquellos que consultasen a adivinos para conocer cuándo iba a morir el rey de turno, infiriéndose de esta manera que se creía, a algún nivel, en el supuesto poder de la magia. Y es que no se podía permitir que ésta fuese un instrumento para lanzar maldiciones contra cualquier persona y mucho menos contra el rey, ya que a la magia se le daba una función

utilitaria y su resultado era ajeno a la intervención del hombre.

La extensión del cristianismo en toda Hispania no fue óbice para que persistiesen prácticas o cultos idolátricos, con mayor presencia en el medio rural, al igual que costumbres ancestrales. Para conocer esta circunstancia contamos con una obra no encuadrada dentro del Reino Visigodo de Toledo, sino en el *Regnum Suevorum* y escrita por el considerado «apóstol de los suevos», San Martín de Braga, poco más de una década antes de la conquista de Leovigildo. Por estos motivos, consideramos oportuno incluirla en este apartado. Hablamos del *De correctione rusticorum*, que aporta un profundo conocimiento de la religiosidad popular en el medio rural de la provincia de Gallaecia. Distintas actividades asociadas a la hechicería, adivinación y a las prácticas mágicas en general convivían con residuos paganos de cultos a los dioses precristianos —de índole supersticiosa y no tanto siguiendo la antigua religión que quedaba muy lejana— junto con el cristianismo oficial, generando así un cóctel de creencias que requirió de la obra pastoral de la Iglesia. Desconocemos si en otras provincias pudo darse una situación religiosa tan especial; es de suponer que las prácticas mágicas, la idolatría y las supersticiones estuvieron presentes en toda la península Ibérica, no en vano fueron asuntos tratados en los concilios nacionales de Toledo, pero el cuadro descrito por San Martín de Braga seguramente no sea equiparable dada la idiosincrasia del territorio galaico. La idolatría descrita por San Martín de Braga y estudiada por los profesores Pablo C. Díaz y Juana M. Torres se refleja en los ofrecimientos al dios Mercurio de grupos de piedras en los cruces de caminos y en reminiscencias idolátricas que nos llevan a conectar con dioses como Neptuno, por medio del agua, Vulcano, por medio del fuego y los metales, o la diosa Diana, que inquietaba a los hombres que eran incapaces de defenderse por no santiguarse correctamente como sucedía con las lamias o las ninfas, etc. Además, todavía subsistían entregas de ofrendas a los antiguos ídolos. En esta cuestión idolátrica a los dioses precristianos la naturaleza estaba muy presente y, lógicamente, su culto fue perseguido. Este culto estaría representado por el hecho de encender cirios en piedras que fuesen consideradas desde antaño sagradas, siguiendo modelos prerromanos, o junto a determinados árboles en honor al dios

germano Donar/Thor en lo que sería una reminiscencia del culto ancestral suevo. Tierra, fuego y agua, tres de los cuatro elementos que a través de procesos sincréticos se adaptaron al culto cristiano, como luego veremos con algún ejemplo clarificador, al igual que sucedió con diversas festividades y las actividades que las acompañaban. En lo concerniente a la naturaleza, también podemos incluir los temblores de tierra y los fenómenos celestes o meteorológicos tales como eclipses, extrañas lluvias o sorprendentes fenómenos lumínicos que en un primer momento fueron vistos como señales de la propia naturaleza. A colación de esta cuestión, se presupone la existencia de ritos mágicos que buscasen intervenir en las condiciones climáticas y en los campos porque hay reseñas contra aquellos que realizasen prácticas maliciosas que afectasen negativamente a algo tan preciado como las cosechas, sustento básico de la sociedad, y los animales.

Otro aspecto de la vida, o mejor dicho del final de ésta, en el que había elementos que podrían clasificarse como supersticiosos, mágicos y con conexiones que evocan residuos precristianos lo encontramos en la muerte. Los golpes en el pecho como exacerbada muestra de dolor, la entonación de algún *funebre carmen* en los funerales o la profanación de enterramientos no sólo con fines económicos sino también nigrománticos son buenas muestras de ello.

Por último es conveniente recordar al lector que este ámbito de las distintas prácticas mágicas y de persistencias paganas en lo que sería la Antigüedad Tardía hispana fue cosa tanto de hombres como de mujeres. En el caso de estas últimas bien realizando o siguiendo alguna de las actividades o creencias anteriormente señaladas, o bien siendo protagonista de las mismas. Véase el rol de las hechiceras o los residuos de posibles cultos a las diosas Minerva y Venus.

En definitiva, el panorama religioso de manera específica en el Reino Visigodo de Toledo era de un cristianismo católico que no tuvo grandes dificultades para vencer a las herejías pero que sí hubo de esforzarse en luchar contra la heterodoxia representada por magia, idolatría, etc. Esto, naturalmente, no quiere decir que algunos habitantes del *Regnum Gothorum* no fuesen cristianos, incluso por haber apuntado la existencia de restos de cultos no cristianos, sino que dentro del reino el catolicismo convivía con

desviaciones doctrinales y con prácticas no ortodoxas. Religión oficial, desviaciones y prácticas heterodoxas que, bajo determinadas circunstancias, pudieron llegar a combinarse en pos de la necesidad humana de ir más allá para buscar resultados y respuestas inmediatas o favorecedoras si la realidad o el culto principal/oficial no proporcionaban lo deseado, sin que ello suponga una mella en el peso y valor que tuvieron determinadas prácticas mágicas porque, de lo contrario, no se hubiese actuado y legislado contra ellas como se hizo. En realidad, y desde nuestra perspectiva sin caer en juicios de valor ni en el presentismo, estaríamos ante una situación que persistió a lo largo de los siglos, adaptándose a las circunstancias de cada momento histórico para llegar hasta nuestros días en lo que podríamos llamar comportamientos de signo atávico imperecederos.

La respuesta de la Iglesia: cruces, santos, libros y más

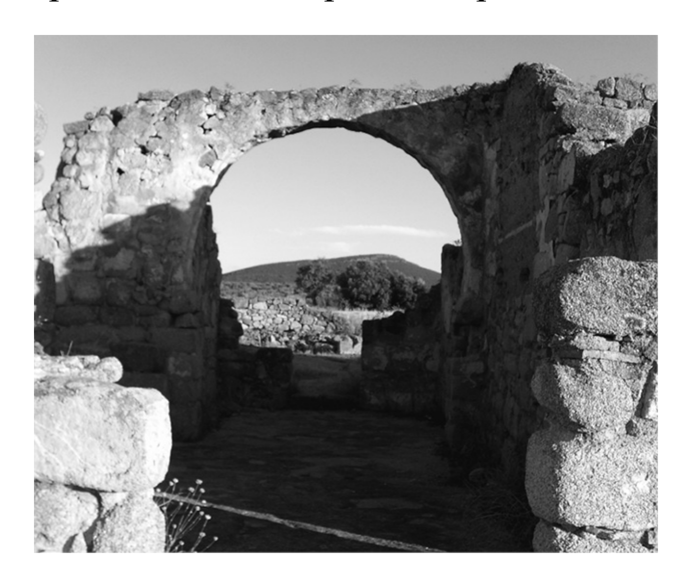
«Si se descubre que algún presbítero, diácono o clérigo consulta a magos, augures, sortílegos o a los que profesan algún arte ilícita o se le encuentre ejerciendo cosas parecidas a éstas, será depuesto de su dignidad, encerrado en un monasterio a penitencia perpetua, espiará el crimen cometido de sacrilegio».

He aquí el famoso canon XXIX del IV Concilio de Toledo que ha sido muy comentado dentro de la historiografía por ser una de las muestras más fehacientes de la presencia de las prácticas mágicas dentro del seno de la Iglesia católica y de la obvia persecución contra las mismas.

Acerca de las fuentes y de los estudios para conocer la posición de la Iglesia con respecto a las temáticas expuestas en el apartado precedente, lógicamente, son básicamente las mismas.

A grandes rasgos, en Hispania la Iglesia católica no se enfrentó a fuertes complicaciones para derrotar a las dos herejías que más peso tuvieron en la península Ibérica en la Antigüedad Tardía: el priscilianismo y el arrianismo. La ortodoxia trinitaria salió triunfante ante los envites herejes y, en el caso del arrianismo, con la inestimable ayuda del poder político representado por el *rex gothorum* Recaredo y su conversión. No sucedió lo mismo con la fe

judaica y el llamado «problema judío», como hemos visto y seguiremos viendo, y con el amplio abanico comprendido por las artes mágicas.



Iglesia visigoda de San Pedro de la Mata (Casalgordo, Sonseca, Toledo).

Una de las claves para conseguir que la sociedad hispanovisigoda en todos sus estamentos se apartarse de dichas artes y prácticas era, *grosso modo*, identificando magia con el diablo y sus acólitos para que a través del miedo y del rechazo se produjese el ansiado alejamiento. Así, es muy común que en las obras de los religiosos, a la hora de describir las actividades de magos o hechiceras o los peligros de la adivinación, la vinculación con los ángeles perversos como dice San Isidoro se hiciera más que notar y se equiparasen con los sacerdotes de la religión pagana.

Aparte del XXIX canon del IV Concilio de Toledo, existen varios más que reflejan cómo se enfrentó la Iglesia a una cuestión que, para dicha institución, era un problema a tratar en concilios tanto provinciales como nacionales. En el caso específico de las consideradas «peligrosas» prácticas adivinatorias, el clérigo que fuese pillado recurriendo a ellas perdía su cargo y era encerrado en un monasterio como marca el señalado canon, pero también sabemos que el propio adivino recibía escarnio público siendo azotado y llegando a ser vendido como esclavo. Así, excomuniones, multas, azotes y ser rebajado a la condición de esclavo eran penas comunes para quien se arriesgaba a coquetear con estas artes, ya fuese religioso o laico. En los cánones IV y V del V Concilio de Toledo se recoge que recibirían la

excomunión aquellos que quisieran conocer cuándo iba a morir el rey —eso sólo le correspondía a Dios— o aquellos que maldijesen al soberano. Igualmente, existen referencias para los jueces que no consiguieran llegar a un veredicto a través de sus capacidades y recurriesen a adivinos. Los concilios consideran que éstos quieren llegar a la verdad por medio de la mentira. Las leyes elaboradas por algunos monarcas godos son muy severas, incluyéndose duras penas corporales, y reprimendas para los jueces que recurriesen a estas prácticas.

La idolatría también tuvo cabida en los cánones de los concilios toledanos y así, en el XI del XII Concilio de Toledo se especifica cómo debían ser sancionadas, excluyéndose la pena capital, las personas que rindiesen culto a los ídolos o adorasen piedras, fuentes y árboles, y se exigía a los señores que sus siervos no cayesen en tal error. Asimismo, los sacerdotes y los jueces quedaban encargados de destruir cualquier elemento material asociado al culto idolátrico.

No toda la lucha se circunscribió a los concilios y a los corpus emanados de la actividad legisladora de algunos monarcas; la Iglesia, en la que los intereses personalistas como en cualquier institución también restaban eficacia, llevó a cabo una profunda labor pastoral. Un ejemplo de esta obra fue mejorar la formación, que en algunos casos era muy limitada, de los clérigos, especialmente de aquellos que actuaban en el medio rural, donde además se exigió la colaboración de los señores en la vigilancia de sus respectivos siervos. Otra muestra de la labor pastoral fue potenciar la labor de las iglesias rurales y de los monasterios, que podían ser fundados por iniciativa nobiliaria, bien de un noble o bien de una noble, y resultaron claves a nivel religioso, cultural, social, etc. Así, conservamos magníficas muestras de relieves contenidos en dichos edificios con escenas bíblicas que podían expresar el mensaje evangélico mejor que algunos sermones y adaptar el mensaje cristiano con un lenguaje más sencillo y con un latín más vulgar y cercano a los estratos más bajos de la sociedad, ya que el latín clásico utilizado por los prohombres de la Iglesia resultaba muy complicado de seguir. Conjuntamente a esto, varios personajes destacados realizaron profundas obras misionales y apostólicas en lo que podríamos llamar a «pie de campo», a pesar de que es innegable que la Iglesia tuvo problemas que

podemos denominar logísticos para asentarse en zonas rurales, especialmente remotas. Otros religiosos elaboraron obras que sirviesen para conocer y atajar las desviaciones espirituales. Aparte, se potenció el culto a los santos y a las reliquias, que mediante procesos de sincretismo resultaron muy asimilables al establecerse paralelismos con cultos precristianos, y se preconizaron las peregrinaciones hacia puntos sagrados relacionados con elementos o personajes cristianos. La construcción de hospedajes-hospitales para peregrinos nos da buena cuenta de ello.



Iglesia visigoda de Santa María de Melque
(San Martín de Montalbán, Toledo).

Otras actividades efectuadas por el estamento eclesiástico y que bajo nuestro punto de vista pueden ser consideradas o clasificadas como de «adaptación y/o asimilación» son, en primer lugar la ocupación de espacios anteriormente vistos como sagrados, estableciéndose así una victoria de la fe verdadera, la cristiana, purificándose el lugar al expulsar la idolatría y obteniéndose un beneficio utilitario al poseer dicho espacio. Una adaptación clara con una base sincrética fueron aquellos lugares donde desde tiempos remotos se apreciaban las capacidades curativas del agua. Éstas se acomodaron desde la extensión del cristianismo en adelante como espacios de culto a San Juan el Bautista, como sucedió con alguna iglesia visigoda a la que en breve nos referiremos. En segundo lugar, los nombrados más atrás como fenómenos celestes o meteorológicos, interpretados por algunos como señales de la naturaleza, que pasaron a ser vistos y explicados como señales

de Dios, pues Dios es todo. Y en tercer lugar, la readaptación del calendario con el inexcusable carácter sagrado del domingo y con las celebraciones litúrgicas correspondientes, incluyéndose algunas nuevas y transformando algunas festividades que han llegado a ser consideradas como antecesoras de las posteriores romerías en las que la naturaleza y el cristianismo están íntimamente ligados en favor de la creencia. El componente lúdico asociado a las mismas no se perdió y se adaptó igualmente, ya que estas celebraciones seguían encerrado un atávico elemento mágico.

Por último, dos cuestiones más donde nos resulta de especial interés la respuesta de la Iglesia, siendo la primera de ellas la muerte. Se procuró que ésta siempre tuviese un sentido muy cristiano: el rito funerario, la presencia del sacerdote, los rezos, el cortejo fúnebre, etc., y se prohibieron las mencionadas grandilocuentes muestras de excesivo dolor, como podían ser los golpes en el pecho, porque se daba a entender que no había esperanza en la resurrección. A modo de curiosidad, los concilios recogen que debía ser castigado el sacerdote que, buscando la muerte de alguna persona, dijese misa de difuntos sin proceder. La segunda cuestión, que ha sido muy bien tratada por los profesores Pablo C. Díaz y Juana M. Torres tiene que ver con esa identificación de magia igual al maligno. Los procedimientos religiosos y la fe se ocupaban de proteger el alma de los espíritus oscuros y la mejor herramienta que tenía la Iglesia era el exorcismo, que en cierta medida y salvando las distancias recordaría a una fórmula mágica para defenderse de los ataques de entidades demoniacas. Estos profesores, siguiendo las obras de San Ildefonso, han visto la utilidad del exorcismo y la preocupación sobre su correcta administración. Así, para el santo toledano éste debía ser pronunciado de manera enérgica y clara, sin andarse con rodeos. La expresión tenía que atemorizar al exorcizado ante la fuerza de la oración de Dios, y los asistentes excitarse con el enfrentamiento entre el bien y el mal. La validez del exorcismo radicaba, aparte de en sacar el mal, en generar una sensación de amparo y protección.

A modo de conclusión señalar que en la sociedad del momento las prácticas mágicas y la creencia en el mal representado por el diablo formaban parte de la cotidianeidad, llegando a verse éstas relacionadas con algunas enfermedades. Insistimos una vez más en que para comprender

cómo era el Reino Visigodo de Toledo y sus gentes debemos desprendernos de los clichés inherentes al siglo XXI y adentrarnos en una época y una sociedad en las que tanto un noble como un siervo seguían a la cruz pero no eran ajenos, tanto si las ejercían o no, a las prácticas mágicas en el amplio sentido del término, prácticas que, además, perduraron a lo largo de los siglos de una manera u otra.

8.
Legislar, guerrear y engrandecer

Retomamos el discurso histórico de los hechos cronológicos del Reino Visigodo de Toledo para adentrarnos en tres reinados que suponen un cierto paréntesis al periodo de inestabilidad y al clima de tensión generado desde el derrocamiento de Suintila a manos de Sisenando y que fluctuarán entre un fortalecimiento del poder real y concesiones a la nobleza. La lucha por la cuota de poder entre monarquía y aristocracia continúa siendo evidente, junto con facciones nobiliarias enfrentadas, acaparamientos de tierras, gran cantidad de población dependiente, complejas y profundas redes clientelares, vínculos de fidelidad y lealtad, etc., que nos llevan hacia lo que muchos grandes estudiosos han definido como un protofeudalismo que vislumbra lo que será el sistema socio-político de gran parte de la Edad Media. Desde nuestros postulados, Chindasvinto, Recesvinto y Wamba, al igual que Leovigildo, Recaredo, Sisebuto o hasta su caída Suintila, representan la magnificencia del *Regnum Gothorum* toledano junto con las debilidades, carencias y problemáticas que acompañaron cada uno de sus respectivos reinados.

Aparte de tratar los gobiernos de los señalados tres soberanos, en el tercer apartado de este capítulo hablaremos de una manera más específica de la institución monárquica visigoda, de elementos trascendentales e inherentes a ella y de la significativa vinculación con la Iglesia católica pero no sólo como hecho político y religioso, sino desde el punto de vista de su trasfondo simbólico.

A grandes rasgos, las fuentes que podemos manejar para la etapa marcada en este capítulo son una crónica posterior a la caída del reino godotoledano, la llamada *Crónica mozárabe* o *del 754*, una fuente franca que hace referencia a otros reinos como es el caso del visigodo, la denominada *Crónica de Fredegario* o el *Pseudo-Fredegario*, y de las

informaciones emanadas tanto a nivel religioso de los concilios toledanos celebrados en estos reinados como de la obra legislativa emprendida por estos monarcas. Amén de estas fuentes, la que resulta más destacada por su precisión informativa, pero limitada al reinado de Wamba, es la *Historia del rey Wamba*, escrita por el metropolitano San Julián de Toledo. En el último apartado se nombrarán otras fuentes que serán específicas para cuestiones relacionadas con las expuestas. Acerca de los grandes estudiosos, seguiremos a los especialistas habituales: García Moreno, Orlandis, Valverde Castro, Arce, Sanz, Thompson, entre otros, aparte de algunos más centrados en el singular último apartado tales como Pablo C. Díaz o el investigador alemán A.P. Bronisch.

Chindasvinto y Recesvinto: la fórmula padre e hijo vuelve a funcionar

Al concluir el capítulo 6 apuntamos que la llegada al trono de Chindasvinto se produjo a consecuencia de una rebelión que le llevó a usurpar el legítimo trono ocupado por el joven Tulga. La violenta forma en la que accedió al poder el nuevo soberano no propició la muerte del anterior monarca, aunque Tulga quedó inhabilitado para cualquier cargo político o militar al ser tonsurado y enviado a un monasterio.

Chindasvinto es uno de los reyes godos más sugerentes. Estamos hablando de un personaje que alcanzó la cima del *Regnum Gothorum* ni más ni menos que a los 79 años de edad, por lo que podría ser definido en su momento como «auténtica Historia viva de la *Hispania Gothorum*». Su veteranía evidencia que vivió el ya lejano reinado de Leovigildo y que probablemente conoció en profundidad los entresijos de la política del reino, de hecho, las fuentes recogen su carácter conspirador y la fórmula tiránica en la que llegó al poder lo evidencia. No sería un mero advenedizo y plausiblemente tuvo que haber ocupado cargos de responsabilidad en la estructura de gobierno y administración y disponer de una red clientelar que respaldase sus acciones.

El control de la nobleza y de la administración parece que obsesionaban al germano. Un hecho que a todas luces muestra la fortaleza del anciano

Chindasvinto y su conocimiento del funcionamiento de la política visigoda fue la sangrienta decisión que tomó al poco tiempo de acceder al trono toledano. Así, la *Crónica de Fredegario* recoge la severísima represión emprendida por Chindasvinto eliminando a doscientos *primates* godos y quinientos *mediocres*, asestando así un duro golpe a cualquier posible foco opositor aristocrático. Con esta purga el rey godo, a sabiendas de los peligros de las conjuras nobiliarias para el poder monárquico como la que a él mismo le había llevado al trono, decidió cortar de raíz el posible problema. Pero Chindasvinto fue aún más lejos. Las tierras de los purgados, sus mujeres, hijas y cualquier privilegio fueron confiscados para ser entregados a los nobles que le eran afectos, propiciando que la lealtad de sus seguidores quedase certificada. Otros nobles e incluso clérigos fueron desterrados o se marcharon al exilio. Por algo fue conocido Chindasvinto como el *demoledor de los godos*.

El siguiente paso de Chindasvinto en su proyecto de reafirmación personal —aparte de engrandecer su propio patrimonio— y de fortalecimiento del poder regio —que conllevó distintas disposiciones administrativas y económicas— fue la convocatoria de un concilio nacional. El anciano monarca quería controlar todas las bases del estado y la Iglesia era una pieza maestra. La dirección tomada por el VII Concilio de Toledo del año 646 plasma su intervención en cuestiones propias del estamento eclesiástico. Chindasvinto no respetó la normativa emanada del IV Concilio de Toledo en lo que se refiere a la política del reino, y su autoritarismo e intervencionismo son buena muestra de ello aunque no las únicas. Bien es cierto que muchas de las medidas emprendidas y actitudes tomadas por el soberano germano no hubiesen salido adelante sin el apoyo de determinados sectores de la aristocracia del reino, y esto lo vemos en la asociación al trono que hizo con su hijo Recesvinto en el año 649 contraviniendo así lo establecido en cuanto a la sucesión al trono.

Para cerrar el peculiar reinado de Chindasvinto vamos a referirnos a dos últimas cuestiones, totalmente diferentes, que en algunas ocasiones quedan ensombrecidas al hablar de la singularidad propia de este rey. En primer lugar, las correspondientes campañas militares contra las irredentas poblaciones norteñas que no sólo obedecían al dominio y control sobre las

mismas hasta que se volvían a rebelar, sino que para los reyes godos suponían un campo de batalla más que necesario. Suevos y bizantinos habían sido derrotados hace años y los francos llevaban tiempo sin injerir en la política goda, por consiguiente, el ejército y la nobleza podían emplearse en aquellos territorios norteños y conseguir prestigio político e incluso botín. Y otra vez los vascones volvieron a ser objetivo del gobierno de Toledo. Sabemos que en esta campaña murió un noble godo llamado Oppila u Opilano gracias a un epitafio encontrado en tierras cordobesas, hoy desaparecido, que recoge algunas palabras como «Muere pertrechado para la guerra». En segundo lugar, sabemos que Chindasvinto envió a Roma con un firme propósito a Tajón, obispo de Zaragoza, autor de interesantes obras y un magnífico continuador de la labor cultural emprendida por San Isidoro o San Braulio. El objetivo de Tajón, bajo encargo regio, era el de conseguir copias de varias y relevantes obras del Papa Gregorio Magno. Una nueva y excelente muestra del aprecio por la palabra escrita en el siglo VII y del celo religioso de algunos monarcas visigodos.



Mapa del Reino Visigodo de Toledo

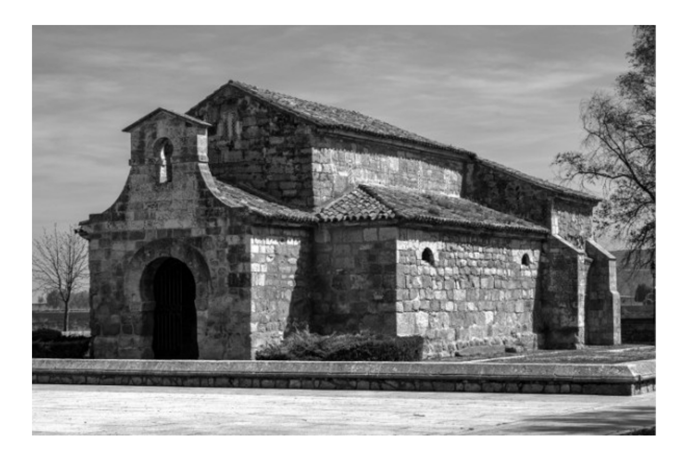
En el año 653, tras cuatro años de la asociación al trono de su hijo Recesvinto y a los 90 años de edad, moría Chindasvinto por causa natural dejando el poder del Reino Visigodo de Toledo dentro de su familia.

El proceso de sucesión de Chindasvinto a Recesvinto nos recuerda al de Leovigildo y Recaredo. Pasamos de un reinado paterno de corte autoritario

y enérgico a un reinado del hijo más conciliador y buscando el equilibrio. Chindasvinto reforzó el poder real como hizo Leovigildo, aunque el primero no emprendió grandes campañas militares al carecer de los enemigos exteriores que sí estaban presentes en la década de los años 70 del siglo VI. Recesvinto, como hizo Recaredo, se apoyó en la institución eclesiástica y suavizó parte de la severa política regia de su padre para ser uno de los monarcas godos que más tiempo estuvo en el trono toledano: cuatro años asociado a su padre (649-653) y casi veinte años en solitario (653-672). Otro paralelismo que encontramos entre Recaredo y Recesvinto es que, como ocurrió con el primero, también conocemos el nombre de la esposa, y en consecuencia reina visigoda, del segundo, en este caso hablamos de Reciberga, quien murió joven. Ésta fue dignificada con unos sublimes versos por San Eugenio (también conocido como Eugenio II), metropolitano de Toledo, poeta y referente cultural del momento, quien del mismo modo compuso un durísimo epitafio al fallecido rey Chindasvinto.

En su gobierno en solitario Recesvinto, que debió haber recibido una magnífica educación, contaría con los apoyos que había configurado su padre y, a pesar de rebajar la rígida política de su antecesor, rápidamente tuvo que hacer frente una rebelión que no se quedó en una mera conjura palatina, sino que requirió de la pericia militar del *rex*. Lo cierto es que esta sublevación resulta cuanto menos curiosa e interesante por lo que había detrás de ella. Estaba liderada por un caudillo o noble de nombre Froya o Froja sobre cuya posición dentro del reino existen dudas. Para el profesor García Moreno sería ni más ni menos que el duque de la Tarraconense, por ende, estaríamos ante un destacado personaje con capacidad para encabezar una rebelión. Acerca de quién acompañó a Froja en su empresa más allá de sus propios seguidores, el líder rebelde contó principalmente con dos apoyos. Por un lado, los opositores a Chindasvinto y a su hijo Recesvinto, y por otro lado, y sorprendentemente, una tropa de guerreros vascones. Éstos fueron la base militar de la rebelión y han generado mucho debate sobre su apoyo a esta causa rebelde suponiéndose que, o bien Froja mantenía una buena relación con los líderes vascones, o bien fueron contratados como tropa mercenaria con ansias de botín. El núcleo de acción de los rebeldes se centró en primer lugar en el rico valle del Ebro con vistas a conseguir

recursos económicos, víveres y prisioneros. La situación se puso muy tensa cuando los rebeldes decidieron dar un paso más y que sus acciones cobrasen mayor entidad. Dicho paso fue el cruento asedio al que fue sometida la ciudad de Zaragoza, punto estratégico no sólo en el valle del Ebro y en la provincia de la Tarraconense, sino en todo el reino. Sin embargo, los muros y los defensores resistieron varios meses hasta que el ejército de Recesvinto llegó y aplastó totalmente la rebelión. Un hecho curioso que nos habla del sentimiento religioso de los monarcas godos del periodo católico es que, según una inscripción epigráfica localizada en la iglesia de San Juan de Baños (Palencia), al regresar Recesvinto triunfante hacia Toledo se sintió enfermo por un problema renal, se detuvo en aquella zona que había restos romanos para beber las aguas de un manantial y estas aguas poseerían alguna capacidad curativa derivada de su especial composición ya que el rey, ante su «milagrosa» recuperación, levantó la iglesia bajo la advocación de San Juan Bautista.



Iglesia visigoda de San Juan de Baños (Baños de Cerrato, Palencia).

A raíz de este sobresalto resulta factible que Recesvinto se viese en la encrucijada de cómo enfocar la política de su reinado: retomando el brazo represor de su padre generando un clima de tensión que amenazaba con alargarse demasiado en el tiempo, o reforzar su red de apoyos buscando la estabilidad en pos de evitar conjuras palatinas o rebeliones nobiliarias. Recesvinto optó por la opción más laxa y tal vez exitosa si consideramos que el triunfo de ésta supuso la cantidad de años que estuvo en el trono y la ausencia de contratiempos de consideración.

Como hemos venido mostrando en el desarrollo histórico del siglo VII, la mejor balanza para ajustar las cuotas de poder de los sustentos del reino y ver la situación de éste son los concilios de Toledo. Durante el reinado de Recesvinto tuvieron lugar tres concilios en la capital goda: dos nacionales, el VIII en el año 653 y el X en el año 656, y uno provincial, el IX en el año 655 (también hubo un concilio provincial en Mérida en el año 666). De todos ellos, el que resulta más relevante por un hecho de suma importancia político-simbólica es el VIII, celebrado en la basílica pretoriense de los Santos Pedro y Pablo. De este sínodo destacamos:

- El cambio de rumbo de la política regia en el sentido de suavizar las leyes contra los rebeldes y traidores promulgadas por Chindasvinto.
- Se discutió sobre las propiedades que correspondían a la corona como institución derivadas de las confiscaciones y las propiedades exclusivas de Recesvinto y heredadas de su padre.
- Independientemente del relajamiento de las disposiciones de Chindasvinto y de los gestos de Recesvinto para con la aristocracia, el monarca se mostró rotundo en su posición de cabeza del reino y en su autoridad contra aquellos que se atreviesen a alzarse contra el rey o a despreciar su figura.
- Los monarcas deberían ser elegidos por los nobles del *Regnum* y los obispos en la *urbs regia* o en el caso de que el soberano hubiese fallecido fuera de ésta, en dicho lugar. De nuevo, Iglesia y nobleza luchando por su cuota de poder y su imprescindibilidad en el correcto y legislado funcionamiento del reino.
- Tal vez el hecho más relevante: este concilio fue el primero en el que las actas emanadas del mismo fueron suscritas no sólo por el rey y los obispos, sino también por abades de afamados monasterios y, en una muestra del avance y del peso de la nobleza, por altos magnates del reino, *viri illustres* o varones ilustres, abriéndose así la puerta al consejo palatino-*Officium Palatinum*.

Pero si por algo es conocido el reinado de Recesvinto y si por algo ha pasado a la Historia sin ningún género de duda es por la promulgación en el

año 654 de un hito en el Derecho español, el *Liber Iudiciorum*, un corpus legislativo que entre otras muchas cuestiones certificaba las ansias de unificación a todos los niveles impulsada desde Leovigildo y Recaredo. En este caso la definitiva unión legislativa de todos los habitantes del reino sin contar a los judíos, que permanecían ajenos a dicha unión por la cuestión de fe, recibiendo severas leyes y llegando a firmar en Toledo en el año 654 un *placitum* como promesa a la religión cristiana. Del *Liber Iudiciorum*[15] destacamos:

- Todos los habitantes del reino, incluyendo al mismísimo rey, quedaban sujetos a las leyes sin distinción entre hispanorromanos, visigodos o hispanovisigodos.
- Consta de doce libros con más de quinientas leyes que no son todas propias de Recesvinto, ya que se incluyeron leyes antiguas procedentes de los códigos elaborados por Eurico y Leovigildo junto con algunas leyes de Recaredo y Sisebuto más un número muy destacado de leyes de Chindasvinto, lo cual evidencia que, aparte de autoritario, el padre de Recesvinto fue un rey legislador.
- Se evidencia el peso de la nobleza y de la Iglesia católica en la administración del reino y se infiere el reconocimiento de sus privilegios.
- La legislación que se recoge afecta a una gran cantidad de aspectos como: la capacidad legisladora y su aplicación, la administración, matrimonios, herencias, ventas, propiedades, medicina y enfermedad, judíos y una gran cantidad de leyes sobre derecho penal entre otras más.
- Como defienden distintos de los grandes especialistas en la materia, el sistema administrativo del reino avanzó hacia una mayor militarización. Un fiel reflejo es que ya no sería cargo exclusivo de los condes y sus *vicarii* compartir funciones militares, judiciales y monetarias; a partir de la promulgación de este corpus legislativo cada *dux* provincial y el resto de oficiales del ejército como los *thiufadi* o los *quingentenarius* compartieron dichas responsabilidades. En el caso de los duques igualmente se añadieron

atribuciones de corte recaudatorio.

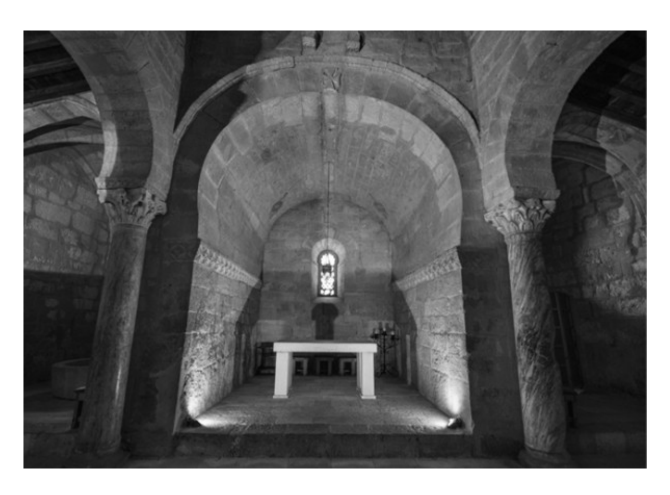
- Un nuevo reflejo de la herencia visigoda en los reinos cristianos surgidos tras la invasión musulmana lo encontramos en el hecho de que el *Liber Iudiciorum* volvió a estar presente en ellos. Así, lo vemos en el siglo XIII en Castilla como el *Fuero Juzgo*, influyendo en las obras legislativas de reyes tan importantes en nuestra Historia como Fernando III el Santo o Alfonso X el Sabio.

Para cerrar el reinado, algunos de los grandes especialistas consideran que al final de la década de los años 60 o principios de los 70 Recesvinto pudo realizar alguna de las tradicionales expediciones contra alguna tribu norteña.

El 1 de septiembre del año 672 Recesvinto falleció de muerte natural en una propiedad particular de nombre *Gérticos*, considerada una villa de recreo de ubicación dudosa que se hallaría, según diversos postulados, entre Salamanca y Valladolid, y allí mismo fue elegido su sucesor. De hecho, en tierras vallisoletanas se encuentra la única localidad de la geografía española cuyo nombre comienza por W, Wamba, el nombre de dicho sucesor.

---

15 Dada la importancia, la extensión y la complejidad de este texto legislativo, recomendamos al lector interesado en dicha materia que acuda a la bibliografía para ampliar la sucinta información que ofrecemos.



Interior de la iglesia visigoda de San Juan de Baños (Baños de Cerrato, Palencia).

Para completar este apartado nos gustaría reflexionar sobre el mismo. En primer lugar, resulta un tanto lamentable que para los reinados de Chindasvinto y Recesvinto, 30 años entre los dos, los datos con los que contemos sean tan limitados y sea solo gracias a los concilios celebrados y a la labor administrativo-legislativa de ambos soberanos que podamos conocer un poco más lo acontecido durante estas tres décadas de mediados del siglo VII. Es una pena que dentro del magnífico ambiente cultural heredado del renacimiento isidoriano no surgiese una figura que continuase con la obra historiográfica emprendida por otros cronistas ya mencionados. Independientemente de este acotamiento informativo, los reformadores reinados de Chindasvinto y Recesvinto confirman el avance hacia un protofeudalismo evidente en el que la aristocracia laica y religiosa jugaba sus bazas condicionando de una manera determinante el funcionamiento del reino en un camino de no retorno ante los intentos de algunos reyes de seguir o de intentar fortalecer el poder monárquico. Las redes clientelares, los lazos de dependencia, las grandes propiedades, los juramentos de fidelidad y las facciones nobiliarias entre otras cuestiones, marcaban el día a día del Reino Visigodo de Toledo para este momento. Para mostrar la importancia y el simbolismo de los reinados de Chindasvinto y Recesvinto tomamos una vez más las palabras del académico García Moreno porque nos resultan excelsas y clarificadoras: «Resulta innegable que estos dos reinados, junto a los de Leovigildo y Recaredo, forman el otro gran

momento constituyente del Reino toledano. Sería entonces cuando éste adquiriría su conformación clásica transmitida, más o menos mitificada, a la Cristiandad peninsular medieval». A lo que nos gustaría añadir la prosperidad cultural del reino, primordialmente en la capital, gracias a figuras como los metropolitanos San Eugenio y San Ildefonso.

El elegido

Bajo este título tan potente, si el lector nos lo permite, se encuentra la figura del último gran rey de la *Hispania Gothorum*, ya que sus sucesores hasta la caída del reino con la invasión musulmana no llegaron al nivel de brillo y de esplendor que el protagonista de este apartado. Un rey que poco tiene que envidiar a otros compañeros de lista como Sisebuto, Suintila o sus predecesores más directos, o incluso los mismísimos Leovigildo y Recaredo, paradigmas de la monarquía visigoda en cuanto a sus máximos representantes se refiere. Una de las razones que nos lleva a realizar esta aseveración corresponde al hecho de que contemos con una pieza añorada para los dos anteriores reinados, una crónica tan minuciosa como es la *Historia del Rey Wamba* escrita por San Julián de Toledo, arzobispo de la *urbs regia*. San Julián, como San Ildefonso, fue otro de los grandes exponentes de la Iglesia toledana del siglo VII y contaba con un bagaje religioso y cultural de altísimo nivel a sus espaldas. Provenía de una familia de judeoconversos y sucedió en la silla arzobispal de Toledo a Quirico, quien a su vez hizo lo propio con San Ildefonso. En lo que concierne a la obra que más nos interesa de San Julián, su escrito sobre el rey Wamba nos permite conocer muchos datos de éste con absoluta precisión. La influencia de autores clásicos romanos en el prelado toledano a la hora de componer el relato histórico resulta más que evidente. El estudio y traducción que vamos a utilizar sobre dicho escrito corresponde al sobresaliente trabajo realizado por el profesor Pedro Rafael Díaz y Díaz.



Estatua del rey Wamba (Wamba, Valladolid).

Cuando Recesvinto murió a finales del verano del año 672 en la villa de *Gérticos* no se encontraba solo, le acompañaban magnates palatinos y nobles que miraron con decisión hacia Wamba, también presente, como el idóneo para ser el nuevo *rex gothorum*. En ese momento Wamba era ya un veterano noble, con buenas cualidades y dilatada experiencia en las altas esferas. Como muestra de humildad y virtud rechazó la corona, pero San Julián escribe que un duque amenazó a Wamba diciéndole que sería rey o de lo contrario encontraría la muerte. Por ende, bien podemos definir la elección de Wamba como forzosa o cuestión de vida o muerte. Éste aceptó ante la alegría de los presentes pero a condición de que no fuese ungido hasta hacerlo en Toledo. La actitud de Wamba está revestida de un gran simbolismo que aquí resultaría demasiado extenso analizar, sin embargo sí es pertinente destacar la significación de la posición del godo. «No consintió […] ser ungido mediante la imposición de manos del obispo antes de llegar a la ciudad real y sentarse en el solio de la antigua patria, en la cual tendría a bien aceptar el signo de la sacra unción y, acatar

humildemente la postura de los que se pronunciaron a favor de su elección». Resulta obvio que Wamba conocía sobradamente el funcionamiento político del reino y quería que su reinado comenzase desde la legitimación absoluta en la capital, siguiendo los preceptos correspondientes y con el simbolismo preciso ante la Iglesia, los nobles, el pueblo y, claro está, Dios.

La sacra unción aconteció en la basílica palatina de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en la Vega Baja toledana el 19 de septiembre del año 672 a manos del prelado Quirico, quien puso el óleo sagrado en la cabeza del nuevo rey, de rodillas para la ocasión. Antes Wamba había llegado a la basílica vestido para el acontecimiento con «indumentaria regia» y «de pie ante el divino altar, presentó juramento de fidelidad al pueblo según el ritual».

El reinado de Wamba prácticamente arrancó con la conveniente campaña contra los vascones en la primavera del año siguiente. No iba a ser una expedición tranquila para el monarca godo, puesto que surgió un problema mucho más grave que los rebeldes vascones. El texto de San Julián narra cómo en la Narbonense se produjo una seria revuelta y no escatima a la hora de referirse a dicha provincia con duras palabras: «nodriza de la traición», que alcanzó tanto a poderes civiles como eclesiásticos. Los nombres de los líderes opositores al legítimo Wamba son conocidos: Ilderico, *comes* de Nimes e instigador de la revuelta, Gumildo, obispo de Maguelone y Ramiro, abad de un monasterio no mencionado. Voces en contra de la acción de éstos también se alzaron en la provincia gala y por ello fueron reprimidas. Así sucedió con Aregio, obispo de Nimes, que fue enviado encadenado a territorio franco, pasando el abad Ramiro a ocupar su cargo de manera ilegítima. El siguiente paso de los rebeldes fue el de hacerse fuertes en sus dominios para seguidamente asaltar y saquear distintos puntos de la provincia ante la indefensión de los habitantes de las zonas afectadas.

La respuesta de Wamba tenía que estar a la altura de la peliaguda circunstancia, por lo que envió a sofocar la revuelta a un varón ilustre como Paulo, que ocuparía hasta ese momento el cargo de conde o seguramente el de duque provincial. Paulo se encaminó con un ejército hacia Narbona pero

sus planes no coincidían con los de Wamba. Aprovechando la coyuntura y ambicionando el poder, decidió ser desleal al legítimo rey atrayéndose a su causa al duque de la Tarraconense, Ranosindo, y al gardingo Hildegiso. La nueva sedición iba tomando forma sin hacerse pública siguiendo el plan establecido de enfrentarse a los originarios rebeldes. Cuando Paulo se hallaba cerca de Narbona, el obispo Argebado, que se había enterado de sus usurpadoras intenciones, intentó evitar sin éxito que el duque rebelde entrase en la urbe. Ya en Narbona Paulo comenzó a lanzar proclamas a favor de su persona y en contra de Wamba. En Narbona los conjurados comenzaron a tratarle como su rey, los también sediciosos encabezados por el conde Ilderico se sumaron a su causa y, como dice San Julián, «Más aún, todo el territorio de las Galias de repente (se refiere a la provincia de la Septimania o Narbonense) se conjura en pro de la sedición y no sólo las Galias, sino también alguna parte de la provincia Tarraconense se calza el coturno de la rebelión». Paulo demostró no ser un mero advenedizo o un rebelde-usurpador más, y buscando dar más empaque a su sedición reclutó como tropa mercenaria a contingentes francos y vascones.

Mientras tanto Wamba se encontraba en la Cantabria de época visigoda planeando el inicial ataque contra los irredentos vascones sin ser consciente del peligro que se cernía en la parte nororiental del *regnum*. Finalmente fue informado de los sucesos y recibió una carta del propio usurpador Paulo que abría con «En el nombre del Señor, Flavio Paulo, ungido rey del Este, a Wamba rey del Austro», denotando que había adquirido un título propio de la tradición imperial romana como habían hecho otros reyes, se había ungido para legitimar su posición y para él el reino quedaba seccionado en dos, cada parte con su respectivo monarca. Paulo cerró la misiva con «desciende hasta las “Clausuras” (en los pasos pirenaicos); ahí encontrarás un digno adversario, con el que puedas medirte en justa lid». Toda una amenaza y una dura afrenta para Wamba, que decidió reunirse con la nobleza palatina para analizar lo acontecido. Había dos opciones: avanzar hacia la Narbonense y enfrentarse directamente a los opositores, o retroceder para reclutar más tropas —dada la magnitud de la insurrección —, y regresar con un ejército más numeroso. La indecisión cundió entre los notables y en ese momento fue cuando la figura de Wamba se hizo inmensa

y nos permite colocarle entre uno de los grandes reyes de nuestra Historia. El rey se dirigió a los suyos lanzando un emotivo y poderoso discurso recogido por San Julián que, más allá de los adornos propios de este tipo de composiciones de carácter historiográfico con tintes laudatorios, recoge la esencia de Wamba y la importancia del momento. El monarca apeló a la necesidad de no esperar y de responder rápidamente a los rebeldes, quienes además habían faltado al honor y al respeto. Palabras de crítica contra los francos también quedaron recogidas —y es que éstos habían vuelto a aprovechar la coyuntura para inmiscuirse en la política visigoda—, así como referencias al mérito que supondría vencer a pesar de los problemas logísticos. Consideramos que las palabras de Wamba pueden resumirse con estos extractos: «debemos reivindicar nuestro título de gloria con armas justicieras […]. Siempre es más merecedor de admiración quien se hace célebre por su espíritu de sacrificio que por la abundancia de recursos. ¡Alzaos al signo de la victoria, aniquilad el nombre de los traidores! […] Vayamos, pues a infligir una derrota a los vascones; luego apresurémonos a extinguir de cuajo el nombre de los sediciosos». Épica por doquier. Wamba sabía que si retrasaba el ataque la rebelión no sólo podría hacerse más fuerte, sino extenderse a más territorios.

De inmediato comenzaron las operaciones militares. El ejército real se internó en el territorio de Vasconia y durante una semana lo asolaron, asaltando posiciones defensivas y viviendas de los vascones que, dejando a un lado su espíritu rebelde, una vez más no pudieron hacer frente a la maquinaria bélica toledano-visigoda y solicitaron el cese de las hostilidades. La paz se certificó con la acostumbrada entrega de rehenes y el pago de tributos.

El siguiente movimiento fue directo hacia el foco sedicioso. Lo cierto es que resulta digna de mención la velocidad de respuesta de la tropa de Wamba. La logística empleada y los planes de ataque que se establecieron ocupan un lugar preponderante en la Historia Militar de España. Tras cruzar Huesca, el ejército quedó dividido en tres partes que prosiguieron hacia la Narbonense. En el camino Wamba detectó que muchos de sus soldados saqueaban, rapiñaban e incluso violaban («Prueba de ellos son los prepucios cortados a algunos violadores»), lo que fue duramente castigado por el

soberano amparándose en lo contenido en las Sagradas Escrituras. Volviendo al avance de las huestes, las primeras ciudades de importancia comenzaron a caer, entre ellas Barcelona y Gerona. Del mismo modo, los pasos pirenaicos y sus fortificaciones fueron tomados y con ellos un gran botín que Wamba repartió entre sus soldados. En un emplazamiento mencionado como las «Clausuras» hubo una mayor resistencia al encontrarse allí los cabecillas rebeldes —el duque Ranosindo y el gardingo Hildegiso—, que fueron apresados junto a otros muchos sediciosos. Una vez cruzados los Pirineos, Wamba volvió a reunir a sus tropas en un único gran ejército.

Para la segunda parte de la campaña, el legítimo rey volvió a dividir a su ejército. Envió a un selecto grupo de soldados dirigidos por cuatro generales a someter Narbona, y otro contingente partió para atacar por vía marítima, uniendo así el golpe terrestre con el naval y mostrando su sapiencia militar. El usurpador Paulo ya conocía los planes de su rival y por ello se marchó de Narbona[16] dejando al frente de la urbe a un hombre de su confianza, Witimiro, ya que esta ciudad era muy preciada por el líder rebelde y contaba con un buen número de defensores. Al llegar ante los muros de la ciudad, la hueste de Wamba ofreció una rendición a sus enemigos con el fin de evitar que las espadas se manchasen de sangre, pero el cabecilla rebelde se negó. La batalla por Narbona comenzó con un duro ataque y una férrea resistencia. Al final los soldados de Wamba consiguieron asaltar los muros y entrar en la urbe. Witimiro corrió despavorido junto a un grupo de leales para refugiarse dentro de una iglesia pero fue alcanzado. Se le colocaron unos grilletes y tanto él como sus seguidores fueron azotados. Después del triunfo de la tropa de Wamba en Narbona, el resto de ciudades que se habían sumado a la rebelión fueron cayendo una tras otra. Béziers, Agde y Maguelone fueron conquistadas —en esta última el obispo Gumildo, cabecilla rebelde, salió sin demora al ver llegar las fuerzas terrestres y navales de Wamba. En esta parte de la *Historia del rey Wamba*, cuando San Julián se refiere a las huestes de su rey las llama con el significativo nombre de «el ejército de Hispania», evidenciando así la clara identificación entre el Reino Visigodo de Toledo e Hispania, entre el *Regnum Gothorum* y el *Regnum Hispaniae*. Asimismo,

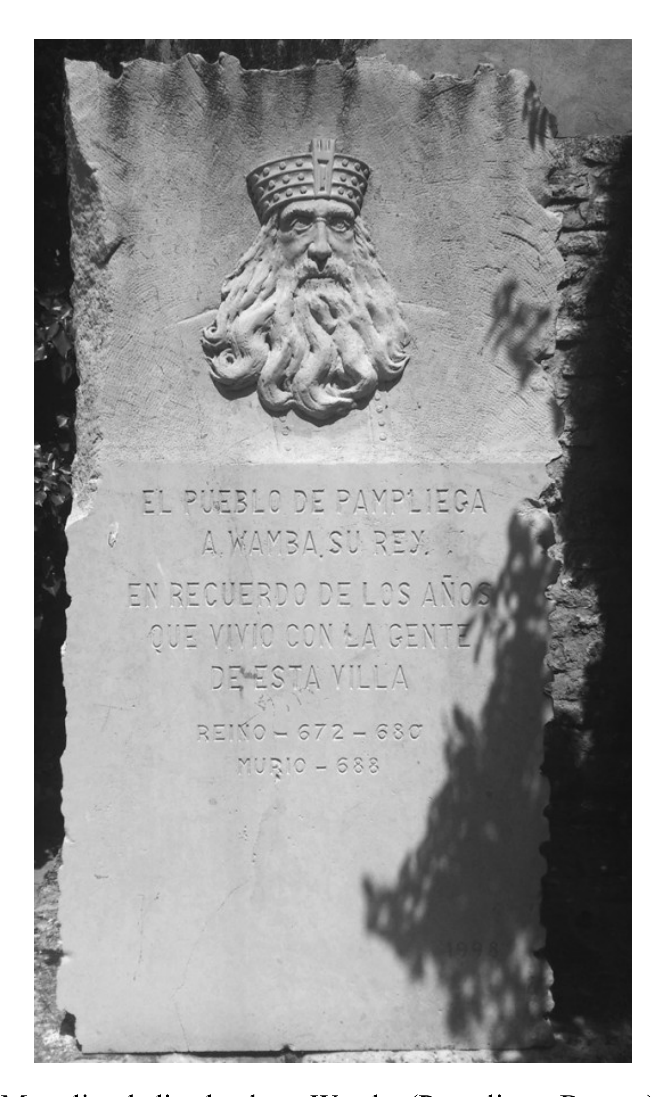
los habitantes de la Narbonense son denominados por San Julián como galos, y el resto de los habitantes del reino como hispanos. Volviendo a los rebeldes, Gumildo se refugió en Nimes, último bastión rebelde y lugar donde se decidió todo.

Wamba preparó concienzudamente la última batalla. Cuatro generales lideraron un selecto contingente que se adelantó al resto y que, sin dilación, avanzó y se presentó en un breve espacio de tiempo ante los muros de Nimes. Allí aguardaba Paulo con los restos de su ejército, al que San Julián se refiere como *ejército de las Galias*, acompañado de la tropa franca de apoyo. El *dux* pensó en un primer instante atacar a la avanzadilla del ejército real, pero por miedo a caer en una trampa ordenó la defensa desde la seguridad de los muros de Nimes. San Julián describe con precisión el combate: «La primera línea de choque, al son retumbante de las trompas, es desmantelada entre una nube de piedras. Luego tronó el clamor de las trompas y, acudiendo los nuestros desde todas partes, entre el fragor del griterío, alcanzan los muros de la ciudad con sus tiros de piedras y consiguen abatir con dardos y flechas a los que se habían apostado por el muro armados de toda clase de proyectiles, si bien también ellos en su afán por resistir lanzaban contra los nuestros dardos de varios tipos». El choque siguió muy igualado. Los defensores utilizaron la guerra psicológica diciendo a los seguidores de Wamba que se retirasen a sus casas, que encontrarían la muerte en esos muros porque los refuerzos francos se encaminaban hacia allí. Wamba acabaría siendo apresado y humillado. Las proclamas no sirvieron de nada. Los atacantes solicitaron refuerzos a Wamba que atendió la petición enviando una hueste que San Julián cifra, puede que exagerando, en casi diez mil hombres dirigidos por el general o duque Wandemiro. Éstos llegaron rápidamente a los muros de Nimes ante el alborozo de los atacantes. El primero de septiembre del año 673 la balanza se inclinaba en contra de los rebeldes y Paulo tuvo que lanzar otro discurso para enardecer el ánimo de los defensores, pero las dudas y discrepancias aparecieron. En mitad de las palabras de Paulo, las trompas de guerra del ejército real sonaron con fuerzas y la batalla se reanudó. La poliorcética visigoda tuvo éxito y se abrió brecha en la muralla. El ejército de Wamba entró a sangre y fuego. Paulo y sus leales no tuvieron más remedio que

guarecerse en el anfiteatro de la ciudad, que permanecía de pie desafiando el paso del tiempo. En el anfiteatro la tensión llevó a que entre los seguidores de Paulo y los habitantes de Nimes surgiesen tensiones derivando en ejecuciones. Mientras tanto, fuera del anfiteatro el caos reinaba y los muertos abundaban en demasía. San Julián, dada su sensibilidad religiosa, utiliza términos cuasi apocalípticos: «Doquiera se dirigiese la mirada, extendíanse hacinamientos humanos o rebaños de animales degollados». Esto sólo es una pequeña muestra de la sangrienta descripción ofrecida por el cronista que no sabemos hasta qué punto pudo dejarse llevar en su escrito por postulados un tanto catastrofistas.

En el primer aniversario del reinado Wamba, el usurpador Paulo perdía su ilegítima dignidad regia y así lo refiere San Julián con cierta ironía del destino divino. Dentro del anfiteatro Paulo y los suyos esperaban su funesto final. Argebado, obispo de Narbona, hizo de mediador entre las dos partes ante la llegada de Wamba y su contingente de soldados a Nimes. El prelado entre sollozos pidió perdón por las obras y actitudes de los rebeldes con el fin de que el rey godo perdonase sus vidas y detuviese la matanza. Wamba accedió a no sesgar más vidas pero no se comprometió a que los traidores que considerase oportuno eludiesen su castigo correspondiente. Seguidamente el *rex gothorum* entró con lo mejor del ejército visigodo en Nimes para certificar la victoria. Dice San Julián: «Y así que el sol se había reflejado en los escudos, la propia tierra brillaba con doble luz; las propias armas radiantes también contribuían a aumentar el resplandor del sol más de lo habitual». Wamba ordenó a varios de sus más fieles generales a que sacasen a Paulo del anfiteatro. Así fue hecho, al igual que se apresó a todos opositores incluyendo a los francos que habían apoyado la rebelión. La captura supuso un preciado botín. El hasta entonces soberbio y henchido de orgullo duque Paulo se humilló ante Wamba buscando su misericordia. El monarca perdonó la vida al líder rebelde y a sus seguidores pero ordenó que permaneciesen apresados hasta el juicio. Acerca de los soldados francos, que fueron tratados correctamente, los de mayor dignidad fueron tomados como rehenes y el resto, junto a algunos guerreros sajones, quedaron liberados varios días después.

16 A lo largo de todo el conflicto, Paulo y sus seguidores jamás ofrecieron una gran batalla en campo abierto, simplemente resistieron detrás de los muros de las posiciones fortificadas o ciudades que controlaban. A estas alturas del texto y de la historia específica de este periodo, el lector colegirá que en esta época las batallas campales de un gran ejército frente a otro solían ser definitorias y no muy abundantes, por lo que en muchas ocasiones se preferían otro tipo de enfrentamientos o choques, máxime cuando un rival era inferior al otro, como sucedía con Paulo con respecto a Wamba.



Monolito dedicado al rey Wamba (Pampliega, Burgos).

Tres días duró la batalla por Nimes y tras ellos la ciudad quedó gravemente dañada. Wamba procuró que las murallas y puertas fuesen reparadas, así como enterrados todos los muertos, devueltas a los habitantes sus posesiones arrebatadas y compensados por lo sufrido, además de restituidos los bienes eclesiásticos que habían sido usurpados por los sediciosos. De entre estos tesoros pertenecientes a la Iglesia es de destacar una corona de oro de carácter votivo que el católico rey Recaredo había entregado a la iglesia de San Félix (Gerona) y que Paulo robó y «se atrevió a ceñir en su desvariada cabeza». Un gesto cargado de simbolismo que interpretamos, más allá del elemento codicioso propio de este tipo de rebeliones, como una muestra ante los suyos y los que quisieran sumarse a la causa rebelde de su legítima posición regia. No en vano, es factible que la figura de Recaredo, casi cien años después de su muerte, contase todavía con un halo mítico y prestigioso dentro del Reino Visigodo de Toledo.

Posteriormente Wamba, sentado en su trono y acompañado de los miembros del Oficio Palatino, de los grandes oficiales del ejército y del resto del ejército juzgó a los traidores. La sentencia, dadas las características de sus actos y la legislación promulgada por Chindasvinto y anteriormente por el IV Concilio de Toledo, era la de recibir la pena capital, sin embargo, el soberano cumplió con su palabra y no fueron ejecutados ni tampoco les fueron sacados los ojos, sino que «sufrieron sólo, como es preceptivo, el castigo de la decalvación» —tal y como recoge el prelado toledano—, y la pérdida de sus bienes y posesiones. Otra muestra de simbolismo de corte tradicionalista en el castigo infringido a los rebeldes, privándoles de sus cabellos y quedando así humillados e inhabilitados.

Los hechos de armas parecían no haber concluido una vez que Paulo había sido derrotado, apresado, juzgado y castigado. Los rumores de una posible intervención franca corrían entre Nimes y entre los soldados del ejército visigodo. Wamba preparó su campamento y a su tropa en espera del posible ataque. En medio de este escenario apareció un ejército franco comandado por el duque Lupus. La respuesta de Wamba nuevamente no se hizo esperar y salió rápidamente de Nimes en busca de su enemigo antes de que pudiese saquear el territorio. Ante la magnitud de las fuerzas visigodas, la tropa franca huyó dejando tras de sí un cuantioso botín. Una vez

desaparecido el peligro, Wamba marchó hacia Narbona, donde actuó de una manera muy parecida a lo que hizo en Nimes en tanto en cuanto dispuso que los desperfectos y daños causados quedasen arreglados. Además, en Narbona el rey visigodo dio por erradicada la rebelión, licenció al ejército con un discurso de agradecimiento incluido, expulsó a los judíos y nombró nuevos gobernantes en determinadas urbes. Con la provincia de la Septimania o Narbonense asegurada, puso camino de regreso a la capital.

Como el lector recordará, cuando Recaredo aplastó la conjura de Argimundo, hubo un ceremonial de la victoria en la *urbs regia* puesto que, como señala el profesor Arce, igual que en la Ciudad Eterna se celebraban las victorias romanas, en Toledo se celebraban las visigodas. Por supuesto, San Julián recoge el ceremonial triunfal de Wamba. Como bien señala el arzobispo e historiador, la importancia de esta llegada triunfante no sólo obedece a una muestra de simbología de poder o de alegría tras el triunfo, sino que tiene un factor ejemplarizante de peso para todo aquel que en un futuro más o menos lejano tomase una decisión similar a la de Paulo. A cuatro millas de la ciudad del Tajo aparecieron Paulo —que encabezaba la comitiva llevando una burlona corona— y sus seguidores sin pelo en la cabeza y con la barba cortada a consecuencia de la *decalvatio*. Además, y para mayor mofa si cabe, iban descalzos, con ropajes andrajosos y dentro de unos carros que eran tirados por camellos. Una escena digna de película porque, siguiendo el relato de San Julián, los habitantes de Toledo esperaban enfervorecidos la infame comitiva de presos.

La rebelión del *dux* Paulo no es el único hecho reseñable de los ocho años de reinado de Wamba, aunque sí es el que más profusamente conocemos. A colación del contratiempo, aunque fue resuelto con éxito, el soberano intentó prevenir futuros envites rebeldes a través de una ley asociada a la movilización militar. Mencionamos que entre los opositores a Wamba había tanto laicos como religiosos que, además, contaron con el apoyo de fuerzas extranjeras. Pues bien, la importancia de la ley radica en que se centra en los casos en los que pudiese darse un ataque desde el exterior al *regnum* o se produjese una revuelta dentro del reino contra el legítimo poder. El elemento esencial de la nueva normativa es que obligaba a los jefes del ejército (duques, condes, *thiufadi*, gardingos, etc.), nobles,

hombres libres y —aquí entra una pieza llamativa— obispos y demás religiosos ubicados en un radio de cien millas del punto en el cual se hubiese dado la invasión o el conato rebelde a acudir lo más velozmente posible junto a todos los hombres armados que pudiesen reunir. Esta obligatoria movilización no obedecía exclusivamente al llamamiento oficial del ejército, por lo que debía cumplirse aunque ésta no se hubiese efectuado todavía. Los castigos aparejados al incumplimiento de la ley eran muy severos:

- Pena de destierro.
- Los obispos se harían cargo de los daños sufridos en el territorio.
- Si los religiosos y los laicos no acudían, perderían el derecho legal a testificar, serían rebajados a la condición de siervos, y sus bienes y posesiones se utilizarían para cubrir los daños ocasionados durante el conflicto.
- La enfermedad no eximía de su cumplimiento. Si alguien disponía de hombres, aunque él estuviese incapacitado para acudir al área de conflicto tenía que enviar a los suyos. Un claro ejemplo del valor de las redes clientelares o comitivas privadas dentro del funcionamiento del *exercitus gothorum*.

La ley militar de Wamba ha estado sujeta a múltiples análisis que acreditan una actitud centralizadora y de fortalecimiento de la institución monárquica por parte del rey, como otros ejemplos mostrados con anterioridad con diversos monarcas, y cuya promulgación se vio favorecida por la prontitud con la que se hizo, al poco tiempo de triunfar sobre Paulo y con el impulso que esta victoria le había dado.

Siguiendo con el plano político-militar del reinado de Wamba, la acción bélica volvió al norte peninsular esta vez contra los astures, y no se descarta alguna nueva expedición de castigo contra los vascones. Como ha visto el lector, las revueltas o rapiñas de las irredentas poblaciones norteñas siempre terminaban de la misma manera: victoria goda y pago de tributos. Aparte de esta actividad castrense en el norte de la piel de toro, diversos de los grandes especialistas recogen, según la información ofrecida en una crónica

asturiana, que una flota musulmana fue derrotada por barcos visigodos, ejemplificándose así la conocida amenaza que ya se cernía desde el sur.

A priori y hasta este punto, puede parecer que Wamba era el rey idóneo para regir el destino de la *Hispania Gothorum* durante muchos años. Aparte de lo expuesto, también llevó a cabo una profunda obra en la capital del reino restaurando y embelleciendo edificios, puertas y murallas, haciendo de Toledo, aún más si cabe, una sublime *urbs regia* y transfiriéndole un cierto halo de sacralidad. Sin embargo, el tradicional juego de poderes iba a impedir que el reinado de Wamba continuase muchos años más. ¿Cómo fueron las relaciones con el estamento eclesiástico? Indudablemente la obra legislativa de Wamba no fue del gusto de la Iglesia como tampoco lo fue su actitud marcadamente intervencionista en asuntos eclesiásticos. Dos ejemplos sin paliativo de la postura del rey visigodo con respecto a la Iglesia fueron la creación de nuevos obispados y el control del patrimonio eclesiástico.

Este panorama y la fortaleza del poder monárquico de Wamba eran el caldo de cultivo idóneo para una nueva rebelión o, como así sucedió, una conjura palatina de tintes novelescos. Siendo Wamba ya un personaje de cierta edad, sus opositores entre la aristocracia laica y religiosa del Reino Visigodo de Toledo no quisieron esperar a la muerte. En octubre del año 680 Wamba ya había recibido la penitencia pública y había sido tonsurado, pero ¿cómo se llegó hasta aquí? A mediados de dicho mes, bien de manera natural o bien mediante la ingesta no consciente de un narcótico, el soberano germano comenzó a sentirse muy mal. Al vislumbrar una posible muerte recibió la penitencia pública de manos del prelado toledano San Julián en compañía de la aristocracia palatina y los grandes del reino. El problema llegó cuando, a los pocos días, la muerte no visitó a Wamba sino que éste recobró sus fuerzas y exigió seguir en el trono. Tanto la tonsura como el hecho de que un noble llamado Ervigio ya se había posicionado para sucederle, evitaron que Wamba recobrase la corona. La recuperación de Wamba, la firma obligada de un documento en el que nombraba sucesor a Ervigio y la manera no electiva siguiendo los procedimientos establecidos en la que accedió al trono Ervigio, han llevado a los círculos historiográficos a ver claros indicios de una conjura en la que las dos

cabezas más visibles serían el sucesor Ervigio y el metropolitano de Toledo San Julián (algunos autores difieren de la participación directa del prelado) y que contarían con el respaldo de influyentes nobles y religiosos.

Así perdió el trono que no la vida Wamba. No le quedó otro remedio que ingresar en un monasterio, en este caso en Pampliega (Burgos) donde todavía hoy se guarda su memoria.

El vínculo sagrado entre el trono y el altar

«Todo aquel de nosotros y de los pueblos de toda Hispania que con cualquier tipo de intriga o afán sectario atente contra el sagrado deber de lealtad, que ha jurado en interés de la patria y del pueblo godo…».

Resulta ciertamente fascinante la evolución política de los visigodos desde sus orígenes escandinavos hasta la configuración de un *regnum*-Estado en Hispania donde las fuentes del poder quedaron institucionalizadas, como puede verse en ese pequeño extracto del canon 75 del IV Concilio de Toledo recogido en este caso en el proceso judicial contra el *dux* Paulo y sus secuaces.

A través de la historiografía alemana, seguida por varios de los grandes especialistas que venimos manejando, la evolución política genérica de los germanos —que bien podemos encajar en el caso particular de los godos—, se articuló desde una inicial *Hauscherrschaft*, previa a las grandes invasiones y en la que los detentadores del poder por encima del resto eran núcleos familiares que gestionaban el marco militar, estableciéndose ya vínculos entre los hombres mediante obediencia a los señores y la participación en su comitiva guerrera. A partir de aquí nos encontramos con formas de dependencia identificadas por el cronista Tácito como el *comitatus*, pero en su terminología alemana como *Gefolge*, con juramento de lealtad de hombres libres a señores de la guerra y participación en el botín. Así, fueron creciendo los séquitos armados y los lazos de lealtad y dependencia sin los cuales no entenderíamos la conformación de las monarquías militares germanas. El interés económico y el poder político animaban a la conexión entre estos señores y los reyes, soberanos que en muchos casos pertenecían a los más relevantes linajes (*Sippen)*.



Grabado de la corona votiva de Suintila (hoy desaparecida) perteneciente al Tesoro de Guarrazar. Enciclopedia Industrial, 1875.

De manera específica con los visigodos y dejando atrás la figura de los líderes, *reiks* y jueces, en el reino tolosano la monarquía ya estaba plenamente asentada, y en su capital existía una auténtica corte con un palacio en el que se guardaba el tesoro real y en el que el rey de turno escoltado por su guardia recibía a los legados, como describe Sidonio Apolinar con respecto a Teodorico II. Pero fue en Toledo cuando la institución monárquica visigoda alcanzó su cénit y se vio rodeada de un halo de sacralidad que trascendió la fatídica fecha del año 711. Empero, no podemos entender el Reino Visigodo de Toledo sin acercarnos a dos órganos que han suscitado amplios debates en cuanto a cuál sería la correcta definición de ambos, siendo para algunos autores incluso dos nombres para definir una misma cosa. Sucintamente, nos referimos al Aula Regia —que según diversos de los grandes especialistas a los que nos sumamos, hundiría sus raíces en las antiguas asambleas de guerreros y vendría a estar compuesta por los personajes más cercanos al rey que actuaban como asesores y consejeros e intervenían en la elección del siguiente soberano—, y al *Officium Palatinum*, motor de la administración y burocracia centrales,

en el que se podría contener directamente el Aula Regia, y que incluiría al resto de palatinos, funcionarios de alto nivel, próceres y —para algunos estudiosos— también a religiosos de rango elevado. En el Oficio Palatino encontramos cargos como el conde del tesoro, el conde de los establos, el conde de los notarios, el conde de los espatarios como jefe de la guardia personal del rey, etc.

Aparte de lo expuesto, un elemento esencial sin el que tampoco podríamos entender la monarquía visigoda toledana y que está asociado a la tradición germánica es el juramento de fidelidad. Por un lado, existía un juramento regio que realizaba el monarca cuando tomaba posesión del trono. Aquí el soberano se comprometía a ejercer un gobierno justo basado en el posterior juicio de Dios. Este buen gobierno contenía buena parte de su sentido en la ideología isidoriana sobre «La justicia de los príncipes» recogida en la obra las *Sentencias*. Un ejemplo: «En su propósito debe estar no apartarse nunca de la verdad. Y si por azar le aconteciere tener un tropiezo, que se levante en seguida». Por otro lado, estaba el juramento de fidelidad, trazado en el IV Concilio de Toledo, que los súbditos del reino hacían al acceso de un nuevo monarca y que contenía la previsión de hacer el bien para el rey, la patria y el pueblo godo (este término no distingue étnicamente ahondando en la unión y fusión de lo hispano y de lo visigodo).

En esencia la monarquía visigoda contiene sellos distintivos de la tradición germana y de la romano-bizantina. En lo referido a la tradición germana, el señalado juramento de fidelidad es una buena muestra, puesto que conecta directamente con el juramento de lealtad-fidelidad prestado por hombres libres hacia su señor en las ancestrales comitivas guerreas. Más huellas de germanismo en la cúspide del poder godo las encontramos a nivel estético que, teniendo presente el influjo de las modas imperiales de Occidente y Oriente, se siguieron manteniendo rasgos distintivos como el pelo largo y la barba (se han encontrado en tumbas masculinas de adscripción visigoda bienes tan preciados como peines con estuche) o en actividades cinegéticas. Sobre estas últimas, aunque sean propias de las aristocracias bárbaras y romanas, en el caso visigodo puede intuirse la existencia de un ritual de caza en tiempos tolosanos de Teodorico II —que pudo perpetuarse en buena medida— en el que el soberano visigodo cazaba

no con lanzas sino con arco, lo que sería una clara marca del contacto previo con los pueblos esteparios. Otro rasgo de tradición germana en la figura regia y que perduró hasta la caída del Reino Visigodo de Toledo ha sido expuesto soberbiamente por el profesor Pablo C. Díaz: «Lo más genuinamente germano del rey visigodo siguió siendo su condición de jefe guerrero». En los pueblos germanos el origen de la institución monárquica estuvo íntimamente ligado a la acción militar. Un último detalle sobre algunos rasgos de la tradición germánica y que nos permite engarzar con los atributos romano-bizantinos son los títulos o titulaciones tomados por los reyes visigodos, quienes siempre mantuvieron el de *rex gothorum* independientemente del influjo imperial. Siguiendo dicho influjo, nos encontramos a los reyes visigodos de Toledo con títulos o titulaciones como *Dominus Noster* o algunos tratamientos con claras connotaciones católicas como *Christianissimus*. En el mismo sentido, hay títulos o apelativos más cercanos a la personalidad, otros próximos al mundo de la milicia como *invictus*, y otros más reconocibles en las monedas como *victor* o *pius*, aparte de *rex.* Por último, destacamos, como sucedía con Teodorico el Grande, la utilización realizada por algunos reyes como Recaredo del título de *Flavius*, de claras connotaciones constantinianas.



Tesoro de Guarrazar (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

En su proceso de legitimación la monarquía visigoda no dudó en seguir fielmente las muestras de poder bizantinas, y es aquí donde encajamos la *imitatio imperii*, cuyo máximo exponente fue Leovigildo. San Isidoro dice sobre esto: «fue el primero que se presentó a los suyos en solio, cubierto de vestidura real; pues antes de él, hábito y asiento eran comunes para el pueblo y para los reyes», a lo que debemos añadir la acuñación de moneda con su nombre y efigie. De esta manera, quedaba marcada la independencia absoluta y la legitimidad del Reino Visigodo de Toledo con respecto al Imperio Romano de Oriente o Bizantino.

Retomando el asunto del *rex gothorum* como líder guerrero del reino, esta condición le confería la autoridad de convocar, reunir, dirigir, o delegar en alguien de su confianza al ejército. Éste no era permanente —aunque sí existían personas cuyo cometido exclusivo era el ámbito militar—, estaba compuesto por hombres libres a los que se fueron añadiendo siervos y en él participaron tanto godos como galorromanos e hispanorromanos[17]. Seguía una división romana decimal: el jefe de mil hombres, *mileniae* o bajo la terminología germana *thiufadus*, el *quingentenae*, jefe de quinientos y así sucesivamente hasta llegar a diez. Por encima estaban los condes, los duques y, lógicamente, el rey. Una figura que nos gustaría destacar es la de los gardingos, miembros de la élite guerrera que juraban lealtad al rey y se ponían a su disposición a cambio de propiedades. El ejército visigodo acabó estando condicionado por las valiosísimas aportaciones de los séquitos

privados de los nobles. Acerca del armamento: *spatha* o espada —que era el arma por excelencia y sólo poseída por los miembros de la élite guerrera—, lanzas, *sax*/*scramasax*, hachas, arcos, armaduras (cota de malla, de tipo laminar o de escama de pez), cascos tipo *spangenhelm* y el escudo de madera con umbo metálico en el centro. Evidentemente, no todos los hombres podían llevar una panoplia completa pues su precio era muy elevado.

Como señalamos en páginas precedentes, en este marco del poder regio y de la milicia goda, y dentro de la tradición guerrera, existían cánticos épicos y ancestrales que enardecían a los soldados antes de entrar en combate. El lector recordará los nombrados *carmina maiorum* que señalaba el tratado u opúsculo de inspiración isidoriana *Institutionum Disciplinae,* que los jóvenes nobles debían ejercitar y de los cuales desgraciadamente no conservamos ninguno. Resulta difícil no imaginar que desde tiempos de Leovigildo-Recaredo en la corte toledana no hubiese bardos que narrasen y exaltasen las viejas, pero también nuevas gestas de los godos haciendo de estos cánticos un hecho casi cotidiano.

La condición del rey como líder militar supremo queda fielmente consagrada en el ceremonial de partida y de regreso victorioso del ejército, donde los elementos político-militares quedaban imbuidos de una profunda religiosidad cristiana tal y como refleja una fuente llamada *Liber Ordinum* que contiene una gran cantidad de oraciones y bendiciones. Los datos con los que contamos para abordar esta cuestión son de finales del siglo VII, pero bien podemos llevarlos mucho tiempo más atrás. En este ceremonial de partida del ejército, Toledo y la basílica palatina o pretoriense de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo tenía un papel protagonista. En dicho templo el rey, como un paladín de Cristo en la tierra, acompaña en las oraciones a los religiosos, quienes coreaban, según la traducción del profesor Orlandis, «¡que Dios esté en vuestro camino y su Ángel os proteja!». Seguidamente un diácono le entregaba al rey una gran cruz procesional que en su crucero llevaría la reliquia más importante del *Regnum Gothorum*, el *lignum crucis* que el Papa Gregorio Magno había regalado a Recaredo por su conversión. A partir de este momento, la cruz era el símbolo del rey y del reino durante la campaña y era llevada en primera línea por un religioso. La cruz llegó a

ser una fuente de fuerza simbólica y un elemento de culto en la España Visigoda. A continuación se entregaban los estandartes, siempre con cánticos que acompañaban toda esta escena, y tras otros actos el rey se despedía del obispo, saliendo a caballo de la *urbs regia* con la cruz en cabeza y el ejército a su espalda. El profesor Orlandis encaja en este instante la entonación por parte de los clérigos del himno litúrgico *In profectione exercitus*. Un extracto del mismo: «Concede a los reyes cristianos la celestial palma de la victoria sobre sus adversarios». Las oraciones hasta el retorno victorioso del rey continuaban, y de nuevo en la capital se escenificaba un ritual victorioso, como los expuestos de Recaredo sobre Argimundo o de Wamba sobre Paulo, en el cual el componente religioso volvía a estar muy presente.

---

17 Dentro de las comitivas guerreras o los séquitos de los nobles estaban el bucelario, hombre libre bajo un señor que le entregaba tierras y armas y llegada la disolución del vínculo le debía devolver todo lo entregado al principio más la mitad de lo obtenido, y el sayón, de condición libre igualmente pero teniendo que devolver todas las ganancias al romper su relación.



Estatua de Wamba en los jardines del Palacio de Oriente (Madrid).

Si esta liturgia de guerra unía sin paliativos al rey como jefe político y militar y a la Iglesia como soporte ideológico en pos del bien y de la defensa del reino, la conexión entre trono y altar quedaba fielmente sacralizada a través de la unción a modo de los grandes reyes del Antiguo Testamento. La unción regia está atestiguada a partir del reinado de Wamba, pero podríamos retrasarla hasta Sisenando con el IV Concilio de Toledo o tal vez hasta el mismísimo Recaredo. La importancia simbólica, legitimadora y sacra de la unción la vemos en Wamba cuando sólo aceptó ser rey una vez hubiese sido ungido por el metropolitano de Toledo. Creemos que las palabras de la crónica de San Julián, con cierto tono poético, son lo suficientemente ilustrativas para entender tanto el significado de la unción en el Reino Visigodo de Toledo como el vínculo sagrado entre trono, altar e incluso Toledo: «hincado de rodillas (Wamba), las manos del sacro pontífice Quirico le esparcen por la cabeza el óleo de la bendición y el poder de la bendición se le muestra tan pronto se le derrama este signo de salvación. En efecto, de seguida desde lo alto de la cabeza, donde el óleo había sido vertido, alzóse en forma de columna un vapor semejante al humo y del mismo sitio de la cabeza viose revolotear una abeja, señal que constituía un presagio de la felicidad que se aventuraba».

En definitiva, la figura regia entre los visigodos evolucionó desde los antiguos *reiks* con meras atribuciones militares y la posterior realeza de esencia militar y electiva de Alarico I a reyes con máximas atribuciones durante el periodo toledano y revestidos de una sacralidad de corte teocrático en virtud de ser paladines, vicarios o delegados de Dios sostenidos por la Iglesia para el buen gobierno del reino, amén de ser conjuntamente el punto intermedio entre la divinidad y los súbditos/pueblo. El problema devino en las disputas por el poder entre las facciones nobiliarias, la sucesión real electiva *versus* hereditaria y la protofeudalización del Estado que acabaron por bambolear a la institución monárquica en pos de intereses particulares. Además, la progresiva ausencia de grandes campañas militares, más allá de las operaciones contra las irredentas poblaciones norteñas, que proporcionasen un buen botín y recursos para el gobierno de Toledo junto con el acrecentamiento económico de nobleza e Iglesia, terminaron por ser un severo lastre. No

obstante, aunque la llamada teoría-política que daba una ideología a la monarquía y la legitimaba tuviese sus complicaciones y las señaladas disputas por el poder la pusieran en jaque, no resta para entender que el Reino Visigodo de Toledo alcanzó cuotas de desarrollo político e incluso cultural que no apreciamos en ninguna otra monarquía germánica de su época. Podemos decir que Constantinopla y el Imperio Romano de Oriente tuvieron un magnífico reflejo en el otro extremo del Mediterráneo.



Iglesia visigoda de San Pedro de la Nave (El Campillo, Zamora).

9.
Los últimos años del Reino Visigodo de Toledo

Nos adentramos en el último capítulo de nuestro trabajo y volvemos a enfrentarnos al inconveniente habitual que tiene cualquier historiador que trata los últimos reinados de los monarcas toledanos y la caída del *Regnum Gothorum*. No contamos con una fuente histórica de referencia al modo de Jordanes, San Isidoro o San Julián. Sí disponemos de una amplia multiplicidad de fuentes, incluso algunas musulmanas, pero escritas la gran mayoría varios o muchos años después de la caída del Reino Visigodo de Toledo. A colación de esta destrucción del reino, advertimos al lector que nuestra obra no irá mucho más allá de la famosa batalla de Guadalete del año 711 y de los prolegómenos de la conquista musulmana, ya que consideramos que es un tema muy extenso y que excedería la esencia misma de esta obra al sumergirse en los inicios de la Reconquista. Volviendo a la cuestión de las fuentes, los historiadores actuales poseemos un buen foco de información en los concilios gracias a que su actividad durante estos aproximadamente treinta años que trataremos siguió siendo intensa. Se celebraron hasta siete más en Toledo (seis nacionales) y algún otro provincial fuera de la ciudad regia. Otra pieza informativa que nos ofrece este periodo para conocer sus entresijos es la promulgación de leyes. Sobre las crónicas propiamente dichas, contamos con la ya nombrada *Crónica mozárabe* o *del 754* y las asturianas: *Crónica Albeldense* y *Crónica Rotense*, entre otras. Aparte, no debemos desdeñar un factor de conocimiento muy presente durante estos años, especialmente cerca o durante la invasión musulmana y caída del reino, como son las leyendas.

Sobre los estudios arqueológicos, en los últimos años los trabajos están avanzando muchísimo en España —ya hemos mencionado algunos de ellos

— y ofreciendo datos interesantes no sólo sobre el reino visigodo en general, sino sobre la destrucción del mismo tanto en el sur como en el centro y el norte peninsular. Por esta razón, igualmente consideramos que los acontecimientos ocurridos tras el año 711 sería más adecuado tratarlos en otro trabajo, también en la misma línea de la alta divulgación histórica, pero con entidad propia. Además, en los últimos años se están publicando interesantísimas obras de corte académico y científico sobre la caída y conquista, por lo que se vislumbra un gran movimiento en las altas esferas historiográficas que arrojará más luz a una fase crucial de nuestra Historia. En lo que se refiere a los grandes autores utilizados, básicamente serán los mismos que en el capítulo anterior.

El motor político-social que movió estos reinados hasta el año 711 es el ya anunciado con anterioridad y que de manera metafórica posee varios engranajes: un marcado proceso de protofeudalismo, luchas entre monarquía, nobleza e Iglesia por el poder en un equilibrio que varió según la actitud más o menos autoritaria del rey de turno, acaparamiento de tierras, privilegios y cuotas de poder por parte de la aristocracia con intereses más propios que centrados en el bien común, la configuración cada vez más rotunda de clanes nobiliarios divididos en bandos, y el peso y valor de las redes clientelares y de los *fideles*.

El ascenso de Ervigio al poder no puede ser tildado de otra manera que no sea con el apelativo de novelesco y un tanto propio de los vaivenes palatinos y juegos de poder de la monarquía visigoda del siglo VII. El nuevo rey visigodo, buen conocedor de la corte toledana, trató rápidamente de legitimarse en el poder, dada su peculiar ocupación del trono y la circunstancia de que, aunque inhabilitado según las leyes, su antecesor seguía vivo. Como no podía ser de otra manera y siguiendo la fórmula utilizada por otros monarcas, recurrió a la convocatoria de un concilio nacional en la capital, el número XII (en el año 675 bajo el reinado de Wamba se había convocado el XI reunido en la iglesia de Santa María pero fue de carácter provincial y trató principalmente asuntos eclesiásticos). El XII Concilio de Toledo se celebró en enero del año 681 en la basílica pretoriense de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y aparte de los obispos, también varios destacados abades y diversos nobles pertenecientes al Oficio

Palatino rubricaron sus actas. El sentido del sínodo fue fundamentalmente el de legitimar la ocupación del trono por parte de Ervigio, circunstancia que él mismo defendió vehementemente justificando todo lo acontecido. Un factor que resultó de gran apoyo para Ervigio fue la soberbia figura de San Julián y su peso en la Iglesia hispana de esos años. El rey visigodo contó con la aquiescencia del prelado, (San Julián llegó a dedicarle uno de sus escritos), y con el valor que daba la unción regia realizada meses atrás en el singular proceso de la pérdida del trono sufrido por Wamba. Desde prácticamente el primer instante en que Ervigio tomó las riendas del Reino Visigodo de Toledo quedó patente que en su proyecto político el obispado hispanogodo sería su sustento.

Otros aspectos que podemos destacar del XII Concilio de Toledo se centran en el cambio de política con respecto a la institución eclesiástica efectuado por Ervigio, con claras concesiones hacia la Iglesia y modificando por completo la actitud intervencionista de su antecesor, aboliendo o suprimiendo algunas de las disposiciones aprobadas años atrás. Otros gestos que confirman la buena sintonía entre monarquía e iglesia en tiempos de Ervigio son por ejemplo la definitiva posición preeminente de la iglesia toledana sobre todas las demás del reino, las competiciones judiciales dadas a los obispos y las muy severas leyes elaboradas contra los judíos, detrás de las cuales se encontraba el propio soberano, en pos de la unidad religiosa.

En resumen, el XII Concilio de Toledo legitimó definitivamente a Ervigio en el poder y marcó las buenas relaciones con el clero. Sin embargo, había otro pilar de la política visigoda con el que igualmente tenía que relacionarse de manera inevitable, la nobleza. Tras su peculiar ascensión al trono, Ervigio necesitaba que la nobleza no pusiera en peligro su posición, por consiguiente, las concesiones tenían que ser evidentes. Seguramente la muestra más cristalina sea la amnistía que recibieron diversos de los rebeldes que siguieron al malogrado duque Paulo, y en segundo lugar, la promulgación de una nueva ley militar. En esencia, Ervigio estaba obligado a modificar o sustituir la normativa aprobada por Wamba acerca del reclutamiento y movilización ante una invasión extranjera o rebelión interna que tantas ampollas levantó entre la

aristocracia tanto laica como religiosa. La ley militar no fue derogada, sino adaptada a los intereses de Ervigio. Lo más llamativo de la ley de Ervigio es que la obligación militar de los obispos desaparecía, pero se mantenían para los laicos los castigos en caso de no acudir al reclutamiento de tropas. En un Estado cada vez más prefeudalizado o protofeudalizado, las comitivas militares de los nobles eran más que necesarias para la conformación del *exercitus gothorum*, dándose el caso de que muchos de estos oligarcas preferían que sus dependientes trabajasen en sus amplias propiedades antes que acudir a la llamada del ejército. Independiente de las concesiones, Ervigio no podía permitir que los nobles (con una parte de sus dependientes y esclavos) y hombres libres no cumpliesen con sus obligaciones militares, por lo que las deserciones quedaron fuertemente sancionadas. Una última cuestión a destacar relacionada con la estricta ley militar de Wamba modificada o sustituida en tiempos de Ervigio fue que el sistema judicial del reino se había visto afectado al haber sido incumplida dicha ley por muchos individuos que perdieron el derecho de testificar. Por esta razón, Ervigio hizo que en el XII Concilio de Toledo desapareciesen estas sanciones incluidas las impuestas en tiempos de Wamba.

Durante el reinado de Ervigio se celebraron otros dos concilios más en Toledo, el XIII en el año 683 y el XIV en el año 684. De estos dos el más significativo es el primero —el XIV Concilio se centró en asuntos eminentemente eclesiásticos— ya que certifica las concesiones hacia la nobleza o al menos hacia un sector de la misma, siendo en este sínodo donde se aprobó —con el favor de los obispos— la señalada amnistía que llevó aparejada la recuperación de las propiedades confiscadas incluidas las de los participantes en la rebelión del traidor Paulo. Asimismo, es procedente recalcar que en este XIII Concilio se aprobó el respeto a las propiedades y bienes de la familia del rey y a la propia vida de los familiares una vez falleciese el soberano y se eligiera a su sucesor. Claramente, Ervigio fue el inspirador de esta medida justificada en su miedo a las represalias contra los suyos cuando él no estuviese, dada la forma tan peculiar en la que accedió al trono. Por último, en lo referido al XIII Concilio, en éste aparece el llamado en los ámbitos historiográficos y jurídicos *Habeas Corpus* visigodo con el que se ponía fin a la práctica

presente en las últimas décadas de obtener confesiones mediante daños corporales a miembros de la aristocracia laica y religiosa. Esta acción quedó abolida y en adelante el prohombre en cuestión pasaría a ser juzgado por un tribunal compuesto por los suyos, es decir, nobles, obispos y gardingos. Además, nobleza e Iglesia resultaron vencedoras al conseguir que los siervos, aunque perteneciesen al rey de turno, no podían entrar en los órganos de gobierno.

No contamos con muchos más datos del reinado de Ervigio. Conocemos el nombre de su esposa y a la sazón reina visigoda, Liuvigoto, y sabemos que tuvo que enfrentarse a problemas socio-económicos, véanse la legislación contra los esclavos fugados y la terrible hambruna recogida por la *Crónica Mozárabe*. Esta segunda coyuntura derivada de malas cosechas afectó duramente al estamento popular no privilegiado y supuso otra amnistía, en este caso de corte fiscal, que alivió a los contribuyentes. Una última cuestión y que hace que Ervigio como Leovigildo, Chindasvinto o Recesvinto deba ser considerado con el «título» de rey legislador es que realizó una revisión del *Liber Iudiciorum* al principio de su reinado que a grandes rasgos consistió en la modificación de un número importante de leyes anteriores y la inclusión de otras nuevas. En el ámbito legislativo es donde quedó patente el profundo antijudaísmo propugnado por Ervigio, ya que en el XII Concilio de Toledo solicitó a la jerarquía eclesiástica presente la aprobación de nuevas y duras leyes contra los judíos, quedando el monarca godo expuesto como un serio defensor de la unidad religiosa del reino rota por la nota disonante que resultaba la comunidad hebrea. Es más, Ervigio no se quedó en la cuestión legislativa y conciliar y pidió a San Julián, recordemos que el religioso procedía de una familia judeoconversa, una obra contra los judíos que, por supuesto, fue elaborada por el santo toledano.

A finales del año 687 concluyó el reinado de Ervigio, un gobierno marcado por las señaladas concesiones a altos dignatarios religiosos y laicos y por una profunda obra conciliar y legisladora. El proceso sucesorio no fue complejo ni estuvo revestido de luchas, pero sí una tanto extraño, ya que el trono no recayó en un hijo de Ervigio ni se dio un proceso electivo en el que hubiesen participado obispos y magnates palatinos, sino que fue a

parar en un noble que contaba con dos características especiales: estaba casado con una hija de Ervigio llamada Cixilo, y era sobrino de Wamba. Este prohombre y también buen conocedor de los entresijos palatinos y de la política visigoda era Egica, y fue elegido para el trono godo por Ervigio en su lecho de muerte en el palacio real de Toledo.

Tanto los inicios del reinado de Egica, y que el lector nos perdone, como otros episodios históricos tratados en este trabajo igualmente podrían incluirse en el marco cinematográfico o televisivo. La venganza volvió a ser la protagonista de la política visigoda instigada, según algunos grandes especialistas, por el depuesto Wamba, quien todavía vivía a pesar de su avanzada edad y ejercía una fuerte influencia sobre el nuevo soberano godo, Egica, que a la sazón era la cabeza visible del clan familiar y de sus amplias redes clientelares. El hecho de estar casado con la hija de Ervigio, la reina Cixilo, no evitó que Egica frenase su campaña de castigo contra el clan familiar de Ervigio. No obstante, y queriendo buscar un soporte legítimo para actuar, convocó a los pocos meses de ascender al trono el XV Concilio de Toledo, que se reunió a mediados del año 688 en la basílica pretoriense de los Santos Pedro y Pablo con una nutrida asistencia de obispos y magnates palatinos. Para el rey visigodo resultaba determinante que el sínodo le absolviese de los juramentos prestados a su antecesor, especialmente de aquel en el que se comprometía a no dañar a su familia política una vez Ervigio hubiese dejado este mundo. El concilio accedió aunque a medias tintas, pues no eximió a Egica de cumplir con el juramento de actuar con justicia con sus súbditos. De todas formas, sabemos que Egica sí tomó represalias contra la familia de Ervigio. Aparte de la cuestión política y familiar de Egica, en el XV Concilio de Toledo también se trataron asuntos eclesiásticos y teológicos en los que el obispo San Julián fue la voz protagonista.

En los años 693 y 694 se celebraron otros dos concilios toledanos, los números XVI y XVII respectivamente, siendo el *leimotiv* de ambos ya no tanto la política del *regnum* como sí el asunto eminentemente religioso. Egica sí siguió la línea marcada por su antecesor en cuanto a los judíos, pero tal vez dando un paso más. Realmente, podría ser considerado como el gobernante godo más abiertamente antijudío y a los hechos nos remitimos.

Con el beneplácito del XVI Concilio, una ley suya afectó a la comunidad judía hispana en los planos tributario y comercial, y en el XVII Concilio se estableció la dispersión de las comunidades judías del reino y se impuso la condición de siervos para todos los judíos. En la Narbonense o Septimania visigoda los judíos se libraron por el azote de la peste que vivía dicha provincia, que se encontraba en una crisis social y económica absoluta. Asumiendo el objetivo de la unificación religiosa del reino tan preconizada desde mucho tiempo atrás por la monarquía visigoda, ¿de dónde viene ese especial interés de Egica por acabar radicalmente con el «problema judío»? Es un tema que ha hecho correr ríos de tinta en los círculos historiográficos. Por su parte, el profesor Orlandis, siguiendo también a otros grandes especialistas, sostiene que la actitud de Egica se justifica si consideramos que los judíos de la península Ibérica junto al resto de judíos del Mediterráneo tramaban un complot basado en una actuación política de cariz violento. Se detectan rebeliones en Oriente Próximo pero más llamativo y cercano a Hispania resulta, en palabras del profesor Orlandis, «a la otra orilla del Estrecho, los hebreos hispánicos pudieron entrar en contacto con la importante tribu magrebí de Yerawa, a la vez judía y guerrera, a la que perteneció la Kahina, la célebre profetisa que dirigió hasta su muerte —después de 697— la resistencia frente al avance de los ejércitos árabes hacia Occidente. Parece verosímil que las relaciones con estos vecinos judíos africanos fueran la conspiración descubierta y duramente reprimida por Egica».

El reinado de Egica no puede entenderse sin las conspiraciones, conjuras, rebeliones y un cierto intervencionismo religioso. Una de estas intrigas llevó el sello del mismísimo metropolitano de Toledo, no ya San Julián, que falleció en el año 690, sino de su sucesor, Sisberto, que en el año 693 perdió su puesto al dirigir un complot contra el monarca godo. No estamos ante una jugada que buscase simplemente derrocar a Egica, sino que el fin era acabar con él y su familia, y es de suponer que el obispo contaría con el apoyo de distintos miembros de la aristocracia. En el XVI Concilio de Toledo se recoge que Sisberto fue excomulgado, desterrado hasta el final de sus días y perdió sus bienes. Pero si peligrosa fue para Egica la conjura del prelado Sisberto, más lo fue si cabe la del noble

Suniefredo. Éste, identificado habitualmente con un duque, a finales de siglo pudo llegar a hacerse con el control de la *urbs regia* como se inferiría de la acuñación de moneda que realizó en Toledo. En el marco de estas conjuras y rebeliones habría que encajar el control de los juramentos de fidelidad y la referencia que hace la *Crónica Mozárabe* a Egica como un perseguidor de los godos en el sentido de la represión nobiliaria que tuvo que efectuar a consecuencia de lo descrito. Una circunstancia que seguramente no resultó del agrado de muchos aristócratas y que recordaba tiempos pasados fue la asociación al trono de su joven hijo Witiza y la asignación de la provincia de la Gallaecia para su gobierno.

En comparación con otros reinados, el de Egica fue extenso en el tiempo pero de los últimos años carecemos de información. Sobre esta fase, son de reseñar la actividad legisladora de Egica no sólo asociada a sus medidas antijudaicas, la victoria en la zona levantina del conde Teodomiro[18] sobre una flota bizantina, varios posibles enfrentamientos con los francos en la frontera norte, la tensión social y unas gravísimas y dramáticas epidemias de peste que se cebaron con la población de la Narbonense pero que afectaron a casi todo el reino incluido el mismísimo palacio toledano.

En el año 700 se dio el gobierno conjunto entre un Egica ya muy maltrecho por su avanzada edad y su joven hijo Witiza. El periodo de trono compartido abarcó dos años que apenas nos son conocidos pero que se enmarcarían en el clima heredado de los sucesos comentados en el párrafo anterior. En las postrimerías del año 702 murió Egica, pasando Witiza —a quien las crónicas posteriores a la invasión musulmana y asturianas presentan con visiones enfrentadas— a reinar en solitario con un claro giro en la política del reino. Su padre había seguido la estela de otros soberanos que intentaron fortalecer el poder monárquico y su posición personal pero Witiza, que había vivido de cerca la rebelión de Suniefredo, varió con respecto a su antecesor. Ciertamente, resulta complejo enfrentarnos a los años de gobierno de Witiza. No disponemos de muchos datos y las fuentes son en algunos casos dispares a la hora de tratar al hijo de Egica. Por nuestra parte, no entraremos en ese debate porque consideramos que desviaría la atención del objetivo total y global de la obra. Lo que sí parece claro es que esa variación de la política paterna quedó plasmada en una

posición más laxa de cara a la nobleza. La *Crónica Mozárabe* deja en evidencia que en los tiempos de Egica la mano dura con los aristócratas opositores había abundado por doquier. En cambio, Witiza anuló las penas de destierro, devolvió las tierras confiscadas, efectuó compensaciones económicas, las obligaciones contraídas con su padre fueron invalidadas por el fuego y muchos nobles recuperaron sus funciones y cargos palatinos. La actitud del rey godo vendría a quedar justificada en la búsqueda de una mayor red de apoyos y en el interés por generar un clima menos tenso que el vivido en el reinado anterior.

La actividad conciliar siguió presente y en el año 704 se celebró el XVIII Concilio de Toledo cuyas actas, desgraciadamente, no conservamos. Esto supone un lastre importante a la hora de estudiar y analizar la situación del Reino Visigodo de Toledo a principios del siglo VIII. En contraste, sí tenemos informaciones sobre otros hechos que definieron los últimos años de reinado de Witiza y que tuvieron un marcado cariz negativo y sumieron al reino en una profunda crisis social y económica. Las hambrunas derivadas de malas cosechas y una gravísima epidemia de peste volvieron a cebarse con la sociedad hispanovisigoda.

Cuando arrancaba el año 710 el aún joven Witiza murió por causas naturales. El reino toledano se enfrentaba a una nueva elección en un clima enrarecido y con la familia de Witiza, liderada por su hermano Oppas, y sus seguidores intentado retener el trono dentro de su clan. Sin embargo, los prohombres laicos y religiosos del reino no estaban por la labor de contar con un tercer miembro de la familia de Egica, y vieron en el *dux* de la Bética, Rodrigo —de quien recientemente el profesor García Moreno ha señalado sus fuertes vínculos con la ciudad de Córdoba—, una buena elección. El efímero reinado del malogrado Rodrigo está en gran parte cubierto por las sombras y las dudas, emergiendo con fuerza el brazo de la leyenda. Es indudable que su llegada al trono estuvo revestida de una absoluta legitimidad que, todo hace indicar a partir de los siguientes sucesos, no era compartida por varios nobles del reino.

---

18 Una vez iniciada la conquista islámica, Teodomiro obtuvo un pacto ventajoso con los musulmanes para el mantenimiento de su posición en la zona de Orihuela y Murcia.



Bernardo Blanco y Pérez, *El rey Don Rodrigo arengando a sus tropas en la batalla de Guadalete*, 1871 (Colección Museo del Prado).

De Rodrigo sabemos que en la primavera del año 711 se encontraba en el norte peninsular combatiendo. ¿Contra quién? Se abren dos posibilidades: o bien en una tradicional campaña de castigo contra los irredentos vascones o bien contra un poderoso opositor llamado Akhila o Agila II que llegó a acuñar moneda en las dos provincias nororientales, Tarraconense y Narbonense. Algunos de los grandes especialistas identifican a este Agila con uno de los hijos de Witiza, otros en cambio no comparten esta postura al no contar los hijos de Witiza con la edad suficiente, quedando Agila como un rebelde al estilo del duque Paulo. Mientras tanto, en el sur se cernía la tragedia. Las huestes de Mahoma llevaban desde tiempo atrás viendo la península Ibérica como un territorio más que conquistar y la situación de crisis política y socio-económica hizo que el año 711 fuese el momento ideal para ello. Tras algunas fructíferas incursiones previas, también en la primavera del año 711 un ejército liderado por Tarik —mano derecha del gobernador de la provincia omeya Ifriquiya (norte de África) Muza y que más tarde se sumaría también a la conquista— arribó a costas hispanas con una tropa conformada principalmente por bereberes. Podemos señalar que la invasión se produjo en lo que se consideraría un ambiente de guerra civil entre Rodrigo y sus opositores derivado de la crisis sucesoria abierta a la muerte de Witiza y que pudo propiciar el llamamiento de una fuerza exterior como los musulmanes,

quienes, dicho sea, ansiaban cruzar el Estrecho. Los triunfos iniciales de los musulmanes hicieron saltar la voz de alarma y Rodrigo velozmente tuvo que desplazarse hasta el sur de la Bética para hacer frente a su triste cita con la Historia. En julio del año 711 tuvo lugar uno de los hechos más cruciales de la historia de España, la batalla de Guadalete. Tradicionalmente se considera que, a pesar de la superioridad numérica del ejército visigodo, Rodrigo sería traicionado en el campo de batalla. Así, el rey godo fue derrotado y puede que muerto espada en mano, aunque según alguna crónica y leyenda pudo retirarse al interior de la Lusitania con un grupo de leales sin que trascendiese mucho más. De esta manera, llegó la llamada «pérdida de España». Las puertas del Reino Visigodo de Toledo se abrieron de par en par para los musulmanes desarrollándose su conquista, que estuvo rodeada de muchos pactos pero también de lucha y oposición (incluso más de la que habitualmente se piensa), en el nombrado clima de guerra civil y con problemas sociales agravados por las últimas epidemias de peste. Toledo cayó. Las grandes ciudades del reino como Córdoba y Mérida opusieron una férrea resistencia antes de sucumbir, y en provincias como la Tarraconense, especialmente en la zona de la actual Cataluña, y en la Narbonense con los supuestos sucesores de Agila II, se luchó durante varios años. Aun así, prácticamente todo el antaño y glorioso *Regnum Gothorum* —el sueño de Leovigildo, Recaredo y el resto de soberanos godos— llegó a su fin. Aunque esta sentencia, tal vez, no sea del todo correcta. En el norte de Hispania, en las antiguas tierras de los astures, Pelayo, un noble godo con fuertes vínculos tanto con aquella zona como con el fenecido rey Rodrigo, espatario suyo, comenzó a articular una resistencia godo-astur que tuvo en la mítica batalla de Covadonga —más bien un pequeño choque o refriega— el punto de inicio de un largo camino que definió y marcó sin paliativos: la Reconquista. O si algún lector no es del gusto de este término, recurrimos a otro concepto más auténtico y cargado de un profundo simbolismo y casi sacralidad: la Restauración del reino perdido, siguiendo ese sentimiento de pertenencia y vinculación, como ya hemos comentado al cerrar el primer capítulo, desarrollado en los reinos cristianos del norte surgidos a lo largo de la Alta Edad Media. Además estos reinos consideraban legítima su lucha, pues las raíces de todos ellos se

encontraban en la esencia de la *Hispania Gothorum*. Pero esto, amigo lector, es ya otra historia[19].



Franz Xaver Winterhalter, *Florinda*, 1853 (Colección Metropolitan Museum of Arte, Nueva York)

19 Hemos optado por sintetizar la destrucción del Reino Visigodo de Toledo y no adentrarnos en los pormenores de la conquista islámica ya que consideramos, por un lado, se trata de un tema muy extenso y, por otro, nos haría adentrarnos en el inicio de la Reconquista saliéndonos del marco cronológico establecido para este trabajo y tal vez desviando la atención del foco principal de la obra.

10.
Epílogo: Una profunda huella, un legado imperecedero

En la España del siglo XXI tan desconectada pero a la par tan conectada con la España Visigoda resulta de especial interés conocer el periodo histórico analizado en este libro para, a partir del mismo, reflexionar sobre nuestro pasado, presente y futuro. Lo hemos señalado en infinidad de ocasiones y es que no podemos ver la Historia bajo el prisma de mujeres y hombres del mundo postmoderno. No debemos juzgar a la Historia porque realmente será ésta quien nos juzgue. La Historia es maestra de vida y si hay algo que nos dejó el Reino Visigodo de Toledo, con sus luces y sus sombras obviamente y sin mitificarlo evidentemente, es el hecho de ser el germen de la actual España. No podemos entender nuestro particular proceso histórico a lo largo de los siglos medievales, modernos e incluso contemporáneos sin remitirnos a lo acontecido durante esta época y a cómo aconteció. Un Reino Visigodo de Toledo que no surgió de la nada, sino que en base a una estructura política y administrativa romanas se desarrolló para «mayor gloria» en una nueva entidad política con un marcado carácter territorial. Una profunda identificación entre monarquía visigoda e Hispania reflejada por ejemplo por el cronista franco Gregorio de Tours cuando habla de Leovigildo y de Recaredo como Reyes de Hispania (*rex Hispaniae*). Un proyecto unitario a nivel político, territorial, religioso, administrativo, judicial, etc., que llevó a extender el concepto de *godos* a los habitantes del *regnum* sin distinción étnica tal y como reflejan las fuentes. En definitiva, una fusión del elemento hispanorromano con el componente godo en pos de un proyecto superior.

Si el lector nos permite una nueva licencia, aparte de todo lo expuesto en este trabajo, la profunda huella y el legado imperecedero también lo

encontramos cuando, en compañía de nuestro frater y también historiador Gonzalo Rodríguez, rastreamos las raíces y esencia de Hispania durante nuestra visita al Museo Arqueológico Nacional. Un legado que en dicha visita guiada clasificamos en tres niveles: simbólico-épico, religioso-político e identitario. No obstante, seguramente la mejor manera de acercarnos y de comprender la nombrada huella y el señalado legado sean otra vez las palabras del gran sabio San Isidoro de Sevilla en su *De laude Spaniae* (*Alabanza de España*) en la que recoge, entre otras cuestiones el sentir y el sentido auténtico de lo que fuimos, somos y lleguemos a ser:

«Tú eres, oh España, sagrada y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el Occidente hasta la India. Tú, por derecho, eres ahora reina de todas las provincias, de quien reciben prestadas sus luces no sólo el ocaso, sino también el Oriente. Tú eres el honor y el ornamento del orbe y la más ilustre porción de la tierra, en la cual grandemente se goza y espléndidamente florece la gloriosa fecundidad de la nación goda».

Anexo 1
Trece *curiosidades godas* muy de nuestro gusto

1. Según el cronista Jordanes, cuando los godos emigraron desde «la isla de Escandia» para llegar a «Gotiscandia», lo hicieron dirigidos por su mítico rey Berig en tan sólo tres barcos.

2. Bajo nuestro punto de vista el águila, como animal totémico en la tradición de los pueblos germanos, adquirió un profundo valor simbólico reflejado no sólo en las fíbulas aquiliformes, sino también en la introducción en Occidente del noble arte de la cetrería, como señala el profesor Arce, y en las metafóricas y poéticas palabras de San Isidoro cuando en sus *Etimologías* dice que el águila puede mirar al sol sin necesidad de cerrar los ojos.

3. El llamado *morbus gothorum* o morbo gótico —«enfermedad» por la cual los godos se mataban unos a otros—, fue una invención de las crónicas francas para atacar a sus acérrimos enemigos godos y carece de todo fundamento, puesto que los asesinatos y las luchas por el poder se daban igual o más en el resto de monarquías germanas.

4. Si el lector quiere atisbar y sentir aunque sea levemente la magnificencia de la poderosa y legendaria figura del rey ostrogodo Teodorico el Grande o el Amalo puede hacerlo. Le recomendamos encarecidamente que visite la ciudad de Rávena y especialmente que entre en su mausoleo y lea respetuosamente el *Panegírico* de Ennodio, el *Cantar de Hildebrand* o incluso la *Saga de Teodorico de Verona*.

5. Según el cronista Procopio de Cesarea, antes de la batalla de *Busta Gallorum* del año 552 el rey ostrogodo Totila, queriendo ganar tiempo para la llegada de refuerzos, se colocó entre el ejército ostrogodo y el bizantino. Ante sus enemigos se mostró desafiante, vestido con una llamativa armadura chapada en oro y montando un poderoso caballo, cabalgando mientras tiraba su lanza a los aires, la recogía y se la pasaba de mano en mano ejecutando una precisa danza. Una auténtica muestra de poderío, prestigio guerrero o destreza ecuestre ante sus hombres y sus enemigos.

6. Si el lector observa con perspectiva y reflexiona, verá que los tres pueblos bárbaros que entraron en el otoño del año 409 —suevos, vándalos y alanos— fueron antes o después derrotados y su permanencia o desarrollo como entidad política independiente en la península Ibérica condicionada por los visigodos.

7. El caballo era el animal más valioso para los godos. En el contexto visigodo sabemos de la existencia del *comes stabuli* o conde de los establos —encargado de los establos reales—, y del gusto de los monarcas por visitar y pasear por las caballerizas. Además, la caballería era el arma fundamental de los godos. San Isidoro señala al respecto: «entran en combate ecuestre no sólo con las lanzas, sino también con los dardos; y no sólo atacan en combate ecuestre, sino también en combate de a pie; pero confían, sobre todo, en la carrera veloz de sus caballos, por lo que también dijo un poeta: "El geta adonde va, con su caballo va"».

8. Entre las múltiples características que marcaban el funcionamiento de los concilios de Toledo, como auténticos órganos de gobierno que llegaron a ser, estuvo la del *tomo regio*, que contiene las cuestiones, propuestas y disposiciones que el monarca de turno quería que fuesen tratadas durante el concilio.

9. El profesor Jesús Ignacio Fernández Domingo recoge en su libro *El nombre de las personas*, en base también a estudios previos de otros autores, el significado de los nombres de los reyes godos.

Rescatamos alguno de ellos: Alarico: *Ala-rich* (Todo + rey) o «Rey único»; Teodorico: *Teodo-Dieth-rich* (Pueblo + rey) «Rey del pueblo»; Recaredo: *Reca-rich-redo-red* (Rey + fama) «Fama real»; o uno muy llamativo que concordaría con el título que le dimos al apartado que protagoniza: Wamba: *Wamb* (Deseo) «Deseo».

10. No podríamos entender la existencia de leyendas como las de la Cueva de Hércules, el Palacio Encantado o la Cava Florinda, o el argumento de romances como el del Rey Don Rodrigo y la pérdida de España sin conocer la significación del Reino Visigodo de Toledo.

Y para cerrar este anexo, tres *curiosidades godas* más para quedarnos con el peculiar y mágico número de trece:



Fíbulas aquiliformes visigodas (Museo de Cáceres).

11. En los círculos historiográficos siempre ha resultado muy complejo establecer cuántos godos entraron y quedaron asentados en Hispania a lo largo del siglo V y primer tercio del VI. Asumiendo que nos movemos en el campo de la más absoluta hipótesis y teniendo presentes los movimientos militares y las entradas de visigodos descritos en la obra, apostamos por las posturas que aventuran cifras de entre 150.000 y 200.000 individuos como número total a raíz de las escalonadas penetraciones.

12. Es posible, y así lo considera el académico García Moreno, que en el contexto de la reforma administrativa emprendida por los reyes Chindasvinto y Recesvinto y con el objetivo de controlar a las

poblaciones norteñas, se estableciesen dos nuevas provincias o ducados con un marcado cariz militar: Cantabria, quedando la estratégica Amaya como su capital, y Asturias, que tendría su centro en Astorga.

13. Durante los meses primaverales y veraniegos del año 2020 podrá visitarse en la antigua capital visigoda de Toulouse (Tolosa) una magnífica exposición sobre el Reino Visigodo de Tolosa. Recomendamos al lector que acompañe la lectura de este trabajo con la visita a esta sublime exposición.

Anexo 2
Cronología de los reinados

REYES Y REINAS OSTROGODOS

Valamiro: ¿? – 468/469
Teodomiro: 469 – 474 / Erelieva o Ereleuva (concubina católica. Bautizada como Eusebia y madre de Teodorico el Grande)
Teodorico el Grande: 474 – 526 / Audefleda
Atalarico: 526 – 534 / Amalasunta (madre y regente)
Teodato: 534 – 536 / Amalasunta
Vitiges: 536 – 540 / Matasunta
Hildibaldo: 540 – 541
Erarico: 541 – 541
Totila: 541 – 552
Teya: 552 – 553

REYES Y REINAS VISIGODOS

Alarico I: 395 – 410
Ataúlfo: 410 – 415 / Gala Placidia
Sigerico: 415
Walia: 415 – 418
Teodorico I: 418 – 451
Turismundo: 451 – 453
Teodorico II: 453 – 466
Eurico: 466 – 484 / Ragnahilda
Alarico II: 481 – 507 / Thiudigoto
(fin del Reino Visigodo de Tolosa)
Gesaleico: 507 – 511
Amalarico: 511 – 531 / Clotilde (gobierno y regencia de Teodorico el Grande entre 511-526)
Teudis: 531 – 548 / Rica dama hispanorromana de nombre desconocido
Teudiselo: 548 – 549
Agila: 549 – 555
Atanagildo: 555 – 567 / Goswinta
Liuva I: 568 – 573
Leovigildo: 568/569 – 586 / Goswinta
Recaredo: 589 – 601 / Baddo
Liuva II: 601 – 603
Witerico: 603 – 610
Gundemaro: 610 – 612 / Hildoara
Sisebuto: 612 – 621
Recaredo II: 621
Suintila: 621 – 631
Sisenando: 631 – 636
Chintila: 636 – 639
Tulga: 639 – 642
Chindasvinto: 642 – 653

Recesvinto: 649 – 672 / Reciberga
Wamba: 672 – 680
Ervigio: 680 – 687 / Liuvigoto
Egica: 687 – 702 / Cixilo
Witiza: 698 - 710
Rodrigo: 710 – 711 / Egilo

Bibliografia

En esta primera parte del aparato bibliográfico vamos a exponer las principales fuentes antiguas y las respectivas ediciones que hemos manejado sin las cuales nos habría sido imposible trabajar. Asimismo, consideramos que esta exposición facilitará al lector los datos con los que poder buscar la edición en concreto si así lo desea. Por otro lado, siempre hemos pensado que resulta fundamental que el lector pueda conocer directamente sobre nuestro texto lo que señalan las propias fuentes antiguas. Esta es una de las razones por las que hemos insertado en este trabajo determinados extractos de las magníficas e imprescindibles ediciones de las siguientes fuentes, amén del dinamismo que sostenemos aportan a la lectura:

AMIANO MARCELINO: *Historia*, ed. M. Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002. Existe una versión más antigua de F. Norberto Castilla, *Historia del Imperio Romano desde el año 350 al 378 de la era cristiana*, Madrid, Librería de la viuda de Hernando, 1895, Tomo I.

CASIODORO: *Cassiodorus. Variae epistolae*, Corpus Christianorum, ed. A.J. Fridh, 96, 1973 (en latín).

CLAUDIANO: *Poemas*, ed. Miguel Castillo Bejarano, Madrid, Gredos, 1993.

Concilios visigóticos e hispano-romanos, ed. José Vives, Barcelona-Madrid, CSIC, 1963. Existe una versión más antigua traducida del latín por Juan Tejada y Ramiro, *Colección de Cánones de la Iglesia Española* de Francisco Antonio González, Madrid, Imprenta de Anselmo Santa Coloma y Compañía, 1850.

Crónicas Asturianas, ed. Juan Gil Fernández *et aliii*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985.

Crónica Caesaraugustana, *Acerca de la denominada Crónica de Zaragoza*, estudio de Juan Antonio Jiménez Sánchez en *Helmantica: Revista de filología clásica y hebrea*, nº 177, (2007), pp. 339-376.

Crónica de Fredegario, *Chronique des temps mérovingiens*, ed. Olivier Devillers y Jean Meyers, Turnhout, Brepols, 2001 (en francés).

Crónica mozárabe de 754, ed. J.E. López Pereira, León, Centro de Estudios San Isidoro, 2009.

Ennodio: *Obra miscelánea; declamaciones*, ed. Agustín López Kindler, Madrid, Gredos, 2007.

Epistolae Wisigoticae, *Miscellanea wisigothica*, ed. J. Gil en *Anales de la Universidad Hispalense*, 1972, (nº 15), pp. 1-49.

Gregorio de Tours: *Historia Francorum, Monumenta Germaniae Historica*, Scriptores Rerum Merovingiarum, ed. B. Krush y W. Levison y *The History of the Franks*, ed. Lewis Thorpe, London, Penguin, 1974 (en inglés).

Hidacio: *Idacio, obispo de Chaves. Su cronicón. Introducción, texto crítico, versión española y comentario*, ed. Julio Campos Ruiz, Salamanca, Calasancias, 1984. Existe una versión más antigua de Marcelo Macías García, *Cronicón de Idacio. Versión castellana, con abundantes notas y aclaraciones, precedida de un estudio del insigne obispo y su obra*, Orense, Imprenta de A. Otero, 1906.

Ildefonso de Toledo: *San Ildefonso de Toledo*, ed. V. Blanco y J. Campos, Madrid, BAC, 1971.

Institutionum Disciplinae: *Las Institutionum Disciplinae: programa educativo para un noble godo*, ed. Ana B. Sánchez Prieto en *Ideales de Formación en la Historia de la Educación*, Madrid, Dykinson, 2011, pp. 87-104.

Isidoro de Sevilla: *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, edición crítica y traducción*, ed. Cristóbal Rodríguez Alonso, León, Centro de Estudios e Investigaciones «San Isidoro», 1975.

Isidoro de Sevilla: *Etimologías*, ed. José de Oroz Reta *et alii*, Madrid, BAC, 1982.

Isidoro de Sevilla: *Sentencias*, ed. Ismael Roca Meliá, Madrid, BAC, 2009.

Jordanes: *Orígenes y gestas de los godos*, ed. José María Sánchez Martín, Madrid, Catedra, 2001.

Juan de Bíclaro: *Juan de Bíclaro, obispo de Gerona. Su vida y su obra. Introducción, texto crítico y comentarios*, ed. Julio Campos Ruiz, Madrid, CSIC, 1960.

Julián de Toledo: *Julián de Toledo: «Historia del Rey Wamba» (Traducción y Notas)*, ed. Pedro Rafael Díaz y Díaz en *Florentia iliberritana*, nº 1, (1990), pp. 89-144.

Liber Iudiciorum, Boletín Oficial del Estado, 2015.

Martín de Braga: *Martín de Braga. Obras completas. Versión castellana, edición y notas*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1990.

Orosio: *Historias. Libros V-VII*, ed. Eustaquio Sánchez Salor, Madrid, Gredos, 1982.

PROCOPIO DE CESAREA: *Historia de las Guerras. Libros III-IV. Guerra Vándala* e *Historia de las Guerras. Libros V-VI* y *VII-VIII. Guerra Gótica*, ed. José Antonio Flores Rubio, Madrid, Gredos, 2006.

SAAVEDRA FAJARDO, DIEGO DE: *Corona Gothica, Castellana y Austriaca*, Forgotten Books, 2019.

SIDONIO APOLINAR: *Sidonius Apollinaris: Epistolae, Monumenta Germaniae Historica. Auctores Antiquissimi*, VIII, ed. Christian Luetjohann (en latín).

TÁCITO: *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, ed. José María Requejo Pietro, Madrid, Gredos, 1981.

ZÓSIMO: *Nueva Historia*, ed. José María Candau Morón, Madrid, Gredos, 1992.

Recomendamos tanto las anteriores ediciones como los siguientes estudios y trabajos sobre este periodo.

AA.VV.: *Concilio III de Toledo: XIV centenario, 589-1989,* Toledo, Arzobispado de Toledo, 1991.

AGUD APARICIO, ANA y FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Mª PILAR: *Manual de lengua gótica*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1988.

ÁLVAREZ JIMÉNEZ, DAVID *et alii*: *El espejismo del bárbaro. Ciudadanos y extranjeros al final de la Antigüedad*, Castellón de la Plana, Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2013.

ARCE MARTÍNEZ, JAVIER: *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 a.d.)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2005.

___: *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (507-711)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2011.

___: *Alarico (3657370-410 A.D.). La integración frustrada*, Madrid, Marcial Pons, 2018.

ARRIES, JAVIER: *Magia y religión nórdicas*, Madrid, Luciérnaga, 2019.

BANGO TORVISO, ISIDRO G.: «Alta Edad Media: de la tradición hispanovisigoda al románico», *Manual del arte español: introducción al arte español*, Madrid, Sílex, 2003.

BARROSO CABRERA, RAFAEL *et alii*: «Mundo funerario y presencia «germánica» en *Hispania* (ss. V-VI DC)», en *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss.V-VII): balances y perspectivas*, (coord. JORGE LÓPEZ QUIROGA *et alii*), Madrid, Oxford, 2006, pp. 213-220.

___ *et alii*: *Gallaecia Gothica: de la conspiración del Dux Argimundus (589/590 d.C.) a la integración en el Reino visigodo de Toledo*, Madrid, Audema, 2015.

___ y MORÍN DE PABLOS, JORGE: «Armas en la arqueología madrileña de la Antigüedad Tardía», *La*

investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid, nº 8, (2006), pp. 735-745.

BESGA MARROQUÍN, ARMANDO: «La batalla de Vouillé», *Historia 16*, nº 380, (2007), pp. 10-31.

BRAVO CASTAÑEDA, GONZALO: *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio*, Madrid, Akal, 1991.

BRONISCH, ALEXANDER PIERRE: *Reconquista y Guerra Santa. La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo XII*, Granada, Universidad de Granada, 2006.

BURNS, THOMAS S.: «Al otro lado del Rin: los bárbaros en el s. IV», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 29, (2015), pp. 48-54.

CAMINO MAYOR, JORGE (coord.): *La Carisa y la Mesa, causas políticas y militares en el origen del Reino de Asturias*, Oviedo, Asociación Amigos de la Carisa, 2011.

CAMPBELL, JOSEPH: *El poder del mito*, Madrid, Capitán Swing, 2015.

CANDELAS COLODRÓN, CÉSAR: «*Plebs* y aristocracia en el Cronicón de Hidacio: La organización política hispanorromana en el siglo V», *Polis*, nº 13, (2001), pp. 129-139.

CANTERA MONTENEGRO, SANTIAGO: *Hispania - Spania. El nacimiento de España*, Madrid, Actas, 2014.

CARROBLES SANTOS, JESÚS *et alii*: *Regia Sedes Toletana*, Toledo, Audema, 2007.

CASTELLANOS GARCÍA, SANTIAGO: *En el final de Roma (ca. 455.480)*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

___: *Los godos y la cruz: Recaredo y la unidad de Spania*, Madrid, Alianza, 2007.

CATALÁN RAMOS, RAÚL: *Fortificaciones en la Tardoantigüedad*, Madrid, La Ergástula, 2014.

CEBRIÁN ZÚÑIGA, JUAN ANTONIO: *La aventura de los godos*, Madrid, La esfera de los libros, 2002.

COLLINS, ROGER: *La Europa de la Alta Edad Media: 300-1000*, Madrid, Akal, 2000.

___: *La España visigoda, 409-711*, Barcelona, Crítica, 2005.

CORREDERA NILSSON, ENRIQUE J.; *Todos somos godos. Las relaciones hispano-suecas desde 1640 hasta la Paz de Oliva*; Madrid, Universidad Complutense, 2009.

COUMERT, MAGALI y DUMÉZIL, BRUNO: *Los reinos bárbaros en Occidente*, Granada, Universidad de Granada, 2013.

DE ABADAL Y DE VINYALS, RAMÓN: *Del Reino de Tolosa al Reino de Toledo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1960.

DE AYALA MARTÍNEZ, CARLOS: *Sacerdocio y Reino en la España Altomedieval. Iglesia y poder político en el Occidente peninsular, siglos VII-XII*, Madrid, Sílex, 2008.

DE PALOL Y SALELLAS, PEDRO y RIPOLL LÓPEZ, GISELA: *Los Godos en el occidente europeo*, Madrid,

Encuentros, 1998.

DÍAZ Y DÍAZ, MANUEL C. *et alii*: «España visigoda. I. Las invasiones. Las sociedades. La Iglesia», *Historia de España de Menéndez Pidal*, T. III, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

DÍAZ MARTÍNEZ, PABLO C.: «Rey y poder en la monarquía visigoda», *Iberia*, nº 1, (1998), pp. 175-195.

___: *Hispania tardoantigua y visigoda*, Madrid, Istmo, 2007.

___: *El reino suevo (411-585)*, Madrid, Akal, 2013.

DÍAZ MARTÍNEZ, PABLO y TORRES PRIETO, JUANA M.: «Pervivencias paganas en el cristianismo hispano (siglos IV-VII)», en *El cristianismo: aspectos históricos de su origen y difusión en Hispania*, (coords. TEJA CASUSO, RAMÓN y SANTO YANGUAS, JUAN), Vitoria, Universidad del País Vasco, 2001.

DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ, FERNANDO: *Los Godos. Desde sus orígenes Bálticos hasta Alarico I*, Madrid, Cultivalibros, 2011.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, ADOLFO: «La *Chronica Caesaraugustana* y la presunta penetración popular visigoda en Hispania, *Antigüedad y Cristianismo,* nº 3, (1986), pp. 61-68.

ESPARZA TORRES, JOSÉ JAVIER: *Visigodos. La verdadera historia de la primera España*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

FERNÁNDEZ, GONZALO: «Problemas históricos en torno a la muerte de Arrio», *Erytheia: Revista de estudios bizantinos y neogriegos*, nº 5, (1984), 95-103.

FERNÁNDEZ CONDE, FRANCISCO JAVIER: «Prisciliano y el priscilianismo. Historiografía y realidad», *Clio & Crimen*, nº I, (2004), pp. 43-85.

GÁRATE CÓRDOBA, JOSÉ MARÍA: *Historia del Ejército español I. Los orígenes*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1981.

GARCÍA MORENO, LUIS AGUSTÍN: «Estudios sobre la organización administrativa del Reino visigodo de Toledo», *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 44, (1974), pp. 5-155.

___: *Historia de España visigoda*, Madrid, Cátedra, 1989.

___: *Las claves de los Pueblos Germánicos*, Barcelona, Planeta, 1992.

___: *La construcción de Europa. Siglos V-VIII.*, Madrid, Síntesis, 2001.

___: «El cristianismo y los pueblos bárbaros. Algunos apuntes», en *El cristianismo: aspectos históricos de su origen y difusión en Hispania*, (coords. TEJA CASUSO, RAMÓN y SANTO YANGUAS, JUAN), Vitoria, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 67-79.

___: *Leovigildo. Unidad y diversidad de un reinado*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2008.

___: *España 702-719. La conquista musulmana*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2014.

___: *España, siglo V. La monarquía goda Balta y la Diócesis de las Españas*, Madrid, Boletín Oficial

del Estado, 2017.

GARCÍA QUINTELA, MARCOS V.: *Mitos Hispánicos II. Folclore e ideología desde la Edad Media hasta nuestros días*, Madrid, Akal, 2004.

GÓMEZ ARAGONÉS, DANIEL: «¿Desapareció el Reino Visigodo de Toledo en el año 711?, *IV Jornadas Visigodas de Guadamur*, (2011), pp. 9-35.

___: *La invasión bizantina de Hispania 533-625. El reino visigodo frente a la expansión imperial*, Madrid, Almena, 2013.

___: *El esplendor del Reino Visigodo de Toledo*, Toledo, Covarrubias, 2014.

___: *Vouillé, 507. El nacimiento del Regnum Gothorum de España*, Zaragoza, HRM Ediciones, 2016.

___: *Bárbaros en Hispania. Suevos, Vándalos y Alanos en la lucha contra Roma*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

GONZÁLEZ CAMPOS, MARIANO (traducción y estudio): *Saga de Teodorico de Verona. Anónimo del siglo XIII,* Madrid, La Esfera de los Libros, 2010.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, RAFAEL: «El mito gótico como configurador de la Nación Española», en *Europa y sus mitos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, pp. 127-141.

___: «La pasión por la historia: cronicones, ¿falsos o apócrifos? El mito gótico en los cronicones», en *En torno al Barroco: miradas múltiples*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006, pp. 211-225.

GONZÁLEZ SALINERO, RAÚL (editor): *Marginados sociales y religiosos en la Hispania tardorrromana y visigoda*, Madrid, Signifer Libros, 2013.

GONZÁLVEZ RUIZ, RAMÓN: «Agali. Historia del monasterio de San Ildefonso», *Toletum* (2ª época), nº 54, (2014), pp. 99-145.

GUZMÁN ARMARIO, FANCISCO JAVIER: «El cruce del Danubio», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 50, 2018, pp. 26-32.

Hispania Gothorum: San Ildefonso y el reino Visigodo de Toledo, Toledo, Empresa Pública «Don Quijote de la Mancha», 2006.

HALSALL, GUY: *Las Migraciones Bárbaras y el Occidente Romano, 376-568*, Valencia, Universitat de Valencia, 2012.

HANSSEN, FEDERICO: *Sobre la poesía épica de los visigodos*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1892.

HARMATTA, JOHN: *Etudes sur l´histoire des Sarmates*, Budapest, 1950.

HEATHER, PETER: *Goths and Romans, 332-489*, Oxford, Oxford University Press, 1991.

ISLA FERNÁNDEZ, AMANCIO: «El *officium palatinum* visigodo: entorno regio y poder aristocrático»,

Hispania, nº 212, (2002), pp. 823-847.

___: *Ejército, sociedad y política en la Península Ibérica entre los siglos VII y XI*, Madrid, CSIC, 2010.

JIMÉNEZ GARNICA, ANA Mª: *Orígenes y desarrollo del reino de Tolosa. (418-507)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1983.

___: *Nuevas gentes, nuevo Imperio: los godos y Occidente en el siglo V*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2010.

KAZANSKI, MICHAEL: «Barbarian military equipament and its evolution in the Late Roman and great migration periods (3rd-5th C. A.D.), en *War and Warfare in Late Antiquity*, (eds. SARANTIS, ALEXANDER y CHRISTIE, NEIL), Leiden, Brill, 2013.

___: «Los godos en el siglo IV», Desperta Ferro Antigua y Medieval, nº 50, (2018), pp. 18-23.

KOCH, MANUEL: «*Gotthi intra Hispanias sedes acceperunt*. Consideraciones sobre la supuesta inmigración visigoda en la Península Ibérica», *Pynerae*, nº 37, (2006), pp. 83-104.

LEBEDYNSKY, IAROSLAV: «Un rayo que se precipita entre las montañas. Guerreros godos y alanos», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 50, (2018), pp. 34-39.

LENSKI, NOEL: «El día más nefasto. La batalla de Adrianópolis», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 50, (2018), pp. 40-48.

LILLINGTON-MARTIN, CHRISTOPHER: «La defensa de Roma por Belisario», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 18, (2012), pp. 40-45.

LÓPEZ QUIROGA, JORGE: «La presencia “Germánica” en Hispania en el siglo V d.c.», *CuPAUAM,* nº 30, (2004), pp. 213-223.

___: «*Gentes barbarae*. Los bárbaros, entre el mito y la realidad», en *Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía*, Nº XXV, Murcia, Universidad de Murcia, 2011.

LÓPEZ QUIROGA, JORGE y CATALÁN RAMOS, RAÚL: «El registro arqueológico del equipamiento militar en Hispania durante la Antigüedad tardía», *El tiempo de los bárbaros en Galia e Hispania (siglos V-VI). Zona Arqueológica,* nº 11, (2010), pp. 418-434.

LORING GARCÍA, Mª ISABEL *et alii: La Hispania Tardorromana y Visigoda. Siglos V-VIII*, Madrid, Síntesis, 2007.

MACDOWALL, SIMON y MCBRIDE, ANGUS: *Germanic Warrior 236-568 AD*, Londres, Osprey, 1996.

___: «La batalla de los Campos Cataláunicos», *Desperta Ferro Antigua y Meideval*, nº 0, (2010), pp. 4-10.

MARTÍNEZ GIL, FERNANDO: De *Civitas Regia* a *Civitas Dei*. El imaginario histórico de Toledo en los

siglos XVI y XVII», en *Sacra loca toletana. Los espacios sagrados en Toledo*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, pp. 319-367.

McCormick, Michael: *Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

McKenna, Stephen: *Paganism and Pagan Survivals in Spain up to the Fall of Visigothic Kingdom*, Washington, Catholic University of America, 1938.

Menéndez Bueyes, Luis R.: *Medicina, Enfermedad y Muerte en la España Tardoantigua*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013.

Menéndez Pidal, Ramón: «Los godos y el origen de la epopeya española», en *Mis páginas preferidas: temas literarios*, Madrid, Gredos, 1957, pp. 58-95.

Millet, Víctor: *Héroes de libro. Poesía heroica en las culturas anglogermánicas medievales*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2007.

Moreno Resano, Esteban: «La representación épica del combate y de la muerte del guerrero en el epitafio de Opilano (Año 642)», *Habis*, nº 42, (2011), 299-316.

Musset, Lucien: *Las Invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, Labor, 1967.

Orlandis Rovira, José: *Historia del reino visigodo español*, Madrid, Rialp, 2003.

___: *Europa y sus raíces cristianas*, Madrid, Rialp, 2006.

___: *La vida en España en tiempos de los godos*, Madrid, Rialp, 2006.

Orlandis Rovira, José y Ramos Lisson, Domingo: *Historia de los concilios de la España romana y visigoda*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1986.

Quirós Castillo, Juan Antonio y Castellanos García, Santiago (dirs): *Identidad y etnicidad en Hispania: Propuestas teóricas y cultura material en los siglo V-VIII*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2015.

Pampliega Nogués, Javier: *Los germanos en España*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1998.

Pérez Sánchez, Dionisio: *El ejército en la sociedad visigoda*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1989.

___: «Defensa y territorio en la sociedad peninsular hispana durante la Antigüedad Tardía (ss.V-VII)», *Studia historica. Historia antigua*, nº 16, (1998), pp. 281-300.

Pérez-Rodríguez Aragón, Fernando: «Testimonios materiales de la presencia de tropas «bárbaras» en la *Hispania* romana del siglo V», *Sautuola*, nº XIV, (2008), pp. 241-266.

Pliego Vázquez, Ruth: *La moneda visigoda*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2009.

Pohl, Walter: «Telling the difference: Signs of ethnic identity», en *Strategies of Distinction. The*

Construction of Ethnic Communities, 300-800, (eds. Pohl, Walter y Reimitz, Helmut), Leiden, Brill, 1998.

Ravegnani, Giorgio: *Soldados de Bizancio en tiempos de Justiniano*, Madrid, Signifer Libros, 2007.

Ruiz De La Puerta, Fernando: *Historia de la magia en Toledo*, Toledo, Covarrubias, 2010.

Sáez García, Adrián J.: *Godos de Papel. Identidad nacional y reescritura en el Siglo de Oro*, Madrid, Cátedra, 2019.

Sanz Serrano, Rosa: «Adivinación y sociedad en la Hispania tardorromana y visigoda», *Gerión*, nº Extra 2, (1989), pp. 365-390.

___: *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Madrid, Síntesis, 1995.

___: *Historia de los Godos*, Madrid, La esfera de los libros, 2009.

Sánchez Albornoz, Claudio: *La pérdida de España I – El ejército visigodo: su protofeudalización*, Buenos Aires, Instituto de Historia de España, 1967.

Soto Chica, José: «Narsés y la conquista de Italia: 552-554», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 18, (2012), pp. 46-52.

___: *Imperios y Bárbaros. La guerra en la Edad Oscura*, Madrid, Desperta Ferro, 2019.

Syvanne, Ilkka: «El sistema militar godo», *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 1, (2010), pp. 32-39.

Thompson, Edward A.: *Los godos en España*, Madrid, Alianza, 2007.

Treadgold, Warren: *Byzantium and Its Army*, Standford, Standford University Press, 1995.

Vallejo Girvés, Margarita: *Hispania y Bizancio. Una relación desconocida*, Madrid, Akal, 2012.

Valverde Castro, María R.: «Los orígenes de la monarquía ostrogoda. Teodorico», *Hispania Antiqua*, nº 19, (1995), pp. 375-386.

___: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de cambio*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000.

___: «La derrota visigoda en la batalla de Vouillé: Factores internos», en *Scripta Antiqua: in honorem Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez*, (coord. por Ángeles Alonso Ávila y Santos Crespo Ortiz De Zárate), Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp.803-813.

Vizcaíno Sánchez, Jaime: *La presencia bizantina en Hispania (siglos vi-vii). La documentación arqueológica*, Murcia, Serie Antigüedad y Cristianismo XXIV-Universidad de Murcia, 2009.

Wolfram, Herwig: *History of the Goths*, Los Ángeles, University of California Press, 1988.